



LA SERIE DEL CIRCULO

ROJO

LIBRO 2: *El rescate heroico*

AUTOR DE ÉXITOS DE LIBRERÍA DEL NEW YORK TIMES

TED DEKKER

Lectulandia

Todo gira en torno a Thomas Hunter, un escritor de poco éxito que sobrevive trabajando en el café Java Hut, en Denver. Pero su aparentemente monótona vida sufrirá un vuelvo radical cuando fuerzas desconocidas liberen un arma bacteriológica en la atmósfera. Al final de la jornada, tres millones de personas serán portadoras del virus más letal que haya conocido la humanidad, y en sólo un par de días habrá noventa millones de infectados.

El punto es que no existe ninguna vacuna... pero extrañamente, la única esperanza es Thomas Hunter. ¿Cómo? ¿Por qué? Él no lo sabe, pero su existencia amenaza importantes planes y por eso debe morir.

Lectulandia

Ted Dekker

Rojo

Libro 2: El rescate heroico

ePUB v1.1

alexlm78 31.01.12

más libros en lectulandia.com

Titulo Original: Red
(c) Ted Dekker
Publicado por Thomas Nelson, Inc.
Traduccion: Ricardo y Mirtha Acosta
ISBN: 978-1-60255-217-3

Apreciado lector:

La historia de Thomas Hunter empieza en Negro, primer libro de la Serie del Círculo. Si usted aún no ha leído Negro, le animamos firmemente a empezar allí. Rojo será mucho más intenso una vez que haya experimentado completamente el viaje inicial de Thomas al interior de dos realidades. Hay numerosos giros en la trama que es necesario cimentar antes de sumergirse en las páginas que siguen.

Una vez que haya leído Negro, usted está listo para entrar a Rojo. Pero esté prevenido: nada lo preparará a usted, ni a Thomas, para lo que le espera en este segundo libro de la grandiosa serie.

Los editores

Para mis hijos.
Ojalá recordaran siempre lo que yace detrás del velo.

«Simplemente, cuando creo haber entendido a Ted Dekker, me sorprende con lo inesperado. Con ingenio burlesco, sorpresas siempre al acecho y nuevos conceptos audaces, este amigo se podría convertir en un verdadero adalid en la ficción».

—FRANK PERETTI

«[Con Tr3s] Dekker entrega otro emocionante libro ... obra maestra que lleva a los lectores por un viaje lleno de complicadísimas circunstancias en la trama ... un irresistible juego del gato y el ratón... una mezcla casi perfecta de suspenso, misterio y horror».

—Publishers Weekly

«¡Negro tiene que ser la lectura del año! Es una poderosa epopeya de proporciones épicas que hace reflexionar y que lo mantendrá intrigado, y que además brinda gran profundidad e imaginación mirando dentro de las fuerzas que nos rodean».

—JOE GOODMAN, productor de películas y sinónimo de entretenimiento

«Ted Dekker es a las claras uno de los más apasionantes narradores vivos. Crea tramas que ponen a palpar con fuerza el corazón y a sudar las palmas aun después de haber terminado sus libros».

—JEREMY REYNALDS, articulista publicado en periódicos en todo EE.UU.

«Ted Dekker es el escritor más apasionante que he leído en mucho tiempo. En un instante... aumentará en gran manera el número de sus admiradores. Maravillosa lectura... poderosos enredos. ¡Bravo!»

—Ted Baehr, presidente de la revista MOVIEGUIDE®

Bangkok

KARA IBA a medio camino hacia la puerta de su habitación y se detuvo. Ella y Thomas estaban en un hotel, en una fabulosa suite con dos habitaciones. Más allá de la puerta del cuarto de Kara había un corto pasillo que llevaba a la sala y, en la dirección opuesta, a la suite contigua. Al final de ese pasillo estaba la habitación de su hermano, donde él se hallaba muerto a este mundo, soñando, totalmente ajeno a la noticia que ella acababa de oír del ministro Merton Gains.

Habían liberado el virus exactamente como Thomas lo vaticinara la noche anterior.

Media hora, había dicho el ministro Gains. Hágalo bajar en media hora. Si ella despertaba ahora a Thomas, él exigiría bajar de inmediato. Cada minuto de sueño, en realidad cada segundo, podría equivaler a horas, días o incluso semanas en su mundo de sueños. Debería dejarlo dormir.

Pero entonces, Svensson había liberado el virus. Kara debía despertar ahora a su hermano.

Exactamente después de que ella usara el baño.

La joven corrió hacia el baño lateral, activó el interruptor de la luz y abrió la llave de agua. Cerró la puerta.

—Hemos saltado al precipicio y caemos al interior de la demencia — manifestó.

Pero quizás la caída en la demencia empezó cuando Thomas intentara saltar por el balcón en Denver. Él la había llevado a Bangkok, había secuestrado a Monique de Raison y había sobrevivido a dos encuentros separados con un asesino llamado Carlos, que indudablemente todavía estaba tras él. Todo eso debido a los sueños de Thomas respecto de otra realidad.

¿Despertaría Thomas con alguna información nueva? El poder en el bosque colorido se ha venido abajo, le había manifestado su hermano. El bosque colorido ya no existía, lo cual significaba que también pudo haber desaparecido el poder de Thomas. En ese caso los sueños de él podrían ser inútiles, excepto que fueran algo

como fantasías en las que se estaba enamorando y aprendía a hacer ridículas volteretas.

Kara sintió en el rostro el agua fría y refrescante.

Se sacudió el agua de las manos y se dirigió al inodoro.

1

THOMAS HIZO galopar al sudoroso alazán negro por el valle arenoso y subió la apacible cuesta. Envainó su espada ensangrentada, agarró las riendas con ambas manos, y se inclinó sobre el pescuezo del caballo. Veinte combatientes cabalgaban alineados a su izquierda y su derecha, ligeramente detrás. Estos eran indudablemente los más grandes guerreros de toda la tierra y corrían hacia la cima que tenían al frente con una pregunta retumbando en la mente de cada uno. ¿Cuántos?

El ataque de las hordas había venido de las tierras del cañón, por la brecha Natalga. Eso no era poco común. Los ejércitos de moradores del desierto habían atacado desde el oriente una docena de veces en los últimos quince años. Sin embargo, lo poco común era la cantidad de personas que los hombres de Thomas acababan de destrozar a poco más de un kilómetro hacia el sur. No más de cien.

Muy pocos. Demasiado pocos.

Las hordas nunca atacaban en pequeñas cantidades. Thomas y su ejército dependían de su velocidad y sus destrezas superiores, las hordas habían dependido siempre de su número. Se había desarrollado un tipo de equilibrio natural. Uno de sus hombres podía derrotar a cinco de los de las hordas en un día malo, una ventaja atenuada solo por el hecho de que el poderoso ejército de las hordas se acercaba a los quinientos mil. El ejército de Thomas ascendía a menos de treinta mil, incluyendo los aprendices. El enemigo estaba enterado de eso. Sin embargo, habían enviado a la muerte segura solo a esta pequeña banda de encapuchados guerreros de la brecha.

¿Por qué?

Cabalgaban en silencio. Los cascos retumbaban como tambores, un sonido extrañamente consolador. Todos sus caballos eran sementales. Todos los combatientes usaban la misma clase de coraza de cuero endurecido con protección en antebrazos y muslos. Esta les dejaba las articulaciones libres para el movimiento requerido en los combates cuerpo a cuerpo. Sujetaban los cuchillos a las pantorrillas y los látigos a la cintura, y llevaban las espadas en los caballos. Estas tres armas,

además de un buen caballo y una bota de cuero llena de agua, era todo lo que cualquiera de los guardianes del bosque requería para sobrevivir una semana y matar a cien. Y la fuerza regular de pelea no estaba muy atrás.

Thomas voló sobre la cima de la colina, se inclinó hacia atrás y paró al corcel en seco. Los otros se alinearon a lo largo de la cresta. Todavía sin pronunciar palabra.

Difícilmente se podía expresar en palabras lo que vieron.

El cielo se estaba poniendo rojo, rojo sangre, como se ponía siempre en las tardes en el desierto. A la derecha se extendían las tierras del cañón, dieciséis kilómetros cuadrados de precipicios y rocas que formaban una barrera natural entre los desiertos rojizos y la primera de las siete selvas. La de Thomas. Más allá de los precipicios del cañón, la arena matizada de rojo se internaba en un interminable desierto. Ese paisaje era tan conocido para Thomas como su propio bosque.

Pero no lo que veía ahora.

A primera vista, incluso para un ojo bien adiestrado, el sutil movimiento del suelo del desierto se pudo haber confundido con titilantes olas de calor. Apenas era más que una decoloración beige ondulando a través de la enorme sección plana de arena que se adentraba en los cañones. Pero eso no era nada tan inofensivo como el calor del desierto.

Ese era el ejército de las hordas.

Usaban túnicas beige con capuchas para tapar su carne grisácea cubierta de costras y montaban caballos de color habano claro que pasaban inadvertidos en la arena. Una vez, Thomas había cabalgado ante cincuenta sin distinguirlos de la arena del desierto.

—¿Cuántos, Mikil?

Su segunda al mando escudriñó el horizonte hacia el sur. Él le siguió la mirada. Una docena de contingentes más pequeños subían la brecha, ejércitos de unos cuantos centenares cada uno, no mayores que el que acababan de destruir treinta minutos antes.

—Cien mil —contestó la joven.

Una tira de cuero le separaba el cabello oscuro de una frente bronceada. Una pequeña cicatriz blanca en la mejilla derecha le estropeaba el cutis, por lo demás terso. Para reafirmarle su superioridad, la cortada no se la habían infligido las hordas sino su propio hermano, que un año atrás peleara con ella. La muchacha lo había dejado ileso, en el suelo y aparentemente derrotado.

El hermano murió seis meses después en una refriega.

—Esto será un reto —comentó Mikil escrutando el desierto con sus ojos verdes.

Thomas lanzó un gruñido ante la insinuación. A todos los habían endurecido docenas de batallas, pero nunca se habían enfrentado a un ejército tan numeroso.

—El grueso principal se está moviendo hacia el sur, a lo largo de los desfiladeros.

Ella tenía razón. Esta era una nueva táctica para las hordas.

—Intentan atraernos a la brecha Natalga mientras la fuerza principal nos ataca por los costados —opinó Thomas.

—Y parecen conseguirlo —terció su teniente William.

Ninguno discrepó. Ninguno habló. Ninguno se movió.

Thomas examinó otra vez el horizonte y volvió a revisar los movimientos de las hordas. El desierto terminaba hacia el occidente en el mismo valle forestal que él había protegido de la amenaza de las hordas durante los últimos quince años, incluso desde que el niño los guiara al pequeño paraíso en medio del desierto.

Al norte y al sur había otras seis selvas similares, ocupadas como por cien mil habitantes del bosque.

Thomas y Rachelle no se toparon con el primer morador de su propia selva hasta casi un año después de hallar el lago. Su nombre era Ciphus del Sur, porque vino del gran Bosque Sur. Ese fue el año en que ella dio a luz a su primer vástago, una niña a quien le pusieron el nombre de Marie. Marie de Thomas. Quienes originalmente habían venido del bosque colorido tomaron su nombre según las selvas en que vivían, como pasó con Ciphus del Sur. Los niños que nacieron después del gran engaño tomaron sus nombres de sus padres. Marie de Thomas.

Tres años después, Thomas y Rachelle tuvieron un hijo, Samuel, un chico fuerte, ahora de casi doce años. El ya blandía la espada y Thomas debía hablarle con voz fuerte para evitar que se les uniera en las batallas.

Cada bosque tenía su propio lago y los fieles de Elyon se bañaban todos los días para impedir que la enfermedad de la piel les invadiera los cuerpos. Ese ritual de limpieza era lo que los separaba de los encostrados.

Cada noche, después del baño, los habitantes del bosque danzaban y cantaban en celebración del Gran Romance, como lo llamaban. Y cada año las personas de las siete selvas, aproximadamente cien mil ahora, hacían el peregrinaje al bosque más grande, llamado Bosque Intermedio: la selva de Thomas. La Concurrencia anual se debía llevar a cabo dentro de siete días. Thomas no quería imaginar cuánta gente del bosque viajaba ahora desprotegida a través del desierto.

Los encostrados se podían convertir en habitantes del bosque, por supuesto... un simple baño en el lago les limpiaría la piel y les quitaría la nauseabunda fetidez. Con los años una pequeña cantidad de encostrados se había convertido en habitantes de la selva, pero los guardianes del bosque tenían la costumbre tácita de desalentar las deserciones en las hordas.

Sencillamente no tenían suficientes lagos para acomodarlos a todos.

Es más, Ciphus del Sur, el anciano del Consejo, había calculado que los lagos podían funcionar de manera adecuada para solo trescientas mil personas. Estaba claro que no tenían suficiente agua para las hordas, que ya sobrepasaban el millón. Era

evidente que los lagos eran un regalo de Elyon solo para los habitantes de los bosques.

Desalentar del baño a las hordas no era difícil. El dolor intenso que les producía la humedad en su carne enferma era suficiente para llenar a los encostrados con una profunda repulsión por los lagos, y Qurong, su líder, había jurado destruir las aguas cuando conquistara los muy codiciados recursos de las tierras forestales.

Los moradores del desierto atacaron por primera vez trece años atrás, descendiendo sobre una pequeña selva a poco más de trescientos kilómetros al suroeste. Aunque los torpes atacantes fueron derrotados con rocas y palos, asesinaron a más de cien de los seguidores de Elyon, en su mayoría mujeres y niños.

A pesar de preferir la paz, Thomas decidió entonces que la única manera de asegurarla para los habitantes de las selvas era crear un ejército. Con la ayuda de Johan, el hermano de Rachelle, Thomas fue en busca de metal, sacando sus recuerdos de las historias. Necesitaba cobre y estaño, que al fundirlos formaban bronce, un metal bastante fuerte para hacer espadas.

Construyeron un horno y luego calentaron piedras de todas las variedades hasta que encontraron la clase que hacía surgir el revelador mineral. Como resultó, las tierras del cañón estaban llenas de mineral. Thomas aún no tenía la total seguridad de que el material del cual formó la primera espada fuera realmente bronce, pero era bastante suave para afilar y suficientemente duro para decapitar a un hombre de un solo tajo.

Las hordas regresaron, esta vez con una fuerza mayor. Armados con espadas y cuchillos, Thomas y cien combatientes, sus primeros guardianes del bosque, destrozaron a los agresores moradores del desierto.

Por el desierto y las selvas se extendió el rumor de un poderoso guerrero llamado Thomas de Hunter. En los tres años posteriores las hordas solo ofrecieron escaramuzas esporádicas, siempre para caer terriblemente derrotados.

Pero la necesidad de conquistar la fértil selva resultó ser muy fuerte para las crecientes hordas. Lanzaron su primera campaña importante por la brecha Natalga armados con nuevas armas, armas de bronce: largas espadas, afiladas guadañas y grandes bolas soldadas a cadenas, las cuales hacían oscilar. Aunque entonces fueron derrotados, a partir de ese momento había seguido creciendo la fortaleza de ellos.

Fue durante la campaña de invierno tres años atrás cuando Johan desapareció. Ese año, en la Concurrencia, los habitantes del bosque habían lamentado su pérdida. Algunos rogaron a Elyon que recordara su promesa de liberarlos de la esencia del mal, de la maldición de las hordas, en un sensacional soplo. Thomas tenía fe en que iba a llegar ese día, porque el niño lo había formulado antes de desaparecer dentro del lago.

Lo mejor para Thomas y sus guardianes sería que ese día fuera hoy.

—Estarán al alcance de nuestras catapultas a lo largo de los precipicios del sur en tres marcas del dial —informó Mikil, refiriéndose a los relojes de sol que Thomas había presentado para medir el tiempo; luego añadió—: Tres horas.

Thomas observó el desierto. El ejército de hordas enfermas entraba a los cañones como miel batida. Al anochecer la arena estaría negra con sangre. Y esta vez sería tanto de ellos como de las hordas.

La mente se le llenó con una imagen de Rachele, la joven Marie y su hijo Samuel. Se le hizo un nudo en la garganta. Los demás también tenían hijos, muchos hijos, en parte para igualar proporciones con las hordas.

¿Cuántos niños había ahora en los bosques? Casi la mitad de la población. Cincuenta mil.

Tenían que hallar una forma de derrotar a este ejército, aunque solo fuera por los niños.

Thomas bajó la mirada hacia la línea de sus tenientes, todos maestros en combate. En lo más íntimo creía que cualquiera de ellos podría dirigir esta guerra de manera competente, pero no dudaba que fueran leales a él, a los guardianes y a las selvas. Incluso William, que estaba más que dispuesto a señalar las faltas de Thomas y a desafiar sus razonamientos, daría su vida. En asuntos de suprema lealtad, Thomas había establecido la norma. El preferiría perder una pierna antes que perder a uno de ellos, y todos lo sabían.

También sabían que Thomas era entre todos quien tenía menos probabilidades de perder una pierna o cualquier otra parte del cuerpo en un combate, aunque tenía cuarenta años y muchos de ellos apenas más de veinte. La mayor parte de sus conocimientos los aprendieron de él.

Si bien no había soñado ni una vez con las historias en los últimos quince años, recordaba algunas cosas: su último recuerdo de Bangkok, por ejemplo. Recordaba que se quedó dormido en una habitación de hotel después de no lograr convencer a funcionarios gubernamentales clave de que la variedad Raison estaba en el umbral.

Además recordaba fragmentos de las historias y se inspiraba en su perdurable aunque borroso conocimiento de guerras y tecnología, una habilidad que le daba considerable ventaja sobre los demás. Pero en gran parte sus recuerdos de las historias desaparecieron cuando los shataikis de alas negras arrasaron el bosque colorido. Thomas sospechaba que ahora únicamente el roush, que desapareció después del gran engaño, recordaba realmente algo de las historias.

—William, tú tienes el caballo más veloz —dijo Thomas pasando las riendas a la mano izquierda y estirando los dedos—. Regresa del cañón al bosque y trae los refuerzos del perímetro delantero.

Eso dejaría desprotegida la selva, pero no les quedaba más remedio.

—Perdóname por señalar lo obvio —objetó William—, pero traerlos aquí es una

terrible equivocación.

—El terreno elevado en la brecha nos favorece —explicó Thomas—. Los atacaremos allí.

—Entonces los enfrentará antes de que lleguen los refuerzos.

—Podemos contenerlos. No tenemos alternativa.

—Siempre tenemos alternativa —cuestionó William.

Así era siempre con él, siempre desafiando. Thomas había previsto esta discusión y, en este caso, estaba de acuerdo.

—Dile a Ciphus que prepare la tribu para la evacuación a uno de los poblados del norte. Él objetará, porque no está acostumbrado a la posibilidad de perder una batalla. Y con la Concurrencia a solo una semana, gritará que es sacrilegio, por tanto quiero que se lo digas estando Rachelle presente. Ella se asegurará de que él escuche.

—¿Yo, al poblado? —volvió a objetar William, enfrentándolo—. Envía a otro mensajero. ¡No me puedo perder esta batalla!

—Regresarás a tiempo para gran parte de la batalla. Dependo de ti, William. Ambas misiones son importantísimas. Tú tienes el caballo más veloz y eres el más indicado para viajar solo.

Aunque William no necesitaba elogios, eso lo calló delante de los demás.

Thomas se dirigió a Suzan, su exploradora más confiable, una joven de veinte años que podía detener por sí sola a diez hombres adiestrados. Tenía la piel oscura, como casi la mitad de los habitantes del bosque. Sus variadas tonalidades de piel también los distinguían de los miembros de las hordas, que eran blancos por la enfermedad.

—Lleva a dos de nuestros mejores exploradores y corre a los desfiladeros del sur. Te uniremos con la fuerza principal en dos horas. Quiero posiciones y ritmo cuando yo llegue. Deseo saber quién dirige ese ejército aunque tengas que bajar y arrancarle tú misma la capucha. En particular necesito saber si se trata del hechicero Martyn. Quiero saber cuándo se alimentaron por última vez y cuándo esperan volver a alimentarse. Todo, Suzan. Dependo de ti.

—Entendido, señor —asintió ella y fustigó el caballo—. ¡Arreeee!

El semental se desbocó colina abajo con William en veloz persecución.

Thomas miró fijamente las hordas.

—Bien mis amigos, siempre hemos sabido que esto iba a llegar. Ustedes se dispusieron para la pelea. Parece como si Elyon nos hubiera traído nuestra lucha.

Alguien se burló. Todos aquí morirían por las selvas. No todos morirían por Elyon.

—¿Cuántos hombres en este escenario? —preguntó Thomas a Mikil.

—Sin las escoltas que fueron a traer a las otras tribus para la Concurrencia, solo diez mil, pero cinco mil de ellos están en el perímetro de la selva —respondió Mikil

—. Tenemos menos de cinco mil para entrar a la batalla en los desfiladeros del sur.

—¿Y cuántos para interceptar estas bandas más pequeñas que tratan de distraernos?

—Tres mil —anunció Mikil encogiendo los hombros—. Mil en cada paso.

—Enviaremos mil, trescientos para cada paso. El resto irá con nosotros a los desfiladeros.

Todos se quedaron en silencio por un momento. ¿Qué posible estrategia podría anular probabilidades tan increíbles? ¿Qué palabras de sabiduría podría brindar el mismo Elyon en un momento de tanta seriedad?

—Tenemos seis horas antes de que se ponga el sol —añadió Thomas, haciendo girar su caballo—. Corramos.

—No estoy seguro de que veamos la puesta del sol —comentó uno de ellos. Ninguna voz discutió.

2

CARLOS MISSIRIAN miró a Thomas Hunter.

El hombre yacía de espaldas, durmiendo en un revoltijo de sábanas, sin nada más puesto que unos calzoncillos bóxer. El sudor empapaba las sábanas. Sudor y sangre. ¿Sangre? Mucha sangre embadurnada sobre las sábanas, parte seca y parte aún húmeda.

¿Había sangrado el hombre en su sueño? Estaba sangrando en su sueño. ¿Muerto?

Carlos se acercó un poco más. No. El pecho de Hunter subía y bajaba con regularidad. Tenía cicatrices en el pecho y el abdomen que Carlos no lograba recordar, pero nada que sugiriera las balas que con toda seguridad él le había metido a este hombre en la última semana.

Llevó la pistola a la sien de Hunter y apretó el dedo sobre el gatillo.

3

UN DESTELLO desde el desfiladero. Dos destellos.

Thomas, agachado detrás de una roca grande, se llevó el tosco telescopio a los ojos y revisó a los encostrados encapuchados a lo largo del fondo del cañón. Había creado el catalejo de su recuerdo de las historias, usando una resina de pino y, aunque no funcionaba como deseaba, le daba una ligera ventaja sobre la simple vista. Mikil se arrodilló a su lado.

La señal había venido de lo alto de las hondonadas, donde Thomas había apostado doscientos arqueros, cada uno con quinientas flechas. Mucho tiempo atrás habían comprendido que sus posibilidades las determinaban casi tanto la provisión de armas como la cantidad de tropas.

La estrategia de ellos era sencilla y comprobada. Thomas llevaría mil guerreros en un asalto frontal que chocaría con la línea de vanguardia del enemigo. Cuando la batalla estuviera suficientemente saturada de encostrados muertos, él ordenaría un rápido repliegue mientras los arqueros lanzaran una lluvia de flechas sobre el atestado campo. Si todo salía bien, al menos podrían disminuir la marcha del enemigo obstruyendo el amplio cañón con los muertos.

Doscientos soldados de caballería esperaban con Thomas detrás de una larga fila de rocas. Con un poco de persuasión mantenían los caballos echados en el suelo.

Ya habían hecho eso una vez. Era asombroso que las hordas se estuvieran sometiendo a...

—¡Señor! —exclamó un mensajero deslizándose detrás de él, jadeando—. Tenemos un informe del Bosque Sur. Mikil se puso a su lado.

—Continúe. En voz baja por favor.

—Las hordas están atacando.

Thomas se quitó el catalejo del ojo, luego volvió a mirar por él. Levantó la mano izquierda, listo para hacer señas a la responsable de sus hombres. ¿Qué significaba el informe del mensajero?

Que las hordas tenían ahora una nueva estrategia.

Que la situación acababa de pasar de terrible a imposible.

Que el fin estaba cerca.

—Infórmeme del resto. Rápidamente.

—Se dice que es obra de Martyn.

Thomas volvió a quitarse el cristal del ojo. Regresó a él. Entonces a este ejército no lo dirigía un nuevo general, como había sospechado. Desde hace un año le habían estado siguiendo la pista al llamado Martyn. Se trataba de un hombre joven; le hicieron confesar eso una vez a un prisionero. También era un buen estratega; eso lo supieron por los cambios en las batallas. Además sospechaban que él era hechicero y general. Los moradores del desierto no habían manifestado tener religión, pero en su emblema rendían homenaje a los shataikis en modos en que formalizaban de manera lenta pero segura su adoración al serpenteante murciélago. Teeleh. Unos decían que Martyn practicaba magia negra; otros aseguraban que lo guiaba el mismo Teeleh. Fuera como fuera, su ejército parecía estar obteniendo destrezas rápidamente.

Si los encostrados pidieran que Martyn les guiara su ejército contra el Bosque Sur, ¿podría este ejército ser una distracción estratégica? ¿O era la distracción estratégica el ataque sobre el Bosque Sur?

—A mi señal, Mikil.

—Lista —contestó ella; se montó en la silla de su caballo aún asentado en el suelo.

—¿Cuántos? —preguntó Thomas al mensajero.

—No lo sé. Tenemos menos de mil, pero se están replegando.

—¿Quién es el encargado?

—Jamous.

—¿Jamous? —exclamó Thomas dejando de mirar por el telescopio y dirigiéndose al hombre—. ¿Se está replegando Jamous?

—Según los informes, sí.

Si un luchador tan obstinado como Jamous se estaba replegando, entonces las fuerzas de ataque eran más fuertes que aquellas con las que habían peleado antes.

—¿Está allí también el guerrero llamado Justin?

—¿Señor? —exclamó la voz de Mikil.

Thomas giró, vio un movimiento ondulante a menos de cien metros adelante y respiró hondo. Levantó la mano y la mantuvo firme, esperando. Más cerca. A las fosas nasales le llegó la fetidez de piel descascarándose. Luego apareció su emblema, el serpenteante murciélago de bronce.

El ejército de las hordas apareció a la vista, por lo menos quinientos al frente, montados en caballos tan blancos como las arenas del desierto. Los guerreros llevaban capucha y capa, y agarraban largas guadañas que levantaban casi tan alto

como su emblema.

Thomas respiró más lentamente. Su tarea exclusiva era hacer retroceder ese ejército. Distracción estratégica o no, si fallaba aquí, no importaba mucho lo que sucediera en el Bosque Sur.

Thomas podía oír la respiración firme a través de la nariz de Mikil. Rogaré a Elyon por tu seguridad hoy, Mikil. Le suplicaré la seguridad de todos nosotros. Si alguien debe morir, que sea ese traidor, Justin.

—¡Ahora! —exclamó, bajando la mano.

Sus guerreros se pusieron en movimiento. Desde la izquierda, una larga fila de soldados de infantería, en silencio y agachados, se arrastraban como arañas sobre la arena.

Doscientos caballos montados por jinetes se pusieron de pie. Thomas giró hacia el mensajero.

—¡Mensaje para William y Ciphus! Envíen mil guerreros al Bosque Sur. Si nos alcanzan aquí, nos reuniremos en la tercera selva hacia el norte. ¡Ve!

La fuerza principal de Thomas ya estaba diez metros adelante, volando hacia las hordas, él no permitiría que llegaran primero a la batalla. Nunca. Se dobló sobre la silla y espoleó el garañón para hacerlo galopar. El alazán saltó sobre las rocas y corrió hacia la larga línea de sorprendidos moradores del desierto, que se pararon en seco.

Por un prolongado momento el golpeteo de cascos fue el único sonido en el aire. La multitud de guerreros encostrados llegaba hasta el cañón y desaparecía detrás de los desfiladeros. Cien mil pares de ojos salían de las sombras de sus capuchas. Estos eran los que despreciaban a Elyon y odiaban el agua. El de ellos era un mundo nómada de sombras, pozos turbios y carne mugrienta y pestilente. Difícilmente calzaban para la vida, mucho menos para las selvas. Y sin embargo les gustaría dañar los lagos, devastar los bosques y plantar su trigo del desierto.

Estas eran las personas del bosque colorido que enloquecieron. Los muertos andantes. Mejor enterrados en la base de un despeñadero que dejarlos vagar como una plaga libre.

Estos también eran guerreros. Solo hombres, fuertes y no tan ignorantes como una vez lo habían sido. Pero eran más lentos que los guardianes del bosque. La condición de su piel enfermiza se extendía hasta sus articulaciones y hacía de la destreza algo muy difícil.

Thomas superó a sus guerreros. Ahora se hallaba al frente, donde pertenecía. Reposó la mano en la empuñadura de su espada.

Cuarenta metros.

Desenvainó la espada con el fuerte roce de metal contra metal.

Al instante surgió un rugido de las hordas, como si la espada desenfundada confirmara las intenciones sospechosas de Thomas. Mil caballos resoplaron y se

pararon en dos patas en objeción a las pesadas manos que atemorizadas los hacían retroceder. Sin duda, los de la vanguardia sabían que, aunque al final la victoria estaba asegurada hoy, ellos estarían entre los primeros en morir.

Los guardianes del bosque avanzaban inexorables, con las mandíbulas apretadas, las espadas aún sobre sus piernas, firmes en sus manos.

Thomas giró a la derecha, se pasó la espada a la mano izquierda y la rastrilló a lo largo de los pechos de tres encostrados antes de bloquear la primera guadaña que se opuso a su súbito cambio de dirección.

Las líneas de caballos chocaron. Sus combatientes gritaban, arremetían, atacaban y decapitaban con practicada violencia. Un caballo blanco cayó directamente frente a Thomas, que miró por encima para ver que Mikil había perdido la espada en el costado del jinete.

—¡Mikil!

Ella bloqueó con el antebrazo el golpe de espada de un monstruoso encostrado y giró en su silla. Thomas rompió las cuerdas que ataban su segunda vaina y se la lanzó, con espada y todo. Ella la atrapo, sacó la hoja, la hizo girar una vez en el aire y la empujó hacia abajo contra un soldado que la atacaba a pie.

Thomas desvió una oscilante guadaña que intentaba cortarle la cabeza, hizo saltar su corcel sobre el moribundo caballo y giró para enfrentar al atacante.

La batalla encontró su ritmo. En cada lado hojas anchas y delgadas, pequeñas y grandes, giraban, atacaban, bloqueaban, se extendían, rechazaban y tajaban. Sangre y sudor empapaban a hombres y bestias. El terrible barullo de batalla llenaba el cañón. Aullidos, gritos, gruñidos y gemidos de muerte se levantaban al cielo.

Menos de tres años atrás, bajo la guía de Qurong, la caballería de las hordas nunca dejó de sufrir enormes pérdidas. Ahora, bajo el mando directo de su joven general, Martyn, no morían sin presentar batalla.

Un encostrado alto cuya capucha se le había deslizado de la cabeza gruñó y arremetió su montura directamente hacia Thomas. Los caballos chocaron y se levantaron en dos patas, pateando en el aire. Con un giro de muñeca Thomas soltó el látigo y lo hizo chasquear contra la cabeza del encostrado. El hombre gritó y levantó un brazo. Thomas clavó la espada en el costado expuesto del sujeto, sintiendo que esta se hundía profundamente; luego la jaló exactamente cuando un soldado a pie hacía oscilar por detrás un garrote contra él. Thomas se inclinó a la derecha y acuchilló hacia atrás con la espada. El guerrero se dobló, decapitado.

La batalla se prolongó por diez minutos incuestionablemente a favor de los guardianes del bosque. Pero con tantas hojas oscilando en el aire, algunas estaban obligadas a toparse con la carne expuesta de los hombres de Thomas o los flancos de sus caballos.

Los guardianes del bosque empezaron a caer.

Thomas lo sentía tanto como lo veía. Dos. Cuatro. Luego diez, veinte, cuarenta. Más.

Rompió su estilo y galopó bajo la línea. La obstrucción de hombres y caballos caídos era bastante. Para alarma suya vio que habían caído más de sus hombres de lo que pensó al principio. ¡Tenía que hacerlos regresar!

Agarró el cuerno de su cinturón y tocó la señal de retirada. Al instante sus hombres huyeron, a caballo, a pie, y lo pasaron corriendo como si los hubieran derrotado firmemente.

Thomas mantuvo firme su caballo por un momento. Los encostrados, difícilmente acostumbrados a tal repliegue en bloque, hicieron una pausa, según parecía confundidos por el súbito cambio de acontecimientos.

Como lo planearon.

Sin embargo, la cantidad de muertos entre sus hombres no estaba prevista. ¡Quizás doscientos!

Por primera vez ese día, Thomas sintió el dedo cortante del pánico atravesándole el pecho. Giró su caballo y corrió tras sus combatientes.

Dio un largo salto por encima de la línea de rocas, se bajó del caballo y cayó de rodillas a tiempo para ver la primera descarga silenciosa de flechas desde el arco del despeñadero hacia las hordas.

Ahora siguió una nueva clase de caos. Caballos relinchaban y encostrados gritaban, y los muertos se amontonaban donde caían. El ejército de las hordas estaba temporalmente atrapado por una represa formada por sus propios guerreros.

—Nuestras pérdidas son enormes —comentó Mikil al lado de él, respirando con dificultad—. Trescientos.

—¡Trescientos! —exclamó mirándola.

El rostro de Mikil estaba enrojecido por la sangre y los ojos le brillaban con una extraña mirada de rebeldía. Fatalismo.

—Necesitaremos más que cadáveres y rocas para hacerlos retroceder — opinó ella y escupió a un lado.

Thomas examinó las hondonadas. Los arqueros aún lanzaban flechas sobre el atrapado ejército. Tan pronto como el enemigo saltara sobre los cadáveres y dirigiera los caballos hacia arriba, veinte catapultas a lo largo de cada precipicio comenzarían a lanzar rocas a las hordas.

Entonces el asunto empezaría de nuevo. Otro ataque de frente por parte de Thomas, seguido de más flechas y de más rocas. Rápidamente hizo cálculos. A este ritmo podrían someter al enemigo en cinco series de asaltos.

—Aunque logremos contenerlos hasta el anochecer, mañana marcharán sobre nosotros —la voz de Mikil expresó los pensamientos de Thomas.

El cielo se limpió de flechas. Comenzaron a caer rocas. Thomas había estado

trabajando en el contrapeso de las catapultas sin perfeccionarlas. Aún eran inútiles en terreno plano, pero tenían suficientes rocas grandes sobre un precipicio para hacer buen uso de la gravedad. Las rocas de más de medio metro eran terribles proyectiles.

Un sordo golpe precedió al temblor de tierra.

—No será suficiente —siguió diciendo Mikil—. Tendríamos que arrojar todo el desfiladero encima de ellos.

—¡Tenemos que bajar el ritmo! —exclamó Thomas—. La próxima vez solo a pie, y salir de la batalla con una rápida retirada. Pasa la voz. ¡Vamos a pelear defensivamente!

Dejaron de caer rocas y las hordas retiraron más cadáveres. Thomas dejó que sus combatientes atacaran otra vez veinte minutos después.

Esta vez jugaron con el enemigo, usando el método de combate Marduk que Rachele y Thomas habían desarrollado y perfeccionado con los años. Se trataba de una mejora al combate aéreo que Tanis había practicado en el bosque colorido. Los guardianes del bosque lo conocían muy bien y se podían oponer a una docena de encostrados bajo las circunstancias adecuadas.

Pero aquí, en un espacio tan abarrotado de cadáveres y espadas se les limitaba la movilidad. Pelearon con valentía por treinta minutos y mataron como a mil.

Esta vez perdieron la mitad de su gente.

A este ritmo las hordas les cruzarían las líneas en una hora. Los moradores del desierto se detendrían durante la noche como acostumbraban, pero Mikil tenía razón. Aunque los guardianes pudieran contenerlas todo ese tiempo, los guerreros de Thomas estarían acabados en la mañana. Las hordas llegarían a su Bosque Intermedio en menos de un día. Rachele. Los niños. Treinta mil civiles indefensos serían asesinados.

Thomas observó los desfiladeros. Elyon, dame fuerzas. El frío que había sentido antes se le extendió por los hombros.

—¡Traigan los refuerzos! —expresó súbitamente—. Gerard, estás al mando. Mantenlos en esa línea, por cualquier medio. Observa las señales en las hondonadas. Coordina los ataques.

Le lanzó el cuerno de carnero al teniente.

—La fortaleza de Elyon —animó, sosteniendo el puño en alto.

—La fortaleza de Elyon —contestó Gerard agarrando el cuerno—. Cuenta conmigo, señor.

—Cuento contigo. No tienes idea cuánto —le aseguró Thomas, luego se dirigió a Mikil—. Ven conmigo.

Giraron sus cabalgaduras y retumbaron por el cañón.

Mikil lo siguió sin cuestionar. Él la guió por una pequeña colina y luego doblaron por el sendero hacia un mirador cerca de la cima.

El campo de batalla se extendía a la derecha. Los arqueros lanzaban de nuevo una lluvia de flechas sobre los encostrados. Los muertos se apilaban cada vez más. Al ver las líneas frontales de las hordas, un observador podría creer que los guardianes del bosque estaban derrotando al enemigo. Pero una rápida mirada por el cañón indicaba una historia diferente. Miles, miles y miles de guerreros encapuchados esperaban en inquietante silencio. Esta era una guerra de desgaste.

Era una batalla imposible de ganar.

—¿Algún mensaje de los tres grupos al norte? —indagó Thomas.

—No. Oremos porque no los hayan superado.

—No los superarán.

Thomas desmontó y analizó los desfiladeros.

Mikil adelantó ligeramente su caballo, luego lo devolvió refunfuñando.

—Sí, sé que estás impaciente, Mikil —asintió Thomas; a él le molestaba algo acerca de los desfiladeros—. Te estás preguntando si me he vuelto loco, ¿verdad? Mis hombres están muriendo y yo desmonto para observarlo todo.

—Estoy preocupada por Jamous. ¿Cuál es tu plan?

—Jamous puede cuidarse solo.

—Jamous está en retirada! Él nunca retrocedería. ¿Cuál es tu plan?

—Ninguno.

—Si no se te ocurre uno pronto, nunca volverás a planificar —objetó ella.

—Lo sé, Mikil —concordó él caminando de un lado al otro.

—No podemos sentarnos simplemente aquí...

—¡No estoy sentado simplemente aquí! —la interrumpió Thomas, mirándola, de repente furioso y sabiendo que no tenía derecho de estarlo; no con ella—. ¡Estoy pensando! ¡Deberías comenzar a pensar!

Él extendió un brazo hacia las hordas, a las que ahora volvían a bombardear con rocas.

—¡Mira allá y dime qué podría detener a un ejército tan monstruoso! ¿Quién crees que soy? ¿Elyon? ¿Puedo palmea y hacer que todos estos desfiladeros aplasten...?

Thomas se detuvo.

—¿Qué pasa? —quiso saber Mikil, mirando alrededor por si había un enemigo, espada en mano.

—¿Qué fue lo que dijiste antes?

—Inquirió él girando hacia el valle.

—¿Qué, que deberías estar con tus hombres?

—¡No! Los precipicios. Dijiste que tendríamos que arrojarles encima el desfiladero.

—Sí, pero también podríamos tratar de tirarles encima el sol. Ese era un

pensamiento absurdo.

—¿De qué se trata?

—¿Y si hubiera una manera de tirarles encima el desfiladero...?

—No la hay.

—Pero, ¿y si la hubiera? —objetó él corriendo hacia el borde—. Si pudiéramos derribar las paredes del cañón exactamente por la retaguardia de ellos les cerraríamos el paso, los traeríamos aquí y los atraparíamos para asesinarlos fácilmente desde arriba.

—¿Qué quieres hacer, calentar todo el precipicio con una hoguera gigante y vaciar encima el contenido del lago para resquebrajarlo?

Él no le hizo caso. Se trataba de algo temerario, pero era mejor que no hacer nada.

—Allí hay una falla a lo largo de la depresión. ¿La ves? Él señaló y ella miró en esa dirección.

—Por supuesto que hay una falla. Aún no veo cómo podría yo...

—¡Desde luego que no puedes! Pero sí pudiéramos, ¿funcionaría?

—Si pudieras dar una palmada y derribar el barranco encima de ellos, entonces yo diría que tenemos una posibilidad de hacer enviar hasta el último de los encostrados al bosque negro al que pertenecen.

Un grito de batalla inundó el cañón. Gerard estaba dirigiendo otra vez sus recién reforzadas tropas hacia el campo de batalla.

—¿Cuánto tiempo crees que podemos contenerlos? —exigió saber Thomas.

—Otra hora. Quizás dos.

—¡Eso tal vez no sea suficiente! —exclamó caminando de un lado al otro.

—Por favor, señor. Tienes que decirme qué está pasando. Hay una razón para que yo sea tu segunda al mando. Si no puedes, debo volver al campo de batalla.

—Una vez hubo una forma de echar abajo un despeñadero como este. Fue hace mucho tiempo, descrito en los libros de historias. Muy pocos lo recuerdan, pero yo sí.

—Exactamente. ¿Y qué?

—Creo que se llamó explosión. Una enorme bola de fuego con tremenda fuerza. ¿Y si pudiéramos idear cómo causar una explosión? Ella lo miró con una ceja arqueada.

—Hubo una época en que yo podía conseguir información específica respecto de las historias. ¿Y si lograra obtenerla sobre cómo causar una explosión?

—¡Eso es lo más ridículo que he oído nunca! Estamos en medio de una batalla. ¿Esperas hacer alguna clase de expedición para obtener información sobre las historias? ¡Estás perturbado a causa de la batalla!

—No, no una expedición. No estoy seguro ni siquiera de que resulte. He comido la fruta por mucho tiempo —informó; la idea surgió con entusiasmo en la mente—. Sería la primera vez en quince años que no habría comido la fruta. ¿Y si aún puedo

soñar?

Mikil lo miró como si hubiera enloquecido. Debajo de ellos la batalla aún rugía.

—Yo debería dormir; ese es el único problema —continuó él, andando de lado a lado, ansioso ahora por esta idea—. ¿Y si no logro dormir?

—¿Dormir? ¿Quieres dormir? ¿Ahora?

—¡Soñar! —exclamó él con el puño apretado—. Debo soñar. ¡Podría soñar como solía hacerlo y enterarme de cómo echar abajo este desfiladero! Mikil se había quedado sin habla.

—¿Tienes una idea mejor? —preguntó él con energía.

—Todavía no —atinó ella a contestar.

—¿Y si no lograba dormir? ¿Y si se necesitaran varios días para que pasara el efecto del rambután?

Thomas se volvió hacia el cañón. Miró el lejano despeñadero; la línea de su falla se aclaraba donde la lechosa roca se volvía roja. Dentro de dos horas todos sus hombres estarían muertos.

Pero si él tuviera un explosivo...

Thomas se dirigió a su caballo y trepó a la silla.

—¡Thomas!

—¡Sígueme!

Ella lo siguió al galope en el sendero hacia el filo de la hondonada. El recorrió con la vista el primer puesto y gritó en plena carrera.

—¡Retrásalos! Haz cualquier cosa que debas hacer, pero aguántalos hasta que oscurezca. Tengo una salida.

—¡Thomas! ¿Qué salida? —gritó ella.

—¡Tú aguántalos! —vociferó él y se fue.

—¿Tienes una salida, Thomas?

Él atravesó toda la línea de arqueros y los equipos de catapultas, animando a cada sección.

—¡Aguántenlos! ¡Resistan hasta el anochecer! Disminuyan la marcha. Tenemos una salida. ¡Si los aguantan hasta la noche, tenemos una salida!

Mikil no decía nada.

Cuando pasaron la última catapulta, Thomas se detuvo.

—Estoy contigo solo porque me has salvado la vida una docena de veces y te he jurado lealtad —enunció Mikil—. Espero que sepas eso.

—Sígueme.

Él la llevó detrás de una formación de rocas y miró alrededor. Bastante bueno. Desmontó.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —inquirió ella.

—Estamos desmontando.

Él halló una piedra del tamaño de su puño y la pesó en una mano. Aunque le disgustaba la idea de que le golpearan la cabeza, no veía alternativa. No había forma de poderse dormir por su cuenta. No con tanta adrenalina corriéndole por las venas.

—Toma. Quiero que me golpees en la cabeza. Necesito dormir, pero eso no va a suceder, así que tienes que golpearme y dejarme inconsciente.

Ella miró alrededor, incómoda.

—Señor...

—¡Golpéame! Es una orden. Y dame un golpe suficientemente fuerte para lograrlo al primer intento. Una vez inconsciente, despiértame en diez minutos. ¿Me hago entender?

—¿Bastan diez minutos para enterarte de lo que necesitas?

Él la miró, impresionado por la monotonía de las vacilaciones.

—Escúchame —continuó ella—. Me has vuelto loca. Quizás los hechiceros de las hordas practiquen su magia, pero ¿cuándo lo hemos hecho nosotros? ¡Nunca! Esto es como la magia de nuestros enemigos.

Muy cierto. Se rumoreaba que los hechiceros de las hordas practicaban una magia que curaba y engañaba al mismo tiempo. A Thomas no le constaba. Algunos decían que Justin practicaba la costumbre de los hechiceros.

—Diez minutos. ¿Eh?

—Sí, por supuesto. Diez minutos.

—Entonces golpéame.

Ella dio un paso adelante.

—¿En realidad tú...?

—¡Golpéame!

Mikil hizo oscilar la piedra.

Thomas bloqueó el golpe.

—¿Qué estás haciendo? —exigió saber ella.

—Lo siento. Fue un reflejo. Esta vez cerraré los ojos.

Cerró los ojos.

La cabeza le explotó con estrellas. El mundo se le oscureció.

4

THOMAS HUNTER despertó en perfecta calma y supo tres cosas antes, de que el corazón hubiera completado el primer latido.

Una, supo que no era el mismo hombre que se había quedado dormido exactamente nueve horas antes. Había vivido quince años en otra realidad y lo habían transformado nuevos conocimientos y nuevas destrezas.

Dos, por desgracia ninguna de esas destrezas incluía sobrevivir a una bala en la cabeza, como una vez fuera el caso.

Tres, había una bala en el cañón de la pistola que en este momento le presionaba ligeramente la cabeza.

Mantuvo cerrados los ojos y el cuerpo relajado. La cabeza le vibraba por el golpe de Mikil. La mente se le aceleró. Pánico.

No, pánico no. ¿Cuántas veces había enfrentado la muerte en los últimos quince años? Incluso aquí, en este mundo de sueños, le habían disparado dos veces en la última semana y cada vez lo había curado el agua de Elyon.

Pero en esta ocasión no había agua sanadora. Esta desapareció con el bosque colorido quince años atrás.

Un susurro suave y lento le inundó el oído.

—Adiós, señor Hunter.

CARLOS MISSIARIAN dejó que se prolongara el último momento satisfactorio. El argumento de una película que en cierta ocasión viera le resonó en la mente. Esquive esto.

Sí, señor Hunter, intente esquivar esto. Apretó el dedo en el gatillo. El cuerpo de

Hunter se sacudió violentamente.

Carlos creyó por una fracción de segundo que había disparado la pistola y metido una bala en el cerebro del hombre, lo cual explicaba la violenta sacudida de Hunter.

Pero no hubo detonación.

Y la pistola atravesó volando la habitación.

Y le ardía la muñeca.

Carlos vio en un horripilante momento de iluminación que Thomas Hunter le había hecho volar la pistola de la mano y que ahora rodaba alejándose de él, de manera demasiado rápida para un hombre común y corriente.

Nada como esto le había ocurrido nunca a Carlos. Se confundió. Había algo muy malo en este tipo que parecía rescatar a voluntad información y destrezas de sus sueños. Si Carlos fuera místico, como lo era su madre, podría estar tentado a creer que Hunter era un demonio.

El hombre se puso de pie y enfrentó a Carlos en el lado opuesto de la cama. No tenía arma y solo llevaba unos calzoncillos bóxer. Sangraba por una fresca cortada que Carlos no le ocasionó. Curioso. Quizás eso explicaba la sangre en las sábanas.

Carlos sacó su cuchillo. Comúnmente su próximo curso de acción sería sencillo. Haría oscilar el arma hacia el hombre desarmado y le acuchillaría el abdomen o el cuello, lo que dejara al descubierto, o enviaría el cuchillo volando desde donde se hallaba. A pesar de la facilidad con que en las películas los actores golpeados aventaban hojas, en combate real no era algo sencillo desviar un estilete bien lanzado.

Pero Hunter no era un tipo común y corriente.

Los dos se enfrentaron, cautelosos.

A Carlos le pareció que Thomas había cambiado. Físicamente era el mismo hombre con el mismo cabello castaño suelto y los mismos ojos verdes, la misma mandíbula firme y las mismas manos sueltas a los costados, el mismo pecho musculoso y abdomen. Pero ahora se comportaba de manera diferente, con una sencilla e inquebrantable confianza. Se quedó parado, las manos sueltas a los costados. Hunter observó fijamente a Carlos, como un hombre podría mirar una desafiante ecuación matemática y no a un amenazador enemigo.

Carlos comprendió que debía estar lanzándose hacia la pistola en el suelo a su izquierda o aventando el cuchillo que había extraído. Pero su fascinación con este hombre demoró sus reacciones. Si Svensson conociera la total extensión de las aptitudes de Hunter, podría insistir en que lo atraparan vivo. Quizás Carlos llevaría el asunto ante Armand Fortier.

—¿Cuál es su nombre? —quiso saber Thomas; sus ojos miraron hacia los costados, a la pistola y hacia atrás.

—Carlos —contestó, moviéndose hacia su izquierda.

—Bien, Carlos, parece que nos volvemos a enfrentar.

Los dos se lanzaron hacia la pistola al mismo tiempo. Hunter llegó primero. La pateó hacia debajo de la cama. Saltó hacia atrás.

—Nunca me gustaron las pistolas —expresó Thomas—. ¿Por casualidad no le interesaría una pelea justa, eh? ¿Espadas?

—Con espadas estaría bien —contestó Carlos; ahora no había manera de alcanzar la pistola—. Desgraciadamente hoy no tenemos tiempo para juegos.

La mujer estaría llegando. En cualquier momento golpearía la puerta y despertaría a su hermano como prometió. Si alguno de ellos daba la alarma...

Carlos atacó a Thomas.

El hombre sorteó la hoja extendida, pero no con suficiente rapidez para eludirla por completo. El filo le tajó el hombro.

Thomas hizo caso omiso de la cortada y saltó hacia la puerta.

—Usted es rápido, pero no lo suficiente. Con dos pasos largos a su derecha Carlos le cortó el camino a su oponente.

—Ya se me ha escapado dos veces de las manos —declaró Carlos—. Pero no hoy.

Hizo retroceder a Thomas hacia un rincón. Del brazo le salía sangre. Carlos no tenía idea de cómo el hombre había hecho para sobrevivir a un fulminante balazo en la cabeza, pero ahora no le sanaba la cortada en el brazo. Una cuchillada bien dirigida y la sangre de Thomas Hunter haría que la alfombra beige se volviera roja.

De pronto, Hunter abrió la boca y gritó a todo pulmón.

—¡Kaaaa!

KARA ACABABA de soltar el agua del inodoro cuando la voz de su hermano resonó a través de las paredes.

—¡Kaaaa!

¡Estaría él en problemas?

—¡Kaaaa!

Ella atravesó volando la puerta del baño. La puerta de la habitación. Cruzó el pasillo de la suite. Agarró violentamente la puerta de Thomas y giró la perilla. Y la abrió de golpe.

Thomas estaba en el rincón, solo bóxers, músculos y sangre. A las claras, un hombre de origen mediterráneo lo había cercenado con una navaja. ¿Carlos?

Los dos la miraron al mismo tiempo. Ella le vio entonces la larga cicatriz en el mentón. Sí, Carlos. El hombre que estaba a punto de clavar la hoja en Thomas era el mismo que le había disparado pocos días atrás.

Kara volvió a mirar a Thomas. No era el mismo hombre a quien besó anoche en

la frente antes de retirarse.

Ella le había dicho que soñara bastante tiempo y se convirtiera en la clase de hombre que podría salvar el mundo. No estaba segura de en quién se había convertido él en sus sueños, pero le habían cambiado los ojos. Las sábanas de la cama estaban manchadas de sangre, en parte fresca y en parte negra y reseca. El sangraba por el hombro y el antebrazo.

—Te presento a Carlos —declaró Thomas—. Él no ha oído hablar del antivirus que tenemos, así que cree que no hay riesgo en matarme. Creí que sería más convincente si viniera de tu parte.

¿Se había enterado su hermano en sus sueños de algo acerca del antivirus? La mirada de Carlos alternó entre ellos.

—Lo que ninguno de ustedes sabe —continuó Thomas—, es que debo llevar de vuelta conmigo alguna clase de explosivos. Las hordas están masacrando mi ejército mientras hablamos. Tengo poco menos de cinco mil hombres contra cien mil encostrados. Debo vencer. ¿Entienden? ¿Ustedes dos? ¡Tengo que conseguir esa información y regresar!

Él estaba parlotando.

—Ya no funciona el agua, Kara. Hay una pistola debajo de la cama. No tienes mucho tiempo.

Carlos atacó a Thomas, que esquivó el primer golpe con la mano derecha. El hombre siguió con su puño izquierdo, el cual Thomas también desvió. Pero bloquear los golpes sucesivos lo había dejado expuesto y Kara había visto eficientes peleas callejeras en Manila para saber que esto era precisamente lo que el atacante buscaba.

Carlos se lanzó directo hacia Thomas, usando la cabeza como ariete. La conectó sólidamente contra la barbilla de Thomas, que cayó como una piedra.

Kara se lanzó hacia la cama y se enredó en la alfombra lanzando un gemido. Rodó debajo de la cama, vio la pistola y estiró la mano para agarrarla.

5

UN HORRIBLE estruendo llenó el aire. Un estruendo de refriega. De muerte.

Los ojos de Thomas se abrieron de repente. Se sentó y se estremeció ante el dolor que le bombardeaba la cabeza.

—¿Lo averiguaste? —inquirió Mikil, inclinándose en una rodilla al lado de él.

—¿Averiguar qué?

—¡Yo lo sabía! —exclamó ella alejándose.

Por supuesto, ¡él había ido por los explosivos! La mente le daba vueltas.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Cinco minutos —respondió ella encogiendo los hombros.

—¡Cinco minutos! ¡Te dije diez!

—Yo no te desperté. Despertaste solo. Quizás fue Elyon quien te despertó para que fueras a dirigir a tus hombres.

—No, ¡tengo que volver!

—¿Volver adonde? —preguntó ella mirándolo.

—No tuve suficiente tiempo. Debo regresar y saber cómo hacer explosivos.

—Eso es una tontería. ¿Qué me pondrás a hacer? ¿Golpearte otra vez en la cabeza con una piedra?

—¡Sí! —gritó él a los pies de ella—. Funciona. Volví a soñar. ¡Estuve allí, Mikil!

—¿Y qué hiciste allá?

Peleé con un hombre que intentaba dispararme con una pistola. Es otra clase de artefacto explosivo. Él pelea... y es muy bueno. Creo que me dejó inconsciente —informó Thomas, luego le dio la espalda, recordando—. Kara...

Lo detuvo un dolor en el hombro.

Tenía un corte profundo como de ocho centímetros exactamente sobre el bíceps derecho. Se pasó un dedo por él, tratando de recordar si se lo hizo en la batalla abajo o en sus sueños.

—¿Tenía yo está cortada? —le preguntó.

—Debiste de tenerla. No recuerdo cuándo...

—¡No! No la tenía al venir acá. ¿Me cortó alguien mientras dormía?

—Desde luego que no.

—¡Entonces es de mis sueños! —gritó, y le agarró el brazo a Mikil—. ¡Noquéame! ¡Ahora! ¡Rápido! ¡Debo regresar para salvar a mi hermana!

—No tienes hermana.

—¡Golpéame! —volvió a gritar—. Simplemente golpéame.

—No es propio de mí golpear a mi comandante dos veces en el lapso de diez minutos, incluso si...

—Te lo ordeno —dictaminó él, mientras un temblor le recorría las manos—. Haz de cuenta que no soy tu comandante. Soy un encostrado que huelo a carne podrida y que te decapitaré si no te defiendes...

Mikil voló hacia él, que no intentó evitar el golpe. La suela de cuero de la bota femenina lo golpeó por encima de la oreja derecha, por lo que se desplomó.

6

LA MANO de Kara encontró el frío acero. Nunca había tenido una sensación tan intensa de alivio. Estrechó los dedos alrededor de la pistola. Pero su alivio fue prematuro. Se hallaba sobre el estómago, con el rostro pegado a la alfombra, inútil. Giró y rodó para ponerse de espaldas. La pistola sonó contra el marco metálico de la cama. Un estruendo rasgó el apretado espacio.

¿Había disparado la pistola! ¿Le habría dado a alguien? ¿Habría hecho un hueco en la pared o en la ventana? Quizás le dio a Carlos. O a Thomas.

Giró otra vez y vio que Thomas aún estaba de espaldas junto a la pared opuesta. Sin perforación de bala que ella pudiera ver.

Algo rebotó sobre la cama. Carlos.

Kara disparó dentro del colchón, estremeciéndose con la explosión. Otra vez. Pum, pum.

Vio los pies de Carlos posándose en el suelo. De dos largas zancadas se metió en el pasillo.

La joven jaló violentamente el gatillo y envió otra bala en dirección al hombre.

Carlos desapareció hacia la suite adjunta al final del pasillo. La puerta se cerró de un portazo.

¿Y si en realidad no se hubiera ido? ¿Y si estuviera escondido detrás de la pared, esperando que ella se levantara y bajara la pistola antes que él irrumpiera y le cortara la garganta?

Kara salió pitando hacia la luz del día, manteniendo la pistola apuntada en la entrada lo mejor que pudo, considerando toda su energía nerviosa. Se puso de pie con cuidado, se acercó a la puerta y observó a su izquierda —en un amplio círculo— hasta que pudo ver el corredor a través de la puerta.

Ninguna señal de Carlos.

La puerta al final del corredor estaba abierta. Ese hombre no había actuado solo. Alguien en el hotel le había ayudado a entrar a la suite por la habitación contigua.

—¿Thomas?

Kara corrió alrededor de la cama y se arrodilló al lado de él.

—¡Thomas! —exclamó, golpeándole levemente la mejilla.

Alguien golpeaba la puerta principal. Habían oído los disparos. Carlos había huido porque sabía que se oirían los disparos. Posiblemente el disparo accidental de ella pudo haberles salvado la vida.

—Thomas, despierta, cariño.

Él gimió y abrió lentamente los ojos.

THOMAS Y Kara se hallaban en la suite de Merton Gains, esperando que el secretario de estado terminara una serie de llamadas. Los había recibido con un breve saludo, escuchó los detalles del ataque a Thomas, ordenó mayor seguridad para su propia suite y luego se excusó por unos minutos. Manifestó que el mundo se estaba desenredando tras puertas cerradas.

Ellos oían la voz apagada del ministro por el pasillo a sus espaldas.

—¿Quince? ¿Quince años? —preguntó Kara en voz baja, casi en susurro—. ¿Estás seguro?

—Sí. Muy seguro.

—¿Cómo es posible eso? No eres quince años mayor, ¿o sí?

—Mi cuerpo no, pero de algún modo...

—¿De algún modo?

—Lo siento.

—De algún modo —añadió ella—. Parece... mayor.

—Como te decía, tengo como cuarenta años allá. Sinceramente aquí también me siento como de cuarenta. Asombroso.

—Así que estas heridas tuyas son un cambio determinante en las reglas entre estas dos realidades —comentó ella, señalando el brazo de Thomas—. El conocimiento y las destrezas siempre han sido transferibles en ambas direcciones, pero antes de que el bosque colorido se volviera negro tus heridas en ese mundo no pasaban hasta aquí; solamente las heridas de este mundo pasaban hasta allá. ¿Se cruzan ahora en ambas direcciones?

—Evidentemente. Pero es sangre lo que se transfiere, no solo heridas. La sangre tiene que ver con la vida. En realidad, el niño dijo que la sangre contamina los lagos. Esa es una de nuestras reglas cardinales. En todo caso, ahora el asunto se da en ambas direcciones.

—Pero la primera vez que te golpeaste la cabeza, cuando empezó todo esto,

sangraste en ambos mundos.

—Quizás me herí realmente en los dos mundos al mismo tiempo. Tal vez eso es lo que abrió esta puerta —opinó él y suspiró—. No sé, parece absurdo. Supondremos que se pueden transferir conocimientos, destrezas y sangre. Nada más.

—Y que eres la única puerta. Estamos hablando de tu conocimiento, tus destrezas y tu sangre.

—Correcto.

—Eso explicaría por qué no has envejecido aquí —concluyó Kara—. Te cortas allá y apareces cortado aquí, pero no envejeces de la misma forma, ni engordas del mismo modo, ni sudas de igual manera. Solo acontecimientos específicos vinculados al derramamiento de sangre aparecen en ambas realidades.

Ella hizo una pausa.

—¿Y eres general allá?

—Comandante de los guardianes del bosque, general Thomas de Hunter — corrigió él sin inmutarse.

—¿Cómo sucedió eso? —indagó ella—. No es que dude de que pudieras ser el mismísimo Alejandro Magno. Solo que es demasiado para digerir. Un poco de detalles ayudaría.

—Debe parecer demasiado absurdo, ¿eh? —declaró él con una sonrisa dibujada en los labios.

Este era el Thomas que Kara conocía.

Él apretó el cojín de cuero a su lado.

—Todo esto es muy... muy extraño. Muy real.

—Porque es muy real. Dime, por favor, que no vas a tratar otra vez de saltar por el balcón.

—Está bien —la tranquilizó él soltando el cojín—. Es obvio que los dos lugares son reales. Al menos lo estamos suponiendo, ¿correcto? Pero tienes que comprender que después de quince años en otro mundo, este se siente más como un sueño. Perdóname si de vez en cuando me comporto de manera extraña.

Ella sonrió y sacudió la cabeza. Él ya era medio «bastante extraño» y medio el antiguo Thomas.

—¿Es cómico? —cuestionó él.

—No. Pero escúchate: «Perdóname si de vez en cuando me comporto de manera extraña», no es por ofenderte, hermano, pero parece estar en un gran conflicto. Dime más.

—Después de que los shataikis extendieran su veneno por el bosque colorido, una terrible enfermedad se apoderó de la población. Hace que la piel se descascare por encima y se raje por debajo. Es muy doloroso. Los ojos se vuelven grises y el cuerpo hiede, como a azufre o huevos podridos. Pero Elyon dispuso una manera de que

vivamos sin los efectos de esta enfermedad. Siete selvas... bosques regulares, no coloridos, aún permanecen, y en cada uno de ellos un lago. Si nos bañamos a diario en el lago, la enfermedad queda en remisión. La única condición que tenemos para vivir en el bosque es que nos bañemos con regularidad y evitemos que los lagos sean contaminados con sangre.

Kara solamente lo miraba.

—Por desgracia, en este mismo instante estoy en una batalla con las hordas que podrían acabar con todo.

—¿Y qué hay con la profecía?

—¿Que Elyon destruirá a las hordas con un soplo? Quizás la dinamita sea la respuesta de Elyon —opinó él parándose, ansioso de avanzar con este plan—. Debo averiguar cómo hacer dinamita antes de regresar.

—Así que entiendo que has seguido soñando —comentó Gains detrás de ellos, tuteando por primera vez a Thomas.

Kara se paró al lado de su hermano. Al oír la convicción en la voz de Thomas y ver la luz en sus ojos mientras hablaba, ella estuvo tentada a creer que el verdadero drama se desarrollaba en una realidad diferente, que la variedad Raison solo era una historia y que la guerra en el desierto de Thomas era la realidad verdadera.

Gains la trajo de regreso a la tierra.

—Bueno —siguió diciendo Gains rodeando el sofá—. Tengo la sensación de que vamos a necesitar esos sueños tuyos. Nunca imaginé que alguna vez diría algo como esto, pero tampoco imaginé que alguna vez enfrentaríamos tal clase de monstruo. ¿Les puedo brindar algo de beber?

Ninguno de los dos contestó.

—Repito, la falta de seguridad para la suite de ustedes fue descuido mío. Odio admitirlo, Thomas, pero te hemos menospreciado desde el principio. Te puedo garantizar que eso acaba de cambiar.

Thomas no dijo nada. Gains lo miró.

—¿Seguro que estás bien?

—Estoy bien.

—Muy bien —declaró Gains, miró a Kara y luego otra vez a Thomas—. Te necesitamos en esto, hijo.

—No estoy seguro de poder ayudar más. Las cosas han cambiado.

Gains dio un paso al frente, agarró a Thomas por el brazo y lo llevó a la ventana.

—No estoy seguro de que comprendas toda la magnitud de lo que está pasando, pero no parece bueno, Thomas. Farmacéutica Raison acaba de concluir el examen de una chaqueta que fue dejada en un perchero en el Aeropuerto Internacional de Bangkok. Se informó que un hombre acosó a varias asistentes de vuelo antes de entrar al centro de primeros auxilios, colgó la chaqueta en el perchero y salió.

¿Adivinan qué hay en la chaqueta?

—El virus —contestó Kara.

—Correcto. La variedad Raison. Como lo prometiera Valborg Svensson. Como lo predijera nadie más que Thomas Hunter, lo cual te hace un hombre muy, pero muy importante, Thomas. Y es verdad, el virus se transmite por aire. Lo que significa que si nosotros tres aún no estamos infectados, lo estaremos antes de que salgamos para Washington D.C. Media Tailandia estará infectada para el fin de semana.

—¿Salir para D.C? —preguntó Thomas—. ¿Por qué?

—El presidente ha sugerido que le cuentes lo que sabes a un comité que él está reuniendo.

—No estoy seguro de tener algo que agregar a lo que usted ya sabe.

—Sé que esta no ha sido la semana más fácil para ti, Thomas —comentó Gains sonriendo con nerviosismo—, pero sin duda no estás viendo claramente el panorama aquí. Tenemos entre manos una situación grave y para empezar no sabemos en absoluto cómo tratarla de forma eficaz. Pero tú vaticinaste la situación y de momento parece saber más del asunto que nadie. Eso te convierte en invitado del presidente de Estados Unidos. Ahora. Por la fuerza si es necesario.

Thomas parpadeó. Miró a Kara.

—Me parece lógico —declaró ella.

—¿Saben algo de Monique? —quiso saber Thomas.

—No.

—Pero ustedes no comprenden lo que está sucediendo ahora —objetó Thomas—. Es probable que Svensson no tenga aún el antivirus, pero lo tendrá con ayuda de ella. Cuando eso ocurra, estaremos acabados.

Este era más como su antiguo hermano.

—No sé en qué situación estamos. En este momento el asunto se me ha escapado de las manos...

—¿Ve usted? Le digo algo y empieza con las dudas. ¿Por qué debería creer que Washington será diferente?

—¡No estoy dudando de ti! Solo estoy diciendo que el presidente se ha hecho cargo de esto. No es a mí a quien debes persuadir sino a él.

—Está bien. Iré. Pero también necesito ayuda de usted. Antes de volver a dormir debo aprender a crear una explosión suficientemente grande para echar abajo un barranco.

Gains suspiró.

Thomas dio un paso, agarró al ministro por el brazo casi en la misma forma en que Gains le había agarrado el suyo y lo llevó lentamente hacia la misma ventana.

—No tengo la seguridad de que comprendas toda la magnitud de lo que está pasando, pero no parece bueno, Merton —remedó Thomas, correspondiéndole al

tuteo—. Déjame ayudarte. Mientras hablamos estoy dirigiendo lo que queda de mi ejército, los guardianes del bosque, en una terrible batalla contra las hordas. Ahora nos quedan menos de cinco mil hombres. Ellos suman cien mil. Si no encuentro una forma de tirarles encima el despeñadero, nos invadirán y asesinarán a nuestras mujeres y nuestros niños. Bueno, eso podría ser una gran idiotez para ti. Pero hay otro problema. Si muero allá, muero aquí. Y si estoy muerto aquí, no les seré de mucha ayuda.

—¿No es eso exigir mucho?

—Este vendaje en mi antebrazo cubre una herida que recibí hoy en la batalla —contestó Thomas estirando el brazo y subiéndose la manga de la camisa—. Mis sábanas allá arriba están cubiertas de sangre. Carlos no me cortó mientras yo dormía. ¿Quién lo hizo? Mis sienes están vibrando por una pedrada que recibí en la cabeza. Créeme, la otra realidad es tan palpable como esta. Si muero allá, te puedo garantizar que muero acá.

Y lo opuesto también es cierto, pensó Kara. Si él muriera aquí, entonces moriría en el bosque.

—Ahora haré todo lo que esté de mi parte para ayudarte, si me ayudas a permanecer vivo —advirtió él bajándose la manga—. Yo diría que es un intercambio parejo. ¿No es cierto?

—De acuerdo —contestó el ministro; una sonrisa insegura le atravesó el rostro—. Veré qué puedo hacer, con la condición de que no hables de este tipo de detalles frente a los medios de comunicación o a la clase dirigente en Washington. No estoy seguro de que ellos lo entendieran.

—Veo tu punto —asintió Thomas—. Quizás, Kara, tú podrías realizar algunas investigaciones mientras el ministro me pone al corriente.

—¿Quieres que descubra cómo hacer explosivos? —preguntó arqueando una ceja.

—Estoy seguro de que Gains puede hacer una llamada a las personas indicadas. Estamos en tierras del cañón. Muchas rocas, ricas en cobre y mineral de estaño. Ahora hacemos armas de bronce. Aunque nos retiráramos, solo tendríamos unas pocas horas para encontrar los elementos que se te ocurran y hacer explosivos. Tiene que ser bastante fuerte para echar abajo las paredes del cañón a lo largo de una falla natural.

—Pólvora —explicó Gains.

—¿No dinamita? —inquirió Thomas, situándosele enfrente.

—Lo dudo. La pólvora se hizo primero al combinar varios elementos comunes. Eso es lo mejor para ti —respondió él y luego movió la cabeza de lado a lado—. Ayúdanos Dios. Discutimos con calma qué explosivo será mejor para volar esas «hordas» mientras respiramos el virus más mortal del mundo.

—¿Quién puede ayudarme? —preguntó Kara a Merton.

Él desplegó el celular, entró a la cocina, pulsó un número, habló brevemente en tono suave y terminó la llamada.

—Anoche conociste a Phil Grant, director de la CÍA. Él está en el cuarto contiguo y pondrá en eso a tantas personas como necesites.

—¿Ahora mismo?

—Sí, ahora mismo. Si se puede descubrir y hacer pólvora en cuestión de horas, la CÍA hallará las personas que puedan decirte cómo. Perfecto —declaró Thomas. A Kara le gustaba el nuevo Thomas. Le guiñó un ojo y salió.

THOMAS SE volvió hacia Gains.

—Bueno, ¿en qué estábamos?

Todo regresaba a Thomas. No es que hubiera olvidado ninguno de los detalles, pero hasta ahora se había sentido un poco desorientado. Podía involucrarse en muy poco. Con cada minuto que pasaba en este mundo aumentaba su sensación de la crisis inmediata, correspondiendo a la crisis que dependía de él en el otro mundo.

—Washington.

—No me puedo imaginar a un grupo de políticos escuchando a alguien tan directo como yo —comentó Thomas pasándose una mano por el cabello—. Creerán que estoy loco.

—El mundo está a punto de enloquecer, Thomas. Francia, Gran Bretaña, China, Rusia... todas las naciones en que Svensson ha liberado este monstruo ya están dando tumbos. Quieren respuestas, y tú, además de los cómplices de esta confabulación, podrías ser el único en dárselas. No tenemos tiempo para discutir tu cordura.

—Bien dicho.

—Hiciste de mí un creyente. Me voy a aventurar por ti. No me vuelvas la espalda, no ahora.

—¿Dónde ha liberado Svensson el virus?

—Ven conmigo.

HABÍA UNA sensación de «paramnesia» para la reunión. El mismo salón de conferencias, los mismos rostros. Pero también había algunas diferencias importantes. Tres nuevos asistentes se habían unido por medio una video conferencia. La ministra de salud Barbara Kingsley, funcionada de alto rango en la Organización Mundial de la Salud, y el ministro de defensa, aunque se excusó después de solo diez minutos. Había algo extraño en su temprana salida, pensó Thomas.

Los ojos se movían rápida y nerviosamente por el salón. Habían desaparecido las miradas confiadas de anoche. A la mayoría de ellos le era difícil sostenerle la mirada.

Pasaron treinta minutos discutiendo los informes recibidos. Gains tenía razón. Rusia, Inglaterra, China, India, Sudáfrica, Australia, Francia... naciones que habían sido amenazadas directamente hasta aquí exigían respuestas del Departamento de Estado. Pero no había ninguna, al menos ninguna que brindara la más leve esperanza. Además, estaba la promesa de que al final del día se habría duplicado la cantidad de ciudades infectadas.

El informe de Farmacéutica Raison sobre la chaqueta dejada en el aeropuerto de Bangkok levantó quince minutos de especulaciones y conjeturas, la mayoría encabezadas por Theresa Sumner, de los Centros para el Control de Enfermedades, CDC. Si, y ella insistió que se trataba de un gran si, cada ciudad que Svensson afirmaba haber infectado hubiera sido infectada de veras, y si —otra vez un gran si— el virus actuaba en realidad como mostraran los modelos de computación, el virus ya se había extendido demasiado para detenerlo.

Ninguno de ellos podía comprender totalmente un escenario tan catastrófico.

—¿Cómo diablos pudo haber ocurrido algo así? —inquirió Kingsley, una mujer de huesos fuertes y cabello negro. Su pregunta fue recibida con silencio.

Thomas pensó que solo en la última semana esta misma y simple pregunta se habría hecho ya mil veces de las maneras más claras posible.

—Señor Raison, tal vez usted podría dar una explicación con la que yo me sienta cómoda para transmitirle al presidente.

—Se trata de un virus, señora. ¿Qué explicación le gustaría?

—Sé que se trata de un virus. La pregunta es: ¿cómo es posible esto? Millones de años de evolución o de lo que sea que tengamos aquí, ¿y simplemente sale de la nada una bacteria para matarnos a todos? No estamos en la Edad Media, ¡por el amor de Dios!

—No, en la Edad Media la humanidad no tenía la tecnología para crear nada tan asqueroso.

—No puedo creer que ustedes no previeran la llegada de esto.

Eso estuvo tan cerca de una acusación como la que alguien pudiera hacer, y dejó en silencio el salón.

—Nadie que entienda el verdadero potencial de las bacterias biotecnológicas pudo haber previsto la llegada de esto —explicó Jacques de Raison—. El equilibrio de la naturaleza es un asunto delicado. No hay manera de predecir mutaciones de esta clase. Explíqueme eso por favor a su presidente.

Todos se miraron como si en cualquier momento uno de ellos fuese a aclarar esa terrible equivocación. ¡Santos inocentes! Pero no eran santos ni inocentes.

Se unieron alrededor del anuncio de Sumner de que el virus solo se había

verificado en Bangkok. Nadie más sabía mucho respecto de qué buscar, aunque los CDC trabajaban febrilmente para tener la información correcta a la mano.

—¿No tenemos que abordar un avión? —preguntó finalmente Thomas.

Lo miraron como si su declaración requiriera algún examen. Todo lo que Thomas Hunter decía era ahora digno de examinarse.

—El auto nos llevará en treinta minutos —expresó el ayudante de Gains.

—Qué bueno. No estoy seguro que estemos haciendo algún bien aquí. Silencio.

—¿Cómo es eso? —preguntó finalmente alguien.

—Para empezar, ya les conté todo a ustedes. Y toda la cháchara del mundo no cambiará el hecho de que estamos frente a un virus de transmisión por vía aérea que infectará a toda la población del mundo en dos semanas. Solo hay una manera de tratar con el virus, y es encontrar un antiviral. Para eso creo que necesitaremos a Monique de Raison. El destino del mundo depende de que la encontremos —comunicó Thomas, echó la silla hacia atrás y se levantó—. Pero no podemos hablar de encontrar a Monique de Raison aquí, porque al hacerlo probablemente avisamos a Svensson. Creo que él tiene a alguien aquí adentro.

—¿Insinúas que hay un espía? —inquirió Gains aclarando la garganta—. ¿Aquí?

—¿Cómo si no supo Carlos exactamente dónde hallarme? ¿Cómo si no obtuvo acceso a mi suite a través de la habitación contigua? ¿Cómo si no supo que me encontraba durmiendo cuando entró?

—Tengo que estar de acuerdo —concordó Phil Grant; Thomas se preguntó si la confianza del hombre en sus colegas había contenido sus propias sospechas hasta ahora—. Existen otras maneras en que él pudo haber obtenido acceso, pero Thomas tiene bastante razón.

—Entonces debo decir que al gobierno francés le gustaría custodiar a Thomas Hunter —expresó Louis Dutétre.

Todas las miradas se volvieron hacia el funcionario de la inteligencia francesa.

—París ha caído bajo ataque. El señor Hunter sabía del ataque antes de que ocurriera. Esto lo coloca bajo sospecha.

—No sea ridículo —manifestó Gains—. Ellos trataron de matarlo esta mañana.

—¿Quién lo hizo? ¿Quién vio al misterioso intruso? Hasta donde sabemos, Thomas es el espía. ¿No es esa una posibilidad? Mi país insiste en la oportunidad de interrogar...

—¡Basta! —gritó Gains poniéndose de pie—. Esta reunión está suspendida. Señor Dutétre, usted puede informar a su gente que Thomas Hunter está bajo la custodia protectora de Estados Unidos de América. Si su presidente tiene problemas con eso, avísele por favor que se comunique con la Casa Blanca. Vamos.

—¡Una objeción! —exclamó Dutétre levantándose también—. Todos estamos afectados; todos deberíamos participar.

—Entonces encuentre a Svensson —declaró Gains.

—Por lo que a ustedes les consta, ¡este hombre es Svensson!

Ahora había una idea interesante.

Gains salió del salón sin mirar hacia atrás. Thomas lo siguió.

EL PEQUEÑO jet voló hacia el occidente sobre Tailandia, en dirección a Washington, D.C, seis horas después de que el primer fax a la Casa Blanca informara al mundo de que todo acababa de cambiar para el homo sapiens. Ahora los CDC habían comprobado el virus en otras dos ciudades: Nueva York y Atlanta. Empezaron con los aeropuertos, siguiendo indicaciones en Bangkok, y no habían tenido que ir más lejos.

Svensson estaba utilizando los aeropuertos.

Había usado los aeropuertos.

La primera decisión crítica ahora estaba sobre los líderes del mundo. ¿Debían cerrar los aeropuertos y disminuir de este modo la expansión del virus? ¿O deberían evitar el pánico público reteniendo la información hasta que tuvieran algo más concreto?

Según Farmacéutica Raison, cerrar los aeropuertos no disminuiría tanto el virus como para que fuera determinante... ya se había extendido demasiado. Y el pánico no era una posibilidad con la que ninguno de los gobiernos estuviera dispuesto a tratar todavía. Por ahora, los aeropuertos seguirían abiertos.

Thomas solo había estado despierto cuatro horas, pero ahora ansiaba quedarse dormido. Tenía en sus manos la delgada carpeta manila y leía el contenido por quinta vez.

—Quizás no tenga la clase de poder que necesitas, pues es muy lenta al arder, pero Gains tenía razón. La pólvora es el único explosivo con el que tienes alguna posibilidad de trabajar en medio de la nada.

—¿Cómo voy a encontrar esa cosa?

—Me dijeron que la clase de potencia de fuego que necesitas no es imposible. Los chinos la descubrieron por accidente hace casi doscientos años. Puedes disponer casi del cincuenta por ciento de la combinación de elementos y aun conseguir un estallido decente. Y los tres elementos que necesitarás son muy comunes. Solo tienes que saber lo que estás buscando, y ahora lo sabes. ¿Tienes azúcar allá?

—Algo, sí. De la caña de azúcar, igual que aquí.

—Si no logras conseguir carbón con suficiente rapidez, el azúcar también funcionará como combustible. Aquí hay una lista de sustitutos. Todas las proporciones están allá. Detén a las hordas, y detenlas definitivamente. Utiliza mil soldados para hallar lo que necesitas.

—¿Un poco de investigación y estás lista para comandar ejércitos? — bromeó él

sonriendo—. Serías buena allá, Kara. Lo serías de veras.

—¿Te gustaría más allá que acá?

Él no había considerado la comparación.

—No estoy seguro de que exista un «allá» que tampoco sea un «acá». Difícil de explicar y es solo un presentimiento, pero lo cierto es que ambas realidades son muy parecidas.

—¡Hum! Bueno, si alguna vez te imaginas cómo llevar contigo a otros, prométeme que me llevarás primero.

—Prometido.

Ella suspiró.

—Sé que esta no es exactamente la mejor ocasión para mencionar esto; sin embargo, ¿recuerdas lo último que te dije antes de que desaparecieras anoche por quince años?

—Recuérdamelo.

—Fue solo hace doce horas. Sugerí que te convirtieras en alguien que pudiera tratar con la situación aquí. Ahora has regresado como general. Sencillamente me produce asombro.

—Pensamiento interesante.

—En realidad has cambiado, Thomas. Y detesto decírtelo, pero creo de verdad que has cambiado para bien de este mundo, no de ese.

—Quizás.

—Se nos está acabando el tiempo. Tienes que empezar a resolver ciertas cosas. Deja del todo este evasivo asunto de «quizás» y «pensamiento interesante». Si no lo haces, sencillamente podríamos quedar tostados.

—Quizás —declaró él sonriendo y cerrando la carpeta—. Pero a menos que logre imaginar la forma de sobrevivir allá como general, no estaré aquí para imaginar nada. Como dije, si muero allá, creo que moriré acá.

—¿Y si mueres aquí? —cuestionó ella—. ¿Y si sucede que el virus nos mata aquí a todos?

Él no había relacionado los puntos de este modo y la sugerencia de Kara lo inquietó. Pero solo tenía sentido que si moría aquí junto con los demás, moriría en el bosque.

—Esperemos que esta pólvora tuya funcione, hermanita.

—¿Hermanita?

—Siempre te he llamado así.

—Ahora parece extraño —dijo ella encogiendo los hombros.

—Soy extraño, hermanita. Muy, pero muy, extraño —expresó él, suspiró, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos—. Es hora de volver al cuadrilátero. Casi estoy tentado a pedirte que me frotes los hombros. Asalto catorce y no me puedo mantener

en pie.

—No es divertido. ¿Tienes todo lo que necesitas?

—He leído el material una docena de veces —contestó él tanteándose la cabeza

—. Esperemos que logre recordarlo y que logre encontrar lo que necesito.

—La fortaleza de Elyon —recordó ella.

—La fortaleza de Elyon —repitió él abriendo un ojo y observándola.

7

—DESPIERTA.

La mejilla le ardía. Una mano lo volvió a abofetear varias veces.

—¡Estoy despierto! —exclamó Thomas levantándose—. ¡Dame un momento!

Mikil retrocedió.

La mente de Thomas le dio vueltas. Después de tanto tiempo sentía como surrealistas las transiciones de sus sueños.

Observó a su segunda al mando. Mikil. Ella probablemente podría entrar a cualquier bar de Nueva York y desalojar el lugar. Usaba mocasines de batalla, una clase de botas con suelas de cuero endurecido y piel de ardilla alrededor de los tobillos y la media pantorrilla. Tenía un cuchillo con empuñadura de hueso amarrado a la delgada y bien musculosa pierna. Usaba protectores de muslos para la batalla y una falda corta de cuero endurecido que detendría la mayor parte de los ataques. El torso se encontraba cubierto con la tradicional armadura de cuero, pero los brazos estaban libres para moverlos y bloquear. Por lo general, el cabello le caía hasta los hombros, pero hoy lo tenía atado atrás para la batalla. Se había sujetado una pluma roja al codo izquierdo, un obsequio de Jamous, que la cortejaba. Una larga cicatriz le recorría desde la pluma hasta el hombro, obra de un encostrado momentos antes de que ella lo enviara aullando al infierno durante la campaña de invierno.

Los ojos de Mikil habían empezado a volverse grises. La noticia de escaramuzas en la brecha Natalga había llegado durante la noche, por lo que ella salió de la población sin su acostumbrado baño en el lago. El juramento de los guardianes del bosque requería que todos los soldados se bañaran al menos una vez cada tres días. Cualquier demora más y se arriesgarían a convertirse en moradores del desierto. La enfermedad no solo afectaba a los ojos y la piel, sino también a la mente. Los guardianes debían llevar grandes cantidades de agua en las campañas o acercar a casa las líneas de batalla. Ese era el único y mayor factor limitador que enfrentaba un estratega.

Una vez Thomas se quedó atrapado en el desierto cuatro días sin caballo. Tenía dos cantimploras, y usó una para un somero baño el segundo día. Pero, para el final del tercer día, la llegada de la enfermedad fue tan dolorosa que apenas podía caminar. La piel se le había vuelto gris y descascarada, y un nauseabundo olor le emanaba por los poros. Aún estaba a un día de camino de la selva más cercana.

En un ataque de pánico se desnudó, se arrojó sobre la arena y suplicó que el sol abrasador le quemara la carne de los huesos. Por primera vez supo lo que significaba ser un morador del desierto. En realidad era el infierno en la tierra.

En la mañana del cuarto día comenzó a ver el mundo de manera diferente. Disminuyeron sus ansias por agua. Sentía mejor la arena debajo de los pies. Comenzó a pensar que después de todo no era imposible vivir bajo esta nueva piel gris. Canceló los pensamientos como alucinaciones y esperó morir de sed para el final del día.

Una cuadrilla extraviada de moradores del desierto lo encontró y lo confundió con uno de los suyos. Bebió el agua corrompida de ellos, se puso un mantón con capucha y exigió un caballo. Como si la hubiera conocido ayer, aún podía recordar a la mujer que le entregó el suyo.

—¿Eres casado? —le preguntó ella.

Thomas permaneció allí, con el cuero cabelludo ardiéndole debajo de la capucha y mirando a la moradora del desierto, sorprendido por la pregunta de ella. Si contestaba de manera afirmativa, ella podría preguntar quién era su esposa, lo cual podría ocasionarle problemas.

—No.

La mujer se le acercó y le examinó el rostro. Tenía los ojos de color gris sin brillo, casi blancos. Las mejillas eran grisáceas.

Ella se echó la capucha para atrás y dejó al descubierto el blanqueado cabello. En ese momento Thomas supo que esta mujer se le estaba proponiendo. Pero hubo más, supo que ella era hermosa. Él no estaba seguro de si el sol lo había afectado o si la enfermedad le consumía la mente, pero la encontró atractiva. Al menos fascinante. No, más que eso. Atractiva. Y sin olor. Es más, él tenía la seguridad de que si de alguna manera milagrosa volviera a ser otra vez el Thomas con piel clara y ojos verdes, ella pensaría que la piel de él apestaba.

La repentina atracción lo agarró totalmente desprevenido. Los habitantes del bosque seguían el camino del Gran Romance, jurando no olvidar el amor que Elyon les había prodigado en el bosque colorido. No así los encostrados. Hasta este momento él nunca había considerado cómo era sentir la atracción de un hombre por una encostrada.

—Soy Chelise —se presentó la mujer estirando una mano y acariciándole la mejilla.

Él se quedó inmovilizado por la indecisión.

—¿Te gustaría venir conmigo, Roland?

Él le había dado el nombre ficticio sabiendo que el suyo era muy conocido.

—Me gustaría, sí. Pero primero debo terminar mi misión y para eso necesito un caballo.

—¡No me digas! ¿Y cuál es tu misión? —inquirió ella sonriendo de forma seductora—. ¿Eres un feroz guerrero que salió a asesinar al homicida de hombres?

—En realidad soy un verdugo —contestó él creyendo que eso le haría ganar respeto, pero ella actuaba como si encontrar verdugos en el desierto fuera algo común—. ¿Quién es ese homicida de hombres?

Los ojos femeninos se ensombrecieron, él comprendió que había hecho la pregunta equivocada.

—Si fueras un verdugo, lo sabrías, ¿o no? Solo hay un hombre al que todo verdugo ha jurado matar.

—Sí, por supuesto, pero ¿conoces de veras los asuntos de un verdugo? —le preguntó él, buscando una salida en la mente—. Si estás tan ansiosa de darme hijos, quizás deberías saber con quién harías tu hogar. Así que dime, ¿a quién hemos jurado matar los verdugos?

Al instante se dio cuenta de que esa respuesta le gustó a ella.

—Thomas de Hunter —contestó ella—. Él es el asesino de hombres, mujeres y niños; él es el único a quien mi padre, el gran Qurong, ha ordenado que maten sus verdugos.

¡La hija de Qurong! ¡Él estaba hablando con la realeza del desierto! Inclino la cabeza en una muestra de sumisión.

—No seas tonto —comentó ella riendo—. Como puedes ver, no llevo puesto el brazalete de mi posición.

La manera en que los ojos de ella se ensombrecieron cuando pronunció el nombre de él inquietó a Thomas. Supo que era tan despreciable a los ojos de los moradores del desierto como ellos lo eran para él. Pero discutir ese tema alrededor de la fogata después de derrotar al enemigo era una cosa; otra era oírlo salir de los labios de tan sensacional enemigo.

—Ven conmigo, Roland —pidió Chelise—. Te daré más por hacer que andar por ahí haciendo atentados inútiles. Todos saben que Hunter es demasiado rápido con la espada para ceder ante esta estrategia insensata de mi padre. Martyn, nuestro brillante nuevo general, tendrá un lugar para ti.

Esa fue la primera vez que oyó el nombre del nuevo general.

—Lamento discrepar, pero soy el único verdugo que puede encontrar al asesino de hombres y matarlo a voluntad.

—¡No me digas! ¿Eres así de inteligente, no? ¿Y eres tan brillante para leer lo que ningún hombre puede interpretar?

¿Estaba ella burlándose al sugerir que él no podía leer?

—Por supuesto que puedo leer.

—¿Los libros de las historias? —preguntó ella arqueando una ceja. Thomas parpadeó ante la referencia. ¿Se refería ella a los libros antiguos? ¿Cómo era posible?

—¿Los tienes? —interrogó él.

—No —contestó Chelise alejándose—. Pero he visto algunos. Se necesitaría un sabio para leer ese caos.

—Dame un caballo —pidió él—. Déjame terminar mi misión y luego volveré.

—Te daré un caballo —respondió ella, volviéndose a poner la capucha—. Pero no te molestes en volver a mí. Si matar a otro hombre es más importante para ti que servir a una princesa, te juzgué mal.

Ella ordenó a un hombre cercano que le diera un caballo a él y entonces se alejó.

Sus propios guardianes casi lo matan al borde de la selva. Se bañó en el lago en la víspera del cuarto día. Normalmente la limpieza de la enfermedad era calmante, pero el dolor en esta etapa avanzada de la enfermedad era casi insoportable. Entrar al agua no había sido muy diferente a despellejarse. Con razón los encostrados temían a los lagos.

Pero el dolor solo fue momentáneo y al salir del agua tenía la piel restaurada. Rachelle finalmente lo besó de manera apasionada en la boca, ahora sin su horrible olor. La población había celebrado el regreso de su héroe con más que su acostumbrada celebración nocturna.

Pero nunca lo abandonó el recuerdo de esa terrible condición con la cual las hordas vivían a diario. Tampoco la imagen de la mujer del desierto. Lo único que ahora la separaba de Mikil era un balde del agua de Elyon.

A pesar de lo que él pudiera pensar de los moradores del desierto, una cosa era indiscutible: Habían rechazado los caminos de Elyon. Ellos eran el enemigo y lo que Thomas odiaba de ellos no eran tanto las carnes podridas sino los corazones traicioneros y tramposos. Él y los guardianes del bosque habían jurado por Elyon eliminar las hordas de la tierra o morir en el intento.

—¿Funcionó? —inquirió Mikil.

—¿Funcionó qué? —objetó, con la cabeza a punto de estallarle—. ¿El sueño? Sí, sí funcionó.

—Pero supongo no hay manera de echar abajo el barranco.

Retumbaron cascos a la vuelta de la esquina. William y Suzan venían en monturas sudadas. ¿El barranco?

¡El desfiladero! La pólvora.

—¡Thomas! —gritó William parándose en seco y bajando del caballo—. ¡Se están rompiendo nuestras líneas! He traído dos mil de la retaguardia y otros dos mil llegarán en la noche, ¡pero los enemigos son demasiados! ¡Allá hay una matanza!

—¡La tengo! —exclamó Thomas.

—¿Tienes qué?

—Pólvora. Sé cómo hacer pólvora. Es más, conozco varias maneras de hacerla. Suzan desmontó. Los tres lo miraron, sin saber qué hacer.;

—Thomas me ordenó que lo golpeará en la cabeza para que pudiera soñar — comunicó Mikil—. Es evidente que tiene la habilidad de enterarse de cosas en sus sueños.

—¿Verdad? —exclamó William parpadeando—. ¿Qué podrías aprender que...?

—Me enteré de cómo hacer polvo negro que explota —interrumpió Thomas, pasándolos; luego se volvió—. Si logramos hacerlo, tendremos una posibilidad, pero debemos apurarnos.

—¿Planeas derrotar a las rameras esas echándoles polvo encima? —exigió saber William—. ¿Te has vuelto loco?

Llamar rameras a las hordas se había vuelto algo común entre los guardianes del bosque.

—Él planea usar polvo negro para echar abajo el barranco —informó Mikil—. ¿No es así, Thomas?

—En esencia, sí. La pólvora es un explosivo, un fuego que arde y se expande con mucha rapidez —explicó Thomas demostrando con las manos—. Si pudiéramos introducir pólvora en la grieta de la parte superior del abismo y encenderla, se podría desprender todo el barranco.

William estaba estupefacto.

—¿Sabes realmente cómo hacer ahora esa pólvora? —indagó Mikil.

—Sí.

—¿Cómo?

Él recitó la información que tenía en la memoria.

—La pólvora se compone de tres ingredientes básicos aproximadamente en las siguientes proporciones: quince por ciento de carbón, diez por ciento de azufre y setenta y cinco por ciento de salitre. Eso es todo. Lo único que debemos hacer es hallar estos tres elementos, prepararlos en bolsas muy bien apretadas, bajarlas...

—¿Qué es azufre? —preguntó Suzan.

—¿Qué es salitre? —preguntó Mikil.

—¡Esto es lo más absurdo que he oído nunca de alguien sin escamas en la carne! —objetó William.

—¿Dije que sería fácil? —cuestionó Thomas empezando a perder la paciencia—. ¡Allá abajo nos están masacrando! No puedes construir un dispositivo tan devastador sin un poco de trabajo. Tenemos carbón, ¿no es así? Lo quemamos. Unos cuantos jinetes veloces pueden conseguir un amplio suministro y tenerlo aquí para la medianoche. El azufre es el decimosexto elemento más común en la corteza terrestre.

Y creo que estamos en la misma corteza terrestre. No importa eso; solo saber que el azufre se encuentra en cuevas con piritita. Eso tampoco importa. Las cuevas en el extremo norte de la brecha. Tendremos que partir los conos, calentarlos en una enorme hoguera y orar por que el azufre fluya de las aberturas. Muy parecido al mineral metalífero.

Una emoción empezaba a aparecer en los ojos de Mikil, pero William fruncía el ceño.

—Incluso con los refuerzos, nos superan estrepitosamente en cantidad.

—¿Y qué hay con la sal? —quiso saber Mikil.

—Salitre —contestó Thomas, haciéndole caso omiso a William y pasándose los dedos por el cabello—. Es un mineral blanco y traslúcido compuesto de nitrato potásico.

Se miraron unos a otros.

—¿Ven ustedes? —cuestionó William—. ¿Quiere él hacer que nuestros combatientes busquen potasi... un nombre que apenas puede pronunciar, y en la oscuridad? Debido a que soñó...

—¡Silencio! —gritó Thomas; su voz resonó por sobre el fragor de la batalla—. Si fallo esta vez, William, ¡te daré el mando de los guardianes!

—¿Dónde encontraremos ese salitre? —insistió Mikil.

—No lo sé.

—Entonces... ¿qué quieres decir con que no sabes?

—Estamos buscando una roca traslúcida y lechosa que es salada.

William cruzó los brazos en desaprobación.

—Y si encontramos esos elementos ¿qué? —inquirió Mikil.

—Entonces tenemos que triturarlos, mezclarlos, comprimir el polvo y esperar que se inflame con bastante fuerza para hacer algún daño.

Tres pares de ojos se centraron en él. Al final ellos estarían de acuerdo porque todos eran conscientes de no tener alternativa viable. Pero nunca antes habían tenido tanto en juego.

—Comprende que si debemos contenerlos mientras intentamos este truco tuyo perdemos la oportunidad de evacuar el bosque —objetó William—. Si salimos ahora tendremos medio día de ventaja sobre las hordas, porque ellas no andarán durante la noche. Podríamos reunir a la población y dirigirnos al norte como planeamos.

—Lo comprendo. Pero ¿con qué fin? Las hordas están rebasando Bosque Sur mientras hablamos. Jamous se está retirando. Las hordas...

—¿El Bosque Sur? —preguntó William; él no lo sabía.

—Sí. Las hordas tomarán esta selva y luego se moverán hacia la siguiente.

—Tal vez sería más prudente retirarnos ahora, hacer esta pólvora tuya luego, cuando sepamos que funciona, mandamos a las hordas al infierno —opinó Mikil

mirando hacia el occidente, donde continuaban los sonidos de la batalla.

—Si toman el Bosque Intermedio... —continuó Thomas, interrumpiendo sus ideas; todos sabían que la pérdida de esta selva era inaceptable—. ¿Cuándo los volveremos a tener en un cañón como este? Si esto funciona podríamos vencer a un tercio de su ejército en un golpe. Aún podemos ordenar la evacuación, aunque no estemos allá para ayudar.

Él siguió la mirada de Mikil hacia el occidente. Sus hombres morían mientras él jugaba con sus absurdos sueños.

—¿Y si esto es de lo que habla la profecía?

—«Con un soplo increíble destruiremos la esencia del mal» —manifestó Suzan, citando la promesa del niño, y un rayo de ansiedad le iluminó los ojos—. Qurong está dirigiendo este ejército mientras Martyn está atacando a Jamous.

—¿Crees que funcionará?

—Muy pronto lo sabremos.

LA LUNA brillaba alto en el cielo del desierto, rodeada por un millón de estrellas. Sentado en su corcel, Thomas analizaba el suelo del cañón. Las hordas se habían calmado durante la noche, miles y miles de guerreros encostrados, la mitad durmiendo en sus capas, la mitad arremolinándose en pequeños grupos. Sin hogueras. Habían ganado la batalla y celebrado la victoria con un grito que rugió a través del cañón como un poderoso torrente.

Thomas había ordenado retroceder a su ejército en una demostración de retirada. Transportaron sus catapultas desde el despeñadero y mostraron toda señal de huir hacia la selva. Siete mil de sus hombres se habían unido a la batalla aquí en el cañón. Tres mil habían entregado sus vidas.

Era la peor derrota que habían sufrido.

Ahora cifraban sus esperanzas en una pólvora que no existía.

Los guardianes esperaban a kilómetro y medio hacia el occidente, listos para dirigirse a la selva al aviso del momento. Si en una hora no encontraban el salitre, Thomas daría la orden.

Ya tenían bastante carbón. William había llevado un contingente de soldados a las cuevas por el azufre. Llevaron casi una tonelada de rocas de piritita a un hoyo hecho entre dos cañones, donde levantaron una fogata y lograron extraer azufre líquido de la piedra. El hedor se elevó al cielo y Thomas no recordaba nunca haberse extasiado tanto con tan horrible olor. Era olor a carne de encostrados.

Pero el salitre les era esquivo. Mil guerreros buscaban la roca blanca a la luz de la

luna, lamiendo cuando era necesario.

—Podríamos volver a traer a los arqueros y al menos darles a las hordas una sorpresa de despedida —comentó Mikil al lado de Thomas.

—Si nos hubieran quedado flechas, yo mismo dispararía algunas —. declaró él volviendo a mirar la luna—. Si no logramos hallar el salitre en una hora, nos iremos.

—Eso es cortar al ras. Aunque lo halláramos, tenemos que extraerlo. Luego molerlo hasta convertirlo en polvo, mezclarlo y probarlo. Después..

—Sé lo que debemos hacer, Mikil. Es mi conocimiento, ¿recuerdas?

—Sí. Tu sueño.

Él no hizo caso del comentario. Ella siempre había sido fuerte, la el de persona en quien él podía confiar que tomara su lugar en la dirección este ejército si alguna vez lo mataran.

—Si nos obligan a huir, ¿qué llegará a ser de la Concurrencia? —preguntó ella.

—Ciphus insistirá en la Concurrencia. La tendrá en uno de los de lagos si tiene que hacerlo, pero no la abandonará.

—Y con toda esa ridiculez de Justin haciendo estallar un conflicto, estoy segura de que será una Concurrencia para recordar —opinó Mikil susurrando—. Se ha estado hablando de un careo.

Thomas había oído los rumores de que Ciphus podría presionar a Justin para que debatiera y, de ser necesario, para sostener un combate físico por acto de rebeldía a la doctrina imperante del Consejo. Thomas había presenciado tres duelos desde que Ciphus los iniciara; le recordaron los combates al estilo de los gladiadores en las historias. Los tres usurpadores que perdieron fueron desterrados al desierto.

—Si no lo hay, yo podría desafiarlo —concluyó Mikil.

—La traición de Justin es la menor de nuestras preocupaciones en momento. Caerá en batalla como todos los enemigos de Elyon.

La joven dejó el tema y miró hacia el occidente, hacia el Bosque Intermedio.

—¿Qué ocurrirá si las hordas se apoderan de nuestros lagos?

—Podemos perder nuestro ejército, incluso nuestros árboles, pero nunca perderemos nuestros lagos. No antes de que la profecía nos libere. Si perdernos los lagos, entonces nos convertiremos en moradores del desierto contra nuestra voluntad. Elyon nunca lo permitiría.

—Entonces lo mejor es que él llegue pronto —concluyó ella.

—Tal vez no recuerdes, pero yo sí. Él podría batir las palmas y terminar esto esta noche.

—¿Por qué entonces no lo hace?

—Él sencillamente podría.

—¡Señor!

Un mensajero.

—William lo llama. Dice que le informe que tal vez lo encontró.

—¡AQUÍ! LO haremos exactamente aquí —exclamó Thomas agarrando el gran mazo con las dos manos y azotándolo contra la brillante roca. Una losa del barranco se desprendió.

Era traslúcido y salado, y fue William quien tuvo que hallarlo entre todos los que buscaban. Muy pronto sabrían si no era salitre. Thomas agarró un puñado de los fragmentos.

—Derríbenlo. Todo —ordenó y luego se volvió hacia William—. Trae el carbón y el azufre. Estableceremos aquí una línea para pulverizar la roca y la mezclaremos debajo de ese saliente. Pon mil hombres a hacer esto de ser necesario. ¡Quiero la pólvora dentro de una hora!

Corrió hacia su caballo y se montó en la silla.

—¿Adónde vas, señor?

—A probar esta creación nuestra. ¡Demuélanlo!

Descendieron sobre los barrancos con ganas, golpeando con mazos de bronce, espadas y rocas de granito. Otros empezaron a desmenuzar el supuesto salitre en un fino polvo. Transportaron el carbón y lo molieron más allá de la línea. El azufre se endureció en los cuencos de bronce en que lo habían vertido. Los trozos eran fáciles de desmoronar.

Muy pocos sabían lo que estaban haciendo. ¿Quién había oído de esta manera de dirigir una batalla? Pero esto apenas importaba... él les había ordenado pulverizar la roca y el polvo que fue esta roca aplastaría al enemigo. era el mismo hombre que les mostró cómo sacar metales calentando rocas, ¿o no? Fue quien sobrevivió como encostrado varios días y regresó para bañarse en el lago. El hombre que cientos de veces los llevó a batalla y a la victoria.

Si Thomas de Hunter les ordenaba que trituraran rocas, ellos triturarían rocas. El hecho de que tres mil de sus compañeros hubieran muerto hoy a manos de las hordas hacía más urgente la tarea.

Thomas se arrodilló sobre la enorme piedra y observó un montoncito de polvo molido que había recogido de la parte superior de la cantera.

—¿Cómo lo medimos? —preguntó Mikil.

A pesar de su activa participación, William persistía en fruncir el ceño.

—De este modo —explicó Thomas extendiendo el polvo blanco en una línea de la longitud de su brazo, y ordenándolo de tal modo que tuviera aproximadamente el mismo ancho a todo lo largo—. Setenta y cinco por ciento. Luego el carbón...

Hizo otra línea de carbón al lado del polvo blanco.

—Quince por ciento de carbón. Un quinto de la longitud del salitre.

Marcó la línea en cinco segmentos iguales y puso cuatro de ellos a un lado.

—Ahora diez por ciento de azufre.

Colocó el polvo amarillento en una línea de dos tercios de la longitud del polvo negro.

—¿Te parece correcto?

—Más o menos. ¿Cuán exacto tiene que ser?

—Vamos a averiguarlo.

Mezcló las tres pilas hasta que tuvo un montón de polvo gris.

—No es precisamente negro, ¿verdad? Encendámoslo.

—¿Vas a encenderlo? —preguntó Mikil poniéndose de pie y retrocediendo—. ¿No es peligroso?

—Observa —expresó él haciendo un caminito del material y parándose—. Tal vez es demasiado.

Adelgazó la línea de tal modo que duplicara la longitud del tamaño un hombre.

William retrocedió algunos pasos, pero era claro que estaba menos preocupado que Mikil.

—¿Listos?

Thomas sacó su rueda de pedernal, un aparato que hacía chispas al golpear la piedra contra una áspera rueda de bronce. Empezó a hacer girar la rueda en la palma de la mano, pero luego optó por el muslo porque la palma estaba humedecida con sudor. Encendió un pequeño rollo de corteza cortada en tiras. Fuego.

Mikil había retrocedido unos cuantos pasos más.

Thomas se arrodilló en un extremo de la serpiente gris, bajó el fuego y lo puso en contacto con el polvo. Nada ocurrió.

—Ja! —exclamó William.

Luego el polvo se prendió y silbó con chispas. Una gruesa humareda se adentró en el aire nocturno a medida que el fuego recorría el caminito de pólvora.

—¡Aja!

—¿Funciona? —quiso saber Mikil acercándose.

William había bajado los brazos. Miró la negra marca sobre las rocas, luego se arrodilló y la tocó.

—Está caliente —dijo y se paró—. Realmente no veo cómo esto vaya a derribar un despeñadero.

—Lo hará cuando esté empacado en bolsas de cuero. Arde demasiado rápido como para que las bolsas contengan el fuego, ¡y bum!

—Bum —repitió Mikil.

—Has fruncido bastante el ceño para una noche, William. Esta no es una pequeña

proeza. Deja que tu rostro se relaje.

—Fuego de la tierra. Debo admitirlo, es muy impresionante. ¿Obtuviste esto de tus sueños?

—De mis sueños.

Tres horas después habían llenado con pólvora cuarenta bolsas cantimploras de cuero, cada una del tamaño de la cabeza de una persona, luego las ataron fuertemente en rollos de lienzos. Los rollos quedaron duros, como rocas, y cada uno tenía una pequeña abertura en la boca, de la cual sobresalía un pedazo de tela en que habían colocado pólvora.

Thomas las llamó bombas.

—Veinte a lo largo de cada barranco —instruyó él—. Cinco en cada extremo y diez a lo largo del trecho por la mitad. Tenemos al menos que encajarlas dentro. Rápido. El sol saldrá en dos horas.

Metieron profundamente las bombas en las fallas de cada desfiladero por kilómetro y medio a cada lado de las durmientes hordas. Las tiras de lienzo enrolladas en polvo subían y luego retrocedían, tres metros. La idea era encenderlas y correr.

El resto estaba en manos de Elyon.

Les llevó toda una hora colocar las bombas. Ya aparecía luz en lo alto del cielo oriental. Las hordas comenzaban a moverse. Habían enviado un centenar de guardianes del bosque por más flechas. En caso de que solamente la mitad del ejército que había abajo fuera aplastado por las rocas, Thomas determinó llenar de flechas a los que quedaran. Sería como disparar a unos peces en un tonel, explicó.

Thomas se paró en el puesto de observación, balanceando la última bomba en la mano derecha.

—¿Estamos listos?

—¿Vas a mantener una afuera? —preguntó William.

—Esta, amigo mío, es nuestro plan de respaldo —contestó él después de revisar la bola de pólvora firmemente apretada.

El cañón estaba gris. Las hordas yacían en su inmundicia. Cuarenta de los hombres de Thomas se arrodillaron sobre mechas teniendo listas sus ruedas de pedernal.

Thomas respiró hondamente. Cerró los ojos. Los abrió.

—Enciendan el desfiladero norte.

Se oyó un zumbido suave detrás de él. El arquero lanzó la flecha de señal. Al cielo subió fuego, seguido de humo.

En el saliente permanecieron veinte con Thomas. Todos miraron el barranco y esperaron.

Y esperaron.

Náuseas recorrieron el estómago de Thomas.

—¿Cuánto tiempo tarda? —preguntó alguien.

Como en respuesta, una exhibición espectacular de fuego se disparó dentro del cielo que bajaba por el barranco.

Pero no fue una explosión. La bomba atrapada no había sido suficientemente fuerte para romper sus envolturas, o la roca que la apretaba con fuerza.

Otra exhibición salió más cerca. Luego otra y otra. Una por una las bombas se prendían y vomitaban fuego al cielo.

Pero no destrozaban el barranco.

Los encostrados comenzaron a gritar en el cañón. Ninguno había visto antes tal demostración de poder. Pero no era la clase de poder que Thomas necesitaba.

Depositó la última bomba dentro de una de las bolsas al costado del caballo y trepó en él.

—Mikil, ¡que no enciendan el barranco sur! Espera mi señal. Un toque de cuerno.

—¿Adónde vas?

—Abajo.

—¿Abajo hacia las hordas? ¿Solo?

—Solo.

Hizo girar al corcel y lo puso a todo galope.

Abajo aumentaban los gritos de las hordas. Pero el temor que sintieron al principio había amainado cuando Thomas llegó a la capa arenosa. Por sobre las rocas había estallado fuego, pero ninguno de los encostrados había salido herido.

Thomas entró al cañón y se dirigió a toda carrera hacia las líneas frontales del enemigo. Ahora el cielo estaba gris pálido. Ante él se extendían cien mil encostrados. Ochenta mil... sus hombres habían matado veinte mil un día antes. Nada de eso importaba. Ahora solo importaban los diez mil directamente al frente, apiñados de lado a lado y observándolo montar a caballo.

Saltó sobre las rocas que los guardianes del bosque usaron el día anterior como base de pelea. Si los moradores del desierto tuvieran árboles y pudieran hacer arcos y flechas, lo podrían haber derribado, porque estaba a menos de cincuenta metros de distancia.

Thomas se detuvo exactamente fuera del alcance de las lanzas. Elyon, dame fortaleza.

—¡Moradores del desierto! ¡Mi nombre es Thomas de Hunter! Si ustedes desean vivir otra hora, tráiganme a su líder. Hablaré con él y no saldrá lastimado. Si su líder es un cobarde, ¡entonces todos ustedes morirán cuando hagamos llover fuego de los cielos y los hagamos arder hasta convertirlos en ceniza!

Tranquilizó a su semental que pisoteaba intranquilo y sacó la bomba de su bolsa. Sobre la marcha vería qué resultaba, y el aspecto era peligroso. De repente, un ruido

sordo desgarró el aire matutino y rodó por encima del cañón. Una pequeña sección de barranco se vino abajo, tan lejos en la retaguardia del ejército que Thomas apenas pudo verla. El cielo se llenó del polvo que subía.

¡Una bomba había explotado de veras! Una bomba de veinte. Quizás una chispa que había ardidado sin llama y echado chispas antes de detonar en un sitio débil.

¿Cuántos habrían sido aplastados? Muy pocos. Sin embargo, las hordas se alejaron del barranco en una oleada de terror.

Fortalecido por esta buena suerte, Thomas hizo resonar otro desafío.

—¡Tráiganme a su líder o los aplastaremos a todos como a moscas!

La línea frontal se abrió y un guerrero encostrado que portaba la banda negra de general se adelantó diez pasos y se detuvo. Pero no era Qurong.

—¡No nos engañan tus trucos! —rugió el general—. Calientas rocas con fuego y las partes con agua. Nosotros también podemos hacer eso. ¿Crees que le tememos al fuego?

—¡Ustedes no conocen la clase de fuego que Elyon nos ha dado! Si bajan sus armas y se retiran, perdonaremos a su ejército. Si se quedan, les mostraremos los mismísimos fuegos del infierno.

—¡Mientes!

—Entonces envía a cien de tus hombres, ¡y te mostraré el poder de Elyon!

El general consideró eso. Chasqueó los dedos.

Ninguno se movió.

Se volvió y vociferó una orden.

Un gran grupo se adelantó diez pasos y se detuvo. Estaba claro que era algo muy peligroso. Si la bomba de su regazo no detonaba no habría forma de salir del apuro.

—Le sugiero que se mueva a un lado —manifestó Thomas.

El general dudó, luego se alejó lentamente de sus hombres al caballo.

Thomas sacó su rueda de pedernal, encendió una mecha de sesenta centímetros, y dejó que se quemara hasta la mitad antes de espolear su caballo hacia delante. Hizo que el corcel corriera en dirección a los guerreros, arrojó su humeante bomba entre ellos y viró bruscamente a la derecha.

La ardiente bolsa aterrizó en medio de los encostrados, quienes instintivamente corrieron a cubrirse.

Pero no había dónde cubrirse.

La bomba explotó con un poderoso estruendo, lanzando cuerpos al aire. La conmoción golpeó a Thomas de lleno en el rostro, un viento caliente que momentáneamente le quitó el aliento.

El general había caído del caballo. Se puso tranquilamente de pie y miró la masacre. Al menos cincuenta de sus hombres yacían muertos. Muchos otros estaban heridos. Solo unos pocos escaparon ilesos.

—Ahora escucharás —gritó Thomas—. ¿Dudas que podamos derribar estos barrancos sobre ustedes con esa arma?

El general mantuvo su postura. El temor no era común entre las hordas, pero el valor de este hombre era impresionante. Se negó a contestar.

Thomas sacó el cuerno de carnero y lo hizo sonar una vez.

—Entonces verás otra demostración. Pero es tu última. Si no se retiran, cada uno de ustedes morirá hoy.

Los ruegos artificiales empezaron en el extremo lejano, solo que esta vez en el barranco sur. Thomas esperaba desesperadamente al menos una explosión más. Un sitio débil a lo largo del barranco y una bolsa llena de pólvora que enviara toneladas de rocas...

¡Buuuummm!

Una sección del barranco comenzó a caer. ¡Buuuummm! ¡Buuuummm!

¡Dos más! De repente todo un tercio del barranco se deslizó de frente y cayó sobre las bulliciosas hordas. Una enorme losa de roca, suficiente para cubrir mil hombres, retumbó hacia el suelo y luego cayó lentamente sobre el ejército. La tierra tembló y cayeron más rocas. Un turbulento polvo subió al cielo. Los caballos se llenaron de pánico y se paraban en dos patas.

Las hordas no eran dadas a temer, pero tampoco eran suicidas. El general dio la orden de retirarse solo momentos después de que empezara la estampida.

Thomas observó con asombroso silencio la huida del ejército, como una ola en retirada. Miles habían quedado muertos por las rocas. Tal vez diez mil. Pero la mayor victoria aquí había sido el temor que les había plantado en sus corazones.

Su propio ejército se acercó cautelosamente al borde del barranco norte. Lo que quedaba de él. Igual que Thomas, observaron con una especie de Sombroso estupor. Pudieron haber matado aún más encostrados con las flechas que acababan de llegar, pero los guardianes del bosque parecían haberlas olvidado.

Pasaron solo minutos hasta que las últimas hordas desaparecieron en el interior del desierto. Como era su costumbre, mataban a sus heridos a medida que se retiraban. Había suficiente carne en ese cañón para alimentar a los chacales y los buitres por un año.

Thomas se hallaba solo sobre su caballo mirando el desierto cañón, turbado aún por los estragos causados al enemigo. Ese enemigo de Elyon.

Todo su ejército se había reunido arriba, siete mil incluyendo a quienes habían llegado en la noche. Comenzaron a perseguir al enemigo en fuga con estribillos de victoria.

—¡Elyon! ¡Elyon! ¡Elyon!

Después de unos minutos las consignas cambiaron. Desde el occidente hasta el oriente, un solo nombre recorrió la larga línea de guerreros. El grito aumentó hasta

llenar el cañón con un estruendoso rugido.

—¡Hunter! ¡Hunter! ¡Hunter!

Thomas hizo girar lentamente su caballo y subió al valle. Era hora de ir a casa.

8

LA CRISIS era una bestia extraña. A veces unía. A veces dividía.

Por el momento esta crisis particular había obligado al menos a algunos de la élite de Washington a poner de lado las diferencias políticas y someterse a las demandas del presidente para una reunión inmediata.

Obviamente, un virus no era demócrata ni republicano.

Aun así, Thomas se sentó en la parte trasera del auditorio, sintiéndose fuera de lugar en compañía de esos líderes... no porque no estuviera acostumbrado al liderazgo, sino debido a que su propia experiencia en el liderazgo era enormemente distinta a la de ellos. El liderazgo de él había tenido más que ver con fortaleza y poder físico que con las políticas manipuladoras que sin duda aquí se hacían valer.

Miró por sobre los veintitrés hombres y mujeres a quienes el presidente había reunido en el salón de conferencias del ala occidental. Thomas había volado hacia el occidente, sobre el Atlántico, y con el cambio de horario llegó al mediodía a Washington. Merton Gains lo había dejado con la seguridad de que pronto le darían la palabra para que les contestara las preguntas. Bob Stanton, un asistente, respondería mientras tanto a cualquier inquietud. Bob se hallaba a un lado, Kara al otro.

Asunto gracioso el de Kara. ¿Era ahora él mayor que ella, o era todavía menor? El cuerpo de Thomas aún tenía veinticinco años, no se podía negar eso. Pero ¿y su mente? Ella parecía mirarlo más ahora como a un hermano mayor. Él le había dado los detalles de su victoria usando la pólvora y ella había escuchado la mayor parte con un ligero dejo de asombro en los ojos.

—Llevan retraso —expresó Bob—. Ya deberíamos haber empezado.

La mente de Thomas volvió a divagar en la victoria en la brecha Natalga. Allí, él era un líder mundial de renombre, un general endurecido por la batalla, temido por las hordas, amado por su pueblo. Era esposo y padre de dos hijos.

Sus quince años como comandante habían sido misericordiosos con él a pesar de los malos juicios que William era tan amable en recordarle.

El estribillo aún le resonaba en la mente. Hunter, Hunter, Hunter.

¿Y qué era él aquí? El muchacho de veinticinco años en la parte de atrás, que iba a hablar de algunos sueños síquicos que estaba teniendo. Criado en Filipinas. Padres divorciados. Madre que padece depresión maníaca. No terminó la universidad. Se enredó con la mafia. No asombra que tuviera estos sueños absurdos. Pero si el presidente Robert Blair le pide que vaya, él va. Privilegios del cargo.

Un tipo alto y canoso con una nariz propia de una niña de un año entró al escenario y se sentó ante una mesa larga dispuesta con micrófonos. Lo siguieron otros tres que se sentaron. Luego el presidente Robert Blair entró y se dirigió a la silla de la mitad. La reunión tenía el aura de una conferencia de prensa.

—Ese es Ron Kreet, jefe de personal, a la izquierda —informó Bob—. Luego Graham Meyers, ministro de defensa. Creo que conoces a Phil Grant, CÍA. Y esa sería Barbara Kingsley, ministra de salud.

Thomas asintió. Los poderosos. La fila del frente estaba repleta de rostros vagamente conocidos. Otros miembros del gabinete. Senadores. Miembros del Congreso. El director del FBI.

—No muy a menudo consigues tan amplio espectro de poder en un salón —comentó Bob.

Ron Kreet aclaró la garganta.

—Gracias por venir. Como todos ustedes saben, el Departamento de Estado recibió un fax hace más o menos catorce horas en que se amenazaba a nuestra nación con un virus ahora conocido como «Variedad Raison».

Encontrarán una copia de este fax y de todos los documentos pertinentes a|| la carpeta que se les ha entregado.」

Era evidente que no todos ellos habían leído el fax. Unos cuantos abrieron las carpetas y revolvieron los papeles.

—El presidente ha pedido hablarles personalmente de este asunto — anunció Kreet dirigiéndose al gobernante—. Señor.

Robert Blair siempre había hecho a Thomas pensar en Robert Redford. Sin tantas pecas, pero por lo demás era un vivo retrato del actor. El presidente se inclinó hacia delante y ajustó su micrófono, con el rostro relajado y serio pero sin tensión.

—Gracias por acudir a tan repentino aviso —empezó, la voz se oía un poco grave; movió la cabeza de lado a lado y se aclaró la garganta—. He pensado en una docena de maneras diferentes de proceder y decidí ser totalmente franco. He invitado un panel para que en un momento conteste sus preguntas, pero permítanme resumirles una situación que ahora se ha expuesto a ustedes.

Hizo una profunda respiración.

—Un grupo de terroristas poco convencionales, que creemos están asociados con un suizo, Valborg Svensson, ha soltado un virus en numerosas urbes en todo el

mundo. Estas ciudades incluyen ahora seis de las nuestras, y creemos que la cantidad aumentará con cada hora que pase. Hemos verificado la variedad Raison en Chicago, Nueva York, Atlanta, Los Angeles, Miami y Washington.

El salón estaba muy tranquilo para distinguir exclamaciones particulares.

—La variedad Raison es un virus transmitido por vía aérea que se extiende a un ritmo sin precedentes. Es letal y no tenemos cura. Según nuestros mejores cálculos, en las dos semanas siguientes trescientos millones de estadounidenses serán infectados por el virus.

El salón mismo pareció exclamar, así de general fue la reacción.

—Eso es... ¿qué está usted diciendo?

—Estoy diciendo, Peggy, que aunque todos los presentes en este salón no hubieran estado infectados hace diez minutos, probablemente ahora usted lo esté. También estoy diciendo que a menos que descubramos una manera de tratar con este virus, todas las personas vivas entre Nueva York y Los Angeles habrán muerto en cuatro semanas.

Silencio.

—¿Se expuso usted deliberadamente a este virus? —preguntó alguien.

—No, Bob. Es muy probable que usted se expusiera antes de poner un pie en este edificio.

Siguió un griterío. Mucho griterío. Una disonancia de desconcierto e indignación. Un anciano se puso de pie a la izquierda de Thomas.

—Sin duda usted no está seguro de esto. La afirmación causará pánico.

Una docena más ofreció ligera conformidad un poco menos refrenada.

—Por favor —declaró el presidente levantando una mano—. Cállense y Réntense, ¡Charles, y todos ustedes!

El hombre titubeó y se sentó. Se hizo silencio en el salón.

—La única manera en que vamos a superar esto es centrándonos en el problema. Ya me extrajeron sangre. Resulté positivo con la variedad Raison. Tengo tres semanas de vida.

Tipo inteligente, pensó Thomas. Logró paralizar eficaz aunque temporalmente al salón.

El presidente estiró la mano hacia un lado, levantó una resma de papel y la mantuvo en alto usando ambas manos.

—Las noticias no mejoran. El Departamento de Estado recibió un segundo fax hace menos de dos horas. En él tenemos una exigencia muy detallada y extensa. La «Nueva Lealtad», como ellos dicen llamarse, entregará un antivirus que neutralizará la amenaza de la variedad Raison. A cambio han exigido, entre otras cosas, nuestros sistemas clave de armamentos. Su lista es muy específica, tanto que estoy sorprendido. Exigen que las armas sean llevadas en catorce días a un destino que

ellos elegirán.

Bajó el papel haciendo un suave ruido.

—Se ha dado el mismo ultimátum a todas las potencias nucleares. Este, damas y caballeros, no es un grupo de escolares, ni estamos tratando con algunos terroristas imbéciles. Se trata de un grupo muy organizado que tiene toda la intención de cambiar radicalmente el equilibrio del poder mundial en los próximos veintiún días.

Se detuvo y examinó el salón. Todos estaban helados.

Un hombre en la parte delantera expresó el pensamiento que gritaba en la mente de cada uno.

—Eso es... eso es imposible.

El presidente no respondió.

—¿Es posible eso? —preguntó el hombre.

Bob se inclinó hacia Thomas.

—Jack Spake, dirigente de los demócratas —le susurró.

—¿Es posible qué?

—Que enviemos nuestros armamentos en dos semanas.

—Ahora estamos analizando eso. Pero ellos han sido... selectivos. Parece que han considerado todo.

—¿Y nos está diciendo usted que con los científicos más brillantes y los mejores profesionales de la salud pública en el mundo, no tenemos manera de tratar con este virus?

—¿Barbara? —exclamó el presidente dirigiéndose a su ministra de salud.

—Naturalmente, estamos trabajando en eso —contestó ella; se oyó un ruido de retroalimentación de sonido y ella se echó para atrás antes de acercarse otra vez al micrófono—. Apenas hay en nuestra nación tres mil virólogos cualificados para trabajar en un desafío de esta magnitud y nos estamos asegurando su... este... su ayuda mientras hablamos. Pero ustedes deben entender que tratamos aquí con una mutación de una vacuna creada de manera genética... literalmente miles de millones de pares de ADN y ARN. Investigar y hallar un antivirus podría tomar más tiempo del que tenemos. Farmacéutica Raison, creadores de la vacuna de la cual se adaptó el virus, nos está proporcionando todo lo que tiene. Solo revisar su información llevará una semana, incluso con la ayuda de sus propios genetistas. Por desgracia, su principal genetista encargada del proyecto ha desaparecido. Creemos que fue secuestrada por los mismos terroristas.

Se estaba empezando a comprender la magnitud del problema.

Brotó una docena de preguntas a la vez y el presidente insistió en cierta apariencia de orden. Las preguntas sobre el virus eran lanzadas en descargas simultáneas y contestadas en conformidad.

¿Hay otras maneras de tratamiento? ¿Cómo funciona el virus? ¿Con qué rapidez

se extiende? ¿En cuánto tiempo empiezan a morir las personas?

Barbara los manejó a todos con un profesionalismo que Thomas encontró admirable. Les mostró la misma simulación computarizada que él había visto en Bangkok y, cuando la pantalla se volvió azul al final, terminaron las preguntas.

—Así que básicamente, este... este asunto no va a desaparecer y no tenemos manera de tratar con él. En tres semanas todos habremos muerto. No hay nada... absolutamente nada que podamos hacer. ¿Es eso lo que estoy oyendo?

—No, Pete, no estamos diciendo eso —enunció el presidente—. Estamos diciendo que no sabemos de ninguna forma de tratarlo. No todavía.

—¿Y qué pasa si cedemos a las demandas de ellos? —preguntó poniéndose en pie un hombre a la derecha con cabello negro y rostro perfectamente redondo.

Bob se inclinó.

—Dwight Olsen. Líder de la mayoría en el senado. Detesta al presidente.

El presidente dio la palabra al ministro de defensa, Graham Meyers.

—Como hemos visto, es imposible ceder a sus demandas —respondió Meyers—. No hacemos tratos con terroristas. Si entregamos los sistemas de armamentos que han exigido, Estados Unidos quedaría indefenso. Suponemos que estas personas están trabajando al menos con una nación soberana. A través de amenazas por la fuerza, en el transcurso de tres semanas esa nación tendría suficiente poder para manipular a quien deseara. En esencia, esclavizarían al mundo.

—Tener poder militar no le da a una nación el control del mundo —objetó Olsen—. La Unión Soviética tenía poder militar y no lo utilizó.

—Los soviéticos tenían un oponente con tantas armas nucleares como ellos. Estos individuos pretenden desarmar a todo el que tenga voluntad para disuadirlos. Ustedes deben entender que ellos están exigiendo la entrega de sistemas, las bombas nucleares, incluso nuestros portaaviones, ¡por amor de Dios! Quizás no tengan el personal para dirigir un grupo de batalla, pero no lo necesitarán si tienen nuestros sistemas. También están exigiendo evidencia, muy detallada podría añadir, de que hayamos inutilizado todos nuestros sistemas de advertencia anticipada y nuestros radares de largo alcance. Como dijo el presidente, no estamos tratando aquí con niños exploradores. Ellos parecen saber de qué están hablando.

—¿Y si uno de los otros países entrega sus armas? —preguntó alguien.

—Estamos haciendo lo posible para asegurarnos de que eso no ocurra.

—Pero la alternativa de entregar nuestras armas es la muerte, ¿correcto? —volvió a preguntar Dwight Olsen.

—Lo uno o lo otro es muerte —reafirmó el presidente mismo—. La única alternativa que tiene algún mérito en mi mente es vencerlos antes de que el virus haga su daño.

—Ya lo está haciendo.

—No si logramos encontrar tanto a ellos como al antivirus en las próximas tres semanas. Ese es el único curso de acción que tiene algún sentido.

—En lo cual les puedo asegurar que estamos trabajando mientras hablamos —se anticipó a decir el director de la CÍA, Phil Grant—. Hemos suspendido temporalmente todos los demás casos, más de nueve mil, y hemos enfocado todos nuestros esfuerzos en localizar a esta gente.

—¿Y cuáles son sus posibilidades de lograrlo? —inquirió Olsen.

—Los encontraremos. El truco será hallar el antivirus con ellos.

El presidente se inclinó sobre su micrófono.

Mientras tanto, creo que es importante que confrontemos esto con la más estricta cautela. Necesitamos algunas ideas. Algo que se les pueda ocurrir... soy todo oídos. Por absurdo que parezca.

Cierta clase de caos mental se apoderó del salón en la hora siguiente. Todos parecían actuar dentro de ese caos, pero sería erróneo decir que lo controlaran, pensó Thomas. El caos los controlaba.

Observó la pelea verbal, sorprendido. No era muy diferente a la de su propio Consejo. Aquí había una civilización avanzada comportándose exactamente como los suyos; estos exploraban y defendían ideas con mucha energía, no con espadas sino con lenguas igual de afiladas.

Dejó de seguir la pista a quién hacía preguntas y quién las contestaba, pero reflexionó con cuidado en cada pregunta y cada respuesta. En realidad, los estadounidenses tenían una clase de recursos poco común cuando de presionar se trataba.

—Parece que ralentizar la extensión del virus al menos nos podría dar un poco de tiempo —observó una hermosa mujer de vestido azul marino—. El tiempo es nuestro mayor enemigo y nuestro mejor aliado. Deberíamos paralizar los viajes.

—¿Y ocasionar un pánico generalizado? Una amenaza de esta magnitud sacaría lo peor de la gente.

—Entonces brindémosles otra razón —respondió la mujer—. Hagamos pública una alerta creciente de terrorismo basada en información que no podemos revelar. Supondrán que estamos tratando con una bomba o algo así. Detengamos los viajes por tierra y cerremos los aeropuertos. Suspendamos todo viaje interestatal. Todo lo que podamos para disminuir el ritmo de extensión del virus. Incluso un día o dos podría ser determinante, ¿correcto?

—Estrictamente hablando, sí —contestó Barbara, la ministra de salud.

Nadie objetó.

—Francamente, más bien podríamos concentrarnos en el antivirus y en los medios de distribuirlo en poco tiempo. Vacunar a seis mil millones de personas no es una tarea fácil.

¿Está usted diciendo entonces que supuestamente todos aquí estamos infectados? —objetó alguien—. ¿No deberíamos aislar cualquier mando y control que no haya sido afectado? Mantenerlos en aislamiento el tiempo que sea necesario.

—¿Puede usted aislar a las personas de esta cosa? —preguntó alguien más.

—Debe haber una manera. Espacios desinfectados. Ponerlas en el trasbordador espacial y enviarlas a la estación espacial, hasta donde yo sé.

—¿Con qué fin? ¿De qué sirven doscientos generales en la estación espacial si el resto del mundo se está muriendo?

—Entonces aislemos a los científicos que trabajan en el antivirus. O si es necesario demos a la estación espacial los códigos para lanzar unas cuantas bombas nucleares bien apuntadas a las gargantas de quienquiera que haya causado esto.

¿Con qué fin?, se preguntó Thomas. La retaliación se siente hueca frente a la muerte. El debate se paralizó.

—Dirigimos esta nación, morimos con esta nación si es necesario — comentó finalmente el presidente—. Pero no creo que se pierda nada con aislar a los elementos de mando y control, y a tantos científicos como sea posible.

El caos dio gradualmente paso a una tensión moderada. A veces la crisis divide y a veces une. Ahora unía. Al menos por el momento.

LA REUNIÓN llevaba dos horas cuando finalmente se pronunció la pregunta que hizo comparecer a Thomas.

La mujer vestida de azul. La inteligente.

—¿Cómo sabemos que ellos tienen de verdad el antivirus?

No hubo respuesta.

—¿No es posible que estén embaucándonos? Si se necesitan meses para crear una vacuna o un antivirus, ¿cómo es que ellos tienen uno? Usted afirmó que la variedad Raison es un virus nuevo, de menos de una semana de antigüedad, una mutación de la vacuna Raison. ¿Cómo consiguieron un antivirus en menos de una semana?

El presidente miró hacia Thomas en la parte trasera, luego asintió al ministro encargado Gains, que se puso de pie y fue hasta un micrófono encendido. Gains había hablado solo algunas veces durante toda la discusión, sometándose a su superior, el secretario de estado Paul Stanley, a modo de cortesía política, supuso Thomas.

—Hay más en esto. Nada que cambie lo que han oído, pero algo que creo podría ayudarnos de una manera más... original. Titubeo porque estoy punto de abrir una caja de Pandora, pero, considerando la situación que lo mejor es seguir adelante.

A Thomas lo abandonó de repente cualquier deseo que le quedara de hablar ante

este grupo. Él no era más político de lo que sería una rata.

Hace aproximadamente dos semanas un hombre llamó a uno de nuestros funcionarios y afirmó estar teniendo sueños extraños.

Thomas cerró los ojos. Allí van.

—Él llegó a la conclusión de que los sueños eran reales, porque en ellos había libros de historias que registraban hechos de la Tierra. Logró tener acceso a esos libros y enterarse de quién ganó el Derby de Kentucky de este año, por ejemplo. Lo cual hizo, antes de que se corriera el Derby, imagínense. Y tuvo razón. Resumiendo, ganó de veras más de trescientos mil dólares. La información en los libros de historias de su mundo de sueños resultó real. Exacta.

Thomas estaba un poco sorprendido de que no hubiera al menos algunas risitas.

—Llamó a nuestras oficinas porque se enteró de algo más bien amenazador, concretamente de que un virus llamado Variedad Raison sería liberado alrededor del mundo esta semana. Repito, esto fue hace casi dos semanas, aun antes de que se conociera la existencia de la variedad Raison.

Al menos estaban escuchando.

—Nadie le hizo caso, por supuesto. ¿Quién lo haría? Él fue a Bangkok y tomó el asunto en sus manos. Durante la última semana nos ha estado transmitiendo datos formales, todos previos a los acontecimientos.

Hizo una pausa. Nadie se movió.

—Ayer volé a Bangkok a solicitud del presidente —continuó Gains—. Lo que he visto con mis propios ojos los dejaría aterrados a todos ustedes. Igual que yo, es muy probable que ustedes hayan llegado a la conclusión de que nuestra nación está en una posición muy, pero muy grave. La situación parece desesperada. Si hay alguna persona que pueda salvar esta nación, damas y caballeros, muy bien podría ser Thomas Hunter. ¿Thomas?

Thomas se puso de pie y caminó por el pasillo. Se dirigió al frente, sintiéndose cohibido en los pantalones negros y la camisa blanca que había comprado en el centro comercial al venir aquí desde el aeropuerto. Se debía ver muy, pero muy extraño. He aquí el hombre que ha visto el fin del mundo. Se hallaba tan desconectado de la realidad de ellos como Hulk o el hombre araña.

Tapó el micrófono.

—No estoy seguro de que esto vaya a hacer algún bien —comentó tranquilamente; el presidente lo calmó con una firme mirada.

—Hazlos creer —le dijo Gains dándole una anémica sonrisa y haciéndose a un lado—. Déjalos que hagan sus preguntas.

Thomas enfrentó a la audiencia. Lo miraron veintitrés pares de ojos, r inseguros e incómodos como los de él.

Sintió gotas de sudor en la frente. Si supieran lo desorientado que se sentía, caería

en oídos sordos la información que les iba a transmitir. Debí representar su parte con tanta convicción como pudiera. No importaba si las aceptaban o les caía bien. Solo que lo oyeran.

—Sé que todo esto les parece muy absurdo a algunos de ustedes, quizás a todos. Y eso está bien —empezó; su voz sonó fuerte en el silencioso salón—. Me llamo Thomas Hunter y el hecho es que sin importar cómo sé lo que s' ni cuan increíble les parezca, me he enterado de algunas cosas. Si ponen atención a lo que estoy a punto de decirles, podrían tener una posibilidad. Si n tal vez estén muertos en menos de veintiún días.

Pareció demasiado confiado. Incluso muy gallito. Pero era la única manera que conocía en esta realidad.

—¿Debo continuar?

—Continúe, Thomas —asintió el presidente detrás de él.

Sintió sus reservas como cadenas flojas. La pura verdad era que tal vez tenía más que ofrecer a la nación que cualquier otra persona en este salón. Y no porque quisiera tener esa responsabilidad. No tenía nada que perder. Igual que ninguno de ellos.

—Gracias.

Thomas caminó a su derecha, luego recordó el micrófono y regresó, analizando a los asistentes. Quizás solamente lograra intentarlo, así que se los transmitiría en un lenguaje que al menos los hiciera estremecer.

—En las dos semanas anteriores he experimentado toda una vida. También me he enterado de algunos asuntos en esa vida. En particular que la mayor parte de hombres y mujeres cederán ante las fuertes corrientes que los arrastrarán al interior de los mares de la ruina. Solo quienes sean más fuertes de mente y espíritu nadarán contra esa corriente. Tal vez parezca un poco filosófico, pero eso es lo que dicen algunas personas del lugar de donde vengo, y estoy de acuerdo.

Hizo una pausa y miró a los ojos a la mujer vestida de azul, cuya pregunta condujera a la introducción de Gains.

—Todos serán arrastrados al mar si no son muy, pero muy cuidadosos. Sé que debo parecerles un consejero espiritual. No es así. Solo estoy hablando lo que sé, y he aquí lo que sé.

La mujer sonreía con dulzura. Él no supo si en señal de apoyo o de incredulidad. No importaba.

—Sé que el suizo tendrá el antivirus si no lo tiene ya. Lo sé porque eso es lo que dicen los libros de historias. Algunas personas sobreviven. Sin un antivirus sería imposible ninguna clase de supervivencia.

Thomas respiró hondo e intentó estudiarlos, pero era difícil medir la diferencia entre estar impresionados por el conocimiento de un orador y estar impactados por la audacia de este.

—Además, sé que Estados Unidos cederá finalmente a las demandas del suizo y entregará su armamento. Sé que todo el mundo cederá ante este hombre y que, aun así, la mitad de la población del planeta morirá, aunque solo puedo imaginar qué mitad. Esto llevará a una época de terrible tribulación.

Parecía un profeta, o un maestro de escuela dictando clases a niños. Eso era lo último que deseaba, aunque supuso de alguna forma poco convencional que era un profeta. ¿Sería posible que debiera estar hoy aquí?

—Si ustedes ceden ante el suizo, seguirán el curso de la historia como está escrito. Serán arrastrados al mar. La única esperanza es resistir a quienes les exigen ceder. O encontrarán una manera de cambiar la historia, o seguirán su curso y morirán, como está escrito.

—Discúlpeme.

Era Olsen, el hombre de cabello negro de quien Bob afirmó que era enemigo del presidente. Sonreía de manera perversa.

—Sí, señor Olsen.

Los ojos del hombre se movieron repentinamente. No había esperado que se refiriera a él por su nombre.

—¿Está usted insinuando que es un síquico? ¿Consulta ahora síquicos el Presidente?

—Ni siquiera creo en los síquicos —respondió Thomas—. Soy simplemente alguien que sabe más que usted respecto de algunas cosas. hecho, por ejemplo, de que usted morirá en menos de veintiún días debido a hemorragias masivas en el corazón, los pulmones y el hígado. Tendrá menos de veinticuatro horas desde que aparezcan los síntomas hasta su muerte. Sé que todo parece un poco duro, pero supongo que ninguno de ustedes tiene tiempo para juegos.

La risita petulante de Olsen desapareció.

—También sospecho que dentro de una semana usted encabezará un movimiento para ceder ante las demandas de Svensson. Eso no es de los libros de historias, entiéndalo. Es mi juicio basado en lo que he observado hoy en usted. Si tengo razón, usted es la clase de individuo al que los demás en este salón deben oponerse.

—Estoy seguro de que Thomas no es del todo sincero —terció Gains sonriendo nerviosamente—. Él tiene un... ingenio exclusivo, como estoy seguro que ustedes ven. ¿Alguna otra pregunta?

—¿Habla usted en serio? —exigió saber Olsen, mirando a Gains—. ¿Tiene usted en realidad la audacia de presentar un acto circense frente a nosotros en un momento como este?

—¡Muy en serio! —exclamó Gains—. Estamos aquí hoy porque hace dos semanas no quisimos oír a este hombre. Él nos dijo qué, nos dijo dónde, nos dijo cuándo y nos dijo por qué, y le hicimos caso omiso. Sugiero que usted acepte cada

palabra que él pronuncia como si fuera del mismo Dios.

Thomas se estremeció. Difícilmente culpaba a esas personas por sus dudas. No tenían referencia contra la cual juzgarlo.

—¿Así que usted supo acerca de esto porque todo está escrito en unos libros de historias en otra realidad? —inquirió la mujer del vestido azul.

—¿Cuál es su nombre?

—Clarice Morton —contestó ella, mirando al presidente—. Congresista Morton.

—La respuesta es sí, señora Morton. En realidad así fue. Cierta cantidad de hechos pueden confirmar eso. Me enteré de la variedad Raison hace poco más de una semana. Lo reporté al Departamento de Estado y luego a los Centros para el Control de Enfermedades. Como nadie quiso hacer caso, volé por mi cuenta a Bangkok. En un acto desesperado secuestre a Monique de Raison... quizás ustedes han oído al respecto. Intenté ayudarla a comprender lo peligrosa que era su vacuna. Es innecesario decir que ella ahora lo entiende.

—¿Así que la convenció antes de que todo esto sucediera?

Ella me exigió datos específicos. Fui a las historias y recuperé esa información. Entonces se dio cuenta. Eso fue antes de que Carlos me disparara y la raptara. Sin duda, ahora la están usando para crear el antivirus.

—¿Lo balearon a usted?

.Una historia muy larga, señora Morton. Discutible en este momento.

Gains apenas lograba contener una sonrisita.

Así que si todo esto es en realidad verdadero, si usted puede conseguir información acerca del futuro como asunto de historia, y por el momento voy a creer que así es, ¿puede averiguar lo que viene a continuación?

—Si pudiera encontrar los libros de historias, estrictamente hablando, sí. Sí podría.

Ella miró al presidente.

—Y si puede averiguar lo que sucederá, podría averiguar cómo pararlo, ¿correcto?

—Tal vez pueda, sí. Suponiendo que se pudiera cambiar la historia.

—Pero tenemos que suponer que sí se puede, o todo esto es discutible, como usted afirma.

—De acuerdo.

—¿Así que puede averiguar qué sucederá a continuación?

Thomas ya había comprendido adonde quería llegar Clarice, pero apenas ahora la sencilla sugerencia que le hizo tocó una fibra sensible en la mente de él. El problema, desde luego, era que los libros de historias ya no estaban a disposición. Había vivido con ese entendimiento quince años. Pero se rumoraba que aún existían. Él nunca había tenido motivos para buscarlos. Defender de las hordas a las selvas y celebrar el

Gran Romance había sido allí su pasión principal. Ahora tenía una buena razón para buscarlos. Estos podrían proporcionar una salida a este desastre, precisamente como la congresista insinuaba.

—En realidad, los libros de historias... por el momento ya no están disponibles.

Un murmullo recorrió el salón. Era como si esa pequeña información les interesara de veras. Estaban indignados. Qué conveniente. ¡Los libros de historias se han perdido! Sí, por supuesto, ¿qué esperabas? Siempre funciona de este modo.

O tal vez estaban desilusionados. Algunos de ellos al menos querían creer todo lo que él había dicho.

Y deberían creer. Los hombres y mujeres decentes podían ver la sinceridad cuando él les miraba a los rostros.

—¡Esto es absurdo! —exclamó Olsen.

—Entonces temo que me estoy inclinando hacia lo absurdo, Dwight.

declaró el presidente—. Thomas se ha ganado por sí mismo una voz. Y creo que Clarice tiene razón. ¿Podría usted averiguar algo más para nosotros, Thomas?

¿Podría hacerlo? Su respuesta fue tan calculadora como sincera.

—Quizás.

Olsen musitó algo, pero Thomas no logró entenderlo.

—Bueno —añadió el presidente cerrando su carpeta—. Damas y caballeros, envíen cualquier idea y comentario adicional a través de mi personal. Buenas noches. Y que Dios preserve a nuestra nación.

Se paró y salió del salón.

Ahora la crisis dividiría.

—SEIS CIUDADES más —informó Phil Grant, tirando la carpeta sobre la mesa de centro; su corbata granate de seda le colgaba floja alrededor del cogote; se pasó un dedo por el cuello y la aflojó aún más—. Incluyendo San Petersburgo. Ellos se están sintiendo frustrados. Sería un milagro que los rusos no dijeran ni pío.

—Esto... esto es una pesadilla —expresó su asistente; Thomas observó a Dempsey ir hasta la ventana y mirar hacia fuera con una mirada perdida—. Los rusos tienen décadas de experiencia en mantener algo tapado. Yo me preocuparía por Estados Unidos. Si fuera a apostar por alguien, diría que Olsen ya está informando de esto. ¿Cuántas dijo usted?

—Veinte. Todos aeropuertos. Como un reloj.

—¿No estamos cerrando los aeropuertos?

—Los CDC presentaron otra simulación usando las últimas informaciones.

Afirman que cerrar los aeropuertos no ayudará en este momento. Ha habido más de diez mil vuelos continentales en Estados Unidos desde que el virus tocara primero a Nueva York. Según cálculos conservadores, la cuarta parte de la nación ya está expuesta.

Grant puso los codos en las rodillas y formó un ángulo con los dedos. Un leve temblor le sacudía las manos. Dempsey volvió de la ventana, frunciendo el ceño. El sudor le oscurecía la camisa azul claro en las axilas. La realidad total de lo que se le había entregado a Estados Unidos se precipitaba de manera terrible y concluyente en la CÍA.

Grant había llevado a Thomas a las oficinas centrales de la CÍA cuarenta y cinco minutos antes.

¿Está usted convencido de que este psicólogo es digno de nuestro tiempo? —inquirió Thomas—. Esto solo parece un lapso de inactividad.

Al contrario, tratar de desbloquear esa mente suya es lo único que tiene sentido en lo que se relaciona con usted —contestó Grant.

Recuerdos, quizás. Pero yo no supondría que lo que ocurre está sucediendo en mi cabeza —objetó Thomas.

—Clarificaré los recuerdos. Si le dio las características del antivirus a Carlos, como usted cree que pudo haberlo hecho, esa información sería un recuerdo. Con algo de suerte, el doctor Myles Bancroft puede estimular ese recuerdo. ¿No tiene información, absolutamente ninguna, sobre dónde podría estar Svensson?

—Ninguna.

—¿O dónde podría tener a Monique?

—Supongo que donde está él. La única comunicación ha sido por medio de faxes, enviados desde un apartamento en Bangkok. Fuimos allá hace seis horas. Estaba vacío, a no ser por una laptop. Él está usando retransmisiones. Muy listo al mantenerse fuera de la web usando facsímiles. El último fax vino de una dirección en Estambul. Hasta donde sabemos, tiene cien aparatos de retransmisión. ¿Cuánto tiempo tardamos en averiguar el paradero de Bin Laden? Este sujeto podría ser peor. Pero en algunos días creo que no importará. Como usted señaló antes, es indudable que está trabajando con otros. Probablemente una nación. Entonces usted sabrá dónde mirar.

—Pero solo porque él quiera que sepamos. No podemos así no más bombardear Argentina o cualquier país que esté usando. No mientras tenga el antivirus —opinó el director parándose y lanzando un gruñido—. El mundo se está viniendo abajo y nosotros estamos sentados aquí, ciegos como ratas.

—Pase lo que pase, no permita que nadie intente hacer transigir al presidente —expresó Thomas.

—Creo que usted mismo tendrá la oportunidad de hacerlo —informó Grant—. Él

desea reunirse personalmente mañana con usted.

El teléfono sonó. Grant levantó bruscamente el auricular y escuchó por un momento.

—Ahora mismo nos dirigimos hacia allá —enunció dejando el auricular en su base—. Él está listo. Vamos.

El doctor Myles Bancroft era un tipo anticuado, bajito, sin gracia, y con pantalones arrugados y vellos faciales asomándosele por los orificios, en general no era la clase de hombre que la mayoría de personas asociaría con el Premio Pulitzer. Tenía una ligera sonrisita de complicidad que fue desarmada al instante... algo bueno, considerando con lo que jugaba. Las mentes de las personas.

Su laboratorio ocupaba un pequeño sótano en el costado sur de las instalaciones del Johns Hopkins. Llevaron a Thomas en un helicóptero y bajaron corriendo las escaleras como si fuera alguien confiado al programa de protección de testigos y hubieran recibido advertencias de francotiradores en los techos colindantes.

Thomas enfrentó al psicólogo cognoscitivo en el salón blanco de concreto. Dos de los hombres de Grant esperaron en el vestíbulo con las piernas cruzadas. Grant se quedó en Langley con mil preocupaciones obstruyéndole la mente.

—Así que básicamente usted tratará de hipnotizarme y luego me enganchará a sus máquinas y me hará dormir mientras juega con mi mente usando estímulos eléctricos.

—Básicamente sí —contestó Bancroft sonriendo—. En mi descripción uso palabras más seductoras y divertidas, pero en esencia usted tiene la idea general, muchacho. La hipnosis puede ser poco confiable. No le tomaré el pelo. Se necesita un sujeto particularmente cooperador y me gustaría que usted fuera ese sujeto. Pero de no ser así, yo podría lograr algunos resultados interesantes «frankensteinizándolo». Otra sonrisa.

A Thomas le resultó inmensamente simpático este tipo.

—¿Y cómo explicaría este método suyo de frankensteinizarme? En términos que yo pueda entender.

—Intentémoslo. El cerebro registra todo; estoy seguro de que usted sabe eso. No sabemos con exactitud cómo acceder externamente a la información, cómo registrar recuerdos, etcétera, etcétera. Pero nos estamos acercando. Lo enganchamos a estos cables y podemos registrar los patrones característicos de ondas emitidas por el cerebro. Por desgracia, estamos un poco confusos en el lenguaje cerebral, de modo que cuando vemos un zip y un zap, sabemos que significa algo, pero aún no sabemos qué significa zip o zap. ¿Me hago entender?

—Básicamente, usted no tiene idea.

—Eso lo resume todo. ¿Empezamos?

—¿En serio?

—Bueno, es más bien... especulativo, debo admitirlo, pero aquí vamos: He estado

desarrollando una manera de estimular recuerdos. Diferentes actividades cerebrales tienen distintos patrones característicos de ondas. Por ejemplo, en términos más sencillos, la actividad conceptual, o los pensamientos mientras se está despierto, se ven distintos del pensamiento perceptivo y de los sueños. Por algún tiempo he estado registrando e identificando esos patrones característicos. Entre otros innumerables descubrimientos hemos aprendido que existe una relación entre los sueños y los recuerdos... iguales patrones característicos, ¿sabe? Lenguaje cerebral parecido, por así decirlo. En esencia, lo que voy a hacer es registrar los patrones característicos de sus sueños y luego alimentarlos a la fuerza dentro de la sección de su cerebro que típicamente mantiene los recuerdos. Esto parece incitar la memoria. El efecto no es permanente, pero estimula los recuerdos de la mayoría de los sujetos.

—Hum. Pero usted no puede aislar ningún recuerdo particular. Solo tiene una esperanza general de que yo despierte recordando más que cuando me quedé dormido.

—En algunos casos, sí. En otros, los sujetos tienen sueños que resultan ser verdaderos recuerdos. Es como echar líquido en una taza ya llena de agua °> en este caso, de recuerdos. Cuando deposita el líquido, el agua se desplaza por el borde. En realidad muy divertido. La estimulación de la memoria parece incluso ayudar a algunos sujetos a recordar los sueños en sí. Como usted sabe, el individuo promedio experimenta cinco sueños por noche y a 1° sumo recuerda uno. No así cuando yo lo engancho. ¿Empezamos?

—¿Por qué no?

—Antes que nada, algunos aspectos básicos. Signos vitales y varias cosas más. Debo extraerle un poco de sangre y analizarla en el laboratorio por varias enfermedades comunes que afectan a la mente. Solo por precaución.

Media hora después, tras una breve serie de pruebas sencillas seguidas por cinco intentos fallidos de hacer que Thomas entrara en un estado hipnótico, Bancroft cambió de sistema y lo enganchó a la máquina de electroencefalografías. Conectó doce electrodos pequeños a varias partes de la cabeza antes de darle una pastilla que lo calmaría sin interferir con la actividad cerebral.

Entonces apagó las luces y salió del salón. Momentos después se empezó a oír música suave por los parlantes en el cielo raso. La silla en que se hallaba Thomas era parecida a la de un dentista. Él se preguntó si había una pastilla que pudiera bloquear sus sueños. Este fue el último pensamiento que tuvo antes de quedarse profundamente dormido.

MIKE OREAR salió de su oficina en el canal televisivo de noticias CNN a las seis y avanzó entre el tráfico durante la típica hora que le tomaba llegar a la casa nueva de Theresa Sumner en el sur. No había planeado verla esta noche, aunque no se estaba quejando.

A ella la habían llamado a una misión en Bangkok para los CDC y hoy regresó temprano para tener otra reunión privada en Washington. Un poco extraño, solo un poco. Ambos llevaban vidas llenas de falsedad y de cambios repentinos de planes.

Theresa lo había llamado desde la pista del Reagan Internacional, diciéndole que llevara sus penas a la casa de ella esa noche a las ocho. Ella pasaba por uno de sus estados de ánimo irresistiblemente mandones y, después de cantarle cuatro verdades a su amiga, principalmente tonterías para montar un buen drama, él estuvo de acuerdo, como los dos sabían que iba a estarlo incluso antes de que ella lo pidiera. El solo había ido a la nueva casa de Theresa tres o cuatro veces en los diez meses que habían estado saliendo, y nunca salió desilusionado.

Un auto blanco parecido a una caja, un Volvo, se le puso a la derecha y un Lincoln negro a la izquierda. Ninguno de los choferes lo miró cuando él los taladró con una buena mirada. Esta era la hora pico en Atlanta y todo el mundo se hallaba vagando en su propio mundo, totalmente ajeno al de los | demás. Estos zombis flotaban por la vida como si al final nada importara.

Fue algo bueno tres años atrás la reasignación de él a la oficina de Atlanta desde Dakota del Norte a fin de hacer sus presentaciones a primeras horas de la noche. Ahora no estaba tan seguro. La ciudad tenía sus distracciones, pero él se cansaba cada vez más de ir tras ellas. Uno de esos días tendría que dejar de jugar al tipo duro y echar raíces con alguien más como Betty que como Theresa.

Por otra parte, le gustaba representar la mayor parte del juego que personificaba. Podía prender o apagar el acto del tipo duro tocando un interruptor oculto, una verdadera ventaja en este asunto. Para la audiencia y algunos de sus compañeros, él era la verdadera fisonomía de Dakota del Norte, con rostro bronceado tipo revista y cabello oscuro, en el que siempre podían confiar. Para otros, como Theresa, él era el enigmático mariscal universitario de campo que pudo haberse hecho profesional de no haber sido por las drogas.

Ahora lanzaba palabras en vez de balones y podía pronunciarlas a cualquier ritmo que requiriera el juego.

Finalmente detuvo su BMW frente a la casa blanca en la esquina de Langshershim y Bentley.

Suspiró, abrió la puerta y se despegó del asiento del chofer. El auto de ella estaba en el garaje. A través de la ventana vio el techo del deportivo.

Se acercó a la puerta y pulsó el timbre.

Theresa abrió la puerta y retrocedió hacia la cocina sin decir una palabra. Era

necesario resaltar que Betty, la chica con quien estuvo saliendo dos años durante la universidad, nunca habría hecho eso... desconociendo que él había conducido una hora para verla. Bueno, quizás ella se le insinuaría de vez en cuando, pero nunca mientras tuviera esa mirada distante, casi de enfado.

El cabello rubio y corto de Theresa estaba despeinado y el rostro tenso... no era exactamente la figura tentadora y sexy que él había esperado. Ella sacó del estante una copa y la llenó con Sauvignon Blanc.

—¿Me equivoco o de veras me invitaste a venir aquí? —indagó él.

—Te invité. Y gracias. Lo siento, solo que... ha sido un largo día —titubeó ella forzando una sonrisa.

Esto no era un juego. Era evidente que a Theresa le molestaba algo que había ocurrido en su viaje. Ella puso las dos manos sobre el mesón y cerró los ojos. Él mostró inquietud por primera vez.

—Está bien, ¿qué pasa?

—Nada. Nada que te pueda decir. Solo un mal día —explicó ella, tomó un trago largo y bajó la copa—. Un día muy malo.

—¿Qué significa que no me puedes decir? ¿Está bien tu trabajo?

—Por el momento —contestó y tomó otro trago.

El vio que a ella le temblaba la mano. Se le acercó. Le quitó la copa.

—Cuéntame.

—No puedo decir...

—Por amor de Dios, Theresa, ¡cuéntame!

Ella se alejó del mesón y se pasó las manos por el cabello, lanzando un profundo suspiro. Él no recordaba haberla visto en esa condición. Alguien había muerto, o estaba moribundo, o algo terrible le había ocurrido a su madre o al hermano que vivían en San Diego.

—Si tratas de asustarme, ya lo lograste. Así que, si no te importa, dejemos el juego. Simplemente cuéntame.

—Me matarán si te lo digo. A ti más que a nadie.

—¿Significa «a ti» que estoy en la noticia?

Ella ya había hablado demasiado, su rápida mirada lateral lo confirmaba. Había pasado algo que haría que ella sudara balas y que pondría en órbita a un periodista como él. Y ella había prometido no decir nada.

—No te engañes —manifestó Mike, agarrando una copa del estante—. Me pediste que viniera para decirme algo y te puedo garantizar que no me iré hasta que lo hagas. Ahora podemos sentarnos y emborracharnos antes de que me cuentes, o puedes decírmelo sinceramente mientras aún estamos sobrios. Tú decides.

—¿Qué clase de garantía tengo de que no vayas al público con esto?

—Depende.

—Entonces olvídale —declaró ella, los ojos le centellearon—. Esta no es la clase de asunto que «dependa» de algo que creas o no.

La mujer no tenía control total de sí misma. Cualquier cosa que hubiera sucedido era más grande que una muerte o un accidente.

—Esto tiene algo que ver con los CDC, ¿correcto? ¿Qué, el virus del Nilo Occidental está en la Casa Blanca?

—Lo juro, con solo que digas...

—Está bien —expresó Mike levantando ambas manos, con la copa en la derecha—. Ni una palabra acerca de nada.

—Eso no es...

—¡Lo juro, Theresa! Tienes la total seguridad de que no diré una palabra a nadie fuera de esta casa. ¡Solo dime!

Se trata de un virus —confesó ella respirando hondo.

—Un virus. ¿Tenía razón yo?

—Este virus hace que el del Nilo Occidental parezca un caso de hipo.

—¿Qué entonces? ¿Ébola?

Él estaba medio bromeando, pero ella lo miró y por un momento horrible Mike pensó que él podría tenerlo.

—Estás bromeando, ¿verdad?

Por supuesto que ella no estaba bromeando. Si lo estuviera, su labio superior no estaría empañado de sudor.

—¿El ébola?

—Peor.

Mike sintió que la sangre se le drenaba del rostro.

—¿Dónde?

—En todas partes. Lo estamos llamando Variedad Raison —explicó Theresa, el temblor se le había extendido de las manos a la voz—. Fue liberado hoy por terroristas en veinticuatro ciudades. Para el final de la semana toda persona en Estados Unidos estará infectada y no existe tratamiento. A menos que encontremos una vacuna o algo, nos enfrentamos a muchísimo dolor. Atlanta fue una de las ciudades.

Él no lograba clasificar todo eso dentro de los compartimientos que usaba para entender a este mundo. ¿Qué clase de virus era peor que el ébola?

—¿Terroristas?

—Están exigiendo nuestras armas nucleares —contestó ella asintiendo con la cabeza—. Las armas nucleares del mundo. Él la miró un largo instante.

—¿Quién está infectado? Quiero decir, cuando hablas de Atlanta no necesariamente te estás refiriendo...

—No estás escuchando, Mike. No hay manera de detener esta cosa. Que sepamos,

todos en CNN ya están infectados.

¿Estaba él infectado?

—Esto es... ¿cómo puede ser eso? —preguntó Mike, parpadeando—. No siento que tenga nada.

—Eso se debe a que el virus tiene un período latente de tres semanas. Confía en mí, si no solucionamos esto, sentirás algo en un par de semanas.

—¿Y no crees que la gente merece saberlo?

—¿Para qué? ¿Para que entren en pánico y corran a los montes? Lo juro, Mike, aun si te haces el chistoso con alguien en la estación, ¡te mato personalmente! ¿Me oyes? —exclamó enojada.

Mike puso los lentes sobre el mesón y luego se inclinó en el gabinete en busca de equilibrio.

—Está bien, está bien, tranquilízate.

Pero algo no estaba bien con lo que ella le había dicho. No sabría decir concretamente qué, pero algo no parecía razonable.

—Tiene que haber una equivocación. Esta... esta clase de cosas sencillamente no suceden. ¿Nadie sabe acerca de esto?

—El presidente, su gabinete, unos cuantos miembros del Congreso. La mitad de los gobiernos del mundo. Y no hay equivocación. Yo misma revisé algunas de las pruebas. He estudiado el modelo en las últimas doce horas. Así es, Mike. Esto es lo que todos esperábamos que nunca sucediera.

Theresa se dejó caer en un sillón, reposó la cabeza, cerró los ojos y tragó saliva.

Mike se sentó a horcajadas en una silla de la mesa y durante un buen rato ninguno de los dos habló. El aire acondicionado se encendió y una ráfaga de aire frío le recorrió el cabello desde un conducto del techo. La refrigeradora zumbaba detrás de él. Theresa había abierto los ojos y miraba al cielo raso, perdida.

—Empieza desde el principio —pidió él—. Dímelo todo.

HABÍA UN problema con el electroencefalograma (EEG).

Bancroft sabía que esto no era verdad. Sabía que algo extraño estaba sucediendo en esa mente que dormía en su silla, pero el científico dentro de él exigía que eliminara toda alternativa posible.

Desconectó el EEG, volvió a enchufar los doce electrodos y lo encendió de nuevo. Patrones de ondas coherentes con actividad conceptual cerebral atravesaban la pantalla. Lo mismo. Él lo sabía. Lo mismo que en la otra unidad. No había ondas perceptivas.

Revisó los otros monitores. Color facial, movimiento ocular, temperatura de piel. Nada. Ni una sola condenada cosa. Thomas Hunter llevaba dos horas dormido. La respiración era profunda y su cuerpo estaba combado en la silla. No había duda al respecto, este hombre estaba perdido del mundo. Profundamente dormido.

Pero allí es donde terminaban las indicaciones típicas. La temperatura de la piel no había cambiado. Los ojos no habían entrado en el rápido movimiento ocular característico del sueño. Los patrones en el EEG no mostraban ni una señal de característica perceptiva.

Bancroft dio dos vueltas alrededor del paciente, repasando una lista mental de explicaciones alternativas.

Nada.

Entró a su oficina y llamó a la línea directa que Phil Grant le había dado.

—Grant.

—Hola, señor Grant. Myles Bancroft con su muchacho aquí.

—Creo que tenemos un problema.

—¿Qué problema?

—Que su muchacho no está soñando.

—¿Cómo es posible eso? ¿Puede ocurrir algo así?

—No muy a menudo. No por tanto tiempo. Está durmiendo, de eso no hay duda. Mucha actividad cerebral. Pero cualquier cosa que esté pasando en esa cabeza no está caracterizada por algo que yo haya visto. A juzgar por los monitores, yo diría que está despierto.

—Creí haberle oído decir que se hallaba durmiendo.

—Lo está. Por tanto, ese es el problema.

—Iré en seguida. Manténgalo soñando.

El hombre colgó antes de que Bancroft pudiera corregirle.

Thomas Hunter no estaba soñando.

9

RACHELLE OYÓ los profundos lamentos al borde de su conciencia, más vigila de los sonidos del canto de Samuel y de los desesperados esfuerzos de Marie por corregirle los sonidos discordantes. Pero Rachelle había entrenado su subconsciente para oír este lamento lejano, de día o de noche.

Ella lanzó un grito ahogado y se paró de un salto, esforzándose por escuchar el sonido.

—¡Silencio, Samuel!

—¿Qué pasa? —inquirió Marie; entonces ella también oyó los gorjeantes gritos —. ¡Padre!

—¡Padre, padre! —gritó Samuel.

Vivían en una cabaña de madera, grande y circular con dos pisos, los cuales tenían puertas que llevaban al exterior. Las puertas eran uno de los orgullos y juguetes de Thomas. Casi diez mil casas rodeaban ahora el lago, la mayoría de ellas entre los árboles lejos de la amplia franja despejada alrededor de las aguas, pero ninguna tenía una puerta como la de Thomas. En lo que a Thomas atañía, esta era la primera puerta doble, y con las mejores bisagras, de toda la tierra, porque oscilaba en ambos sentidos para entrar o salir rápido.

El piso de arriba donde dormían tenía una puerta normal que se cerraba y conducía a un pasillo, que era parte de un laberinto de pasarelas suspendidas que unía muchas casas. El piso de abajo, donde Rachelle se hallaba sirviendo guiso caliente en platos de estaño, presumía la doble puerta con bisagras. Estas estaban hechas de cuero, el cual también actuaba como una especie de resorte para mantener las puertas cerradas.

Marie, siendo la mayor y la más rápida a sus catorce años, llegó primero a la puerta y la atravesó.

Samuel estaba exactamente detrás. Demasiado lejos atrás. Demasiado cerca atrás. Chocó con las puertas cuando Marie las soltó. Estas lo golpearon en la frente y lo

aventaron como un saco de papas.

¡Samuel! —exclamó Rachelle arrodillándose—. ¡Esas malditas puertas! ¿Estás bien, hijo mío?

Samuel se esforzó por sentarse, luego sacudió la cabeza para despejarla.

¡Vamos! —gritó Marie—. ¡Rápido!

—Vuelve acá y ayuda a tu hermano —exclamó Rachelle—. ¡Lo dejaste atontado con las puertas!

Para cuando Marie volvió, Samuel se había parado y corría hacia las puertas, las que esta vez golpearon a Rachelle en el brazo derecho, casi derribándola. Ella gimió y corrió por el sendero de piedra tras sus hijos.

Vio que las puertas le habían lastimado el brazo. Le abrieron una pequeña cortada que apenas la logró preocupar ahora. Hizo caso omiso del delgado hilo de sangre y salió corriendo.

Gritos de mujeres y niños se oían en los senderos hacia el portón donde los agudos gritos continuaban con creciente intensidad. Definitivamente, ellos llegaban a casa. La única pregunta era cuántos.

En cada lado crecían serpenteantes enredaderas con flores de color azul lavanda, parecidas a lo que Thomas describía como buganvillas, y grandes arbustos tawii con pétalos blancos sedosos que extendían su dulce fragancia por el aire. Como gardenias, solía decir Thomas. Cada casa estaba cubierta con similares enredaderas florecidas según un gran plan maestro que convertía a todo el poblado en un hermoso jardín. Era la mejor imitación que los habitantes del bosque habían hecho del bosque colorido.

Rachelle corría con un nudo en la garganta. Thomas podría ser el primer combatiente entre ellos, pero también era su líder y el primero en entrar a las peores batallas. Muchas veces había vuelto cargando el cadáver del soldado que había caído a su lado. Su buena suerte no podía durar para siempre.

Y la orden de William de prepararse para una evacuación había puesto nervioso a todo el poblado.

Convergió en un camino de piedra de veinticinco metros de ancho que cortaba una línea directa desde el portón principal hasta el lago. Caía la noche y la gente estaba lista para celebrar por anticipado el regreso de los guardianes del bosque. Se agrupaban en el portón principal, saltando y danzando. Antorchas y ramas se levantaban hacia lo alto. El ejército estaba monedado, pero la vista se bloqueaba con los niños en los hombros de sus madres.

Una voz fuerte gritó por sobre el bullicio. Era del ayudante hacia Ciphus... Rachelle logró distinguir su voz a cien metros. Él intentaba mover a las personas a un lado como se acostumbraba.

De repente la multitud se calmó y se dividió como un mar. Rachelle se paró en

seco con Marie a un lado y Samuel al otro. Entonces vio a Thomas donde siempre lo veía, sentado en su corcel blanco, dirigiendo a sus hombres, que entraban detrás de él al bosque. Un chorro de alivio la invadió.

—¡Padre!

—¡Espera, Samuel! Primero honremos a los caídos.

El pueblo se dividió más, dejando una amplia senda para los guerreros. El ruido de cascos de caballos se oía ahora claramente.

Ciphus se acercó a la línea frontal y Thomas detuvo su caballo. Hablaron en silencio por un momento. A la derecha de Rachelle, miles seguían alineándose en el camino que llevaba al lejano lago y que ahora brillaba con la creciente luz de la luna. Aquí vivían como treinta mil y en los días siguientes la cantidad ascendería a cien mil, cuando llegaran los demás para la Concurrencia anual.

Ciphus parecía estar tomando más tiempo del acostumbrado. Algo estaba mal. William había sido enfático acerca de la gravedad de la situación cuando la víspera llegó a caballo a fin de exigir que se prepararan para evacuar, pero habían ganado, ¿o no? Sin duda, no habían venido a anunciar que las hordas se encontraban atrás a solo un día de marcha.

Ciphus volvió lentamente el rostro hacia la multitud. Esperó un buen rato; por cada segundo que pasaba se profundizaba el silencio, hasta que Rachelle creyó que podía oírle respirar. Él elevó las dos manos, levantó el rostro hacia el cielo y comenzó a gemir. Este era el lamento tradicional.

—Sí, sí, Ciphus, pero ¿cuántos? ¡Dinos cuántos!

Suaves lamentos se le unieron.

—¡Ellos han tomado a tres mil de nuestros hijos e hijas! —declaró después a gritos.

—¡Tres mil! ¡Tantos! Nunca habían perdido siquiera mil.

Los gemidos crecieron hasta convertirse en alaridos de agonía que se extendieron hacia el desierto que los rodeaba. Primero Thomas desmontó y cayó de rodillas, seguido de sus hombres, todos bajaron las cabezas hasta el suelo y lloraron. Rachelle se arrodilló con los demás, hasta que todo el poblado quedó de rodillas sobre el camino, llorando por las esposas, las madres, los padres, los hijos y las hijas que había sufrido tan terrible pérdida ante las hordas. Solo Ciphus permaneció de pie, y se quedó con los brazos levantados en un lamento a Elyon.

—Consuela a tus hijos, Hacedor de los hombres! Toma a tus hijas en tu pecho y enjuga sus lágrimas. Libera a tus hijos de la maldad que devasta lo que es sagrado. Ven y sálvanos, oh Elyon. Ven y sálvanos, ¡amante de nuestras almas!

La costumbre de casar inmediatamente a las viudas con hombres elegibles se debilitaría mucho. No había suficientes hombres alrededor. Todos estaban muriendo. A Rachelle le dolía el corazón por aquellas que pronto se enterarían de que sus

esposos estaban entre los tres mil.

El lamento continuó aproximadamente durante quince minutos más, hasta que Ciphus terminó su larga oración. Luego bajó los brazos y un profundo silencio invadió a la muchedumbre, ahora de pie.

—Nuestra pérdida es grande. Pero la de ellos es mayor. ¡Cincuenta mil de los de las hordas han sido enviados en este día a un destino apropiado!

Un rugido prorrumpió de la línea. La tierra tembló con los guturales gritos de la gente, motivados tanto por el fresco horror de sus propias pérdidas y su odio hacia las hordas, como por su sed de victoria.

Thomas volvió a subirse en su montura y llevó el caballo por el camino. En ocasiones como esta reconocería a la multitud con reverencias y una mano levantada, pero esta noche montaba con sobriedad.

Su mirada descubrió a Rachelle. Ella corrió hacia él con Samuel y Marie. Él se inclinó y besó en los labios a su esposa.

—Eres mi sol —declaró.

—Y tú eres mi arco iris —contestó ella, tentada a jalarlo del caballo al momento.

Thomas sintió el travieso jalón de ella y sonrió. El gran intercambio enamorado de ellos era refrescante por ser tan genuino. Ella lo amaba por eso.

—Camina conmigo.

El besó a Marie y sonrió.

—Tan hermosa como tu madre.

Le alborotó el cabello a Samuel.

Caminaron así entre las ovaciones de la línea: Thomas en el caballo, Rachelle Samuel y Marie andando orgullosamente a la derecha de él. Pero había una tensión en el rostro de Thomas. Lo único que le ocupaba la mente era el precio que habían pagado en batalla.

Thomas desmontó en el momento en que llegaron a la amplia playa de arena hacia el lago, le pasó el corcel a su mozo de cuadra y se volvió hacia sus tenientes.

—Mikil, William, nos reuniremos tan pronto como nos hayamos bañado. Suzan, trae a Ciphus y a todos los miembros del Consejo que puedas hallar. ¡Rápidamente! —ordenó, y besó a Rachelle en la frente. Necesitamos de tu sabiduría, mi amor. Únete a nosotros.

El abrazó a Samuel y a Marie y les susurró algo al oído. Ellos salieron corriendo, sin duda a hacer alguna travesura.

Thomas agarró a Rachelle de la mano y la llevó a uno de los veinte pabellones desde los que se veía un enorme anfiteatro abierto desde el suelo de la selva. El lago se hallaba a doscientos metros de distancia, exactamente después de una franja de arena blanca y limpia. Habían despejado el bosque con los años y, cuando el poblado creció, extendieron la playa realojando casas que una vez estuvieron cerca del lago,

como la de ellos. En su lugar plantaron césped grueso y abundante y más de dos mil árboles floridos, cuidadosamente situados en arcos concéntricos que se dirigían hacia la arena. Cientos de enredaderas y rosales sembrados moteaban el césped en enclaves bien cuidados con bancas para sentarse. Este extremo del lago había sido diseñado como un parque jardín digno de un rey.

Las aguas del lago no eran para beber o lavar, pues para eso estaba el agua que venía de las fuentes, sino únicamente para bañarse y solo entonces sin jabón. Las playas del lago estaban reservadas para las celebraciones nocturnas, las cuales se llevaban a cabo alrededor de una enorme hoguera en una fosa.

Thomas y Rachelle estaban normalmente entre los primeros en la celebración, danzando, cantando y contando historias del amor de Elyon, lo cual se extendía hasta tarde en la noche. Esto siempre había sido lo más destacado del día. Pero en ese momento la mente de Thomas estaba a más de cien kilómetros de distancia.

—¿Qué pasa, Thomas?

—Se trata del Bosque Sur —anunció él—. Podríamos perder el Bosque Sur.

THOMAS ANDABA pensativo de un lado al otro a lo largo de la plazoleta medio amurallada. En cada poste ardían antorchas. Abajo en la playa se elevaban las alegres risotadas de la celebración. Una larga fila de bailarinas, vestidas con telas hechas de hojas de color verde oscuro y de flores blancas, y tomadas de los brazos, se movía en gráciles círculos alrededor de la fogata. No había duda de que se hallaban encendidas con vino y satisfechas con carne. Sobre el lago brillaba la luz de la luna en un largo rayo blanco.

Por mucho tiempo el pueblo de Thomas había esperado la liberación de parte de Elyon. Habían contado mil historias acerca de la manera en que finalmente los liberaría de los de las hordas. ¿Saldría del lago e inundaría con agua el desierto para ahogarlos? ¿O montaría sobre un poderoso caballo blanco y guiaría a los guardianes del bosque en una batalla final que acabaría de una vez por todas con el flagelo de la tierra?

—Si hay dos ejércitos, quizás podrían ser tres. O si no, sí, Ciphus, yo no vacilaría en guiar a cinco mil hombres esta noche para ayudar a Jamous. Pero es un viaje de todo un día... casi tres días para ir y regresar. Hasta ahora las hordas no nos habían atacado en dos frentes. Si nuestros guardianes desalojan esta selva mientras vienen muchos para la Concurrencia anual...

—Bueno, no cambiaremos la Concurrencia. Te lo prometo.

—La mitad de nuestras fuerzas están afuera escoltando a las tribus. Ya hemos

estirado demasiado el camino. Enviar más hombres al Bosque Sur nos pone en un gran riesgo.

—Entonces déjame ir con solo algunos de los guardianes del bosque — pidió Mikil poniéndose de pie—. Jamous aún está peleando, Thomas. ¡Oíste al mensajero!

El mensajero los había alcanzado en los portones con un reciente mensaje del sur. Jamous se estaba fortaleciendo contra las hordas. Su primera retirada había sido una estrategia para atraer a las hordas más cerca de la selva, donde sus arqueros tenían la marcada ventaja de estar protegidos. Ya llevaban tres días peleando.

—¿Cuántos hombres?

—Dame quinientos —contestó Mikil.

—Eso nos debilitaría aquí —objetó William—. Aquí donde todo el mundo estará reunido en menos de una semana. ¿Y si las hordas nos están debilitando para un asalto a la selva, aquí, la próxima semana, cuando pueden vencernos a todos de un golpe?

—Él tiene razón, Mikil —expuso Thomas—. No puedo dejar que lleves quinientos.

—Estás olvidando las bombas —insistió Mikil.

La noticia de la asombrosa victoria de ellos se extendía como fuego. Él miró a Rachelle. Aún no habían estado solos, cuando él sabía que vendría la verdadera reacción de ella ante el hecho de haber empezado a soñar otra vez. Sin embargo, ¿qué podría decir ella con tal victoria?

Lo que ninguno de ellos sabía era que él no había soñado una vez sino dos veces, la segunda cuando se detuvieron para dormir al regresar de la batalla. Soñó que fue a una reunión especial convocada por el presidente de Estados Unidos y que luego un psicólogo lo había puesto a dormir. En su mundo de sueños, en este preciso momento se hallaba tendido en una cama en el laboratorio del doctor Bancroft.

Y pretendía soñar otra vez, esta noche. Tenía que hacerlo. Si solo pudiera hacer que Rachelle entendiera eso.

—¡Podemos destruir a las hordas usando pólvora! —exclamó Mikil.

—No en el desierto abierto —cuestionó William—. Matarás un puñado con cada explosión; eso es todo. Y estás olvidando que no tenemos ninguna bomba en este momento.

—Entonces trescientos guerreros.

—Trescientos —concordó Thomas—. Pero tú no. Envía otra división y diles que vayan a lo largo de la ruta de los mensajeros.

Ellos enviaban continuamente mensajeros en veloces caballos entre las selvas en una especie de sistema de correo que Thomas había desarrollado.

—Hazlos regresar si oyes que Jamous ha vencido antes de que lleguen.

Ella lo miró por un momento, luego se volvió para salir.

—Lo siento, Mikil. Sé lo que Jamous significa para ti, pero te necesito aquí.

Ella se detuvo, luego salió sin pronunciar otra palabra.

—Ve con ella, William —ordenó Thomas haciendo detrás de Mikil una seña con la cabeza—. Suzan, organiza una barrida del perímetro de la selva. Asegurémonos que no haya otro ejército de hordas merodeando.

Los dos salieron.

—¿Crees de veras que las hordas intentarán algo así? —preguntó Rachelle.

—Yo habría pensado eso hace un mes, pero se están volviendo más listos en la manera de atacar. Martyn está cambiándolos.

—Así que estamos de acuerdo entonces —opinó Ciphus.

El anciano se acarició la larga barba canosa. Él era uno de los miembros más ancianos del Consejo, setenta años. Bañarse en las aguas de Elyon no había detenido el proceso de envejecimiento.

La Concurrencia se llevará a cabo en cinco días como se planificó.

—Sí.

—Sea cual sea el destino del Bosque Sur.

—¿Crees que ellos podrían caer? —preguntó Thomas.

—No. ¿Ha caído alguna de nuestras selvas? Pero si una cae todo el pueblo tiene un mayor motivo para asistir a la Concurrencia.

—Supongo que es así.

Thomas miró a su esposa. Ella tenía solo unos pocos años menos, pero parecía de la mitad de los años de él, que estaba desgastado por la guerra. No había duda en la mente de Thomas de que ella sería una comandante increíble. Pero también era madre. Además era su esposa. El solo pensamiento de exponerla a la muerte en el campo de batalla le producía náuseas.

—¿Te he dicho últimamente cuan hermosa eres? —cortejó él acercándosele y acariciándole la mejilla.

Se inclinó y la besó de lleno en los labios mientras los demás observaban en silencio. El Romance se había convertido en la religión de ellos y la practicaban a diario. Cuando una persona vagaba por el desierto y se negaba a bañarse en el agua de Elyon, menguaba su recuerdo del bosque colorido y del amor que Elyon le había mostrado en el lago. Pero aquí en la selva los recuerdos que persistían motivaron a Ciphus y al Consejo a desarrollar rituales determinados para mantener esos recuerdos. El Gran Romance constaba de reglas, celebraciones y tradiciones que pretendían evitar que el pueblo se extraviara. La forma en que un esposo o una esposa expresaban su amor mutuo era parte de ese romance.

—Tu amor por mí me pone el rostro radiante—contestó Rachelle guiñando un ojo.

Él la volvió a besar.

—Ciphus, ¿qué me puedes decir de los libros de historias? —inquirió él volviéndose de Rachelle—. Dicen que aún existen. ¿Has oído de ellos?

—No necesitamos los libros de historias. Tenemos los lagos.

—Por supuesto. Pero ¿crees que existan?

—No son libros que nadie quiera —manifestó Ciphus, mirándolo más allá de sus cejas pobladas—. Fueron escondidos de nosotros hace mucho tiempo por una buena razón.

—Yo no sabía que fueras tan reacio a los libros —opinó Thomas—. Simplemente estoy preguntando si sabes algo de ellos.

—Otra vez este repentino interés en las historias. Ya antes te consumieron —terció Rachelle—. Se trata de los sueños, ¿verdad?

—No es como podrías creer, Rachelle, pero sí. Nada ha cambiado allá. Cuando desperté en Bangkok, ¡había pasado solo una noche! —exclamó Thomas, fue hasta la barandilla y miró la celebración, ahora en pleno desarrollo—. Sé que parece absurdo, pero podríamos tener un problema grave.

Él se volvió hacia ella.

—Me necesitan —concluyó.

—¿Qué es Bangkok? —quiso saber Ciphus.

—El mundo en los sueños de Thomas —se apresuró Rachelle a contestar—. Cuando sueña cree que va a otro lugar, que está viviendo en las antiguas historias, antes del gran engaño. Cree que puede detener el virus que llevó a la época de tribulación. ¿Ves por qué el rambután es importante, Thomas? Una vez, solo una vez, duermes sin la fruta y tu mente se desvía. ¡Ridículo!

—¿Por eso te interesan los libros de historias? —cuestionó Ciphus—. ¿Para salvar un mundo de sueños?

Thomas se agarró la herida en el hombro. Suzan la había vendado con hierbas y una hoja ancha. Un chapuzón en el lago le haría algún bien, pero la cortada profunda tardaría algún tiempo en sanar.

—¿Ven está herida? No vino de las hordas sino del mundo de mis sueños.

—Pero seguramente ese mundo no es real, ¿o sí? —objetó el anciano.

—¿No escuchaste antes cuando conté lo de la pólvora? No sé cuan real sea, pero está cortada es bastante real.

—Entonces Elyon está usando tu mente para ayudarnos —opinó Ciphus—. Pero un asunto totalmente distinto es que sugieres que los sueños que él usa son reales.

Llámalo como desees, Ciphus. El hombro me duele exactamente mal.

Por favor, Thomas —expresó Rachelle pasándole la mano por el cabello. Sin duda, las hordas te cortaron y simplemente no recuerdas. ¿Sí? Para empezar, la fascinación con las historias llevó a Tanis al bosque negro.

—No. No es eso lo que pienso. El pensamiento de Tanis estaba allí antes de que

yo comenzara a soñar. Él tomó su propia decisión.

Y ahora tú tomas la tuya —dijo ella retirando la mano—. No te tendré soñando otra vez.

—¿Y si mi propia vida está amenazada al no soñar? ¡Allá estamos muriendo! El virus me matará. Ellos dependen de mí, pero hay mucho más, ¡mi propia existencia aquí podría depender de mi destreza para detener el virus allá!

—No, no puedo escuchar esto. Por supuesto que ellos dependen de ti. Para empezar, ¡sin ti no existen!

—¿Estás deseando arriesgar mi vida?

—La última vez que soñaste, todos morimos.

Se enfrentaron, rápidamente olvidaron el Romance. Él comprendía la aversión de ella. ¿Qué era lo que su esposa había dicho? No te tendré amando a otra mujer en tus sueños mientras yo esté amamantando a tu hijo. Algo así. Ella aún estaba celosa de Monique.

—Estos sueños me parecen una gran tontería —consideró Ciphus—. Yo estaría de acuerdo con Rachelle. No hay beneficio en soñar si pierdes tu mente en los sueños. Pero si quieres saber acerca de los libros de historias, entonces tendrás que hablar con el anciano Jeremiah del Sur. Él está aquí, creo.

¿Jeremiah del Sur? ¿El anciano que una vez fuera encostrado? Era uno de los poquísimos que vinieron y se bañaron en el lago por voluntad propia. Mucho de lo que Thomas sabía de los moradores del desierto lo había aprendido del anciano. Pero él nunca mencionó los libros de historias.

—¿Está aquí ahora?

—Para la Concurrencia —asintió el anciano.

—Thomas.

Enfrentó a Rachelle. Ella le lanzaba una de esas miradas por las que él la adoraba, una apasionada mirada que amenazaba con arrojar cualquier sospecha del amor de su esposa.

—Dime, por favor, que, como me amas, comerás diez rambutanes y te olvidarás ahora mismo y para siempre de esta tontería —anunció ella.

—¿Diez? —rió él—. ¿Me quieres enfermar? Gemiría toda la noche. ¿Así es como le das la bienvenida a casa a tu poderoso guerrero?

—Entonces una sola fruta —insistió Rachelle con una sonrisa curvándole lentamente los labios—. Y prometo que luego te daré un beso que te pondrá a girar la mente.

—Eso ya es tentador —respondió él, ofreciéndole la mano—. ¿Te gustaría danzar?

Ella le aceptó la mano y giró hacia él.

—No es que desee interrumpir a los amantes, pero hay otro asunto —intervino

Ciphus.

—Siempre hay otro asunto —comentó Thomas—. ¿De qué se trata?

—El careo.

—¿Justin? —preguntó Thomas, sabiendo a lo que se refería el anciano.

—Sí. No podemos permitir que se extienda más su herejía. Como se exige, tres ancianos han demandado una investigación ante el pueblo, como lo permite la ley. ¿Asistirás?

—Él despreció mi autoridad una vez. Parece natural que yo esté de acuerdo.

—Pero ¿asistirás?

Thomas captó la mirada de Rachelle. Ella una vez le manifestó que Justin era inofensivo y que hablar de él solo le fortalecería la popularidad. En ese tiempo estuvo de acuerdo. Aunque quizás no lo reconociera frente a Mikil y los demás, Thomas aún respetaba al hombre. Sin duda era el mejor soldado que alguna vez comandara, lo cual podría ser una razón de que a Mikil le disgustara tanto.

Por otra parte, no se podía negar la flagrante herejía del hombre. Paz con las hordas. ¡Qué disparate!

—¿Es él realmente tan peligroso? —inquirió, más por Rachelle que por él—. Su popularidad es muy grande. Un careo acarrearía graves consecuencias.

—Pero su ofensa va en aumento. Creemos que la mejor manera de tratar con él es ahora, para ofrecer un castigo ejemplar a una palabrería tan traicionera.

—¿Y si gana tu careo?

—Entonces se le permitirá quedarse, desde luego. Si se niega a cambiar su doctrina y pierde, será desterrado como exige la ley.

—Bien —asintió Thomas volviéndose para salir; eso apenas le inquietaba.

—Sabes que si las personas no pueden decidir, entonces es necesaria una pelea en el campo de combate —advirtió Ciphus.

—¿Y? —quiso saber Thomas volviéndose hacia el anciano.

—Nos gustaría que defendieras al Consejo si se debe pelear contra Justin.

—¿Yo?

—Parece natural, como tú dices. Justin ha vuelto la espalda al Gran Romance y te ha vuelto la espalda a ti, su comandante. Cualquier otro que no fuera tú y el pueblo podría creer que el asunto no te interesa en absoluto. Nuestro careo será débil solo en ese frente. Nos gustaría que estuvieras de acuerdo en pelear si el pueblo estuviera indeciso.

—Este asunto de pelear es inútil —juzgó Rachelle—. ¿Cómo puedes pelear con Justin? Él sirvió a tu lado cinco años. Salvó tu vida más de una vez. ¿Representa él un peligro para ti?

—¿En el cuerpo a cuerpo? Por favor, amor mío. El aprendió de mí lo que sabe.

—Y lo aprendió bien, por lo que he oído.

—El no lleva varios años sin pelear en batalla. Y tal vez me haya salvado la vida, pero también me volvió la espalda, por no mencionar al Gran Romance, como afirma correctamente Ciphus. A Elyon mismo. ¿Qué creará el pueblo si yo abandonara ni siquiera uno de nuestros pilares de fe? Además, no habrá pelea —declaró él y luego se volvió a Ciphus—. Acepto.

10

LAS HORDAS incendiaron el Bosque Sur en la noche, después de tres días de batalla campal. Nunca antes habían hecho eso, en parte porque los guardianes del bosque casi nunca los dejaban acercarse tanto para que tuvieran tal oportunidad. Pero eso fue antes de Martyn. Incendiaron los árboles con flechas ardientes desde el desierto a menos de doscientos metros de distancia del perímetro. Ahora no solo estaban usando fuego, también habían hecho arcos.

A Jamous y los hombres que le quedaban les tomó cuatro horas dominar las llamas. Por la gracia de Elyon, las hordas no habían empezado otro incendio, y los guardianes del bosque habían logrado dormir una hora.

Jamous se paró en una colina desde donde se divisaba la selva carbonizada. Más allá estaba el desierto blanco y justo ahora logró ver en la luz cada vez mayor al ejército congregado de las hordas. Diez mil, muchos menos que los que habían empezado. Pero él había perdido seiscientos hombres, cuatrocientos en una ofensiva importante justo antes del crepúsculo la noche anterior. Otros doscientos estaban heridos. Eso le dejaba solo doscientos guerreros sanos.

Nunca había visto a los moradores del desierto participar en batalla de manera tan eficaz. Parecían blandir sus espadas con mayor destreza y su avance parecía más resuelto. Hacían maniobras de costado y se retiraban cuando empezaban a verse dominados. Él no había visto realmente al general que ellos llamaban Martyn, pero solo podía suponer que era quien conducía ese ejército.

Había llegado la noticia de la gran victoria en la brecha Natalga y sus hombres habían vitoreado. Pero la realidad de la situación aquí estaba obrando en la mente de Jamous como una garrapata escarbando. Otra ofensiva importante de las hordas y estas superarían a sus hombres.

Detrás de ellos, a menos de cinco kilómetros, se hallaba el poblado. Era el segundo más grande de los siete, veinte mil almas. A Jamous lo habían enviado a escoltar a estos devotos seguidores de Elyon a la Concurrencia anual, cuando una

patrulla había chocado con el ejército de las hordas.

Los habitantes habían votado por quedarse y esperar la firme derrota de los moradores del desierto, la cual estaban seguros de que sería inminente, en vez de cruzar el desierto sin protección.

Hasta el día antes ese parecía un buen plan. Pero en ese momento se hallaban en una terrible situación. Si huían ahora, las hordas probablemente quemarían toda la selva o, peor, los agarrarían por detrás y los destruirían. Si se quedaban y peleaban, podrían contener al ejército hasta la llegada de los trescientos guerreros que Thomas había enviado, pero sus hombres estaban cansados y desgastados.

Jamous se agachó en una cepa y reflexionó sobre sus opciones. Una delgada niebla se elevaba sobre los árboles. Detrás de él, siete de sus guardianes personales hablaban tranquilamente alrededor de una fogata ardiendo en que calentaban agua para un té de hierbas. Dos de ellos estaban heridos, uno donde el fuego le había quemado la piel del cuero cabelludo, y otro cuya mano izquierda se la había aplastado la parte roma de una guadaña. Ellos hacían caso omiso del dolor, pues sabían que Thomas de Hunter haría lo mismo.

Bajó la mirada a la pluma roja atada a su codo y pensó en Mikil. Él le arrancó dos plumas a una guacamaya y le dio una a ella para que la usara. Cuando volviera a casa esta vez pediría su mano. No había nadie a quien él amara o respetara más que a Mikil. ¿Y qué haría ella?

Jamous frunció el ceño. Decidió que pelearían. Pelearían porque eran los guardianes del bosque.

Los hombres se habían quedado en silencio detrás de él.

—Markus, los golpearemos en el flanco norte con veinte arqueros— ordenó sin volverse, señalando el desierto mientras lo hacía—. Los demás me seguirán desde la pradera hacia el sur, donde menos lo esperan.

Markus no respondió.

—Markus—lo llamó, y él se volvió.

Sus hombres miraban a tres individuos que entraban al campamento sobre sus monturas. El que los dirigía iba en un caballo blanco que resoplaba y pisoteaba la blanda tierra. Usaba una túnica beige con un cinturón de bronce tachonado y una capucha que le cubría la cabeza en una manera no muy diferente a los encostrados. No era un verdadero atuendo de batalla. Una funda de espada colgaba de la silla de montar.

Jamous se puso de pie y se volvió hacia el campamento. Sus hombres parecían extrañamente cautivados por lo que veían. ¿Por qué? Los tres individuos parecían fuertes y saludables guardias forestales extraviados, de los que podrían ser buenos guerreros con suficiente entrenamiento, pero sin duda no tenían nada que los hiciera diferentes.

Y entonces el líder levantó los ojos color esmeralda hacia Jamous.

Justin del Sur.

El poderoso guerrero que desafiara a Thomas al rechazar el más grande honor de general ahora pasaba los días vagando por las selvas con sus aprendices, un autoproclamado profeta que extendía ideas ilógicas que atacaban de frente al Gran Romance. Una vez había sido muy popular, pero sus costumbres exigentes estaban resultando demasiado para muchos, incluso para algunos de los tontos influenciados que lo seguían con diligencia.

Sin embargo, este hombre ante él amenazaba con su herejía a la misma estructura del Gran Romance, y aseguraban que su retórica se fortalecía cada vez más. Mikil le dijo en cierta ocasión a Jamous que si alguna vez ella se volvía a topar con Justin, no vacilaría en sacar la espada y matarlo donde estuviera. Ella sospechaba que a él lo estaban manipulando los hechiceros del profundo desierto. Si las hordas eran el enemigo exterior, hombres como Justin, que menospreciaba el Gran Romance y hablaba de entregar el bosque a los moradores del desierto, eran el enemigo interior.

No ayudaba el hecho de que Justin hubiera rechazado su promoción a general y renunciado a los guardianes del bosque dos años atrás, cuando Thomas lo necesitara más.

Jamous escupió a un lado, hábito que había adquirido de Mikil.

—Markus, dile a este tipo que salga de nuestro campamento si quiere vivir —ordenó dirigiéndose a su saco de dormir—. Tenemos una guerra por delante.

—Tú eres aquel a quien llaman Jamous.

La voz del hombre era melodiosa y profunda. Confiada. La voz de un líder. No era extraño que hubiera cautivado a muchos. Era bien sabido que los hechiceros de las hordas cautivaban a los suyos con idioma astuto y magia negra.

—Y tú eres aquel a quien llaman Justin —contestó Jamous—. ¿Y qué? Aquí estorbas.

—¿Cómo puedo estorbar en mi propia selva?

—Estoy aquí para salvar tu selva —objetó Jamous negándose a mirar al hombre—. Markus, monta tu caballo y reúne a los hombres. Asegúrate que todos se hayan bañado. Podríamos tener un largo día por delante. Stephen, saca veinte arqueros y reúnete conmigo en el campamento más abajo.

Sus hombres titubearon.

—¡Markus! —gritó él, girando.

Justin había desmontado. Tuvo la audacia de desafiar a Jamous y acercarse al fuego, donde ahora estaba parado, con la capucha removida para revelar un cabello castaño hasta los hombros. Tenía el rostro de un guerreiro que se había ablandado. Todos habían conocido sus destrezas como soldado antes de que desertara de los guardianes. Pero las líneas de experiencia estaban suavizadas por sus brillantes ojos

verdes.

—Los moradores del desierto los destruirán hoy —advirtió Justin, estirando una mano hacia el fuego; miró por encima—. Si los atacas, ellos acabarán con lo que queda de tu ejército, quemarán la selva y matarán a todos los de mi pueblo.

—¿ Tu pueblo? El pueblo de esta selva está vivo debido a mi ejército — objetó Jamous.

—Sí. Han estado en deuda contigo por muchos años. Pero hoy las hordas son demasiado fuertes y aplastarán lo que quedó de tu ejército como aplastaron ayer la mano de este hombre —advirtió señalando a Stephen, que había recibido el golpe de guadaña.

—Tú abandonaste el ejército. ¿Qué sabrás de guerra? —cuestionó Jamous.

—Yo hago una nueva clase de guerra.

—¿A favor de quién? ¿De los encostrados?

—¿Cuánta sangre derramarás? —preguntó Justin mirando el desierto.

—Tanta como Elyon decida.

—¿Elyon? —refutó Justin como si estuviera sorprendido—. ¿Y quién hizo a los encostrados? Creo que fue Elyon.

—¿Estás diciendo que Elyon no nos guía contra las hordas?

No. Sí lo hizo. Pero sin el lago, ¿no son ustedes en realidad iguales a las hordas? Así que, si yo fuera a tomar tu agua y te obligara a entrar al desierto, te estaríamos cortando en pedazos en vez de ellos. ¿No es correcto eso?

—¿Estás diciendo que yo soy uno de ellos? ¿O quizás sugieras que tú lo eres?

—Lo que estoy realmente diciendo es que en cada uno de nosotros acechan las hordas —contestó Justin sonriendo—. La enfermedad que paraliza. La podredumbre, si prefieres. ¿Por qué no perseguir la enfermedad?

—Ellos no quieren una cura —declaró Jamous agarrando el cuerno de la silla y montándose sin usar el estribo—. La única cura para las hordas es la que Elyon nos ha dado. Nuestras espadas.

—Si insistes en atacar, quizás podrías dejarme guiar a tus hombres. Tendríamos mucho mejores posibilidades de victoria —aseguró Justin guiñando un ojo—. No que seas malo, no para nada. Te he estado observando desde que viniste y realmente eres bueno, muy bueno. Uno de los mejores. Siempre está Thomas, por supuesto, pero creo que eres el mejor que he visto en algún tiempo.

—¿Y sin embargo me insultas?

—No, en absoluto. Solo que yo mismo soy muy bueno. Creo que podría ganar esta guerra y creo que podría hacerlo sin perder un solo hombre.

Justin exhibía una extraña calidad acerca de sí mismo. Decía cosas que comúnmente harían pelear a Jamous, pero las decía con tan perfecta sinceridad y de una manera tan poco combativa que Jamous estuvo momentáneamente tentado a

darle una palmadita en la espalda como haría con un buen amigo y decirle: «Adelante, compañero».

—Eso es lo más arrogante que nunca he oído.

—Entonces supongo que vas sin mí a la batalla —expresó Justin.

—¡Ahora, Markus! —exclamó Jamous haciendo girar su caballo.

—Al menos admite esto —insistió Justin—. Si logro quitarte de encima a este ejército de hordas sin ayuda, cabalga conmigo en una marcha de victoria por el Valle de Elyon hacia el oriente del poblado.

Los hombres de Jamous ya habían empezado a montar, pero se detuvieron. Los compañeros de Justin no habían movido sus caballos. Nada de esta absurda propuesta pareció sorprenderlos.

De los ojos de Justin había desaparecido cualquier insinuación de estar jugando. Volvió a mirar directamente a Jamous, autoritario. Exigente.

De acuerdo —contestó Jamous, más interesado en desembarazarse del hombre que en tomarle en serio cualquier desafío.

Justin le sostuvo la mirada por largo rato. Luego, como si se acabara el tiempo, fue hasta su caballo, trepó a la montura, hizo girar el corcel y salió sin lanzar otra mirada.

Jamous se alejó.

—Stephen, arqueros. De prisa, antes de que salga por completo la luz.

JUSTIN CONDUJO al galope a Ronin y a Arvyl por los árboles. Ellos casi no lo podían seguir, a pesar de no estar exigiendo a su corcel como solía hacerlo cuando cabalgaba solo. Había otros además de Ronin y Arvyl: miles que ovacionarían a Justin en las circunstancias correctas, pero últimamente su popularidad había disminuido. Se trataba de individuos inconstantes, guiados por las opiniones del día. Justin solo esperaba tener suficiente valor. Su acuerdo con Martyn dependía al menos parcialmente de su habilidad para liberar a una multitud según lo planeado.

Vivir como un marginado social había extraído su precio. A veces apenas podía resistir el dolor. Una cosa era entrar a la sociedad siendo huérfano, como pasó con él; otra era ser rechazado descaradamente como lo era ahora a menudo.

A veces no estaba seguro de por qué Elyon no llevaba el poder militar de Justin a muchos de ellos. El Gran Romance entre ellos para nada era un romance con Elyon.

Ahora, el destino de estos hombres estaba en manos de él. Si solo supieran la verdad, podrían matarlo ahora mismo, antes de que tuviera la posibilidad de hacer lo que fuera necesario.

—Justin! Espere —llamó Ronin desde atrás.

Habían llegado a un bosquecillo de árboles frutales.

—¿Desayuno, mis amigos?

—Señor, ¿qué tiene en mente? ¡No puede enfrentarse a todo un ejército de hordas sin ayuda de nadie!

Aún al trote, Justin extrajo de su vaina una espada de empuñadura nacarada, se inclinó hacia delante, dio vuelta a la hoja sobre su cabeza en un "movimiento parecido a un ocho y luego hizo frenar el caballo.

Una, dos, tres grandes frutas rojas cayeron del árbol. Agarró cada una en un giro y lanzó una a Ronin y otra a Arvyl. ¡Aja!

Con un gran mordisco saboreó el dulce néctar. Le corrió jugo por la barbilla y metió la espada en la vaina. La fruta que él extrañaría.

—En serio —expresó Ronin sonriendo y mordiendo su fruta.

El caballo de Justin se irguió. Lentamente desapareció la sonrisa de su rostro. Miró fuera del bosque.

—Hablo en serio, Ronin. ¿No has escuchado cuando he dicho que nivelar el desierto con una sola palabra es asunto del corazón, no de la espada?

—Por supuesto que he escuchado. Pero esta no es una sesión ante una fogata con una docena de almas desesperadas en busca de un héroe. Se trata del ejército las de hordas.

—¿Dudas de mí?

—Por favor, Justin. Señor. ¿Después de lo que hemos visto?

—¿Y qué has visto?

—Le he visto a usted dirigir a mil guerreros por la llanura desierta Samyrian con veinte mil hordas delante de nosotros y veinte mil detrás. Le he visto enfrentarse sin ayuda de nadie a un centenar de enemigos y salir ileso. Le he oído hablar al desierto y a los árboles, y he visto que le escuchan. ¿Por qué cuestiona mi confianza en usted?

Justin lo miró a los ojos.

—Usted es el guerrero más grande en toda la tierra —continuó Ronin—. Creo que más grande incluso que Thomas de Hunter. Pero ningún hombre puede ir solo contra diez mil guerreros. No estoy dudando; estoy preguntando qué quiere usted decir con esto.

Justin le sostuvo la mirada, luego sonrió lentamente.

—Si alguna vez tuviera un hermano, Ronin, oraría porque fuera exactamente como tú.

Esa era la más grande honra que un hombre pudiera darle a otro. En realidad Ronin dudaba de Justin, incluso al preguntar, pero ahora se quedó sin palabras.

—Soy su siervo —manifestó Ronin con una inclinación de cabeza.

—No, Ronin. Eres mi aprendiz.

APENAS RESPIRANDO, Billy y Lucy observaban detrás de una mata de moras a los tres guerreros. En las manos agarraban espadas de madera que tallaron un día antes. La de Lucy no era tan afilada ni tan parecida a una espada porque había tenido dificultad en labrarla con su mano seca, aunque suficientemente buena para oprimir la madera contra la pierna. De lo contrario el reseco trozo de carne solo le servía para señalar o para aporrear a Billy en la cabeza cuando él se ponía muy fastidioso. Había sido idea de Billy salir a hurtadillas del poblado mientras aún estuviera oscuro, y unirse a la batalla... o al menos echar un vistazo.

Su amiga había tratado de convencerlo de que eso era muy peligroso, que a los niños de nueve años no les correspondía mirar a las malvadas hordas, mucho menos pensar en que podían pelear contra ellas. Lucy no había creído que vendrían de veras, pero entonces Billy la despertó y ella lo siguió, murmurando sus objeciones la mayor parte del camino.

Ahora ella miraba a los tres guerreros en sus caballos, y el corazón le palpitaba con tanta fuerza como para asustar a los pájaros.

—Ese es... ese es él —susurró Billy.

Lucy se retiró del arbusto. ¡Los oirían!

—¡Ese es Justin del Sur! —exclamó Billy mirándola con ojos desorbitados.

Lucy estaba demasiado aterrada para decirle que se callara. Desde luego que no se trataba de Justin del Sur. No se hallaba vestido como un guerrero. Ella ni siquiera tenía la seguridad de que Justin existiera. Había oído todas las historias, pero eso no significaba que ningún ser vivo pudiera hacer realmente esas cosas.

—Juro que es él! —susurró Billy—. Mató a cien mil encostrados con una sola mano.

Lucy se inclinó hacia delante y echó otro vistazo. Ellos eran como los mágicos roushims de Elyon que su padre afirmaba que un día acabarían con las hordas.

Y QUÉ hay contigo, Arvyl? —preguntó Justin—. ¿Qué haces de...? Se detuvo a mitad de frase. Ronin le siguió la mirada y vio a un niño y una niña agachados al borde del claro, mirando a los tres guerreros detrás de la mata de moras.

Estaban mirando a Justin, por supuesto. Siempre miraban a Justin. Él siempre cautivaba a los niños. Estos parecían gemelos, cabello rubio y grandes ojos, como de

diez años, demasiado jóvenes para estar deambulando tan lejos de casa en un momento como este.

Pero él tampoco podía culparles por su curiosidad. ¿Cuándo habían tenido tan cerca una batalla como esa?

Justin ya se había metido en otro mundo, pensó Ronin con una sola mirada. Los niños le inducían a esto. Él ya no era el guerrero; era el padre de los niños, fueran quienes fueran. Los ojos le centelleaban y el rostro se le iluminaba. A veces Ronin se preguntaba si Justin cambiaría su vida para volver a ser niño, para colgarse en los árboles y rodar en los prados.

Este amor por los chicos confundía más a Ronin que cualquier otra característica de Justin. Algunos decían que Justin era hechicero. Y comúnmente se sabía que los hechiceros podían engañar a inocentes con solo unas cuantas palabras blandas. Ronin tenía dificultad para separar el efecto de Justin sobre los niños de la especulación de que él no era lo que parecía.

—Hola —dijo Justin.

Ambos muchachos se agacharon detrás de la mata.

Justin se deslizó del caballo y corrió hacia el arbusto.

—No, no, salgan, por favor. Salgan, necesito su consejo —expresó y se inclinó en una rodilla.

—¿Mi consejo? —preguntó el niño, asomando la cabeza en lo alto.

Una mano lo agarró de la camisa y lo jaló hacia abajo. La niña no era tan valiente.

—Tu consejo. Se trata de la batalla de hoy.

Ellos susurraron con urgencia, finalmente salieron, el muchacho decidido, la chiquilla desconfiada. Ronin vio que cada uno de ellos portaba espadas de madera. La de la chica era más pequeña y la mano izquierda se le inclinaba hacia atrás en un extraño ángulo. Deforme.

La mirada de Justin bajó hacia la mano de la niña, luego subió hasta el rostro. Por un momento pareció cautivado por la escena. Un pájaro trinaba en el árbol encima de ellos.

—Mi nombre es Justin, y yo... —se calló mientras se sentaba en el suelo y cruzaba las piernas en un movimiento—. ¿Cómo se llaman?

—Billy y Lucy —contestó el muchacho.

—Bien, Billy y Lucy, ustedes son dos de los niños más valientes que he conocido. Los ojos del chico refulgieron.

—Y los más hermosos —añadió Justin.

La muchacha se apoyó en el otro pie.

—Mis amigos aquí, Ronin y Arvyl, no están convencidos de que yo pueda poner de rodillas a las hordas sin ayuda de nadie. Debo decidir y creo que ustedes me podrían dar alguna indicación. Mírenme a los ojos y díganme. ¿Qué creen? ¿Debo

enfrentarme a las hordas?

Billy miró a Ronin, sin saber qué decir.

—Sí —contestó primero la niña.

—Sí —expresó el muchacho—. Desde luego.

—¡Sí! ¿Oíste eso, Ronin? Dame diez guerreros que crean como estos dos y pondré a todas las hordas a mis pies. Ven acá, Billy. Me gustaría estrechar la mano del hombre que me dijo lo que los adultos no pueden decirme.

Justin estiró la mano y Billy la agarró, con una radiante sonrisa. El guerrero le alborotó el cabello al niño y le susurró algo que Ronin no logró oír. Pero los dos chicos rieron.

—Lucy, ven y déjame besar la mano de la doncella más hermosa en toda la tierra.

Ella dio un paso adelante y le ofreció la mano buena.

—Esa no. La otra.

La sonrisa de Lucy se apagó. Lentamente bajó la espada. Ahora las dos manos le colgaban a los costados. Justin la miró a los ojos.

—No tengas miedo —le manifestó en voz muy baja.

Ella levantó la mano lisiada y Justin la agarró entre las suyas. Se inclinó y la besó tiernamente. Luego se inclinó hacia delante y le susurró algo al oído.

PARA SER absolutamente francos, Lucy estaba aterrada por Justin. Pero no de miedo, sino de nervios. No estaba segura de si debía confiar en él o no. Con los ojos y la sonrisa decía sí, pero había algo en él que le hacía temblar las rodillas. Cuando él le agarró la mano y la besó, la pequeña se dio cuenta de que él sintió su temblor. Luego él se inclinó adelante y le susurró al oído.

—Eres muy valiente, Lucy —pronunció con una voz melodiosa que le recorrió el cuerpo como un vaso de leche caliente—. Si yo fuera un rey me gustaría que fueras mi hija. Una princesa.

La besó en la frente.

Ella no estaba segura de por qué, pero le brotaron lágrimas de los ojos. No se debió a lo que él dijo, ni a que la hubiera besado, sino al poder en su voz. Como magia. La niña se sintió como una princesa levantada por el príncipe más fabuloso de toda la tierra, exactamente como en las historias.

Solo que no era a la hermosa princesa a la que el príncipe había escogido. Era a ella, la que tenía un muñón por mano.

Se esforzó por no llorar, pero era muy difícil, y de repente se sintió incómoda parada de este modo frente a Billy.

Justin le guiñó un ojo y se puso de pie, sosteniéndole todavía la mano. Puso la otra mano sobre el hombro de Billy.

—Quiero que los dos vayan a casa tan pronto como puedan. Díganle al pueblo que las hordas serán derrotadas hoy. Marcharemos por el Valle de Elyon al mediodía, victoriosos. ¿Puedo contar con ustedes?

Ambos asintieron.

El los soltó y volvió a donde esperaba su caballo.

—Ojalá todos nosotros pudiéramos volver a ser niños —declaró. Luego saltó sobre la silla y atravesó al galope el pequeño claro. Se paró al llegar a los árboles e hizo girar el corcel.

Si Lucy no se equivocaba, logró ver lágrimas en el rostro de Justin.

—Ojalá todos ustedes pudieran volver a ser niños. Entonces se internó entre los árboles.

—¡VIGILEN NUESTROS flancos! —resonó Jamous—. ¡Manténganlos hacia el frente! Markus metió directamente el caballo entre un grupo de guerreros de las hordas y se paró en seco justo en el momento en que uno trató de asestarle un golpe con la guadaña. Markus echó el torso hacia atrás y se arrellanó en la grupa del caballo. La guadaña silbó en el aire por encima. Levantó el cuerpo junto con la espada, cortándole el brazo al encostrado desde el hombro.

Jamous usó el arco, atravesando con una flecha la espalda del guerrero que acosaba por detrás a Markus. El atacante gritó del dolor y dejó caer la espada.

—¡Retrocedan! ¡Retrocedan! —gritó Jamous.

Era su cuarto ataque esa mañana y la estrategia estaba funcionando exactamente como Jamous la había diseñado. Si seguían golpeando por los costados, su mayor velocidad impediría que el ejército más lento lograra posicionárseles por detrás. Eran como lobos destrozándole las piernas a un oso, siempre fuera del alcance de sus afiladas garras y bastante cerca para dar pequeños mordiscos a voluntad.

La selva estaba a menos de cien metros detrás. Jamous volteó a mirar.

No, doscientos. ¿Tan lejos?

Más lejos.

Giró alrededor y se paró en sus estribos, contemplando el campo de batalla. Un escalofrío desafió al ardiente sol bajándole por la espalda. ¡Estaban demasiado lejos!

—¡Regresen al bosque! —gritó, e incluso mientras lo hacía vio la amplia franja de hordas recortando por el oriente, cortándoles el paso.

Miró hacia el occidente. El enemigo estaba demasiado lejos para cortarles las

líneas allá. Giró hacia el occidente. Un interminable mar de hordas.

Aumentó el pánico, luego se desvaneció. Había una salida. Siempre había una salida.

—¡Línea central! —gritó—. ¡Línea central!

Sus hombres formaron filas detrás de él para retirarse corriendo. Cuando las hordas se movieran para interceptarlos, los guardianes romperían filas en una docena de direcciones para esparcirlas. Pero siempre se moverían en la dirección en que Jamous los guiara primero.

El caballo de Jamous se levantó en dos patas y él miró desesperadamente en esa dirección.

—Nos están recortando —gritó Markus—. Jamous...

Él sabía lo que el enemigo acababa de hacer. El oso había sufrido con paciencia los ataques de los lobos, gruñendo e intentando golpear como siempre hacía. Pero hoy habían atraído de manera lenta y metódica a los lobos cada vez más a lo profundo del desierto, suficientemente lejos para que estos no pudieran ver la maniobra por los flancos. Demasiado lejos para salir corriendo.

El ejército de hordas se cerró a cien metros detrás de ellos. En el centro Un guerrero sostenía en alto su estandarte, el serpenteante murciélago shataiki. Estaban atrapados.

De pronto, los encostrados más cerca de Jamous se replegaron como cien metros y se unieron al ejército principal. Sus hombres se le habían agrupado a la derecha. Sus caballos relinchaban y pateaban, desgastados por la batalla. Ninguno exigió a Jamous que hiciera algo. Poco se podía hacer.

Excepto atacar.

La línea de hordas entre ellos y la selva era su única opción indudable. Pero ya tenía cincuenta metros de ancho, demasiados encostrados para atravesarla con menos de doscientos hombres.

Sin embargo, era su única opción. Una imagen de Mikil le resplandeció en la mente. Dirían que él había peleado como ningún hombre lo había hecho antes y ella llevaría su cadáver a la pira funeraria.

El ejército de encostrados se detuvo ahora. El desierto se había quedado en silencio. Parecían deleitarse en dejar que Jamous hiciera el primer movimiento. Sencillamente apretarían la soga en cualquier dirección a que los llevara el guardián del bosque. El ejército de hordas estaba aprendiendo.

Martyn.

Jamous miró a sus hombres, que formaban una línea frente a la selva.

—Solo hay una salida —les dijo.

—Directo hacia ellos —confirmó Markus.

—La fortaleza de Elyon.

—La fortaleza de Elyon.

Tal vez algunos lograran atravesar el muro para advertir al poblado.

—Extiendan la voz. A mi señal, directo al frente. Si lo logran, evacúen el poblado. Ellos lo quemarán.

¿Había llegado de verdad la situación a esto? ¿A una última carrera suicida?

—Eres un buen hombre, Jamous —comentó Markus.

—Tú también, Markus, tú también.

Se miraron. Jamous levantó la espada.

—Jinete! ¡Por detrás! —se oyó un grito desde la línea.

Jamous giró en su silla. Un jinete solitario atravesaba corriendo el desierto por el oriente, como a ochocientos metros de distancia. A su paso se levantaba polvo.

—¡Cuidado! —gritó Jamous haciendo girar el caballo.

El jinete no iba rumbo a ellos ni a los moradores del desierto. Se acercó a medio camino entre la posición de ellos y el ejército de hordas. Un caballo blanco.

Hasta Jamous llegó el sonido del golpeteo de cascos. Fijó los ojos en ese corcel solitario, que retumbaba en el desierto como un mensajero ciego que se hubiera perdido y estaba decidido a entregar su mensaje al comandante supremo a cualquier costo.

Era Justin del Sur.

El hombre todavía no estaba vestido con ropa adecuada de batalla. La capucha le volaba detrás con mechones sueltos. Montaba parado en las puntas de los pies como si hubiera nacido en esa silla de montar. Y en la mano derecha le colgaba una espada, abajo y tan libre que parecía como si fuera a tocar la arena en cualquier momento.

Jamous tragó saliva. Este guerrero había peleado y ganado más batallas que cualquier hombre vivo, a excepción del mismo Thomas. Aunque Jamous no había peleado con él, todos habían oído de sus proezas antes de que dejara a los guardianes.

De repente, Justin se desvió hacia el ejército de hordas, inclinado sobre el costado opuesto del caballo y con la espada metida en la arena. Corriendo aún a toda velocidad dejó marcada en el desierto una línea de cien metros antes de enderezarse y parar en seco a la bestia.

El blanco corcel retrocedió y dio la vuelta.

Justin se volvió al galope, sin mirar ni una sola vez a ningún enemigo. Las filas frontales de las hordas se movieron pero se quedaron tranquilas. El frenó en el centro de la línea que había trazado y las enfrentó.

Los ejércitos se mantuvieron en perfecta calma.

Justin miró al frente durante varios segundos, dándole la espalda a Jamous.

—¿Qué está él...?

Jamous levantó una mano para callar a Markus.

Justin echó la pierna por detrás de la silla y desmontó. Se dirigió a la línea y se

detuvo. Entonces, con parsimonia, se paró sobre la línea y siguió adelante, arrastrando a su lado la espada en la arena. Ellos podían oír el suave crujido de la arena debajo de los pies del hombre. Un caballo en la línea relinchó.

El guerrero se hallaba a solo treinta metros del principal ejército de hordas cuando se volvió a detener. Esta vez clavó la espada en la arena y dio tres Pasos atrás.

—¡Solicito hablar con el general llamado Martyn! —resonó su voz en el desierto.

—¿Qué cree él que está haciendo? ¿Se está rindiendo?

—No sé, Markus. Aún estamos vivos.

—¡No podemos rendirnos! Las hordas no toman prisioneros.

—Creo que intenta hacer la paz.

—¡Paz con ellos es traición contra Elyon! —exclamó Markus.

—Envía un mensajero, por el flanco oriental.

—¿Ahora?

—Sí. Veamos si lo dejan pasar. Markus dio la orden.

Justin aún miraba al enemigo, esperando. Un jinete salió de la línea de Jamous y corrió hacia el oriente, del mismo modo que había hecho Justin. Los encostrados no se movieron para detenerlo.

—Lo están dejando pasar.

—Bueno. Veamos si...

—Ahora lo están deteniendo.

Los encostrados cerraron el flanco oriental. El jinete se detuvo y retrocedió.

Jamous lanzó una palabrota.

—Bien, veamos entonces cuán lejos nos lleva la traición.

Como en el momento justo, el ejército de hordas se abrió directamente al frente. Un general solitario montado en un caballo, que vestía la banda negra de su rango, salió lentamente hacia Justin. Martyn. Jamous logró distinguir el rostro del encostrado debajo de la capucha, pero no sus rasgos. Se detuvo a diez metros de la espada de Justin.

El desierto llevaba el suave sonido de las voces, pero Jamous no distinguía las palabras. Siguieron hablando. Cinco minutos. Diez.

De pronto el general Martyn se deslizó del caballo, se reunió con Justin a la altura de la espada clavada en la arena y se agarraron las manos en el saludo tradicional de la selva.

—¿Qué?

—Cállate, Markus. Si vivimos otro día para pelear, lo arrastraremos por su traición.

El general montó, retrocedió hasta donde sus hombres y desapareció. Un prolongado cuerno resonó desde la línea frontal.

¿Ahora qué?

Justin subió a su silla, giró el caballo y salió corriendo hacia ellos. Estaba como a siete metros sin disminuir la marcha antes de que a Jamous se le ocurriera que él no iba a atravesar la línea.

Lanzó una maldición y giró bruscamente el caballo hacia la izquierda.

Jamous pudo ver el pícaro reflejo en los ojos color esmeralda de Justin mientras se dirigía a la línea y galopaba hacia las expectantes hordas. Mucho antes de que él llegara, el ejército de encostrados se partió y se retiró, primero de oriente a occidente y luego al sur como una ola en retirada en cada lado.

Justin se paró en la línea de árboles.

Jamous volvió a mirar hacia atrás, luego espoleó su caballo.

—¡Vamos!

No fue sino cuando estaba a mitad de camino hacia Justin que Jamous recordó su acuerdo. En realidad, el hombre le había quitado de encima las hordas, ¿verdad? Sí. No por ningún medio que se hubiera imaginado, ni por ningún medio que entendiera, pero lo había hecho. Y, por eso al menos, Justin había vencido.

Hoy lo honraría el pueblo.

11

—¿DUERME TODAVÍA? —inquirió Phil Grant.

—Como un bebé —contestó el desgarrado doctor abriendo la puerta de su laboratorio—. Insisto en que me deje analizarlo más. Esto es sumamente extraño, ¿entiende? Nunca antes lo había visto.

—¿Le cuesta más trabajo poder acceder a los sueños de él?

—No sé a lo que pueda acceder, pero lo intento con gusto. Sea lo que sea que esté ocurriendo en esa mente, es necesario examinarla. Es indispensable.

—No estoy seguro de cuánto tiempo tenemos para lo que según usted es indispensable —opinó Grant—. Veremos.

Kara entró por delante de los dos hombres. Le pareció extraño que solo hasta hacía dos semanas ella llevara una vida tranquila como enfermera en Denver. Sin embargo, hela aquí, empujada de mala gana por el director de la CÍA y de un psicólogo de renombre mundial, que analizaban a su hermano para encontrar respuestas a la crisis más grande que quizás enfrentara alguna vez Estados Unidos.

Thomas se hallaba en un asiento reclinable color granate, luces tenues, mientras una versión orquestal de «Killing Me Softly» susurraba por los parlantes del techo. Kara había pasado la tarde poniendo sus asuntos en orden: El alquiler de su departamento en Denver, cuentas de seguro, una larga llamada a su madre, que se había horrorizado con todas las noticias acerca de que Thomas secuestrara a Monique. Dependiendo de lo que sucediera los siguientes días, Kara pensaba que podría volar a Nueva York para hacerle una visita. Le pesaba mucho la posibilidad de no volver a ver a su madre. Todos los científicos hablaban como si el virus no fuera a causar estragos por otros dieciocho días, pero en realidad podrían ser menos. Diecisiete. Dieciséis. Los modelos solo eran aproximados. Había la posibilidad de que todos tuvieran menos de tres semanas de vida.

.—¿Así que ha estado durmiendo tres horas sin soñar?

—Permítame decirlo de esta manera —contestó el doctor Myles Bancroft yendo

al monitor y dándole un ligero toquecito—. Si está soñando, no es como ningún sueño que yo haya visto nunca. No hay movimiento rápido de ojos. No hay actividad cerebral perceptiva, ni fluctuación en la temperatura facial. Está en un sueño profundo, pero sus sueños son tranquilos.

—Por tanto, la idea de registrar sus patrones de sueño y de volverlos a alimentar...

—No presenta la más mínima oportunidad.

—Él parece tan... común y corriente —expresó Grant moviendo la cabeza de lado a lado.

—Está muy lejos de ser común y corriente —objetó Kara.

—Es obvio. Sencillamente es difícil imaginar que el destino del mundo dependa de algo en esta mente. Sabemos que él descubrió la variedad Raison... y la idea de que el antivirus esté oculto en esa mente de algún modo me pone nervioso, considerando que no ha tenido ni un día de capacitación médica en su vida.

—Por eso es indispensable que usted me deje pasar más tiempo con él — repitió Bancroft.

Lo miraron en silencio.

—Despiértelo —ordenó Kara.

—Despierta, muchacho —enunció Bancroft moviendo suavemente a Thomas.

Los ojos de Thomas se abrieron. Era gracioso que Kara ya no pensara en él como Tom. Ahora era Thomas. Le calzaba mejor.

—Bienvenido a la tierra de los vivos —bromeó el doctor—. ¿Cómo se siente?

—¿Cuánto tiempo he estado durmiendo? —preguntó él, sentándose y frotándose los ojos.

—Tres horas.

THOMAS MIRÓ alrededor del laboratorio. Tres horas. Le parecieron más.

—¿Qué sucedió? —curioseó Kara.

Lo miraban de manera expectante.

—¿Funcionó? —indagó él.

—Eso es lo que nos estábamos preguntando —contestó Bancroft.

—No sé. ¿Registró usted mis sueños?

—¿Soñó usted?

—No sé, ¿o sí? ¿O estoy soñando ahora?

—Por favor, Thomas —cuestionó Kara, suspirando.

—Está bien, entonces sí, desde luego que soñé. Regresé a la selva con mi ejército después de destruir a las hordas, la pólvora funcionó a las mil maravillas. Me reuní

con el Consejo y luego me quedé dormido después de unirme a la celebración con Rachelle.

Puso los pies en el piso y se irguió.

—Y estoy soñando ahora, lo que significa que no comí la fruta. Ella me arrancará la piel.

—¿Quién le arrancará la piel? —quiso saber Grant.

—Su esposa, Rachelle —contestó Kara. El director la miró con una ceja arqueada.

—Y pregunté acerca de los libros de historias —añadió Thomas—. Sé quién es el hombre que me podría decir dónde se encuentran.

—Pero ¿no recordó nada más respecto del antivirus? —presionó Grant.

—No. Su experimentito falló, ¿recuerda? Usted no puede estimular mis bancos de memoria porque no puede registrar los patrones característicos asociados con mis sueños, puesto que no estoy soñando. Eso lo resume muy bien, ¿no es así, doctor?

—Tal vez sí. Fascinante. Podríamos estar al borde de todo un mundo de entendimiento.

—Está bien, Gains tiene razón —intervino Grant meneando la cabeza—. De ahora en adelante debemos hablar lo menos posible de estos sueños. Mantenemos la historia directa y sencilla. Usted tiene un don. Ve cosas que aún no han sucedido. Eso es bastante difícil de creer, pero al menos existe ese precedente. A la luz de nuestra situación, bastantes personas le darán al menos una posibilidad de profeta. Pero el resto de ellas: su esposa, Rochel o como se llame, su consejo de guerra, las hordas, la fruta que no comió, todo eso, es estrictamente confidencial para cualquiera excepto Gains y yo.

—¿Quiere usted considerarme como una especie de profeta místico? —preguntó Thomas—. No soy tan optimista como usted. No haré nada para influir en la comunidad internacional. Fuera de este salón solo soy una persona sencilla que podría saber más respecto de la situación a la mano que cualquier otro en este gobierno, debido a mi asociación con Monique. Fui el último en hablar con ella antes de que la raptaran. Soy el único que ha contactado con los terroristas y soy el único que ha previsto por anticipado el próximo movimiento de ellos. Considerando todo eso, soy un hombre a quien deberían tomar en serio. A juzgar por la más bien... cálida recepción que obtuve de los demás en la reunión de hoy, creo que eso podría tener más sentido.

—No discreparé —expresó Grant—. ¿Está usted previendo la necesidad de influir en la comunidad internacional?

—¿Quién sabe? —inquirió Thomas pasando delante de él, su sensación de urgencia había crecido—. De un modo u otro tenemos que superar este asunto. ¡No puedo creer que los libros de historias aún existan! Si pudiera conseguirlos...

Se detuvo.

—Tengo que saber algo —continuó Thomas enfrentándoseles con ojos bien abiertos—. Tengo que saber si este corte en mi hombro vino de Carlos o de las hordas. En mis sueños, quiero decir.

Lo miraron sin ofrecerle ninguna afirmación de apoyo.

—De Carlos —contestó finalmente Karla.

—Pero no viste que él me cortara, ¿correcto? Yo ya sangraba cuando entraste a la habitación. No, necesito saber de verdad. Ellos están insistiendo en que las hordas me hicieron el corte.

—¿Cómo... puedes probarlo de algún modo?

—Sí. Córtense —enunció, y extendió el brazo—. Háganme una pequeña incisión y veré si la tengo cuando despierte.

Los tres parpadearon.

—Denme entonces una navaja.

Bancroft fue hasta un cajón, lo abrió y sacó unas tijeras.

—Bien, yo tengo estas...

—Usted no habla en serio, ¿verdad? —exclamó Grant. Thomas agarró las tijeras y se acercó la afilada punta a lo largo del brazo. Debía entender las reglas del caso.

—Solo un pequeño rasguño. Por mí. Tengo que saberlo.

Hizo un gesto de dolor y devolvió las tijeras.

—¿Está usted sugiriendo que entre las realidades se ha transferido más de lo que está en su mente? —quiso saber el doctor.

—Por supuesto —contestó él—. Estoy aquí y allá. Físicamente. Eso es más que conocimiento o habilidades. Mis heridas aparecen en ambas realidades. Mi sangre. Vida. Nada más. Mi mente y mi vida. Por otra parte, mi edad no aparece aquí. Aquí soy más joven.

—Esto... esto es absolutamente increíble —titubeó el doctor.

Thomas miró a Grant.

—¿Cuál es nuestra posición?

El director se tomó un rato para responder.

—Bueno... el presidente ha ordenado a la FEMA, la Agencia Federal de Gestión de Emergencias, que dirija todos sus recursos a trabajar con los Centros para el Control de Enfermedades y ha hecho intervenir a la Organización Mundial de la Salud. Ahora han confirmado el virus en treinta y dos aeropuertos.

—¿Qué hay de la búsqueda de Monique? El resto podría ser vano a menos que la hallemos.

—Estamos trabajando en eso. Los gobiernos de Inglaterra, Alemania, Francia, Tailandia, Indonesia, Brasil... una docena más están haciendo todo lo posible.

—¿Suiza?

—Naturalmente. Quizás yo no pueda predecir un virus, o pelear contra las hordas, pero sí sé cómo buscar fugitivos en el mundo real.

—Svensson se ha metido en un hueco en algún lugar preparado desde hace mucho tiempo. Uno en que nadie pensaría buscar. Como el de las afueras de Bangkok.

—¿Cómo encontró usted ese lugar?

Thomas miró a Kara.

—¿Podrías volver a hacerlo? —preguntó ella—. El mundo ha cambiado, pero eso no significa que Rachelle no esté conectada de alguna manera con Monique, ¿de acuerdo?

Thomas no respondió. ¿Y si él estuviera equivocado? Todavía era Thomas Hunter, el escritor fracasado de Denver. ¿Qué derecho tendría de informar a la CÍA? Las posibilidades eran gigantescas.

Por otra parte, él había tenido razón más de una vez. Y había peleado triunfalmente con las hordas durante quince años. Eso le había hecho ganar algo, como le dijera el presidente.

—¿Me podría explicar alguien? —indagó Grant.

Kara lo miró.

—Rachelle, la esposa de Thomas en sus sueños, lo dirigió sin querer a Monique la primera vez. Ella parecía saber dónde la tenían prisionera. Pero se puso celosa de Monique porque se dio cuenta de que Thomas se estaba enamorando de ella aquí. Así que no quiso volver a ayudarlo. Por eso él acordó no soñar durante quince años.

—Debí haberme tomado más tiempo —opinó Bancroft—. Usted está enamorado de dos mujeres diferentes, ¿una en cada realidad?

—Aquello fue en un período continuo —enunció Thomas.

Eso era algo que Thomas había estado tratando de acallar desde que despertara del sueño de quince años, pero que perduraba en el fondo de su mente. Parecía absurdo que tuviera en absoluto ningún sentimiento hacia Monique. Sí, habían enfrentado juntos la muerte y ella lo había besado como un asunto de supervivencia. Él encontró encantador el impetuoso espíritu de ella y parecía como si estuviera viéndole el rostro en todo momento. Pero quizás los celos de Rachelle le motivaron desde el principio los sentimientos románticos hacia Monique. Tal vez él no hubiera empezado a enamorarse de ella si Rachelle no se lo hubiera sugerido.

Ahora, después de quince años con Rachelle, había desaparecido cualquier idea romántica que una vez pudo haber sentido por Monique.

—Todo el asunto es más que un período continuo —formuló Grant—, empezando con su predicción de la variedad Raison. Pero ahora se trata de realidades, ¿no es así? Por tanto, consiga sus libros de historias, vaya donde Rachelle y convénzala de que nos ayude aquí. Quiero decir que se ponga a dormir y sueñe.

Él movió la cabeza de lado a lado y empezó a ir hacia la puerta.

—Con algo de suerte usted tendrá algo más sensato qué decirle al presidente cuando se reúna con él mañana.

LA HABÍAN vuelto a mudar. Dónde, ella no tenía ninguna pista.

Monique de Raison miró el monitor, la mente confrontada, los ojos ardiéndole.

Habían pasado menos de veinticuatro horas desde que por segunda vez en muchos días le pusieran un saco en la cabeza y la metieran en un vehículo y después en un avión. El vuelo había durado varias horas... podía estar en cualquier lugar. Hawái, China, Argentina, Alemania. Habría podido imaginarse la región por alguna vaga conversación que alcanzara a oír, pero le metieron cera en los oídos y se los taparon. Ni siquiera podía determinar el clima o la humedad, porque habían aterrizado durante un temporal de lluvias que le humedeció la capucha antes de que la metieran a la fuerza a otro auto y la trajeran aquí.

Un individuo de ascendencia alemana o suiza totalmente desconocido para ella le había quitado la bolsa de la cabeza y destapado los oídos. Sin hablar, la dejó en este salón.

Otro laboratorio. Blanco encandilador. Pequeño, quizás de siete metros por siete, pero equipado con lo más moderno. A lo largo de una pared había un microscopio Siemens de emisión de campo electrostático. El microscopio podía examinar de manera eficaz muestras húmedas y especímenes tratados con nitrógeno líquido. De lo mejor en su género. Al lado, una larga mesa mostraba tubos de ensayo y un contador Beckman Coulter.

En el rincón, un colchón, y en un cuarto contiguo sin puerta, un baño y un lavabo.

El salón estaba construido con bloques de carboncillo, igual que los otros. Con una segunda mirada tuvo la seguridad de que quien hubiera construido los otros dos laboratorios en que estuvo, también había construido este. ¿Cuántos tenían? Y habían equipado cuidadosamente cada uno con todo lo que necesitaría un virólogo.

Monique se acurrucó en el colchón, vestida con pantalones azules claros y blusa que le hacía juego, ropa que le dieron antes del viaje. Lloró. Era consciente de que debía ser fuerte. De que Svensson en realidad no liberaría el virus como había amenazado hacer. De que, si lo hacía, tal vez ella era la única persona que podría detener el virus. Pero era terriblemente mínima la posibilidad de que la «puerta de atrás» que creó sobreviviera a la mutación. Ellos tendrían que estar fanfarroneando.

Sin embargo, ella había llorado.

Un pelirrojo con bata blanca y bifocales entró al salón veinte minutos después

llevando un maletín de piel de serpiente.

—¿Está usted bien? —le preguntó; parecía sorprendido de veras de la condición de ella—. ¡Dios mío! ¿Qué le han hecho? Usted es Monique de Raison, ¿verdad? La Monique de Raison.

Ella se puso de pie y se quitó el flequillo de los ojos. Un científico. Le renació la esperanza. ¿Era un amigo?

—Sí —contestó ella.

Solo unos días antes, Monique podría haber abofeteado a este hombre por su mirada boquiabierta. Ahora ella se sentía insignificante. Muy insignificante.

Los ojos del hombre brillaban.

—Tenemos una apuesta. Tenemos una apuesta —dijo y señaló hacia la puerta—. Quién lo encuentra primero, usted o nosotros.

Luego se inclinó al frente como si se debiera mantener en secreto lo que estaba a punto de decir.

—Soy el único que apuesta por usted.

Ella pensó que el sujeto estaba ligeramente loco.

—Ninguno de nosotros lo descubrirá —expresó ella—. ¿Comprende usted lo que está pasando?

—Desde luego que sí. Al primero que aísle el antivirus se le pagarán cincuenta millones de dólares y a cada uno del equipo completo se le pagarán diez millones. Pero hay once equipos, así que Petrov...

Ella entonces le dio una cachetada. Los lentes le volaron por el salón.

—Él va a liberar el virus, ¡idiota!

—Ya lo hizo —anunció el científico mirándola, luego puso el maletín en el suelo y fue por los lentes. Regresó con ellos puestos—. Todo lo que usted necesita está en el maletín; verá todo nuestro trabajo en cálculos de tiempo real y nosotros veremos el suyo.

Entonces se dirigió a la puerta.

—Lo siento, ¡por favor! —exclamó ella corriendo detrás de él—. ¡Usted tiene que ayudarme!

Pero él cerró la puerta y desapareció.

Eso ocurrió hace solo una hora. Ahora Monique miraba una vertiginosa serie de números y trataba desesperadamente de concentrarse.

Él no ha liberado el virus, Monique. Las posibilidades de encontrar a tiempo un antivirus son demasiado pocas. ¡Sería suicidio!

Pero él la había secuestrado, ¿verdad? Él sabía que finalmente lo iban a atrapar y que iba a pasar el resto de su vida en prisión. ¿Qué tenía que perder?

Y Thomas...

La mente de Monique se centró en sus dos encuentros con el estadounidense. En

el irracional secuestro. La había atado al aire acondicionado en el hotel Paradise mientras él dormía, mientras viajaba en sueños para obtener información que él no tenía cómo conocer. El ataque por parte de Carlos. Ella le había visto dispararle a Thomas, y sin embargo este sobrevivió y vino de nuevo por ella. Ella lo había besado. Lo hizo para distraer a quien observara, pero también porque él arriesgó su vida por ella; además, se sentía desesperada porque la salvara. Él era su salvador.

Monique no sabía si sus sentimientos irresponsables por Thomas los motivaba el carácter de él o la desesperación de ella. Las emociones de la mujer difícilmente eran confiables en un momento como ese.

¿Estaría aún vivo?

Tienes que concentrarte, Monique. Vendrán por ti otra vez. Tu padre tendrá a todo el mundo buscándote.

Respiró hondo y se volvió a concentrar. Un modelo de su propia vacuna Raison llenaba una esquina de la pantalla. Debajo, un modelo de la variedad Raison, una mutación que logró sobrevivir después de someter a la vacuna a calor intenso, exactamente como Thomas predijera. En la última hora Monique había analizado un centenar de veces una simulación de la mutación real y veía cómo actuaba. Este era un fenómeno de naturaleza mucho más compleja que cualquier cosa que se le pudiera ocurrir a un genetista por cuenta propia.

Irónicamente, la creación genética de Monique, diseñada para mantener viable a la vacuna por largos períodos sin contactar a ningún huésped o nada de humedad, había permitido mutar a la inerte vacuna en tan adversas condiciones.

Hasta donde ella podía ver, solo había dos medios en que se podría desarrollar un antivirus con alguna velocidad, lo cual significaba semanas en vez de meses o años.

Lo primero sería identificar el patrón característico que Monique había creado en su vacuna para desconectarla, por así decirlo. Ella había desarrollado una forma simple para introducir un agente de transmisión por vía aérea en las inmediaciones de la vacuna... un virus que en esencia neutralizaría la vacuna al insertar el propio ADN del virus en la mezcla y hacer inofensiva a la vacuna. Este era tanto su patrón característico personal como un disuasorio para el juego sucio o el robo.

Si ella lograra encontrar el gen específico que había creado, y si este hubiera sobrevivido a la mutación, entonces introducir el virus que había desarrollado para neutralizar la vacuna también podría hacer que la variedad Raison resultara inocua. Si, si y podría eran las palabras clave.

La francesa conocía el patrón característico tanto como a su mejor amiga. El problema ahora era cómo hallarlo en ese fragmentado desorden llamado Variedad Raison.

La otra manera única de desenmarañar un antivirus en tan corto plazo era encontrar por casualidad las correctas manipulaciones de genes. Pero diez mil

técnicos de laboratorio podrían coordinar sus esfuerzos durante sesenta días sin obtener la combinación correcta.

Svensson sabía algo o no se arriesgaría a tanto en tan poco tiempo. Seguramente se dio cuenta de que el patrón característico de ella no había sobrevivido, o que quizás no funcionaría en la vacuna mutada.

Monique movió el cursor sobre la tecla debajo del diagrama de la variedad y lo sacó a una ventana del ADN del virus. Buscaría primero su clave.

Dio un golpe con el puño en el escritorio negro de fórmica. En una bandeja se zarandearon tubos de vidrio. A través de sus apretados dientes soltó un insulto.

—¡Esto no puede estar sucediendo!

—Me temo que sí.

¡Svensson! Giró ella en la silla. El viejo libidinoso se hallaba en la entrada, sonriendo pacientemente, apoyado en un bastón blanco.

Entró al salón, arrastrando la pierna, con un brillo de satisfacción en los ojos.

—Perdón por haberte dejado sola tanto tiempo, pero he estado un poco preocupado. Los dos últimos días han estado plagados de incidentes.

Monique se puso de pie y se agarró del escritorio para ocultar un temblor en la mano. El sujeto vestía chaqueta negra, camisa blanca, sin corbata. Tenía e' cabello oscuro con raya al medio y alisado hacia atrás con vaselina. En los nudillos le sobresalían sus venas azules.

—¿Qué pasa? —inquirió ella, tan tranquila como pudo.

—¿Qué no pasa? —contestó él cerrando la puerta—. Pero es injusto. No tienes idea de lo emocionante que se ha vuelto el mundo en las últimas cuarenta y ocho horas, porque has estado trabajando duro para tratar de salvarlo.

—¿Cómo puedo trabajar si usted me traslada cada doce horas?

—Estamos en una isla de Indonesia, en un monte llamado Cíclope. Muy seguro. No te preocupes, nos quedaremos al menos tres días. ¿Has hecho algún avance?

—¿Con qué? Usted nos ha dado una tarea imposible.

La sonrisa del viejo no se debilitó, pero los ojos le brillaban. La analizó una excesiva cantidad de tiempo.

—No estás tan motivada como esperaba. Inserta este disco, por favor — pidió él yendo hacia ella y sacando un CDROM del bolsillo de la camisa—. Y ni se te ocurra pensar en asaltarme. Serías una tonta si crees que no podría abrirte el vientre con un movimiento de muñeca.

Ella agarró el disco y lo introdujo en la bandeja DVD de la computadora. Esta se replegó.

—El resto del mundo ha tenido la ventaja de ver durante tres días lo que vas a ver ahora. Quiero que estés segura de entenderlo todo.

El caparazón de un virus solitario salió en la pantalla y Monique lo reconoció al

instante. La variedad Raison. Un reloj mostraba la hora real en la base de la figura.

—Sí, un mercenario sumamente eficaz. Pero no has visto lo que puede hacer de veras.

—Esto es una simulación —objetó ella—. Cualquiera puede crear una tira cómica.

—Te aseguro que no se ha usado ni una sola pieza de datos hipotéticos para esta «tira cómica», como la llamas. La dejaré para que la analices después.

Monique observó el ingreso del virus en un pulmón humano, el cual de inmediato se puso a obrar en las células de los alvéolos. Ella sabía cómo iba a funcionar: introduciendo su propio ADN a las células y finalmente destruyéndolas. Pronto miles de células infectadas del virus recorrían el sistema de venas y arterias del cuerpo, buscando nuevos órganos. Aun así, con ese daño microscópico, no sería evidente ningún síntoma.

El reloj de la base de la figura se aceleró y comenzó a marcar horas, luego días. Se puso más lento en el dieciséis. Las células infectadas habían alcanzado una masa crítica y estaban produciendo síntomas. El asalto a los órganos del cuerpo resultó en una tremenda hemorragia interna y rápido fallo en dos días más.

Como un ácido, el virus se había comido al huésped de adentro hacia fuera.

—Asquerosa bestiecita —declaró Svensson—. Hay más.

Monique había visto mil simulaciones de bacterias. Había participado en autopsias de víctimas de ébola. Había visto y analizado más virus que cualquier otra persona viva. Pero nunca había visto un animal tan devastador, ni que fuera tan contagioso, tan sistemático, y tan inocuo antes de alcanzar la madurez y consumir a su huésped como muchas pirañas.

Monique carraspeó.

El siguiente cuadro mostró un mapa del mundo. Se iluminaron doce puntos rojos. Nueva York, Washington, Bangkok y otros diminutitos fuegos más se encendieron.

—Perdona el melodrama, pero en realidad no hay otra manera de mostrar lo que no se puede ver a simple vista.

Al finalizar el día uno ya eran veinticuatro las ciudades.

—Nuestro depósito inicial. Todo lo demás es la propia obra del virus.

Se extendieron líneas sobre el mapa que mostraban rutas de tráfico aéreo. Se extendieron las luces. La mitad del mapa era de color rojo homogéneo para el inicio del día tres.

Ahora la simulación cambió para mostrar la extensión del virus de un huésped a otro. Monique conocía muy bien los hechos: Un estornudo contenía hasta diez millones de gérmenes que viajaban a ciento sesenta kilómetros por hora. Con este virus solo pasaban cuatro horas desde que una persona adquiría el germen hasta que se volviera contagiosa. Incluso suponiendo que cada agente contagioso infectara solo

a cien por día, las cantidades aumentaban de manera exponencial. Para el día nueve la cantidad había llegado a seis mil millones.

Svensson estiró la mano al frente y presionó la barra espaciadora. La simulación se detuvo.

—Eso nos actualiza.

Al principio ella no entendió. ¿Qué quería decir con actualizar?

—Añades o quitas unas cuantas horas —continuó él.

—¿Está usted diciendo que ya lo hizo?

Como prometí. Y debo admitir que no todas las ciudades infectadas tienen saturación. La luz roja significa que el virus se está transmitiendo actualmente por vía aérea, que se está dispersando en esa ciudad. Calculamos que se necesitarán dos semanas para la saturación mundial.

Él sacó un minúsculo envase cilíndrico de vidrio. Lo destapó. Olfateó la abertura.

—Sin olor.

Monique supo entonces la verdad. Era difícil de captar, aun con las simulaciones de Svensson. Una cosa eran modelos computarizados, teorías y dibujos, pero imaginar que ella estaba viendo lo que ocurría de veras...

Él podía estar mintiendo al respecto, obligándola a trabajar en un antivirus para con este poder chantajear al mundo.

—Veo que necesitas algo más convincente —anunció mientras presionaba el botón del intercomunicador en el teléfono—. Tráiganlo.

Agarró un portaobjetos limpio.

Tal vez en realidad ya lo había hecho.

—Esto es absurdo. Estados Unidos estaría enojadísimo si...

—¡Estados Unidos está enojadísimo! —gritó Svensson—. Cada nación con algo parecido a un ejército está muy molesta. Las personas aún no lo saben, pero los gobiernos ya llevan dos días peleándose. Los CDC ya identificaron el virus en más de cincuenta ciudades.

La puerta se abrió y a empujones entró un hombre atado; llevaba camisa verde y una bolsa negra sobre la cabeza. Carlos entró y cerró la puerta.

Svensson sacó un escalpelo del bolsillo y se acercó al hombre.

—Lo agarramos en un club nocturno de París. No tenemos idea de quién se trate, aunque parece que podría ser un visitante del Mediterráneo. Quizás griego. Tiene la boca tapada, así que no te molestes en hacerle preguntas. Las posibilidades de que se haya infectado son muy grandes, considerando dónde estaba pasando el tiempo, ¿no estarías de acuerdo?

Sin esperar respuesta, Svensson le acuchilló el pecho al hombre. Este retrocedió bruscamente y gimió detrás de su mordaza. Svensson adhirió el portaobjetos a la línea de sangre que se filtraba y que oscurecía la camisa verde.

Se fue hacia el microscopio de electrones, lo agarró y colocó el portaobjetos en su lugar.

—Observa por ti misma —manifestó y retrocedió.

El hombre había caído de rodillas, ahora con la camisa empapada de sangre.

A Monique le daba vueltas la cabeza.

Svensson fue hasta donde el hombre, extrajo una pistola y le disparó en la cabeza. Su víctima cayó al suelo. ¡Observa! —ordenó el suizo, indicando el microscopio con la pistola.

Monique fue hacia el monitor, con los oídos zumbándole y el pulso latiéndole con fuerza. Hizo trabajar el conocido instrumento sin pensar en lo que hacía. Tardó mucho en centrarse, porque no podía controlar las manos. Le temblaban y parecían haber olvidado qué hacer.

Pero, cuando finalmente encontró un parche en el portaobjetos que correspondía a la gran ampliación, difícilmente pudo dejar de notar los cuerpos extraños que nadaban en la sangre del hombre.

Monique pestañeó y aumentó la ampliación. Detrás el salón estaba en silencio. Solamente se encontraba ella, respirando por las fosas nasales. Esta era. Esta era la variedad Raison.

La joven se enderezó.

—No más juego, Monique. No hay manera de detener la expansión del virus. Sin un antivirus moriremos todos. En realidad es así de sencillo. Sabemos que creas una «puerta trasera» en tus vacunas. Debemos identificar esta puerta trasera, verificar que no ha murado con la vacuna y luego crear el virus que imposibilite la variedad Raison. No te mentaré; no te estoy diciendo todo... eres suficientemente lista para imaginar eso. Pero te estoy diciendo lo que debes saber para representar tu parte en ayudar a que la humanidad sobreviva.

—No creo que ustedes sepan lo que han hecho —enunció ella enfrentándosele, con frialdad repentina.

—Ah, sí lo sabemos. Y yo, así como tú, solo estoy representando mi parte. Todos deben representar la suya o el juego terminará mal. Pero no creas que algo de esto ha escapado a nuestro cálculo. Hemos previsto todo.

Miró a Carlos.

—Está el asunto del irritante estadounidense, por supuesto. Pero hemos tratado con él. Quizás no muera tan fácilmente, pero tenemos otros medios. Dudo que un alma viva comprenda la amplitud de nuestro poder.

Thomas aún estaba vivo.

Ella miró el cuerpo desplomado en el suelo. Estaba muerto, pero Thomas estaba vivo. Un hálito de esperanza. —Necesitamos la clave —advirtió Svensson.

—Haré lo que pueda.

—¿Cuánto tiempo?

—Si sobrevivió a la mutación, tres días. Tal vez dos.

—Perfecto —asintió sonriendo el suizo—. Ahora debo tomar un avión. Ellos te cuidarán. Eres muy importante para nosotros, Monique. Necesitaremos mentes brillantes cuando esto termine. Trata por favor de pensar positivamente.

—¡ESTO ES una atrocidad!

Tres de los cuatro hombres del salón miraron a Armand Fortier con asombro.

—¿Lo es, Jean? Fortier se puso de pie y se volvió a los hombres que dirigían Francia: el premier, Boisverte, que acababa de objetar; el presidente Gaetan, que era una comadreja y finalmente capitularía; Du Braeck, el ministro de defensa, que era el más valioso para Fortier; y el director de la policía secreta, la Sûreté, Chombarde, que de momento era el único que no tenía los ojos desorbitados. Se había seleccionado a cada uno de forma deliberada; ahora cada uno se enfrentaba con la decisión de vivir mañana o morir esta noche, aunque no lo entendían en esos términos. No todavía.

—Cuidado con lo que dice —advirtió Fortier.

—¡Usted no puede hacer esto!

—Ya lo hice.

Como ministro de relaciones exteriores, Fortier había convencido a Henri Gaetan de que convocara esta reunión de emergencia para tratar el reciente ultimátum de Valborg Svensson. Fortier le dijo a Gaetan que tenía información crítica relacionada con el virus y sugirió que los líderes se reunieran en el Château Triomphe en la ribera derecha.

El salón de conferencias privadas debajo del antiguo refugio de dos pisos era el ambiente perfecto para nuevos inicios. Lámparas montadas sobre los muros de piedra irradiaban una luz ámbar a través del lujoso mobiliario. Parecía más una sala de estar privada que un salón de conferencias: sillas de cuero de elevada estructura con incrustaciones de bronce, una enorme chimenea con ávidas llamas, una araña de cristal de bronce sobre la mesa de centro, un bar totalmente surtido.

Y lo más importante, fuertes muros. Muy fuertes muros.

Armand Fortier era un hombre obeso. Cejas gruesas, muñecas gruesas, labios gruesos. Solía decir que su mente era suficientemente aguda para bajarle los humos a cualquier mujer en cuestión de segundos. Ellas no sabían qué hacer ante tan firme declaración, pero las ponía a la defensiva de tal modo que cuando las dominara no fueran tan sumisas.

Ese era su único vicio.

Eso y el poder.

Él sabía que se pudo haber apoderado de la presidencia mucho tiempo atrás, pero no estaba interesado en Francia... el examen de nivel en tal cargo habría obrado en su contra. Sin embargo, su nombramiento como ministro de relaciones exteriores lo puso en la posición perfecta para sus verdaderas aspiraciones.

Henri Gaetan era un tipo espigado y delgado con ojos hundidos y la línea de la mandíbula tan aguda como la mente de Fortier.

—¿Qué está usted diciendo, Armand? ¿Que trabaja para Valborg Svensson?

—No.

Fortier había reclutado primero a Svensson hacía quince años para dirigir una operación mucho más sencilla: Acuerdos de armas imposibles de rastrear con varias naciones interesadas; estos pactos involucraban investigación de armas biológicas a cambio de lucrativos contratos. Los acuerdos le habían producido ganancias multimillonarias. El dinero había alimentado el imperio farmacéutico de Svensson, con condiciones, naturalmente.

Armand no había captado el verdadero potencial del arma biológica adecuada hasta que observó a una de esas naciones utilizar uno de los agentes de Svensson contra los estadounidenses. El incidente alteró para siempre el curso de la vida de Fortier.

—¿Cómo es posible esto? —exigió el presidente—. Usted está sugiriendo que cedamos a las demandas de él...

—No. Estoy sugiriendo que cedan a mis demandas.

—Por tanto, él trabaja para usted —concluyó Chombarde.

—Caballeros, tal vez ustedes no entiendan realmente lo que ha sucedido. Permítanme clarificarlo. La mitad de nuestros ciudadanos hoy salen a trabajar, cuidan a sus hijos, asisten a clases y hacen todo lo demás que realizan en esta maravillosa república nuestra sin la más leve idea de que han sido infectados con un virus que en dos semanas se habrá apoderado de todas las almas en este planeta. Se le denomina Variedad Raison y reposará tranquilamente durante los próximos dieciocho días antes de empezar a matar; entonces lo hará de modo muy vertiginoso. No hay cura. No hay manera de hallar una cura. No hay forma de detener el virus. Solo existe un antivirus, y yo lo controlo. ¿Hay alguna parte de esta explicación que se le escapa a alguno de ustedes?

—¡Pero lo que usted está haciendo es moralmente reprobable! — exclamó el premier.

Solo el ministro de defensa, Georges Du Braeck, no había hablado. Parecía ambivalente. Eso era bueno. Fortier necesitaría más la cooperación de Du Braeck que la de cualquiera de los otros.

—No señor. ¡Aceptar la muerte de manera voluntaria es moralmente reprobable!

Les estoy ofreciendo su única vía de escape a esa muerte más que segura. A muy pocos hombres en este mundo se les brindará la clase de oportunidad que les estoy ofreciendo esta noche.

Ninguno habló por algunos momentos.

—Usted está subestimando a las potencias nucleares del mundo — declaró el presidente parándose con dificultad y dirigiéndose a Fortier a tres metros de distancia —. ¿Espera que ellos carguen sencillamente sus portaaviones y sus fuerzas armadas y mercantes, y traigan flotando sus arsenales nucleares a Francia porque se los exijamos? ¡Primero los lanzará.

Esa era la misma objeción que otros jefes de estado mucho más pequeños expresaron la primera vez que él les había sugerido el plan una década atrás. Fortier sonreía ante la necedad de un hombre.

—¿Me toma por imbécil, Henri? ¿Cree que en los últimos diez años he pasado haciendo cálculos menos tiempo que usted, tras solo unos minutos? Siéntese, por favor.

Había un temblor en las manos de Henri Gaetan; las extendió hacia atrás para apoyarse en la silla y se sentó con lentitud.

—Bien. Ellos objetarán, naturalmente, pero ustedes subestiman el impulso humano por la preservación personal. Al final, al enfrentarse a una alternativa entre la muerte sangrienta de veinte millones de niños inocentes y su ejército, preferirán sus niños. Nos aseguraremos de que la alternativa se entienda en esos términos. Los británicos, los rusos, los alemanes... todos decidirán vivir, y pelear otro día. Como espero que ustedes hagan.

Él pensó que la naturaleza de su amenaza contra cada uno de ellos empezaba a hundirlos personalmente.

—Voy a expresarlo de este modo: En menos de dieciocho días habrá cambiado de forma dramática el equilibrio del poder en este planeta. El curso está establecido; el resultado es inevitable. Hemos elegido a Francia como sede de la nueva superpotencia del mundo. Como líderes de Francia, ustedes tienen dos alternativas. Pueden facilitar este cambio en el poder global y vivir como parte del liderazgo que todos ustedes han deseado secretamente por muchos años o pueden rechazarme y morir con los demás.

Ahora sin duda entenderían.

El ministro de defensa estaba sentado con las piernas cruzadas, con la firmeza con que cualquier estalinista enfrentaría tal ultimátum.

—¿Podría hacer algunas preguntas? —expresó finalmente.

—Por favor.

—No hay manera física de que Estados Unidos, por no hablar del resto del mundo, embarque todos sus armamentos nucleares en catorce días. Es necesario

evacuarlos de puntos de lanzamiento y de depósitos ocultos de armas, enviarlos a la costa este, cargarlos en barcos y hacer que atraviesen el Atlántico.

—Naturalmente. La lista que les hemos dado incluye todos sus misiles intercontinentales antiaéreos, sus misiles de largo alcance, la mayor parte de su marina de guerra, incluidos sus submarinos, y la mayoría de su fuerza aérea, mucha de la cual se puede transportar. Estados Unidos deberá tomar medidas extraordinarias, pero no les hemos exigido nada más ni nada menos de lo que se puede. En cuanto a los británicos, hindúes, pakistaníes e israelíes, les estamos exigiendo todos sus arsenales nucleares.

—¿China y Rusia?

—China. Digamos que China no será un problema. No tienen amor por Estados Unidos. Los chinos ya aceptaron y mañana empezarán los envíos en intercambio por ciertos favores. Serán un ejemplo a seguir para otros. Rusia representa una historia diferente, pero hemos alineado varios elementos críticos. Aunque vocean sus objeciones, accederán.

—Entonces tenemos aliados.

—Hasta cierto punto.

La revelación produjo un prolongado momento de silencio.

—Los estadounidenses siguen siendo la mayor amenaza. Suponiendo que accedan, ¿cómo puede Francia acomodar toda esta enorme cantidad de armamento? —preguntó Gaetan haciendo girar la mano—. No tenemos las personas ni el espacio.

—Lo destruimos —opinó el ministro de defensa.

—Muy bien, Du Braeck. La superioridad se mide en proporciones, no en cantidades, ¿correcto? Diez a uno es mejor que mil a quinientos. Hundiremos más de la mitad del armamento militar que recibamos. Piensen en esto como desarme obligado. La historia hasta podría sonreímos.

—Por eso usted eligió aguas profundas cerca de la base naval Brest.

—Entre otras razones.

—¿Y cómo podemos protegernos contra un asalto durante esta transición de poder? —quiso saber el ministro de defensa. ¡ Fortier había esperado estas preguntas y tenía respuestas tan detalladas que no podría empezar a explicar todo en esta reunión. Inventarios de armamento, posible movimiento de tropas, ataques preventivos, voluntad política. .. se había considerado detenidamente toda posibilidad. Su única tarea esta noche era ganarse la confianza de estos cuatro hombres.

—Catorce días es tiempo suficiente para enviar armas, no para desplegar tropas. Todo ataque de largo alcance vendría por aire. Gracias a los rusos, tendremos la amenaza de las represalias para disuadir cualquier ataque. La otra amenaza inmediata vendría de nuestros vecinos, principalmente Inglaterra. Estaremos más débiles en los

tres días siguientes, hasta que podamos reponer nuestras fuerzas para repeler un ataque por tierra y aceptar refuerzos de los chinos. Pero el mundo estará en un caos político... la confusión nos dará el tiempo que necesitamos.

—A menos que ellos sepan quién es el responsable ahora.

—Tendrán que suponer que el gobierno francés se está viendo obligado. Además, no tienen garantía de que un ataque aseguraría el antivirus, al que no tendremos en un frasquito en nuestro parlamento a la vista de todo el mundo. Solo yo sabré dónde se encuentra.

—¿Por qué Francia?

—Por favor, Georges. ¿No fue Hitler quien afirmó que quien controle Francia controla Europa y que quien controle Europa controla el mundo? Tenía razón. Si hubiera una nación más estratégica, pediría disculpas y me iría ahora. Francia es y siempre será el centro del mundo.

El presidente había cruzado las piernas; el director de la Sûreté había dejado de parpadear; el ministro de defensa prácticamente resplandecía. Se estaban ablandando.

Solo el primer ministro Boisverte aún fulminaba con la mirada.

Caballeros, déjenme darles un ejemplo de cómo acabará esto. Jean, ¿podría venir acá?

El desafiante primer ministro simplemente se quedó mirándolo.

—Por favor —lo señaló—. Párese aquí. Insisto.

El hombre aún titubeaba. Era duro hasta los huesos.

—Entonces se hará donde usted está —advirtió Fortier metiéndose la mano en la chaqueta y sacando una pistola nueve milímetros con silenciador. Apuntó el arma al primer ministro y jaló el gatillo. La bala atravesó la silla exactamente por encima del hombro.

Los ojos del primer ministro se le salían de las órbitas.

—¿Ven? Esto es lo que hemos hecho. Les hemos disparado una bala de advertencia por la proa. Exactamente ahora ellos no están seguros de nuestra disposición para poner en práctica nuestro plan. Pero muy pronto...

Movió la pistola y le metió una bala al hombre en la frente.

—...lo estarán.

El primer ministro se desplomó en la silla.

—No piense en esto como una amenaza, Henri. Jean habría muerto de todos modos en dieciocho días. Todos moriremos a menos que hagamos exactamente lo que he dicho. ¿Lo duda alguien?

Los otros tres hombres lo miraron con una calma que sorprendió agradablemente a Fortier.

—Si muero, se perdería el antivirus —advirtió Armand metiéndose la pistola al bolsillo y alisándose la chaqueta—. El mundo moriría. Pero no tengo intención de

morir. Les invito a unírseme con intenciones parecidas.

—Naturalmente —contestó Georges.

—¿Henri? —inquirió Fortier mirando al presidente.

—Sí.

—¿Chombarde?

—Por supuesto —respondió el director de la Süreté bajando la cabeza.

—¿Y cómo procedemos? —preguntó el presidente. Fortier rodeó la silla y se sentó.

—En cuanto a los miembros de los militares, la Asamblea Nacional y el Senado, quienes deben saberlo, nuestra explicación es sencilla: Ha venido una nueva exigencia de Svensson. Ha elegido nuestra base naval en Brest para acomodar sus demandas. Francia estará de acuerdo con el entendimiento de que estamos atrayendo a Svensson a nuestra propia telaraña. Una treta sutil. En una semana empezarán a desaparecer las voces de la oposición. Preveo que haremos un llamado de corte marcial a fin de protegernos contra toda insurgencia o cualquier disturbio en el fin de la semana. Para entonces tendremos tomada la mayor parte del mundo, y el pueblo francés sabrá que su única esperanza de sobrevivir yace en nuestras manos.

—¡Qué cosa! ¡Qué cosa! —musitó el presidente—. Estamos realmente haciendo esto.

—Así es. Lo estamos haciendo —declaró Fortier, luego estiró la mano hacia un montón de carpetas sobre la mesa al lado de su codo—. No tenemos tiempo para revisar todos nuestros desafíos individuales, así que me he tomado la libertad de hacerlo por ustedes. Deberemos ajustarnos en la marcha, desde luego.

Pasó una carpeta a cada uno.

—Piensen en esto como un juego de póker con fuertes apuestas. Espero que cada uno de ustedes mantenga sus cartas cerca del pecho.

Los hombres agarraron las carpetas y las abrieron. Una sensación de propósito se había asentado en el salón. Henri Gaetan miró el cadáver del primer ministro.

—Él ha hecho un viaje de emergencia hacia el sur, Henri. El presidente asintió.

—Thomas Hunter —expuso Chombarde, levantando la primera página de su carpeta—. El hombre que secuestró a Monique de Raison.

—Sí. Él es... un hombre único que se ha interpuesto en nuestro camino. Podría saber más de lo que necesitamos que sepa. Usen cualquier fuerza que sea necesaria para traerlo, vivo si es posible. Coordinarán sus esfuerzos con Carlos Missirian. Consideren a Hunter su mayor prioridad.

—Agarrar a un hombre en Estados Unidos podría ser un desafío en un momento como este.

—No tendrán que hacerlo. Estoy seguro de que él vendrá a nosotros, sino a Francia, adonde tenemos a la mujer.

Una breve pausa.

—Hay quinientos setenta y siete miembros en la asamblea —informó el presidente—. Usted ha hecho una lista de noventa y siete que podrían ser problemáticos. Creo que habrá más.

Ellos revisaron y en ocasiones ajustaron los planes hasta bien entrada la noche. Se rebatieron objeciones, se lanzaron y rechazaron nuevos argumentos, se fortificaron estrategias. Una sensación de propósito y quizás algo de destino se apoderó lentamente de todos con creciente seguridad.

Después de todo, tenían pocas alternativas.

La suerte estaba echada.

Francia siempre había estado destinada a salvar al mundo y al final eso era exactamente lo que ellos estaban haciendo. Salvaban al mundo de su propia desaparición.

Salieron del salón seis horas después.

El primer ministro Jean Boisverte salió en una enorme bolsa.

12

THOMAS DESPERTÓ bruscamente. Bajó de la cama y examinó el cuarto. Aún estaba oscuro afuera. Rachelle dormía en la cama. Dos pensamientos le resonaron en la mente, anegando la simple realidad de este cuarto, esta cama, estas sábanas, este piso de corteza debajo de sus pies descalzos.

Primero, era incuestionable que las realidades que experimentaba se hallaban conectadas, tal vez en más maneras de las que alguna vez pudo haber imaginado, y esas dos realidades estaban en peligro.

Segundo, sabía lo que debía hacer ahora, de inmediato y a cualquier precio. Debía convencer a Rachelle de que le ayudara a encontrar a Monique y luego debía hallar los libros de historias.

Pero la imagen de su esposa durmiendo le apagó de forma inesperada el entusiasmo por pedirle ayuda. Tan tierna y perdida en su sueño. El cabello le caía en el rostro y Thomas estuvo tentado a acariciárselo.

El brazo de ella se hallaba embadurnado de sangre. La parte de la sábana donde reposaba el brazo estaba roja.

El pulso de Thomas se aceleró. ¿Estaba ella sangrando? Sí, un pequeño corte en la parte superior del brazo... que él no había observado anoche con toda la emoción de su regreso. Ella tampoco lo había mencionado. Pero ¿salió toda esa sangre de un corte tan pequeño?

Thomas se miró el brazo y recordó: Él mismo se había cortado en el laboratorio del doctor Myles Bancroft. Sí, por supuesto, cuando eso sucedió dormía aquí, y sangró aquí, exactamente como temía que iba a suceder.

Su antebrazo había rozado el brazo de Rachelle. La mitad de la sangre era de él; la otra mitad de ella.

Comprenderlo solo alimentó su urgencia. Si no lograba detener el virus, indudablemente moriría. ¡Todos podrían morir!

¿Entonces qué? Corrió hacia la ventana y miró a través de ella. El aire estaba

tranquilo... una hora antes del amanecer. Pensó que no serviría de nada despertar a Rachele para persuadirla de que olvidara todo lo que había expresado respecto de los sueños de él. Estaría furiosa con él por volver a soñar. ¿Y por qué iba ella a pensar que la cortada de él fue algo más que un accidente?

El hombre sabio, por otra parte, podría entender. Jeremiah.

Thomas se puso la túnica en silencio, se amarró las botas a los pies, y entró al aire frío de la mañana.

Ciphus vivía en una casa grande más cerca del lago, un privilegio en que insistió como guardián de la fe. No le agradó que lo despertaran tan temprano, pero tan pronto como vio que se trataba de Thomas mejoró su estado de ánimo.

—Para ser un hombre religioso, bebes demasiada cerveza —dijo Thomas.

—Para ser guerrero, no duermes suficiente —rezongó el hombre.

—Y ahora no eres muy razonable. Se supone que los guerreros no han de pasar la vida durmiendo. ¿Dónde puedo encontrar a Jeremiah del Sur?

—¿El viejo? En la casa de huéspedes. Aunque todavía está oscuro.

—¿Cuál casa de huéspedes?

—La que supervisa Anastasia, creo.

—Gracias, amigo —asintió Thomas—. Vuelve a dormir.

—Thomas...

Pero él se fue antes de que el anciano pudiera expresar otra objeción. Tardó diez minutos en localizar el cuarto de Jeremiah y despertarlo. El viejo puso los pies en el suelo y se sentó a la menguante luz de la luna.

—¿Qué pasa? ¿Quién es?

—Shh, soy yo, anciano. Thomas.

—¿Thomas? ¿Thomas de Hunter?

—Sí. Mantén baja la voz; no quiero que despiertes a los demás. Estas casas tienen paredes delgadas.

Pero el viejo no pudo contener el entusiasmo. Se puso de pie y estrechó firmemente los brazos de Thomas.

—Aquí, siéntate en mi cama. Conseguiré algo de beber.

—No, no. Vuelve a sentarte, por favor. Tengo una pregunta urgente.

Thomas hizo sentar al anciano y se sentó a su lado.

—¿Cómo puedo atender a tan honrado huésped sin ofrecerle algo de beber?

—Me has ofrecido una bebida en otras ocasiones. Pero no vine por tu hospitalidad. Soy yo quien debería honrarte.

—Tonterías...

—Vine con respecto a los libros de historias —informó Thomas. El silencio invadió a Jeremiah.

—He oído que tú podrías saber algunos aspectos acerca de los libros de historias.

Dónde podrían estar y si se pueden leer. ¿Lo sabes? El hombre titubeó.

—¿Los libros de historias? —objetó con voz débil y forzada.

—Debes decirme lo que sepas.

—¿Por qué querrías saber acerca de esos libros?

—¿Por qué no debería querer saber? —cuestionó Thomas.

—No dije que no deberías. Solo pregunté la razón.

—Porque deseo saber lo que ocurrió en las historias.

—¿Es este un deseo repentino? ¿Por qué no diez años atrás?

—Nunca se me ocurrió que podrían ser útiles.

—¿Y nunca se te ocurrió que no se encuentran aquí por un motivo?

—Por favor, Jeremiah.

—Sí —contestó el hombre y volvió a titubear—. Bueno, nunca los he visto. Y temo que tengan algún poder y que estén hechos para alguien.

—¿Dónde están? —preguntó Thomas oprimiendo el brazo del hombre.

—Es posible que estén con las hordas.

Thomas se puso de pie. ¡Desde luego! Jeremiah había estado con las hordas antes de bañarse en el lago.

—¿Sabes eso con seguridad?

—No. Como te dije, nunca los he visto. Pero he oído decir que los libros de historias siguen a Qurong a la batalla.

—¿Los tiene Qurong? ¿Se pueden... se pueden leer?

—Creo que no, no. No estoy seguro de que tú puedas leerlos.

—Pero sin duda alguien puede leerlos. Tú.

—¿Yo? —contestó Jeremiah sonriendo—. No sé. Quizás ni siquiera existan, que yo sepa. Todo se trató solo de rumores, ¿sabes?

—Pero tú crees que ellos los tienen —expuso Thomas. El primer vestigio del amanecer brilló en los ojos de Jeremiah.

—Sí.

Así que el viejo había sabido todo el tiempo que los libros estaban con las hordas, y sin embargo nunca había dado esa información. Thomas entendía: Desde hace mucho tiempo los libros de historias fueron tomados del pueblo de Elyon y consignados a una historia oral por alguna razón. Si esto fue razonable hace tanto tiempo, sin duda era razonable ahora. Como señalara Rachelle de manera tan acertada, ¿no había Tanis seguido el mal camino debido a su fascinación por conocer de ellos? Tal vez Jeremiah tenía razón. Los libros de historias no eran para el hombre.

Sin embargo, Thomas los necesitaba.

—Voy tras ellos, Jeremiah. Créeme cuando afirmo que nuestra supervivencia podría depender de los libros.

—¡Eso significaría ir tras Qurong! —exclamó Jeremiah poniéndose de pie,

temblando.

—Sí, y Qurong está con el ejército que derrotamos en la brecha Natalga. Se hallan en el desierto al occidente de aquí, lamentando su derrota — declaró Thomas yendo rápidamente hacia la ventana; la luz del día había empezado a desvanecer a la luna—. Me informaste de dónde se halla la tienda del comandante... siempre en el centro. ¿No es verdad?

—Sí, donde esté rodeado por su ejército. Tendrías que ser uno de ellos para poder acercarte...

Los ojos del viejo se abrieron de par en par. Caminó hacia el frente, con el rostro afligido.

—¡No hagas eso! ¿Por qué? ¿Por qué arriesgar la vida de nuestro más fabuloso guerrero por unos cuantos libros antiguos que quizás ni siquiera existan?

—Porque si no los encuentro, yo podría morir —expresó, mirando a lo lejos—. Todos podríamos morir.

RACHELLE SE sentó a la mesa como en un sueño. Sabiendo que en realidad lo fue. Sabiendo muy bien que no se trataba más de un sueño que del amor que sentía por Thomas. O que no sentía por él. Los pensamientos la confundieron.

El sueño fue vivido como lo eran los sueños. Dio desesperadamente golpes en la mesa, buscando una solución a un terrible problema, confiando en que esta se presentara en cualquier momento, segura de que, si no venía, la vida como la conocía iba a terminar. No solo en este pequeño cuarto, sino en todo el mundo.

Aquí era donde terminaban las generalidades y empezaba lo específico.

La mesa blanca, por ejemplo. Lisa. Blanca. Fórmica.

La caja sobre la mesa. Una computadora. Con bastante potencia para procesar un millón de bits de información cada milésima de segundo.

El ratón en las yemas de sus dedos, deslizándose sobre una almohadilla negra de espuma. La ecuación en el monitor, la variedad Raison, una mutación creada por ella. El laboratorio con su microscopio de electrones y los demás instrumentos a su derecha. Todo esto era tan conocido como su propio nombre.

Monique de Raison.

No. Su verdadero nombre era Rachelle, y en realidad no conocía nada de este salón, y menos aún a la mujer que llevaba el nombre de Monique de Raison.

¿O se trataba de ella misma?

El monitor se quedó en blanco por un momento. En él vio el reflejo de Monique. Su reflejo. Cabello negro, ojos oscuros, pómulos salientes, labios pequeños.

Era casi como si ella fuera Monique.

Monique de Raison, famosa genetista mundial, ocultada lejos en una montaña llamada Cíclope en una isla indonesia por Valborg Svensson, que había liberado la variedad Raison en veinticuatro ciudades alrededor del mundo.

Es probable que quien la estuviera buscando jamás la encontrara, ni siquiera Thomas Hunter, el hombre que había arriesgado dos veces su vida por ella.

Monique tenía algunos sentimientos fuertes por Thomas, pero no los mismos que Rachelle tenía hacia él.

Ella miró la pantalla y arrastró el puntero sobre la esquina de la parte inferior del modelo. Una última vez levantó la hoja de papel cubierta con cien cálculos anotados a lápiz. Sí, esta era. Debía ser. Bajó la página y retiró la mano.

Algo le pinchó el dedo y ella echó violentamente la mano hacia atrás. Una cortada de papel. Le hizo caso omiso y miró la pantalla.

—Por favor, por favor —susurró—. Que esté aquí, por favor.

Hizo clic en el botón del ratón. Una fórmula ingresó en una pequeña ¿rea del monitor.

Dejó escapar un sollozo, un enorme suspiro de alivio, y se inclinó hacia atrás en la silla.

Su código estaba intacto. La clave estaba aquí y, según todas las apariencias, sin que la mutación la hubiera afectado. Por consiguiente, ¡el virus que creó para inutilizar estos genes también podría funcionar!

Otro pensamiento le atenuó la euforia. Cuando Svensson tuviera lo que deseaba, la mataría. Por un breve instante pensó en no decirle a Svensson lo cerca que ella estaba. Pero no podía conservar esa información que podría salvar innumerables vidas, sin importar quién la usara.

Por otra parte, ella quizás no estuviera tan cerca en absoluto. Él no le había dicho todo. Había algo...

—Madre. Madre, despierta.

Rachelle se sobresaltó en la cama.

—¿Thomas?

—Él no está aquí —contestó su hijo desde la puerta—. ¿Salió en las patrullas?

—No. No, debería estar aquí —expresó Rachelle haciendo a un lado las cobijas y levantándose.

—Bueno, su armadura ha desaparecido; y su espada.

Ella miró el estante donde por lo general él colgaba los artículos de cuero y la vaina de la espada. Se hallaba en el rincón, vacío como un esqueleto. Quizás, con todas las personas que llegaban para la Concurrencia, él había salido para revisar sus patrullas.

—Pregunté en el poblado —enunció Samuel—. Nadie sabe dónde está.

Rachelle retrocedió y cerró la cortina de lona que actuaba como puerta. Rápidamente se cambió la ropa de dormir por una suave blusa de piel con encajes y un lazo atado a la espalda. En su clóset colgaba una docena de coloridos vestidos y faldas, principalmente para las celebraciones. Agarró una laida habana de cuero y se la ciñó con ataduras de cuerdas. Seis pares de mocasines, algunos decorativos, otros muy utilitarios, yacían lado a lado debajo de los vestidos. Sacó el primer par.

Hizo todo eso de manera automática. Su mente aún estaba en el sueño que tuvo. Con cada momento que pasaba este parecía atenuarse, como un recuerdo lejano. Aun así, partes de ese recuerdo le vociferaban a través de la mente como una lucha de aterrados guacamayos.

Ella había entrado al mundo de sueños de Thomas.

Estuvo allí, en un laboratorio oculto en una montaña llamada Cíclope con, ¿o como si fuera?, Monique, haciendo y comprendiendo cosas de las que Rachelle no tenía idea. Y si Monique hubiera encontrado esta clave suya, la podrían matar antes de que Thomas la hallara.

El corazón le latió con fuerza. ¡Tenía que contárselo a Thomas!

Rachelle fue hacia la mesa, agarró el brazalete trenzado de bronce que Thomas le había hecho y se lo deslizó en el brazo, por encima del codo donde...

Vio la sangre en el brazo, una oscura mancha roja que se había secado. ¿Su cortada? Se debió de agravar y abrir durante la noche. Las sábanas también estaban manchadas.

En su anhelo por encontrar a Thomas pensó en no hacer caso a esto por el momento. No, no podía andar por ahí con sangre en el brazo. Corrió hacia un lavamanos en la cocina, lo bajó debajo del junco, dejó caer el agua que corría por gravedad, y levantó una pequeña palanca que detenía el flujo.

—¿Marie? ¿Samuel?

Ninguno contestó. Se hallaban fuera de la casa.

El agua le hizo arder el dedo índice derecho. Lo examinó. Otra cortada diminuta.

Una cortada de papel. ¡Esta ocurrió en su sueño! De repente sintió la boca totalmente seca.

Un pensamiento le llegó a la mente. Ella no sabía exactamente cómo estaba conectada con Monique, pero lo estaba, y la cortada lo probaba. Thomas había sido enfático: Si moría en ese mundo, también moriría en este. ¡Tal vez cualquier cosa que le ocurriera a Monique también podría sucederle a ella! Si este Svensson la mataba, por ejemplo, ambas podrían morir.

¡Debía alcanzar a Thomas antes de que él soñara otra vez para que pudiera rescatarla!

Rachelle entró corriendo al camino, miró en ambas direcciones a través de varios centenares de transeúntes que holgazaneaban a lo largo del amplio paso elevado y

luego corrió hacia el lago. Ciphus sabría. Si no, entonces Mikil o William.

—¡Buenos días, Rachelle!

Era Cassandra, una de las esposas del anciano. Llevaba una corona de flores blancas en el cabello trenzado y por encima de los ojos se había aplicado jugo púrpura de moras. El entusiasmo por la Concurrencia anual se extendía a pesar de las inesperadas amenazas de las hordas.

—Cassandra, ¿has visto a Mikil?

—Está de patrulla, creo. ¿No sabes? Pensé que Thomas iba con ellos.

Rachelle salió corriendo sin más saludos. Era poco probable que Thomas saliera sin avisarle. ¿Había problemas?

Corriendo rodeó la esquina de la casa de Ciphus y se detuvo en seco. El anciano estaba en un grupo con Alexander, otros dos ancianos y un hombre mayor a quien de inmediato reconoció como el que había venido del desierto. Jeremiah del Sur. El que sabía acerca de los libros de historias.

Dejaron de conversar.

—¿Se fue? —preguntó ella.

Ninguno respondió.

—¿A dónde? —insistió Rachelle llegando al porche de un salto—. ¿Está de patrulla?

—De patrulla —asintió Ciphus, moviéndose—. Sí, está de patrulla. Se ha ido a...

—Deje el misterio —dijo ella bruscamente—. No se trata de una patrulla, porque él me lo habría dicho. Luego miró a Jeremiah.

—Se ha ido tras ellos, ¿no es verdad? Usted le dijo dónde podría hallar los libros y él se fue tras ellos. ¡Dígame si no es así!

—Sí. Perdóname —contestó Jeremiah bajando la cabeza—. Intenté detenerlo, pero él insistió.

—Por supuesto que insistió. Thomas siempre insiste. ¿Significa eso que usted tenía que decírselo?

En ese momento ella llegó a pensar en golpear a esos ancianos en la cabeza.

—¿Adonde fue? Debo decirle algo.

—Por favor, Rachelle —declaró Ciphus echando hacia atrás el taburete y parándose—. Aunque supiéramos adonde fue, no podrías ir tras él. Salieron temprano en caballos veloces. Ahora están a mitad de camino por el desierto.

—¿Qué desierto?

—Bueno... el gran desierto fuera de la selva. No puedes seguirlo. Lo prohibí.

—Usted no está en posición de prohibirme encontrar a mi esposo.

—Eres una madre con...

—Tengo más habilidad que la mitad de los guerreros de nuestra guardia, y usted lo sabe. ¡Entrené a la mitad de ellos en Marduk! Usted me dice ahora dónde fue mi

esposo o lo rastrearé yo misma.

—¿Qué pasa, chiquilla? —inquirió Jeremiah con dulzura—. ¿Qué tienes para él? Ella titubeó, preguntándose cuánto le había contado Thomas al anciano.

—Tengo información que podría salvar nuestras vidas —contestó ella. Jeremiah miró a Ciphus, que no brindó consejo alguno.

—Se ha ido a la brecha Natalga con dos de sus tenientes y siete guerreros.

—¿Y qué encontrará allá?

—Al líder de las hordas, en el desierto más allá de la brecha. Pero no debes ir, Rachele. Su decisión de ir tras esos libros podría llevar a una gran tragedia.

—Además —terció Alexander—, no podemos darnos el lujo de enviar más de nuestras fuerzas en otra misión absurda.

—¿Tiene esto que ver con esos sueños de él? —indagó Ciphus.

—Quizás no sean sueños después de todo —contestó Rachele, sorprendida de oír las palabras que salían de su propia boca.

—¿También tú?

Ella no hizo caso a la pregunta.

—Tengo información que creo que podría salvar la vida de mi esposo. Si alguno de ustedes considera retenerme, entonces la muerte de él recaerá en sus manos.

La expresión exagerada de ella los dejó en silencio.

—Si ustedes tienen otra información que me pueda ayudar, por favor, ahora no es momento para evasivas.

—¡Cómo te atreves a manipularnos! —gritó Ciphus—. Si hay un hombre que puede sobrevivir a esta ridícula misión, ese es Thomas. ¡Pero no podemos dejar que su mujer lo persiga dentro del desierto a cuatro días de la Concurrencia!

Rachele salió del porche y les dio la espalda. Ahora, su decisión de seguir Thomas la motivaban tanto las ofensas de estos hombres como su propia comprensión de que su esposo había tenido razón acerca de sus sueños.

—Rachele.

Ella se volvió y enfrentó a Jeremiah, que había ido hasta el final del porche.

—Estarán al occidente de la brecha —le informó—. Te lo ruego, chiquilla, no vayas.

Él hizo una pausa, luego continuó con resignación.

—Lleva agua extra. Tanta como pueda transportar tu caballo. Sé que hará más lenta tu marcha, pero la enfermedad te retrasaría aún más. El temblor en la voz del hombre la puso nerviosa.

—Él intenta convertirse en uno de ellos —continuó Jeremiah—. Quiere entrar en su campamento.

Rachele no se atrevió a creer lo que acababa de oír.

Entonces comprendió que era verdad. Era exactamente lo que Thomas haría si

supiera, si con seguridad supiera, que ambas realidades existían de veras.

Rachelle salió corriendo hacia los establos. Querido Elyon, dame fuerzas.

ERAN NUEVE de los mejores de Thomas, incluyendo a William y Mikil. Diez con él mismo.

Las tres cantimploras extra que llevaba cada uno les pesaban más de lo que a Thomas le habría gustado. Este juego que representaba era peligroso, y él no se podía arriesgar a ser atrapado sin el agua limpiadora.

Habían montado todo el día y ahora entraban al mismo cañón en que su pólvora había explotado treinta y seis horas antes. Un hedor se levantaba de miles de cadáveres enterrados debajo de las rocas esparcidas en el suelo del desierto.

Iban en los caballos más blancos de los guardianes del bosque. El corcel de Thomas relinchaba y pateaba en la arena. Él instigó al animal a continuar, y este lo hizo de mala gana.

—Difícil de creer que hayamos hecho todo esto —comentó William.

—No creo que haya sido el final de ellos —añadió Mikil—. No hay final Para ellos.

Thomas se puso una bufanda sobre la nariz e hizo entrar a los guerreros en las rocas. Los caballos los llevaron por el cañón, pasaron los cadáveres envueltos en capas de yute de sus enemigos caídos. Él había visto su parte de muerte, pero la magnitud de esta matanza le hizo sentir repugnancia.

Se decía que a las hordas les preocupaba menos las vidas de sus hombres que las de sus caballos. Cualquier encostrado que desafiaba a su líder era juzgado y castigado sin tener un juicio. Eran partidarios de romper huesos, azotar u otras formas de castigo. No era extraño hallar a un soldado encostrado con numerosos huesos rotos, abandonado a su suerte en la ardiente arena del desierto y sin haber derramado una gota de sangre. Las ejecuciones públicas consistían en ahogar al ofensor en charcos de agua gris, una posibilidad que infundía más temor a los encostrados que cualquier otra amenaza de muerte.

El terror de las hordas al agua debería ser motivado por algo más que el dolor que acompañaba limpiarse en los lagos, pensó Thomas, aunque no estaba seguro de eso.

Thomas esperó hasta que hubieron pasado las líneas frontales de los muertos antes de detenerse en un grupo de cadáveres boca abajo. Desmontó, le quitó la ropa encapuchada a uno de los encostrados, sobre el que zumbaba gran cantidad de moscas, y la sacudió al aire. Tosió y lanzó la capa sobre la grupa de su caballo.

—Vamos, todos ustedes —ordenó—. Vístanse.

—Nunca me hubiera imaginado que alguna vez pudiera llegar tan bajo como para vestirme con la ropa de una ramera —refunfuñó William mientras desmontaba.

Diligentemente empezó a desnudar a uno de los cadáveres. Los demás encontraron capas y se las pusieron, lanzando maldiciones entre dientes, no de protesta sino de humillación. La fetidez no se podía eliminar de la capa.

Thomas agarró la espada y el cuchillo de un guerrero. Botas tachonadas. Espinilleras. Observó que estas eran nuevas adicciones. El cuero curado y endurecido era raro en los moradores del desierto; su dolorosa condición de la piel contrarrestaba el uso de armadura, pero a estas espinilleras les habían puesto una tela suave para minimizar la fricción.

—Están aprendiendo —comentó él—. Su tecnología no está muy atrás de la nuestra.

—No tienen pólvora —objetó Mikil—. Si me preguntas, te diré que están acabados. Dame tres meses y habré construido nuevas defensas alrededor de cada selva. Ellos no tienen posibilidades.

Thomas se puso por encima de la cabeza la túnica que había agarrado y sujetó la extraña daga.

—Hasta que tengan pólvora —expuso él, metiendo su propia ropa detrás de una roca—. ¿Has pensado en lo que podrían hacerle a la selva si tuvieran explosivos? Además, no estoy seguro de que tengamos tres meses. Cada vez son más valientes y pelean con más inteligencia. Y nos estamos quedando sin guerreros.

—¿Qué sugerirías entonces? —preguntó Mikil—. ¿Traición?

Ella se refería al incidente en el Bosque Sur. Un mensajero había acabado de llegar antes de que salieran y les informó de la victoria del Bosque Sur sobre las hordas.

Solo que no fue Jamous quien había hecho ir a los encostrados. Él había perdido más de la mitad de sus hombres en una batalla sin esperanzas en que el oponente se mostró más hábil y lo rodeó... una posición rara y mortal en la cual caer.

No, fue Justin, informó el mensajero con un brillo en los ojos. Sin la ayuda de nadie había sembrado terror en las hordas, sin un solo ataque con su hoja. Había negociado una retirada con nada menos que el gran general, el mismísimo Martyn.

Todo el Bosque Sur había entonado alabanzas durante tres horas en el Valle de Elyon. Justin les había hablado de un nuevo camino y ellos habían escuchado como si fuera un profeta, siguió informando el mensajero. Luego Justin había desaparecido en el interior de la selva con su pequeña banda.

—¿He sugerido alguna vez rendirnos de alguna forma ante las hordas? —inquirió Thomas—. Moriré esperando el cumplimiento de la profecía si tengo que hacerlo. No cuestionen mi lealtad. Un guerrero descarriado es la menor de nuestras preocupaciones ahora. Tendremos tiempo suficiente para eso en la Concurrencia.

Él le había hablado a Mikil del careo y de la solicitud del Consejo de que él lo defendiera, si se producía una pelea.

—Tienes razón —concordó ella—. No quise mostrar irrespeto.

—Vayamos en silencio —ordenó Thomas montando y haciendo girar su caballo—. Pónganse las capuchas en la cabeza.

Salieron del cañón, vestidos como una banda de moradores del desierto, siguiendo las profundas huellas de las hordas.

El sol se puso lentamente detrás de los barrancos, dejando al grupo en profundas sombras. Pronto salieron de las formaciones de rocas y se dirigieron al occidente hacia un tenue horizonte.

La explicación de Thomas acerca de la misión fue muy sencilla. Había sabido que las hordas tenían una terrible debilidad: Entraban a la batalla con la supersticiosa creencia de que sus reliquias religiosas les darían la victoria. Si una pequeña banda de guardianes del bosque lograba penetrar al campamento de las hordas y robar las reliquias, les asestarían un tremendo golpe. Thomas también se había enterado de que Qurong, que seguramente comandaba el ejército que acababan de derrotar, llevaba esas reliquias con él. Las reliquias eran los libros de historias. ¿Quién iría con él para intentar ese golpe a las hordas?

Los nueve aceptaron de inmediato.

En ese mismo momento él se hallaba acostado en una habitación de hotel ni a diez cuadras del edificio del capitolio en Washington, D.C., durmiendo. Cien agencias gubernamentales se quemaban las pestañas tratando de encontrarle sentido a la amenaza que estaba a punto de llevar al mundo a su fin. Dormir era sin duda lo que estaba más lejos en las mentes de ellos. Intentaban decidir quién debería saber y quién no, a qué miembros de la familia podrían advertir sin filtrar el mensaje de modo que pusiera a la nación en pánico. Pensaban en formas de aislar, poner en cuarentena y sobrevivir.

Pero no Thomas Hunter. Él entendía algo que muy pocos podían entender. Si hubiera una solución para la amenaza de Svensson, muy bien podría estar en el sueño de Thomas.

En sus sueños.

Cuatro horas después vieron la gran cantidad de luces, puntitos de luz humeante de antorchas de petróleo a varios kilómetros más allá de la duna a la que los guardianes habían subido. La madera era escasa, pero el líquido negro que se filtraba de la arena en reservas lejanas les suplía sus necesidades muy bien o mejor que la madera. Thomas nunca había visto las reservas de petróleo, pero a menudo los guardianes del bosque confiscaban barriles del combustible a ejércitos caídos y se los llevaban como botín.

Se detuvieron uno al lado del otro, diez a lo ancho, mirando al occidente.

Durante varios segundos permanecieron en lo alto de la duna en silencio total. Aun lo que había quedado del ejército era amedrentador.

—¿Estás seguro de esto, Thomas? —quiso saber William.

—No. Pero estoy seguro de que nuestras opciones están disminuyendo —contestó con mayor confianza de la que sentía.

—Yo debería ir con ustedes —manifestó Mikil.

—Nos ceñiremos al plan —expuso él—. William y yo vamos solos.

Ellos conocían las razones. Primero estaba el asunto de su piel. Todos menos Thomas y William se habían bañado en el lago antes de salir. Luego estaba Mikil: normalmente, las mujeres de las hordas no viajaban con los ejércitos. Aunque a ella le cambiara la piel, entrar podría resultarle peligroso, a pesar de que afirmara que dentro de su capa podría parecer tan hombre como cualquiera de ellos.

—¿Cómo está tu piel, William?

—Me pica —respondió el teniente levantándose la manga.

Thomas desmontó, sacó una bolsa de ceniza y se la lanzó.

—Rostro, brazos y piernas. Póntela en abundancia.

—¿Estás seguro de que esto los engañará? —indagó Mikil.

—Mezclé la ceniza con algo del azufre que usamos para la pólvora. El olor es igual al de los...

—¡Puf! ¡Esto es horrible! —exclamó William haciendo una mueca y alejando la nariz de la bolsa; tosió—. ¡Nos olerán a un kilómetro de distancia!

—No si olemos como ellos. Lo que más me preocupa son sus perros. Y nuestros ojos.

—Ya están palideciendo —informó Mikil mirándolo a los ojos—. Con esta luz deberían estar bien. Y sinceramente, con esta luz y bastante de esa ceniza podrida sobre mi piel yo podría pasar tan fácilmente como ustedes.

Thomas hizo caso omiso de la persistencia de ella.

Diez minutos después él y William se habían empolvado la piel de gris, revisaron su equipo para estar seguros de que nada de este los asociara con los guardianes y volvieron a montar. Los demás se quedaron a pie.

—Muy bien —anunció Thomas aspirando profundamente y soltando Poco a poco el aire—. Aquí vamos. Busca el fuego, Mikil, exactamente como 'o planeamos. Si ves que una de las tiendas de las hordas se incendia de repente, envía al resto por nosotros a caballo, rápida y silenciosamente. Lleven nuestros caballos. Hagan lo que hagan, no olviden mantener puestas las capuchas. Y tal vez quieran echarse un poco de ceniza en el rostro por si acaso.

—¿Enviar al resto? Dirigirlos, querrás decir.

—Envíalos. Necesito a alguien que dirija a los guardianes en caso de que todo salga mal.

—Creo que deberías reconsiderar que atacemos —objetó ella mirándolo y tensando la mandíbula.

—Seguimos con lo planeado. Como siempre.

—Como siempre, rechazas cualquier voz de prudencia. Estoy mirando el campamento y veo a mi general a punto de meterse dentro de una manada de lobos, y me estoy empezando a preguntar la razón.

—Por la misma razón que hemos tenido todo el día —explicó él—. Jamous casi pierde ayer la vida, y nosotros anteayer. Las hordas están ganando fortaleza y, a menos que hagamos algo para neutralizarlas, no solo Jamous, sino todos nosotros moriremos junto con nuestros hijos.

Mikil cruzó los brazos y se agachó.

—Vamos —dijo William—. Quiero salir de allí antes de que amanezca.

—El pueblo te necesita —le declaró Thomas a Mikil en voz baja.

—No, el pueblo te necesita a ti, Thomas —cuestionó ella frunciendo el ceño en gesto de derrota.

—La fortaleza de Elyon —animó Thomas.

—La fortaleza de Elyon —musitaron los demás.

Mikil no dijo nada. Pronto se quitaría de encima su mal estado de ánimo, pero por ahora él dejó que ella declarara lo que dijo.

Thomas chasqueó la lengua e hizo bajar el caballo por la colina.

—Tal vez deberíamos detenernos aquí durante la noche —opinó Suzan, mirando fijamente el oscuro desierto.

—¿Cómo podríamos hacer eso? No recorrí todo este camino para esperar a Thomas. Pude haberlo esperado en el poblado.

Rachelle fustigó al caballo para que trotara. Habían montado atentamente la mayor parte del día y en la última hora escogieron su camino por el cañón esparcido de cadáveres. Ella había participado en campos de batalla, pero este había sido aterrador.

—Ni siquiera tenemos la seguridad de que hayan salido —opinó Suzan manteniéndose en su insistencia—. Hay demasiadas huellas para saberlo.

—Conozco a mi esposo; él salió. Créeme que si salió del poblado sin siquiera susurrarme nada es porque está en una misión. No lo detendrá la oscuridad. Y tú eres la mejor rastreadora entre los guardianes, ¿no es así? Entonces rastrea.

—Aunque los alcanzáramos, ¿qué ventaja tiene esta noche sobre mañana?

—Te lo dije, tengo información que le podría salvar la vida. Él va tras los libros

de historias a causa de sus sueños, Suzan. Él podrá decir que es para darles ventaja a los guardianes, y no estoy diciendo que no sea así, pero hay más en la historia. Debo alcanzarlo antes de que sueñe para que me pueda encontrar.

—¿Encontrarte?

Ella no debió haber hablado tanto.

—Antes de que sueñe.

—¿Estamos arriesgando nuestros cuellos por otro sueño?

—Su sueño de la pólvora nos salvó a todos. Tú estabas allí.

Cualquier otra explicación sería inútil. El mismo Thomas no la había podido satisfacer, ni quince años antes ni la noche anterior. Ella presionó contra el índice el dedo pulgar que se cortara en su propio sueño. Había dos mundos, y cada uno afectaba al otro. Con cada kilómetro que pasaba crecía su convicción. Con cada recuerdo de los sueños de Thomas quince años antes se le había ampliado la comprensión a Rachelle, aunque no tenía idea de cómo ocurría esto, mucho menos de por qué.

Pero no podía hacer caso omiso de su dolor en el dedo.

Perdóname, Thomas. Perdóname, amor mío.

—Sigue sin tener sentido para mí —comentó Suzan, buscando huellas en el suelo.

—Y quizás nunca lo tenga para ti. Pero estoy dispuesta a arriesgar mi vida en esto. No quiero que mi esposo muera, y eso podría pasar a menos que lo alcancemos.

—Thomas no muere fácilmente.

—Al virus no le importa quién muera fácilmente.

SE ACERCARON al campamento de las hordas desde el nordeste, sobre una pequeña colina que caía en un amplio valle plano, con una ligera brisa en sus rostros. Thomas se hallaba inclinado sobre el vientre al lado de William y analizaba el campamento. Decenas de miles de antorchas en estacas iluminaban la noche en el desierto con un brillo anaranjado surrealista. Una gigantesca mancha circular de luces se extendía a través de la arena. Las tiendas eran cuadradas, más o menos de tres por tres, tejidas de un burdo hilo hecho de las espigas de trigo del desierto. Las hordas machacaban las espigas y las enrollaban en largas hebras que usaban para todo, desde su ropa hasta sus tiendas.

—¡Allí! —exclamó William señalando a la derecha; una enorme tienda se alzaba por sobre las demás al centro sur—. Esa es.

—Y está aproximadamente a menos de mil metros del perímetro —contestó Thomas con tranquilidad.

Habían dejado los caballos amarrados a estacas detrás de ellos, donde los ocultaría la duna. Nunca antes los guardianes habían intentado infiltrarse en un campamento. Como resultado, Thomas contaba con un mínimo perímetro de guardias. Él y William seguirían a pie y esperaban escurrirse sin ser vistos.

—Son muchísimas hordas —comentó William.

—Demasiadas.

William sacó su espada unos cuantos centímetros de la vaina.

—¿Blandiste alguna vez antes una espada de los encostrados?

—Una o dos veces. Las hojas no son tan afiladas como las nuestras.

—Es atractiva la idea de matar a algunos con sus propias armas.

—Recházala. Lo que menos quiero es una pelea. Esta noche somos ladrones.

El teniente de Thomas envainó otra vez la espada.

—Recuerda, no hables a menos que te pregunten directamente. No hagas contacto visual. Mantén el rostro lo más oculto que puedas dentro de la capucha. Camina con dolor.

—Sí tengo dolor —contestó William—. La maldita enfermedad ya me está matando. Dijiste que no afectará la mente por un rato. ¿Cuánto?

—Estaremos bien si salimos antes de la mañana.

—Deberíamos haber traído el agua. Sus perros no sabrían la diferencia.

—No lo sabemos. Y si nos agarran, el agua nos incriminaría. Pueden olería, créeme.

—¿Tienes idea de cómo son los libros? —inquirió William. —Libros. Los libros son libros. Quizás rollos parecidos a los que usamos, o de los planos de hace tiempo. Si los encontramos, lo sabremos. ¿Listo? —Siempre. Se pusieron de pie. Respiraron hondo.

—Vamos.

Thomas y William caminaron de manera tan natural como podían, procurando usar el paso ligeramente más lento que la podredumbre obligaba a los moradores del desierto. Un círculo de antorchas plantadas cada cincuenta pasos recorría la circunferencia del campamento.

No había guardia en el perímetro.

—Permanece en las sombras hasta que entremos al camino principal que lleva al centro —susurró Thomas.

—¿Directamente por en medio?

—Somos encostrados. Deberíamos caminar directamente por en medio.

La fetidez era casi insoportable, en todo caso, más fuerte que el polvo que se habían aplicado. Aún no ladraban perros. Por el momento, eso era bueno.

Thomas se limpió el sudor de las palmas, tocó momentáneamente la empuñadura de la espada que colgaba de su cintura y pasó la primera antorcha, por una brecha

entre dos tiendas. Luego se dirigió al campamento principal.

El paso retardado era casi insoportable. Todo en Thomas lo instaba a correr. Tenía el doble de velocidad que cualquiera de estos matones enfermos, y posiblemente podría correr directo por en medio, agarrar los libros, y volar por el desierto antes de que supieran lo que había ocurrido.

Contuvo los deseos. Despacio. Despacio, Thomas.

—Torvil, despreciable pedazo de carne —expresó una voz desde la tienda a su derecha; él miró; un encostrado atravesó la portezuela y lo miro—. Tu hermano se está muriendo aquí, ¿y tú buscas mujeres donde no hay ninguna?

Por un momento Thomas se quedó paralizado por la indecisión. Había hablado antes con encostrados; había hablado extensamente con la hija de su líder supremo, Chelise.

—¡Respóndeme! —bramó el encostrado.

El decidió. Caminó en línea recta y giró solo parcialmente para no dejar al descubierto todo el rostro.

—Eres tan ciego como los murciélagos que te maldijeron. ¿Soy Torvil? Y sería muy afortunado de encontrar una mujer en este apestoso lugar.

Se volvió y continuó. El hombre soltó una palabrota y volvió a entrar a la tienda.

—Simple —susurró William—. Eso fue demasiado.

—Es como ellos hablarían.

Los encostrados se habían ido a dormir, pero cientos aún holgazaneaban. La mayor parte de las tiendas tenía sus portezuelas abiertas, mostrando todo a cualquier mirada indiscreta. En el campamento donde conociera a Chelise habían esparcido alfombras tejidas teñidas en tonos púrpura y rojo. No así aquí. No había niños, ni mujeres que él lograra ver.

Pasaron un grupo de cuatro hombres sentados con las piernas cruzadas alrededor de una pequeña fogata que ardía en un cuenco de arena empapada de petróleo. Las llamas calentaban una pequeña olla de estaño llena del almidón blanco y pastoso que llamaban sagú. Hecho de las raíces de trigo del desierto. Thomas probó una vez el insípido almidón y anunció a sus hombres que era como comer tierra sin todo su sabor.

Los cuatro encostrados se habían quitado las capuchas. A la luz del fuego y la luna, estos no se parecían a los intrépidos guerreros suicidas que juraron masacrar a las mujeres y los niños de las selvas. Es más, se parecían mucho más a su propia gente.

Uno de ellos levantó los ojos grises claros hacia Thomas, que evitó la mirada.

Thomas y William tardaron quince minutos en llegar al centro del campamento. Dos veces los notaron; dos veces pasaron sin incidentes. Pero Thomas sabía que entrar al campamento a altas horas de la noche no sería el reto que tenían, sino

encontrar los libros y agarrarlos.

La enorme tienda central en realidad era un complejo como de cinco tiendas, cada una vigilada. Por lo que pudo determinar que llegaron por detrás al complejo.

En las lonas brillaba un anaranjado pálido de las antorchas que ardían en el interior. La mera magnitud de las tiendas, los soldados que las vigilaban y el uso del color presumían colectivamente la importancia de Qurong. Las tinturas de las hordas venían de rocas brillantemente coloridas del desierto, molidas hasta convertirlas en polvo. El tinte se había aplicado a las lonas de las tiendas en grandes y mordaces diseños.

—Por acá.

Thomas viró en un pasaje abierto detrás del complejo. Jaló a William a las sombras y habló en un susurro.

—¿Qué crees?

—Espadas —contestó William.

—¡Nada de peleas!

—Entonces hazte invisible. Hay demasiados guardias. Aunque lográramos entrar, allí encontraremos a otros.

—Eres demasiado rápido con la espada. Entraremos como guardias. Ellos usan la banda clara alrededor del pecho, ¿viste?

—¿Crees que podemos matar a dos sin ser vistos? Imposible.

—No si los agarramos desde el interior.

—No tenemos idea de qué o quién haya adentro —consideró William mirando la costura del piso de la tienda.

—Entonces, y solo entonces, usaremos nuestras espadas —contestó Thomas sacando su daga—. Revisa el frente.

William fue hasta el borde de la tienda y miró alrededor. Regresó, con la espada ahora desenvainada.

—Despejado.

—Lo haremos rápidamente.

Ellos entendieron que la sorpresa y la velocidad serían sus únicos aliados si el espacio estuviera ocupado. Se pusieron de rodillas y Thomas recorrió velozmente la hoja junto a la base de la tienda con un tajo rápido por el que oró para que no se oyera.

Levantó súbitamente la lona y William se coló en el interior. Thomas lo siguió.

Entraron a un salón iluminado por la llama de una titilante antorcha. Tres formas yacían a su izquierda y William saltó hacia una que se levantaba. Estaba claro que eran los cuartos de los criados. Pero el grito de un criado podría matarlos tan fácilmente como cualquier espada.

William alcanzó al criado antes de que este pudiera volverse para ver qué

provocaba el alboroto. Colocó la mano alrededor del rostro del encostrado y e Puso la espada en el cuello.

—¡No! —le susurró Thomas—. ¡Vivo!

Manteniendo asido al asombrado criado, William corrió hacia los otros, golpeó con el cabo del cuchillo la parte trasera de la cabeza del hombre que dormía y luego repitió el mismo golpe en el tercero.

El encostrado en los brazos de William comenzó a luchar.

—Esta despertará a toda la tienda —objetó William—. ¡Yo debería matarla!

¿Una mujer? Thomas la agarró del cabello y le puso su propia daga en la garganta.

—Un sonido y mueres —le susurró—. No estamos aquí para matar, ¿entiendes? Pero lo haremos si nos obligan.

Los ojos de ella eran como lunas, abiertos, grises y llenos de miedo.

—¿Entiendes?

Ella asintió vigorosamente.

—Dime entonces lo que quiero saber. Nadie sabe que nos viste. Te noquearé para que nadie pueda acusarte de traición. El rostro femenino se contrajo de temor.

—¿Preferirías que te mate? Sé sensata y estarás bien. Un golpe en la cabeza es todo.

La criada no parecía persuadida, pero tampoco hizo ningún sonido.

—Los libros de historias —enunció Thomas—. ¿Los conoces?

Thomas sintió un momento de piedad por la mujer. Ella estaba demasiado horrorizada para pensar, mucho menos para hablar. Él le soltó el cabello.

—Suéltala.

—Señor, te aconsejo que no lo hagas.

—¿Ves? Él me aconseja que no lo haga —le dijo Thomas a la mujer—. Eso es porque cree que vas a gritar. Pero yo opino mejor de ti. Creo que no eres más que una chica aterrada que quiere vivir. Si gritas, tendremos que matar a la mitad de las personas de esta tienda, incluyendo al mismo Qurong. Cooperera y quizás no matemos a nadie.

Él le presionó la hoja contra la piel.

—¿Cooperarás?

Ella asintió.

—Libérala.

—Señor...

—Hazlo.

William aflojó lentamente la mano en la boca de ella. Los labios femeninos temblaron pero no hicieron ningún sonido.

—Bueno. Descubrirás que soy un hombre de palabra. Podrías preguntarle a

Chelise, la hija de Qurong, acerca de mí. Ella me conoce como Roland. Ahora dime. ¿Sabes de los libros?

Ella asintió.

—¿Y están en estas tiendas? Nada.

—Te juro, mujer, si insistes en...

—Sí —susurró ella.

¿Sí? Sí, por supuesto que él había venido precisamente por eso, pero oírle decir a ella que los libros de historias, esos antiguos escritos de poder tan místico, estaban aquí en este mismo momento... era más de lo que él en realidad se había atrevido a creer.

—¿Dónde?

—¡Son sagrados! No puedo... me matarían por decírselo. ¡El Grande no permite que nadie los vea! Por favor, por favor, le ruego...

—¡Mantén la voz baja! —le dijo entre dientes.

Se les acababa el tiempo. En cualquier momento alguien entraría de sopetón.

—Bien entonces. Mátala, William —ordenó Thomas bajando la hoja.

—¡No, por favor! —rogó ella, arrodillándose y agarrándole la túnica—. Se lo diré. Están en la segunda tienda, en el cuarto detrás de la recámara del Grande.

Thomas levantó la mano hacia William. Se inclinó en una rodilla y garabateó en la arena una imagen del complejo.

—Muéstrame.

Ella le mostró con un tembloroso dedo.

—¿Hay alguna manera de entrar a este cuarto, que no sea a través de la recámara?

—No. Las paredes están cubiertas con una... una... malla...

—¿Una malla metálica?

—Sí, sí, una malla metálica.

—¿Hay guardias dentro de este salón aquí? —preguntó él señalando los cuartos contiguos.

—No sé. Lo juro. Yo no...

—Está bien. Entonces acuéstate y te perdonaré la vida. Ella no se movió.

—Será un golpe en la cabeza y tendrás tu excusa junto con los demás. ¡No seas insensata!

Ella se tendió en la cama y William la golpeó.

—¿Ahora qué? —indagó William, apartándose de la inconsciente figura.

—Los libros están aquí.

—Lo oí. También que están en una cámara de seguridad.

—Lo oí.

Thomas se dirigió a la portezuela que llevaba al salón. Aparentemente no se había provocado ninguna alarma.

—Como dijiste, no tenemos toda la noche —advirtió William.

—Déjame pensar.

Él debía hallar más información. Ahora sabían que los libros no solo existían sino que estaban a menos de treinta metros de donde él se hallaba. El descubrimiento lo agarró de un modo que no había esperado. No se podía expresar cuan valiosos podrían ser los libros. Sin duda en el otro mundo, ¡pero incluso aquí! Con seguridad los roushes se habrían salido de su camino para esconderlos. ¿Cómo se las había arreglado Qurong en primer lugar para tenerlos en sus manos?

—Señor...

Thomas fue a la pared, donde colgaban varias túnicas. Se quitó la suya.

—¿Qué estás haciendo?

—Me estoy convirtiendo en un criado. Sus túnicas no son tan ligeras como las de los guerreros.

William siguió su ejemplo. Se pusieron nuevas túnicas y metieron las antiguas debajo de la cobija del criado. Las volverían a necesitar.

—Espera aquí. Voy a averiguar más.

—¿Qué? Yo no puedo...

—¡Espera aquí! No hagas nada. Permanece con vida. Si no regreso en media hora, entonces búscame. Si no me encuentras, regresa al campamento.

—Señor...

—No cuestiones, William.

Él se enderezó la túnica, se jaló la capucha sobre la cabeza y salió del salón.

LAS TIENDAS eran después de todo una sola tienda grande. Nada menos que un castillo portátil. Cortinas púrpura y rojo colgaban en la mayoría de las paredes, unas alfombras teñidas atravesaban el piso. Estatuas de bronce de serpientes aladas con ojos rubíes parecían ocupar cada rincón. Aparte de eso, los pasillos estaban desiertos. Thomas caminó como un encostrado en la dirección que la criada le había mostrado. La única señal de vida vino de un continuo murmullo de discusión que aumentaba a medida que se acercaba a las habitaciones de Qurong.

Entró al pasillo que llevaba a las habitaciones reales y se detuvo. Una sola alfombra que portaba la imagen negra del serpenteante murciélago shataiki a quien ellos adoraban ocupaba la pared. A la izquierda de Thomas, una pesada cortina turquesa lo separaba de las voces. A su derecha, otra cortina disimulaba el silencio.

Hizo caso omiso de la fuerza con que le latía el corazón y se movió a la derecha. Retiró la tela, halló vacío el cuarto y entró.

Una esterilla grande con copas de bronce y un elevado cáliz se hallaban en el centro de lo que solo podía ser el comedor de Qurong. Lo que Thomas llamaba mobiliario era escaso entre los moradores del desierto, ya que les faltaba madera, pero la inventiva que mostraban era evidente. Alrededor de la esterilla había enormes almohadones rellenos, cada uno estampado con el serpenteante emblema. En los cuatro rincones del cuarto titilaban llamas en el sereno aire, irradiando luz sobre no menos de veinte espadas, guadañas, garrotes y toda imaginable arma nómada, todas las cuales colgaban en la pared del frente.

En el rincón a la derecha de Thomas había un tonel de junco. Corrió y miró adentro. Agua estancada del desierto. El agua corría cerca de la superficie en cavidades donde los moradores del desierto cultivaban su trigo y cavaban sus pozos poco profundos. No extraña que prefirieran bebería mezclada con trigo y fermentada como vino o cerveza.

Él no estaba aquí para beber su nauseabunda agua.

Thomas revisó el pasillo y lo halló despejado. Se hallaba a medio camino de la entrada cuando la cortina se movió hacia adentro del cuarto opuesto.

Él se retiró y la portezuela se bajó.

—¿Un trago, general?

—¿Por qué no?

Thomas corrió hacia el único amparo que le brindaba el cuarto. El barril. Se deslizó por detrás, se puso de rodillas y contuvo el aliento. La portezuela se abrió. Se cerró zumbando.

—Un día bueno, señor. Un buen día de veras.

—Y solo es el comienzo.

Vertieron cerveza del cáliz en una copa. Luego en otra. Thomas se metió en la sombra hasta donde pudo, sin tocar la pared de la tienda.

—A mi más honroso general —enunció una apacible voz; nadie más que Qurong se referiría a algún general como mi general.

—Martyn, general de generales.

¡Qurong y Martyn! Bronce chocó contra bronce. Bebieron.

—A nuestro sumo gobernante, que pronto gobernará sobre todas las selvas —manifestó el general.

Las copas volvieron a tintinear.

Thomas dejó escapar el aire de sus pulmones y respiró con cuidado. Deslizó la mano debajo de su capa y tocó la daga. ¡Ahora! Debería agarrarlos ahora a los dos; no sería una tarea imposible. En tres pasos podría alcanzarlos y enviarlos al hades.

—Te lo digo, la brillantez del plan está en la audacia —comentó Qurong—. Podrían sospechar, pero con nuestras fuerzas en el umbral de ellos se verán obligados a creer. Hablaremos de paz y escucharán porque deben hacerlo. Para el momento en

que hagamos actuar la traición en él, será demasiado tarde.

¿Qué era esto? Un hilillo de sudor se filtró por el cuello de Thomas. Movi6 la cabeza para echar un vistazo a los hombres. Qurong usaba una túnica blanca sin capucha. Un gran colgante bronceado del shataiki le colgaba del cuello. Pero fue la cabeza del hombre lo que llamó la atención de Thomas. A diferencia de la mayoría de las hordas, él usaba el cabello largo, apelmazado y enrollado en rizos. Y el rostro le pareció extrañamente conocido.

Thomas rechazó la sensación.

El general usaba una túnica encapuchada con una banda negra. Se hallaba de espaldas.

—He aquí entonces el tratado de paz —expresó Martyn.

—Sí, por supuesto —contestó Qurong riendo—. Paz. Volvieron a beber.

Qurong dejó su copa y soltó un suspiro de satisfacción.

—Es tarde y creo que me hace señas el placer de mi esposa. Reúne el consejo interno al amanecer. Ni una palabra a los demás, amigo mío. Ni una palabra.

—Buenas noches —se despidió el general bajando la cabeza. Qurong se volvió para salir.

Thomas obligó a su mano a calmarse. ¿Una traición? Podría matarlos ahora a los dos, pero hacerlo levantaría la alarma. No conseguiría los libros. Y Qurong podría suponer que les escucharon el plan. Más tarde él y William podrían sencillamente cortar la garganta del líder mientras dormía.

Qurong hizo a un lado la cortina y desapareció.

Pero el general se quedó. Imagine, ¡eliminar a Martyn! Casi valía el riesgo el encuentro.

El general tosió, bajó la copa con cuidado y se volvió para salir. Fue al girar cuando debió de ver algo, porque se detuvo de repente y miró hacia el rincón de Thomas.

El silencio se apoderó del cuarto. Thomas cerró la mano alrededor de la daga. Si matar a Martyn les arruinaba los planes, entonces hacerlo sería prioridad sobre los libros. Siempre podrían...

—¿Hola?

Thomas se quedó quieto.

El general dio dos pasos hacia el tonel y se detuvo. ¡Ahora, Thomas! ¡Ahora!

No, ahora no. Aún había una posibilidad de que el general se diera vuelta. Agarrarlo por el costado o por detrás reduciría el riesgo de que gritara.

Ninguno se movió por un prolongado momento. El general suspiró y dio la vuelta.

Thomas se levantó y lanzó la daga en un suave movimiento. Aun si el poderoso general hubiera oído el zumbido del cuchillo, no mostró ninguna señal. La hoja brilló

en su rotación, una, dos veces, luego se clavó en la base de la nuca del hombre, cortándole la columna vertebral antes de que tuviera tiempo de reaccionar.

El tipo se derrumbó como un costal de piedras cortado desde una viga en el techo.

En tres largas zancadas Thomas alcanzó al general y le tapó la boca con 'a mano. Pero el hombre no daría ninguna alarma.

Sacó el cuchillo de la nuca y se limpió la sangre en la túnica. Un hilo de sangre bajaba por el cuello del hombre. Una, dos manchas en el suelo.

Arrastró el cuerpo hacia el tonel, lo levantó y lo lanzó al agua. Su poderoso general sería descubierto ahogado en un tonel de agua como un criminal común.

Thomas halló a William donde lo había dejado, de pie en el rincón, apenas visible desde la entrada.

—¿Bien?

—Debemos esperar. El bravo líder de ellos está con su esposa —anunció Thomas.

—¿Encontraste la recámara?

—Creo que sí. Pero, como dije, él está ocupado. Le daremos algo de tiempo.

—¡No tenemos tiempo! El sol está a punto de salir.

—Tenemos tiempo. El poderoso general Martyn, por otra parte, no tiene tiempo. Si no me equivoco, lo acabo de matar.

LA ESPERA duró menos de treinta minutos. O la alusión de Qurong a su esposa fue para despedirse de su general o había renunciado al placer por dormir; ningún otro sonido que un débil ronquido rítmico llegó a los oídos de Thomas cuando él y William escucharon lo que suponían que era la recámara de Qurong. Thomas jaló la cortina y miró dentro del cuarto. Una sola antorcha iluminaba lo que parecía un salón de recepción. Un guardia se hallaba en el rincón, con la cabeza colocada entre las piernas.

Se llevó un dedo a los labios y señaló al guardia. William asintió.

Thomas caminó en puntillas hasta una cortina en el extremo opuesto del cuarto, con la mirada fija en el guardia. William corrió hacia este. Un golpe sordo y el encostrado se dobló, inconsciente. Con algo de suerte, el guardia nunca confesaría haber sido dominado por intrusos. Después de todo era un guardia, no un criado, y los guardias que dejaban que llegaran ladrones hasta donde su Grande, seguramente merecían ser ahogados en un tonel.

Thomas jaló la cortina. La recámara. Completa con un valiente líder tendido bocabajo, roncando sobre un grueso lecho de almohadas. Su esposa yacía enroscada a su lado.

Entraron a la alcoba, cerraron la portezuela y dejaron que sus ojos se acostumbraran. Un pálido brillo tanto del pasillo contiguo como del salón de recepción detrás de ellos alcanzaba a pasar las delgadas paredes.

Si la criada no los había engañado, Qurong mantenía los libros de historias en la cámara detrás de su lecho. Thomas vio la cortina; incluso bajo la tenue luz logró ver las tiras metálicas entretejidas en las paredes alrededor de la habitación. Era evidente que Qurong había hecho lo posible por evitar que alguien se escabullera dentro.

Thomas atravesó el cuarto, con la daga extraída. Resistió un terrible impulso de cortarle la garganta al líder allí mismo, al lado de la esposa. Primero los libros. Si no estuvieran allí podría necesitar a Qurong para que lo guiara a ellos. Si encontraban los libros, mataría al líder al salir.

Estiró la mano temblorosa e hizo a un lado la cortina.

Abierta.

Entró, seguido por William.

La cámara era pequeña, oscura. Olía a humedad. Sobre el suelo en semicírculo había altos candeleros de bronce, apagados. Por encima de ellos, en la pared, un enorme y forjado murciélago serpenteante. Y debajo del murciélago, rodeado por los candeleros, dos arcones.

El corazón de Thomas apenas podía palpar más fuerte, pero de alguna manera hacía precisamente eso. Los arcones eran de los que comúnmente las hordas usaban para transportar algo valioso: juncos bien asegurados y endurecidos con argamasa. Pero estos cofres estaban asegurados con correas de bronce. Y cada una de las tapas se hallaba troquelada con el emblema shataiki.

Si los libros estaban en estos dos arcones, los moradores del desierto los habían adoptado como parte de su propia religión en desarrollo. Los tratados habían venido de Elyon mucho antes de que se hubiera liberado a los shataikis para destruir la tierra. Y, sin embargo, Qurong estaba mezclando estos dos iconos, los cuales se hallaban en inequívoco contraste entre sí. Era como poner a Teeleh al lado de un regalo de Elyon y decir que eran lo mismo.

Era el engaño mismo de Teeleh, pensó Thomas. Teeleh siempre había querido ser Elyon y ahora aseguraría que lo era en las mentes de estos encostrados. Reclamaría la historia. La historia era suya. Él era el Creador.

Blasfemia.

Thomas se colocó sobre una rodilla, puso los dedos debajo del borde de la tapa y la intentó levantar. No se movió.

William ya recorría el dedo a lo largo del borde.

—Aquí —susurró.

Ataduras de cuero amarraban algunas argollas, tanto en la tapa como en la parte de abajo.

Rápidamente, cortó las amarras de cuero. Las soltó con un chasquido suave. Se miraron. Se sostuvieron la mirada por un momento. Aún no se oía nada más que el ronquido en la recámara del líder.

Levantaron juntos la tapa. Esta se apartó del arcón con un suave chirrido.

El problema con ser atrapados en este aposento estaba en que solo había una salida. No escaparían rápidamente por un corte en la pared. En esencia, estaban en su propia y pequeña cárcel.

Echaron la tapa hacia atrás y, tan pronto como se vio el interior, Thomas supo que habían dado con una mina de oro.

Libros.

Levantó rápidamente. Demasiado rápido. La tapa se deslizó de los dedos de Thomas y se fue de lado contra el suelo. Golpeó uno de los candeleros, el cual se tambaleó y empezó a caer.

Thomas se lanzó hacia el asta de bronce. La agarró. Se quedaron paralizados. Los ronquidos continuaban. Pusieron la tapa en el piso, sudando ahora profusamente.

Los libros de historias estaban empastados en cuero. Muy, muy, muy viejos. Eran más pequeños de lo que él se había imaginado, de menos de tres centímetros de grueso y quizás de veintisiete de largo. Calculó que solo en este arcón había cincuenta.

Bajó la mano y retiró el polvo que cubría uno de los libros. Estaba claro que no se habían leído en mucho tiempo. No era extraño; se preguntó si alguien de las hordas sabía siquiera leer. Aun entre los habitantes del bosque, solo unos pocos leían todavía. Las tradiciones orales bastaban para la mayor parte de ellos.

El libro resultó pesado para su tamaño. El título se hallaba realzado en cierta clase de estaño corroído: Narraciones de la historia. Abrió la portada. Una intrincada caligrafía atravesaba la página. Y la siguiente. El mismo escrito de los sueños de Thomas. Inglés.

Inglés corriente. Pero la hija de Qurong había dicho que los libros eran indescifrables. Entonces las hordas no podían leerlos. A menos que hubiera algo único respecto de estos libros.

Bajó el libro y levantó otro. Igual título. Todos los demás libros que pudo ver dentro del arcón tenían la misma inscripción, aunque algunos también tenían subtítulos. Puso en el suelo el libro que sostenía.

—Son ellos —expresó William apenas en un susurro.

Thomas asintió. Definitivamente eran ellos, y había muchos. Demasiados para que Thomas y William se los llevaran.

Él señaló el otro arcón. Cortaron las correas de cuero y levantaron la tapa. También estaba demasiado lleno de libros. Volvieron a bajar la tapa.

—Tendremos que volver —susurró Thomas.

—¡Sabrán que estuvimos aquí! Mataste a Martyn.

No necesariamente. Thomas pensó que esa podría pasar por la obra de un soldado contrariado. Por otra parte, habían cortado las correas en los arcones. Los tendrían que volver a atar.

Se podrían llevar algunos, tal vez uno que hiciera referencia a...

Qurong tosió en la alcoba contigua.

El guardián del bosque se quedó helado. Sencillamente, ahora no había tiempo para hurgar en los baúles. Tendrían que volver con más ayuda y transportarlos todos.

Sonidos de movimiento en la habitación pusieron a Thomas en acción. Hizo una señal con las manos y William entendió rápidamente. Trabajar en silencio les llevó más tiempo del que Thomas esperaba, pero finalmente ambas tapas estuvieron aseguradas. Levantó el libro que había extraído y se paró para examinar los arcones. Bastante bien.

Esperaron en silencio un buen rato, luego pasaron a Qurong, conteniendo el impulso de acabar con él. Solo después de que tuvieran los libros. Él no se podía arriesgar a un confinamiento total en el campamento debido a la muerte de Qurong. Con un poco de suerte, nadie sabría que habían violado la recámara. Se volvieron a escabullir en los cuartos de los criados, volvieron a ponerse la ropa que trajeron y se metieron por el corte en la pared de lona.

—Recuerda, camina lentamente —advirtió Thomas.

—No estoy seguro de poder caminar rápido. La piel me está matando. Las hordas dormían. Según parece, nadie vio a los dos en su caminata de 1 1

medianoche en medio del campamento. Veinte minutos después, Thomas y William dejaban atrás las tiendas y se metían en la oscuridad del desierto.

—¡ENTONCES VAMOS ahora! —exclamó Mikil—. Tenemos una hora antes de la salida del sol. Y si ellos están durmiendo, ¿qué importa que nuestra piel haya cambiado o no? ¡Insinúo que entremos y matemos a muchos de ellos!

—Déjame lavarme primero —declaró William, poniéndose de pie—. Preferiría que una espada me atravesara el vientre a soportar esta maldita enfermedad.

Thomas miró a su teniente. Ninguno de ellos se había bañado aún... la posibilidad de regresar antes de la salida del sol les aplazó la decisión.

—Báñate —le dijo.

—Gracias.

William se fue a su caballo, se despojó de la ropa, la tiró a un lado lanzando una palabrota entre dientes y comenzó a salpicarse agua en el pecho. Se estremecía

cuando el agua le tocaba la piel; tras solo dos días, la enfermedad no había avanzado mucho para que el agua le produjera un dolor excesivo, pero era claro que lo sentía.

—Estamos perdiendo tiempo, Thomas —expuso Mikil—. Si hemos de ir, debemos hacerlo ahora.

La teniente aún estaba furiosa porque la dejaron. Thomas lo pudo ver en los ojos de ella. Mikil aún no podía entender por qué no le cortaron la garganta a Qurong mientras yacía dormido.

Thomas levantó el libro que había recuperado y abrió la portada una vez más. La primera página estaba en blanco. La segunda también estaba en blanco.

Todo el libro, ¡en blanco!

Ni un solo símbolo en ninguna de sus páginas. ¿Cómo podía ser esto? El primer libro que había agarrado tenía escritura, pero este, en el que no había mirado, estaba vacío.

Tenían que conseguir los otros libros. Mikil quería matar a Qurong, pero no podían hacerlo hasta que supieran más. Y hasta que tuvieran los dos arcones.

—Es demasiado arriesgado —opinó Thomas cerrando el libro—. Esperaremos e iremos mañana en la noche.

—¡No te puedes quedar hasta mañana en la noche! —considero Mikil—. Otro día y quedarás a merced de tu enfermedad. No me gusta esto, para nada.

—Entonces me bañaré e iré mañana con la ceniza, igual que tú. No podemos tomar una decisión precipitada. Tal vez nunca más se presente una oportunidad. ¿Cuán a menudo Qurong se acerca tanto a nuestras selvas? Y este plan de él me preocupa. ¡Debemos pensar! Según las versiones del Bosque Sur, Martyn buscaba la paz. Quizás vaya en nuestros mejores intereses jugar su juego sin dejarles saber que lo sabemos —comunicó y se fue hacia su caballo—. Hay demasiadas inquietudes. Esperamos hasta mañana en la noche.

—¿Y si se movilizan mañana? Además, la Concurrencia es en tres días... no podemos quedarnos aquí para siempre.

—Entonces los seguiremos. La Concurrencia esperará. ¡Basta! Un caballo relinchó en la noche. No era uno de los de ellos. Por instinto Thomas se lanzó al suelo y rodó.

—¿Thomas?

Él se levantó sobre una rodilla. ¿Rachelle?

—¡Thomas!

Ella entró corriendo al campamento, desmontó y corrió hacia él.

—¡Thomas, gracias a Elyon!

RACHELLE SABÍA que era Thomas, pero la condición de él la detuvo a mitad de camino a través de la arena. Aun en la oscuridad ella pudo ver que él estaba cubierto por algo como ceniza gris y que tenía descoloridos los ojos, casi blancos. Ella no había visto la podredumbre, desde luego. No era poco común que miembros de la tribu se pusieran grises cuando tardaban en bañarse por una u otra razón. Incluso algunas veces había sentido el inicio de la enfermedad en sí misma. Pero aquí en el desierto, con el fuerte olor a azufre y el rostro de Thomas casi blanco, la enfermedad la agarró por sorpresa.

—¿Estás... estás bien?

Él la miró, anonadado.

—Debíamos ir vestidos como ellos —explicó él—. No me he bañado. ¿Por qué estás aquí?

Sus hombres y Mikil se hallaban en un pequeño círculo de sacos de dormir sobre la arena. No había fuego... un campamento limpio. Sus caballos estaban agrupados al lado de Thomas. William solo estaba medio vestido y lavándose el cuerpo con agua. Su piel era una mezcla de rosado y blanco pastoso.

—¿Cómo pudiste hacer esto sin decírmelo? —inquirió ella—. ¿No te has bañado desde que saliste? ¿Te has vuelto loco! Él no dijo nada.

No importaba, él estaba bien; eso es lo que a Rachelle le preocupaba. Volvió a su caballo, sacó un odre de cuero lleno de agua del lago y se lo lanzó a él.

—Báñate. Rápido. Tenemos que hablar. A solas.

—¿Qué sucedió?

—Te lo diré, pero primero tienes que bañarte. No voy a besar a ningún hombre que huela como los muertos.

Él se lavó de la enfermedad mientras Suzan hablaba con los guardianes acerca del viaje de ellas. Pero, cuando Thomas exigió saber por qué habían corrido un riesgo como ese, ella solo miró a Rachelle.

Thomas sacó una túnica de las alforjas, la sacudió una vez para quitarle el polvo, se la puso y miró a los demás.

—Perdónennos un momento.

Él la tomó del codo y la alejó.

—Lo siento, amor mío —explicó él en voz muy baja—. Perdóname, por favor, pero tenía que venir y no podía preocuparte.

Aún olía. Bañarse rociándose agua nunca se compararía a zambullirse en el lago.

—¿No debería haberme preocupado de que salieras corriendo? —inquirió ella.

—Lo siento, pero...

—No vuelvas a hacer eso. ¡Nunca! —exclamó ella y respiró hondo—. Sé por qué viniste. Hablé con el anciano, Jeremiah. ¿Los hallaste?

—¿Sabes que vine por los libros?

—Y supongo que no comiste anoche la fruta como creí que habíamos acordado que harías.

—No comprendes; yo debía soñar.

Rachelle se detuvo y volteó a mirar el pequeño campamento. Luego lo miró directo a los ojos y le quitó un mechón de cabello del rostro.

—Soñé anoche, Thomas.

—Siempre sueñas.

—Soñé con las historias.

—¿Estás segura? —exclamó escudriñándole atentamente el rostro.

—Tan segura como para perseguirte atravesando medio desierto.

—Pero... ¿cómo es posible? ¡Nunca has soñado con las historias! ¿Estás absolutamente segura? Porque podrías haber soñado con algo que te pareció de las historias, o podrías haber soñado que eras como yo, soñando con las historias.

—No. Sé que eran las historias porque estaba haciendo cosas que no tengo idea de cómo se hacen. Me hallaba en un lugar llamado laboratorio, trabajando en un virus llamado Variedad Raison.

Rachelle había ensayado esto un centenar de veces en las últimas doce horas, pero al comunicárselo ahora se le hacía un nudo en la garganta y le temblaba la voz.

—¿Eras una científica? ¿Estabas de veras allí, trabajando en el virus?

—No solo me hallaba allí, sino que tenía un nombre. Compartía la mente de una mujer llamada Monique de Raison. Por lo que sé, yo era ella. El cuerpo de Thomas se tensó.

—Tú... ¿cómo es posible?

—Deja de preguntarlo. ¡No sé cómo es posible! Nada tiene sentido para mí, menos de lo que ha tenido para ti. Pero no me queda ninguna duda de que yo estaba allí. En las historias compartía la mente de Monique de Raison. Mira, tengo una cortada en el dedo que lo prueba. Ella... yo... yo... estaba tocando un pedazo de pergamino blanco... no, lo llaman papel. El borde del papel me cortó el dedo.

Ella levantó el dedo hacia él, pero no había suficiente luz para ver la diminuta cortada.

—Te pudiste haber cortado aquí y te imaginaste que fue en un lugar llamado laboratorio al trabajar en el virus del que he hablado muchas veces.

—¡Tienes que creerme, Thomas! Así como querías que yo te creyera. Estuve allí. Vi la... computadora. ¿Me has hablado alguna vez de un aparato llamado computadora que trabaja en una forma que ni siquiera nos podemos imaginar aquí? No, no lo has hecho. O de un micro...

Ella no lograba recordar todos los nombres ni los detalles; se esfumaban con cada hora que pasaba.

—Un aparato que mira dentro de cosas pequeñas. ¿Cómo podía yo saber eso?

—¡Esto es increíble! —exclamó él con ojos desorbitados; se pasó la mano por el cabello y anduvo de un lado al otro—. ¿Crees que en realidad eres ella? Pero allá se te ve diferente.

—No sé cómo funciona. Sentí que era ella, pero también que estaba aparte. Participaba de sus experiencias, su conocimiento.

—Yo soy Thomas en ambas realidades, pero tengo el mismo aspecto en las dos. No te pareces a Monique.

—¿Eres exactamente la misma persona?

—Sí. No, allá soy más joven. Creo que solo de veinticinco años.

—Los detalles se hacen borrosos a medida que estás más tiempo aquí — expuso ella.

—¡Gracias! —exclamó él de pronto dejando de caminar de lado a lado, mirándola directamente a los ojos y besándola en la boca—. Gracias, gracias.

Ella no pudo dejar de sonreír. Aquí estaban ellos, en medio del desierto con las hordas a pocos kilómetros de distancia, besándose porque tenían esta conexión con sus sueños.

—¿Has vuelto a soñar? —inquirió él.

La sonrisa de ella se desvaneció.

—Sobre mi caballo, me dormí, sí.

—¿Y?

—Soñé con la Concurrency.

—Pero no con Monique. Te debió haber sucedido algo para que soñaras esa única vez —expresó él frotándose las sienes—. Algo... ¿sabe ella?

—¿Monique?

—Cuando sueño soy consciente de mí en la otra realidad. Sé que en este mismo instante, mientras estoy despierto aquí, también duermo en un hotel en un lugar cerca de Washington, D.C. ¿Sabes si Monique está durmiendo ahora?

Rachelle no tenía idea. Se encogió de hombros.

—No creo que ella sepa de mí, o al menos no piensa en mí. O debería decir que ella no pensaba en mí cuando yo... miraba por sus ojos.

—Quizás porque ella no ha soñado contigo. ¿Sabes que ella existe, pero ella no sabe que tú existes!

Él estaba mucho más emocionado con su conclusión de lo que lo estaba su esposa.

—No encuentro eso consolador —objetó Rachelle.

—¿Por qué no? ¡Lo importante es que tú sabes! No tienes idea de lo que esto significa para mí, Rachelle. De alguna manera, estamos ligados en las dos realidades. Ya no soy el único. ¿Sabes cuántas veces he tenido la tentación de creer que me he vuelto loco?

—Así que tu locura me ha contagiado ahora. Qué posibilidad tan encantadora. Y no creo que estemos ligados en ambas realidades, como las llamas. No de la manera que comprendo la unión —cuestionó ella y bajó la voz—. ¿Amas a Monique?

—No —contestó él parpadeando—. ¿Por qué?

—¡Deberías hacerlo!

Thomas la miró.

—Quiero decir, si soy Monique, entonces tienes que amarme.

—Pero no sabemos si eres Monique.

—No. Pero al menos ella y yo estamos conectadas.

—Sí.

—Y lo que le ocurre a ella me ocurre a mí —declaró Rachelle levantando el dedo cortado.

—Así parece.

—Un hombre... ¿Svensson? Este hombre... quiere matar a Monique.

Thomas no manifestó nada por un momento, como si empezara a tener una verdadera comprensión de lo que ella decía. Luego agarró con delicadeza la mano de Rachelle entre la suya y le levantó el dedo hasta sus propios labios. Le besó el dedo cortado.

—Los sueños no te pueden matar, amor mío —pronunció Thomas mientras le temblaba la mano.

—No necesitas fingir. Lo sabes mejor que yo. Me dijiste lo mismo hace quince años. Lo volviste a decir anoche. Si morimos en las historias, muy bien podríamos morir aquí. No lo entiendo. No estoy segura de que quiera entenderlo, pero es cierto.

—¡No te dejaré morir!

—Entonces debes soñar, esposo mío —animó ella acercándosele de modo que su cuerpo tocó el de él—. Debes detener el virus, porque sabemos por las historias que el virus mata a la mayor parte de ellos, y dudo mucho que ese Svensson tenga intención de dejar viva a Monique.

—¿Crees entonces que puedo cambiar las historias?

—Si no puedes... si no podemos, los dos podríamos morir —formuló ella mirándolo a los ojos—. Allá y acá. Y si morimos aquí, ¿qué llegará a pasar con la selva? ¿En qué se convertirán nuestros hijos? Debes rescatar a Monique. Porque me amas, debes rescatar a Monique.

Thomas parecía acongojado.

—¡Tengo que conseguir los demás libros de historias! Ahora, antes de que las hordas se movilicen.

—No. Debes dormir. Sé dónde tienen a Monique.

13

EL DESPACHO del presidente. De este salón fluía más poder que de ningún otro en el mundo, pero, al observar el barullo de actividad mientras esperaba su audiencia con el presidente Blair, Thomas se preguntó si ese poder podría haberse cortocircuitado.

Él no sabía exactamente quién conocía acerca de la variedad Raison, pero la urgencia en sus rostros traicionaba la disposición de dejarse llevar por el pánico de media docena más de visitantes que evidentemente habían exigido y recibido citas con el despacho más destacado del mundo.

Algunos sin duda eran secretarios o asesores en el gabinete; otros debían representar incendios que el presidente se sentía obligado a apagar: líderes de la oposición que amenazaban con acudir al público, legisladores preocupados con buenas intenciones que arruinarían al país, etcétera, etcétera.

Si esa era la clase de pánico que trastornaba estos majestuosos pasillos, ¿cuál era la escena en otros gobiernos? Por lo que Thomas pudo alcanzar a oír, todos los gobiernos de las naciones occidentales ya estaban cediendo, a solo dos días de la crisis.

Thomas se hallaba en el sofá dorado y con los pies sobre el sello presidencial, delante del presidente, que estaba en un diván similar directamente frente a él. Phil Grant se hallaba en otro sofá al lado del dignatario. A su derecha Ron Kreet, jefe de personal, y Clarice Morton, que rescatara a Thomas en la reunión de ayer, se hallaban sentados en los sillones verdes con dorado cerca de la chimenea. Un retrato de George Washington los observaba desde su marco entre ellos. Robert Blair, Phil Grant y Ron Kreet vestían corbata. Clarice llevaba un vestido ejecutivo. Thomas había optado por los mismos pantalones negros y camisa blanca que usara la víspera; de momento era la única ropa de su posesión y que significaba alguna verdadera vestimenta para ellos, aunque dudó que eso le importara mucho a este presidente.

—¿Está usted seguro de esto, Thomas?

—Tan seguro como puedo estarlo de cualquier cosa, señor presidente. Sé que aún le parece un poco forzado, pero así es como supe del virus la primera vez.

—Asegura que encontró los libros de historias, esos textos históricos que nos podrían decir lo que ocurre a continuación, pero, más importante aún, sabe dónde tienen a Monique de Raison.

—Sí.

El presidente miró a Kreet, que arqueó una ceja como para decir: Es decisión suya, no mía.

Thomas había despertado temprano y pasó la primera hora intentando localizar a Gains o a Grant... en realidad a alguien que pudiera responder a esta nueva información que había recuperado de sus sueños. Supo que los dos se habían quedado despiertos hasta tarde y que finalmente dormían. Eran casi las nueve de la mañana cuando logró convencer al asistente de Grant para que lo comunicara con él.

Tres minutos después, tenía tanto a Grant como a Gains en una conferencia telefónica. Disponía de nueva información y, cuando les contó de qué se trataba, movieron todos los recursos necesarios para adelantar la reunión con el presidente.

Además había convencido a Kara de que tomara un vuelo temprano a Nueva York. La madre del par de hermanos necesitaba a sus hijos en un momento como este, pero Thomas no podía salir de Washington. No por ahora.

Eran las once, y acababa de exponer sus argumentos al ser vivo más poderoso. Informó que tenían a Monique en una montaña llamada Cíclope.

—Usted asegura que su esposa, esta esposa de sus sueños, se encuentra de alguna manera ligada a Monique de Raison. ¿Es eso correcto? —preguntó Clarice.

Él sintió que ella quería creerle. Quizás una parte de ella le creía. Pero el centelleo en los ojos reveló más que una pequeña duda. Miró al mandatario.

—Señor presidente, pido permiso para ser directo, señor.

—Por supuesto.

Una mujer vestida de negro entró y susurró algo al oído del presidente.

—¿Cuándo?

—En los últimos dos minutos.

—Phil, creo que usted es necesario en esto —expuso, volviéndose hacia el director de la CÍA—. Acabamos de recibir un mensaje de los franceses. Averigüe qué está pasando y regrese tan pronto como entienda la situación.

—Yo lo sabía —musitó Grant—. Esos hijos de...

Salió del despacho con la dama de negro.

—¿Los franceses? —indagó Kreet—. ¿Teníamos razón?

—No sé —contestó el presidente y miró a Thomas—. Cinco de sus líderes, entre ellos el presidente y el primer ministro fueron vistos entrando ayer a una reunión no programada. Solo cuatro salieron. Algunos afirman que el presidente Henri Gaetan ya

no es quien era ayer.

—¿Un golpe de estado?

—Eso es un poco prematuro —opinó Kreet—. Pero no nos sorprendería que elementos del gobierno francés estén relacionados de algún modo con Svensson.

El presidente se paró y se dirigió a su escritorio con una mano en el bolsillo. Dio un golpe en la parte superior de su escritorio, se sentó contra él y cruzó los brazos.

—Muy bien, Thomas. Adelante. Dígame por qué debería escucharlo.

—Sinceramente, no estoy diciendo que debería hacerlo. Hace dos semanas intentaba pagar el alquiler con un empleo en el Java Hut en Denver.

—Eso no es lo que necesito. ¿Por qué debería escucharlo?

Thomas titubeó. Se puso de pie y caminó alrededor del sofá.

—Soy el único aquí que está viendo los dos lados de la historia. Como el único con esta originalidad, hay muy buenas posibilidades de que también sea el único que pueda cambiar esa historia. No sé que eso sea una realidad, pero confío bastante en que sea cierto. Si no puedo cambiar la historia, entonces miles de millones de personas, incluyéndolo a usted, pronto estarán muertas.

El jefe de personal arqueó una ceja.

—Estos son los hechos —formuló Thomas—. Y cuanto más tiempo pase yo justificándome, menos tengo para cambiar la historia.

Su expresión oral pareció haber agarrado desprevenido al presidente, que lo miró en silencio.

Eso pareció espantosamente arrogante, pensó Thomas. Con su propia gente, como el comandante supremo de los guardianes del bosque, se habría esperado esta clase de presentación. Pero aquí aún era el chico de Denver que había enloquecido. Al menos para algunos. Solo esperaba que el presidente no estuviera entre ellos.

Una leve sonrisa se formó gradualmente en la boca de Blair.

—Eso es lo que ahora llamo agallas. Oro a Dios por que usted se equivoque con esto, pero debo aceptar que —en cierta manera extraña— en realidad usted es muy razonable.

—Entonces le diré más, si usted gusta.

—Soy todo oídos.

Thomas fue hacia un retrato de Abraham Lincoln y se volvió otra vez hacia ellos.

—Estoy seguro de que su personal ya consideró esto, pero he tenido más tiempo que la mayoría de ellos para analizarlo detenidamente. Es evidente que solo es cuestión de tiempo que el resto del mundo descubra lo que está sucediendo. Usted no puede ocultar por mucho tiempo la clase de presión que Svensson está ejerciendo por el movimiento de armas. Cuando lo sepan, el mundo comenzará a fragmentarse. No se sabe qué clase de caos seguirá. Se volverá astronómica la presión por acceder a las demandas de Svensson. Y la presión hará estallar un ataque preventivo. Ambas cosas

terminarán mal.

—¿Y qué escenario no terminará precisamente mal? —objetó el presidente—. Usted pudo haber pensado mucho en esto, hijo, pero no estoy seguro de que pueda apreciar la total complejidad de la situación.

—Dígamelo entonces.

Kreet aclaró la garganta.

—Perdónenme, pero en realidad no creo que este sea el mejor uso de...

—Está bien, Ron —lo interrumpió el presidente levantando una mano—. Quiero que él oiga esto.

—Para empezar, en cuanto a invocar poderes de emergencia, no manejo solo esta nación. Es una república, ¿recuerda? Sencillamente no puedo hacer lo que quiera.

—Puede y tiene que hacerlo. Invoque poderes especiales.

—Podría. Mientras tanto el virus ha surgido en más de cien de nuestras ciudades. Los CDC y la Organización Mundial de la Salud estarán de aquí para allá con datos que no se pueden desenmarañar en ninguna cantidad razonable de tiempo. Además de esta premonición suya llamada Cíclope, no tenemos idea de dónde se oculta Svensson, suponiendo que él sea el individuo a quien debemos buscar. La oposición de Dwight Olsen ya está cerrando filas. Conociéndolo, encontrará un modo de culparme de todo este desastre y enredar los poderes especiales. Ya hay rumores de un ataque nuclear y creo que Dwight podría cambiar radicalmente hacia eso. Si caemos, lo haremos peleando. Usted conoce las instrucciones, y no tengo la seguridad de concordar. Aunque cedamos a esas ridículas exigencias de esta nueva lealtad de ellos, no tenemos garantías de que nos darán el antivirus.

—No lo harán. Por eso usted no debe ceder.

—¿Lo sabe usted por esos libros?

—Si yo fuera el estratega de ellos y ustedes fueran las hordas... si usted fuera mi enemigo, no le daría el antivirus. Los instrumentos de batalla han cambiado, pero no las mentes tras estos. Eso también explica por qué según las historias más de la mitad de la población del mundo resulta eliminada por el virus. Ellos planean distribuir el antivirus de forma selectiva, sin importar cualquier promesa de lo contrario. No tengo ninguna duda de que usted no se encuentra en la lista de personas favoritas de ellos.

Clarice se puso de pie y cruzó el salón. Ahora eran tres sobre la alfombra dorada... y solo Kreet permanecía en su silla.

—Así que usted insiste en que no cedamos a las demandas de ellos y que no hagamos la guerra, suponiendo incluso que definiéramos un blanco. ¿Qué, entonces?

El presidente apoyó la pregunta de ella asintiendo con la cabeza y mirando imparcialmente a Thomas.

—Dudo mucho que ninguna solución convencional cambie nada. La habrían intentado en las historias y fallaron. Mi solución exige que ustedes me crean.

Entiendo que ese es aquí el desafío, pero al final descubrirán que es la única salida.

—Sea más específico, Thomas —ordenó el presidente—. ¿Qué es lo que sugiere exactamente?

—Primero, créame cuando digo que sé dónde está Monique. Ella es nuestra clave para asegurar el antivirus. Segundo, haga lo que sea necesario Para evitar tanto la guerra nuclear como la capitulación de la comunidad internacional a las demandas de Svensson. Engañe si tiene que hacerlo. Empiece el movimiento de armas nucleares. Conserve suficiente armamento Para una amenaza creíble y, si no tenemos solución para cuando las armas hayan llegado realmente a su destino...

—Parece que usted conociera ese destino —objetó el presidente.

—Si yo fuera ellos, escogería un país europeo, por una lista de motivos que le podría dar si usted quiere. Francia sería ideal.

—Continúe —expresó el presidente frunciendo el ceño.

—Si aún no tenemos solución para cuando las armas lleguen a su destino, entonces hágalas retroceder. Si tengo razón, ustedes tendrán que persuadir a otras potencias nucleares que están más cerca de Francia, como Inglaterra e Israel, y enviar realmente los armamentos de ellos. Si no pareciera que ellos al menos cooperan, entonces tendremos una guerra nuclear en nuestras manos, y más que el mismo virus, esta matará a más millones de personas.

Robert Blair miró a Ron Kreet.

—Israel no optará por eso —contestó el jefe de personal moviendo la cabeza con escepticismo.

—De ahí que ustedes deban empezar a levantar de inmediato la coalición, comenzando con Israel —sugirió Thomas—. Es decir hoy mismo. Tienen que comprometerse a esto ahora.

—Aún no oigo un plan, Thomas —terció Clarice.

Thomas los miró a los tres. Comprendió que estaban perdidos. No que él no lo estuviera, pero tenía una ligera ventaja.

—Mi plan es que los retarden por todos los medios posibles de artimañas y diplomacia, y espero que yo pueda hallar una manera de detenerlos.

Por un largo instante se quedaron demasiado avergonzados o impresionados como para responder. Seguramente lo último.

—Permítanme llevar un equipo a Cíclope —pidió él—. Si tengo razón, hallaremos a Monique. Si me equivoco, aún puedo transmitirles a ustedes información de los libros de historias cuando les ponga las manos encima. Mi permanencia aquí no tiene sentido.

—Aunque enviemos un equipo —comentó Kreet—. No veo cómo usted esté cualificado para dirigir a nuestras tropas de asalto. ¿Hasta qué punto espera que estemos de acuerdo con estos... sueños suyos?

—Creo que él podría tener razón —enunció el presidente—. Concluya.

—Tal vez les podría mostrar algo —explicó Thomas, yendo hasta el centro del salón y mirando el cielorraso—. Si ustedes revisan, descubrirán que no tengo entrenamiento acrobático. Aprendí artes marciales en las Filipinas, pero, créanme, nunca me pude mover como he aprendido a moverme en mis sueños mientras dirijo a los guardianes. Retrocedan.

Se miraron mutuamente y retrocedieron con cautela.

Thomas dio un simple paso y se lanzó al aire, dio una voltereta en rotación y media con un giro completo, aterrizó sobre las manos y mantuvo la posición hasta contar tres antes de invertir todo el movimiento.

Ellos lo miraron boquiabiertos como escolares que acababan de ver un espectáculo de magia.

—Quizás uno más, solo para estar seguros. Agarre ese abrecartas —añadió Thomas haciendo una seña con la cabeza hacia una hoja de bronce sobre el escritorio — y arrójemelo. Tan fuerte como pueda.

—No, todo está totalmente bien —objetó el presidente un poco avergonzado—. Detestaría errar y golpear la pared.

—No le dejaré hacerlo.

—Usted ya hizo méritos.

—Adelante, Bob —desafió Clarice mirando a Thomas con una nueva clase de interés—. ¿Por qué no?

—¿Simplemente arrojárselo?

—Tan fuerte como pueda. Créame, no hay manera de que me pueda lastimar con eso. No se trata de una guadaña de tres metros o de una espada de bronce. Apenas es un juguete.

El presidente agarró el abrecartas, miró a la sonriente Clarice y arrojó la hoja. Blair había sido atleta y esta hoja no viajaría lentamente.

Thomas la agarró por la empuñadura, a menos de tres centímetros de su pecho. La sostuvo con firmeza.

—¿Ven? Las destrezas que he aprendido en mis sueños son reales — informó, devolviendo el abrecartas a su sitio—. La información que conozco es igual de verdadera. Debo dirigir el equipo porque hay una posibilidad de que yo sea el único ser vivo que pueda llegar hasta Monique. Ya debería estar en camino.

La puerta se abrió. Entró Phil Grant con el rostro demacrado.

—Tenemos veinticuatro horas para mostrar movimiento de tropas. El destino es ahora la base naval Brest en el norte de Francia. El gobierno afirma que coopera con Svensson solo porque no tiene alternativa. Todas las comunicaciones del asunto se deben mantener en la reserva más absoluta. No se debe poner en alerta a los medios de comunicación. Ellos están buscando una solución, pero hasta que se les ocurra

una, insisten en que debemos cooperar. Eso es en pocas palabras.

—Están mintiendo —aseveró Thomas. Los demás lo miraron.

—¿Ron? —preguntó el presidente mirando al jefe de personal.

—Probablemente están mintiendo. Pero en realidad no importa cómo sea. Aunque Svensson se esté estrechando la mano con el mismísimo Gaetan, no podemos dejar caer bombas nucleares sobre Francia, ¿o sí?

—Está bien, Thomas —aceptó el presidente yendo hasta el escritorio y dejándose caer en la silla—. Estoy autorizando el traslado y transporte del armamento que han exigido. Dentro de una hora tengo una reunión con el mando conjunto. A menos que alguien ofrezca un argumento razonable en contra, lo haremos a su manera.

Puso los codos sobre el escritorio y toqueteó nerviosamente los dedos, unos contra otros.

—Ni una palabra acerca de este asunto de sueños a nadie. ¿Está claro? Eso lo incluye a usted, Thomas. No más trucos. Usted va en misión de este despacho y con mi autorización; eso es todo lo que cualquiera debe saber.

—De acuerdo —consintió Thomas.

—Phil, dele una autorización. Quiero que él vaya a Fort Bragg en helicóptero tan pronto como sea posible. Me aseguraré de que le den todo lo que necesite. Es un trayecto largo hacia Indonesia... haga en el vuelo los planes que deba hacer. Y si usted tiene razón en cuanto a que Svensson está en Cíclope, yo sencillamente podría entregarle toda la Casa Blanca —declaró guiñando un ojo.

—Yo no sabría qué hacer con la Casa Blanca —reconoció Thomas extendiendo la mano—. Gracias por su confianza, señor presidente.

—No estoy seguro de estarle brindando ninguna confianza —opinó Robert Blair estrechándole la mano—. Como usted señaló, en este momento tenemos muy pocas alternativas. Acabo de hablar por teléfono con el primer ministro israelí. Su gabinete ya se ha reunido con la oposición. Los partidarios insisten en que la única manera en que entregarán alguna de sus armas es en la ojiva de un misil. Él no se inclina a discrepar.

—Entonces usted tiene que convencerlos de que cualquier intercambio nuclear sería suicidio —expresó Thomas.

—En la mente de ellos, desarmarse sería suicidio. Someterse los metió antes en un mundo de sufrimiento; no van a ser fáciles y, francamente, no estoy seguro de que deban serlo. Dudo que Svensson tenga intención de darles el antivirus a los israelíes, a pesar de lo que estos hagan.

—Si el antivirus no nos elimina, podría hacerlo una guerra —añadió Thomas—. Una filtración a la prensa podría hacer lo mismo. Pero entonces usted ya sabe eso.

—Por desgracia. Estamos hilando una historia acerca de un estallido de la variedad Raison en una isla cerca de Java. Esto hará suficiente ruido para distraer

todo lo demás por algunos días. Los otros gobiernos involucrados entienden la naturaleza crítica de mantener esto en secreto. Pero no hay forma de ocultarlo por mucho tiempo. No con tantas personas involucradas. Mantener a raya a Olsen será en sí una tarea de tiempo completo.

Con los ojos cerrados, el presidente lanzó un profundo suspiro y exhaló.

—Oremos porque usted tenga razón en cuanto a Monique.

THOMAS SE cambió de nuevo la ropa por otra con que se sentía más cómodo: pantalones informales Vans y camisa negra abotonada hasta el cuello. Phil Grant envió tres asistentes que tenían órdenes firmes de coordinar cualquier dato adicional que Thomas necesitara. El pidió y recibió una resma de información sobre la región en que se hallaba el objetivo, la cual ya había repasado una vez con la CÍA. Echó otra mirada a la gruesa carpeta.

Thomas sabía de la isla indonesia llamada Papua por un amigo suyo en Manila, David Lunlow, que asistía a la Academia de Fe. David se crió en la remota isla, era hijo de misioneros. En esa época la denominaban Irian Jaya, pero recientemente había cambiado el nombre a Papua debido a alguna idea política equivocada de que al hacer eso podría fortalecer su búsqueda de independencia de Indonesia.

Papua era única entre los cientos de islas indonesias. La más grande, y por mucho. La menos poblada, principalmente por tribus esparcidas entre montañas, pantanos y regiones costeras que se habían tragado innumerables exploradores con los siglos. En la isla se hablaban más de setecientas lenguas. La ciudad más grande era Jayapura. A ochenta kilómetros por la costa se hallaba un pequeño aeropuerto junto a una creciente comunidad de inadaptados y aventureros. No muy diferente del Lejano Oeste. Había una fuerte comunidad expatriada cuyo objetivo principal era dar nueva dirección a los oprimidos y los perdidos en busca de la verdad. Misioneros.

Era allí, a quince minutos de viaje en Jeep desde Sentani, donde esperaba Cíclope.

Thomas analizó los mapas y las imágenes de satélite de la montaña cubierta de selva. Apenas se podía imaginar cómo Svensson se las había arreglado para construir un laboratorio en un lugar tan remoto e inaccesible, pero la estrategia tenía perfecto sentido. No había verdadera amenaza militar ni policíaca en más de mil quinientos kilómetros. No había aldeas ni habitantes conocidos en la base de la montaña. Un helicóptero que se acercara desde el lugar más lejano pasaría prácticamente inadvertido excepto para los extraños nómadas, que no tenían motivo para informar de algo así ni nadie a quien reportar.

Thomas bajó el mapa y por una ventanilla miró una gran extensión de nubes debajo de ellos. Sosegada, indiferente a lo que sucedía. Desde diez mil metros de alto parecía absurda la idea de que un virus devastaba abajo a la tierra.

—¿Señor? ¿Necesita algo más? —preguntó la muchacha de la CÍA, cuyo nombre era Becky Masters.

—No. Gracias.

Él volvió a centrarse en los datos que tenía en su regazo y empezó lentamente a hacer planes.

Dos horas después, aterrizaron y lo condujeron a un salón de instrucciones. El equipo de tropas de asalto que lo acompañaría era comandado por el capitán Keith Johnson, un tipo de piel oscura vestido con overoles negros, que parecía poder decapitar a cualquier hombre con una o dos palabras. Lanzó un escueto saludo y llamó «señor» a Thomas, pero lo traicionó el rápido movimiento en los ojos.

—Mucho gusto de conocerlo, capitán —expresó Thomas alargando la mano.

El hombre le estrechó la mano con vacilación. Había más o menos otros veinte en el salón, todos con buena apariencia, muy distintos de sus guardianes del bosque. Pero él había visto bastante en el Discovery Channel para saber que estos hombres podrían provocar graves daños en la mayoría de las situaciones.

—Caballeros, quiero que conozcan al señor Hunter. Tiene carta blanca en esta misión. Recuerden, por favor, quién firma los cheques de sus sueldos. Thomas pensó que eso significaba: Ustedes trabajan para el gobierno, aunque este sujeto parezca alguien salido de un reparto de película, sigan sus órdenes.

—Gracias —contestó Thomas.

El capitán se sentó sin contestarle. Un mapa de Papua y Cíclope ya estaba sobre el proyector, como Thomas lo había solicitado; este recorrió el salón con la vista.

—Sé que les han proporcionado los parámetros generales de la misión, pero permítanme añadir algunos detalles —informó yendo hacia el mapa. Luego repasó su plan centrándose en seis puntos principales de la montaña que él y dos intérpretes de mapas de la CÍA pensaban que Svensson pudo haber utilizado.

La misión era rescatar a Monique de Raison, no arrasarlo el laboratorio ni matar a Svensson o a cualquier técnico que pudiera estar en el sitio. Al contrario, era crucial mantener con vida estos objetivos. No se podrían usar explosivos. Nada que pudiera poner en peligro el conjunto de datos que el laboratorio mantenía o que albergaban quienes trabajaban allí.

—Debo dormir un poco en el vuelo, pero tendremos mucho tiempo para ensayar lo demás sobre el Pacífico —continuó Thomas—. Capitán, quizás usted quiera hacer algunas modificaciones. Usted conoce mejor a sus hombres, y los dirigirá usted, no yo.

Ninguno de ellos, ni siquiera el capitán, movió un músculo. Thomas pensó: No

saben cómo responderme. No es de culparlos. Él no era la clase de individuo con quien los demás sabían cómo relacionarse. Estos combatientes harían aquello para lo que los entrenaron, empezando con seguir órdenes, pero en esta situación él necesitaba más.

No podía seguir haciendo estos estúpidos trucos para escépticos. Miren, amigos, vean lo que puedo hacer. Pronto se extendería la noticia y su reputación hablaría por sí sola, pero de momento estos combatientes no tenían el beneficio del conocimiento que deberían tener, dada la situación. No sabían que el destino de miles de millones podría reposar sobre sus hombros. No sabían respecto del virus. No sabían que el hombre que estaba frente a ellos era de un mundo diferente. En cierto modo.

Thomas atravesó el salón, analizándolos. El presidente había dicho que nada de trucos. Bueno, esto en realidad no era un truco. Se detuvo cerca de Johnson.

—Usted parece tener algunas reservas, capitán.

Johnson no se comprometió de ninguna manera.

—Muy bien. Así que dejemos esto a un lado para que podamos hacer lo que debemos —advirtió caminando por el pasillo y empezando a desabotonarse la camisa—. Soy más pequeño que la mayoría de ustedes. No pertenezco a las fuerzas especiales. No tengo rango. Ni siquiera soy parte del ejército. Por consiguiente, ¿quién soy?

Se liberó el último botón.

—Soy alguien que está dispuesto a enfrentarse aquí y ahora mismo al capitán y a cinco de ustedes, con una absoluta promesa de hacerles a cada uno algún daño corporal muy grave.

Se volvió en el final del pasillo y retrocedió, mirándolos.

—No quiero parecer arrogante; solo que no tengo el tiempo que típicamente se necesita para ganar la clase de respeto necesario en una misión como esta. ¿Algún interesado?

Nada. Unas cuantas sonrisitas torpes.

Se abrió la camisa hasta la cintura y los volvió a enfrentar. Aunque la edad normal y otros sucesos físicos no se transferían entre las dos realidades de él, la sangre sí. Y las heridas. Y los efectos directos de esas heridas. Kara las había examinado, aterrada por el cambio gráfico en el cuerpo de su hermano, prácticamente de la noche a la mañana. Veintitrés cicatrices.

Él los vio fijarse en las numerosas cicatrices de las hordas que le marcaban el pecho. Algunas de las sonrisas cambiaron a admiración. Unos pocos quisieron ponerlo a prueba; él lo pudo ver en sus ojos, una señal alentadora. Si las cosas se ponían difíciles, él dependería más de estos hombres que de los otros. Continuó antes de que ellos pudieran hablar.

—Bien. De todos modos no quisiéramos ensangrentar las paredes de este salón.

He sido seleccionado por el presidente de Estados Unidos para dirigir esta misión porque ningún otro ser vivo cualifica del mismo modo que yo, por razones que ustedes nunca sabrán. Pero crean esto: El éxito o el fracaso de esta misión impactará a todo el mundo. Debemos triunfar, y para eso ustedes deben confiar en mí. ¿Me hago entender? ¿Capitán?

SIETE HORAS después, Thomas se hallaba en un vuelo nocturno a través del Pacífico con el capitán Johnson y su equipo, y suficiente armamento de alta tecnología como para hundir un pequeño yate. El transporte era un Globemaster C17, volando a siete puntos y cargado con equipo electrónico de vigilancia. Su vuelo duraría diez horas con tres reabastecimientos a bordo.

Ellos aún no estaban seguros de por qué tomarlo... muchas palabras y unas cuantas cicatrices no valían nada cuando se va directo al asunto. Y, sinceramente, él no estaba seguro acerca de ellos. Qué no daría por tener a Mikil o a William a su lado.

Pronto averiguarán quién era él.

Thomas reclinó lo más que pudo el asiento hacia atrás y dejó que el suave rugido de los motores lo introdujera en el sueño. Que lo pusiera a soñar.

14

QURONG IRRUMPIÓ en el comedor, haciendo caso omiso del dolor que le atravesaba la carne.

—¡Muéstrenme su cuerpo!

Ya habían sacado al general del barril de agua y lo habían puesto en el piso. Por un momento, Qurong se llenó de pánico. Había estado con el general apenas esa noche, antes de que lo mataran. El único consuelo en este terrible asesinato era el descubrimiento de que un cuchillo, no el agua, había acabado con su vida.

—¿Quién hizo esto? —gritó—. ¿Quién?

La portezuela se abrió de repente y entró Woref, jefe de inteligencia militar.

—Fueron los guardianes del bosque —informó.

Bajo cualquier otra circunstancia, Qurong habría rechazado la afirmación. La sola idea de que los guardianes del bosque hubieran estado en su propio campamento era indignante. Pero Woref hizo la afirmación como si reportara un hecho bien conocido.

No obstante, él no lograba asimilarlo.

—¿Cómo?

—Le hemos tomado una confesión a una de las criadas. Dos de ellos entraron por la pared a sus dormitorios. Ella dijo que venían por los libros de historias.

La revelación le dejó el rostro sin sangre. No porque le importaran mucho las reliquias simbólicas, aunque sí le importaban, sino debido al lugar donde él mantenía los libros. Su religión era una cosa; su vida era totalmente otra.

Qurong se fue a grandes zancadas hacia su recámara.

—Hay más, señor —informó Woref siguiéndolo—. Acabamos de recibir la noticia de un explorador, de que hay un pequeño campamento de guardianes del bosque a solo cinco kilómetros al oriente.

Así que era cierto entonces. Caminó por el pasillo central.

—Ahoguen a los guardias que estaban anoche en servicio —expresó bruscamente.

Los dos arcones se hallaban donde siempre estaban, rodeados por los seis candeleras.

—¡Ábrelo! —le ordenó a Woref.

Pocos habían entrado al pequeño aposento y Qurong dudaba que Woref hubiera estado alguna vez allí. Pero él conocía bastante bien los baúles; había sido responsable de su construcción casi diez años atrás. El resto de libros, miles de ellos, estaban ocultos, pero él conservaba a su lado todo el tiempo estos dos baúles debido al aura de misterio que le daban, no por cualquier poder tangible.

Ninguno de ellos podía leer los libros... parecían estar escritos en un idioma que ninguna de sus personas podía leer. Se rumoraba que los guardianes del bosque podían hacerlo con mucha facilidad, pero esta era una broma acerca de lenguas estúpidas. ¿Cómo podían los guardianes del bosque leer algo en que ninguno de ellos había puesto los ojos?

—Han cortado el cuero —informó Woref inspeccionando cada lado de las cuerdas—. Estuvieron aquí.

Qurong supo que alguien había estado en sus aposentos en el momento en que abrieron la tapa. El polvo sobre los libros estaba corrido.

Hizo a un lado la cortina y salió. Aire. Necesitaba más aire.

—Pero no me mataron.

—Entonces solo venían tras los libros —comentó Woref.

—¿Y planean regresar ahora que saben que los tenemos?

—Sin embargo, ¿por qué venir tras estas reliquias cuando pudieron haber...?

Woref no terminó el pensamiento.

—Es Thomas —enunció Qurong.

Sí, ¡desde luego que fue él! Solo Thomas pondría tal valor en los libros.

—Tenemos la décima división al sur de...

—¿Cuántos de los guardianes están en este campamento?

—Una docena. No más.

—Envía un mensaje inmediato. A la décima división al sur de los cañones.

Diles que les corten toda vía de escape. ¿En cuánto tiempo podrían estar en el lugar?

—Tienen que movilizar mil hombres. Dos horas.

—Entonces nos movemos en dos horas. En realidad con algo de suerte podríamos atrapar a ese perro.

—Y si es Thomas, ¿matarlo ahora pondría en peligro la captura de las selvas? —preguntó Woref.

—Él hizo caso omiso a la inquietud de Woref. No había secretos acerca del interés del general en asegurarse las selvas. Al finalizar esa tarea se le daría a Woref en matrimonio la hija de Qurong, Chelise. Todos estaban esperando sus premios, y el

de Woref sería el objeto de su obsesión no correspondida. Pero Qurong ya no estaba muy seguro acerca de lo sabio de su acuerdo de entregar a Chelise a esta bestia.

Qurong fue hasta una vasija de morst, una mezcla blanca harinosa de almidón y caliza molida, metió los dedos y se dio palmaditas en la cara. Eso le daba cierto consuelo al secar algún sudor en la superficie de la piel. Cualquier clase de humedad, incluyendo el sudor, aumentaba el dolor.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que el ejército principal del Bosque Sur nos alcance? —inquirió Qurong.

—Hoy. Quizás horas. Tal vez deberíamos esperar hasta que venga acá.

—¿Está él dando ahora las órdenes? Se le pudo haber ocurrido este plan, pero que yo sepa, aún soy quien manda.

—Sí, por supuesto, su excelencia. Perdóneme.

—Si logro matar a Thomas, los habitantes del bosque tendrán aún menos probabilidades de saber nuestros planes. Ellos todavía no saben del cuarto ejército al extremo lejano de su selva. Sus bombas incendiarias solo alcanzarán para cuatrocientos mil hombres.

—Ellos tienen otros líderes capaces. Mikil. William. Y quizás sepan más de lo que creemos.

—¡Ninguno de ellos se compara con Thomas! Ya lo verán ustedes, sin él están perdidos. Envíen el mensaje: ¡Aíslenlos! Hagan que el resto de nuestros hombres empiecen a levantar el campamento como si nos fuéramos a meter al desierto. Lo juro, si Thomas de Hunter está entre ellos, no vivirá este día.

UNA FRASE en tono suave en medio del viento lo despertó. Thomas se estaba quedando dormido en el avión, pero también estaba despertando, aquí en el desierto, con estas palabras al oído.

—Se están movilizándolo.

Thomas se sentó. Mikil se colocó en una rodilla.

—No es una asamblea de guerra... están empacando en los caballos. Supongo que regresan al desierto.

Thomas se puso de pie, corrió a lo alto de la duna, agarró el monóculo de manos de William y atisbo. No se lograba ver todo el campamento; el extremo trasero estaba oculto por una leve elevación en el desierto. Pero hasta donde podía ver, los encostrados cargaban lentamente sus carros y sus caballos.

—¡Thomas! —exclamó Rachelle, subiendo la ladera.

—¿Soñaste? —preguntó él rodando sobre la espalda y sentándose.

Ella miró a William como si dijera: No aquí.

—William, diles a los demás que se preparen para seguir al ejército al interior del desierto —ordenó Thomas.

—Señor...

—¿Cómo es posible que vayas tras ellos ahora? —cuestionó Rachelle—. ¡La Concurrencia es dentro de dos días!

—¡Debemos conseguir los libros! Ella volvió a mirar a William.

—William, diles a los otros.

—Ella tiene razón. Si los seguimos por un día, añadiremos otro día a nuestro viaje a casa. Nos perderemos la Concurrencia.

—No al ritmo que viajan esas babosas. Y creo que Elyon entenderá que nos perdamos la Concurrencia si estamos ocupados destruyendo a sus enemigos.

—Estamos robando libros, no destruyendo al enemigo —objetó William.

—Destruiremos al enemigo con los libros, ¡piensa con la cabeza!

—¿Cómo?

—Tú diles.

William bajó corriendo la duna.

—¿Qué sucedió? —inquirió Rachelle.

—¿Soñaste? —inquirió él.

—No. No con las historias. Pero tú sí. ¿Qué ocurrió?

—Tenías razón —contestó él parándose—. Hay una montaña llamada Cíclope en Indonesia. Algo pasó que te permitió soñar.

—¿Estás yendo entonces tras Monique?

—Estamos en camino ahora.

—Entonces renuncia ahora a los libros de historias. ¡Es demasiado peligroso! Puedes detener el virus con la ayuda de Monique.

—¿Y si no podemos rescatarla? ¿Y si ella no puede detener el virus? ¡Quizás los libros nos digan lo que debemos saber para detener a Svensson! Ellos no pueden entenderlo, pero tú sí.

Rachelle empezó a bajar la duna y él se apresuró a agarrarla.

—Rachelle, por favor, escúchame. Tienes que regresar. Enviaré a dos de mis hombres con Suzan para que te lleven a salvo...

—¿Y por qué debo irme si tú estás aquí arriesgando el cuello en el desierto?

—Porque si algo te pasa aquí, ¡Monique podría morir! ¿No ves? No podemos arriesgarnos a que recibas algún daño. ¿Y nuestros hijos?

—¿Y tú, Thomas? ¿Qué nos pasará a Monique, a la selva, a la tierra o a mí si algo te pasa? Nuestros hijos están en buenas manos; no me trates con condescendencia.

—¡Escúchame! —exclamó agarrándola del brazo y haciéndole dar media vuelta.

Ella tragó saliva y miró al desierto por sobre el hombro de su esposo.

—Te amo más que a mi vida —aclaró él—. Llevo quince años peleando contra estas bestias. Nada me ocurrirá ahora, lo juro. No aquí. Es allá lo que me preocupa. Tenemos que detener el virus y para eso necesitamos los libros de historias.

Los ojos de ella estaban palideciendo. Se había bañado la noche previa, pero solo con un trapo y algo de agua de las cantimploras.

—Por favor, mi amor, te lo suplico. Ella suspiró y cerró los ojos.

—Sé que tengo razón —insistió él.

—Está bien. Pero prométeme que no dejarás que te agarre la enfermedad.

—Deja tu agua extra.

—Lo haré.

Ambos se quedaron en silencio. Los demás lanzaban miradas curiosas hacia lo alto de la duna.

—Regresa por favor a tiempo para la Concurrencia —rogó Rachelle inclinándose hacia adelante y besándolo suavemente en la mejilla.

—Lo juro.

Ella dio media vuelta y se fue hacia su caballo.

THOMAS SE hallaba en la cima de la duna, observando con los otros siete que se habían quedado. Sus caballos los esperaban detrás de ellos, impacientes en el creciente calor. Se quedaron con toda el agua que se atrevieron a tomar de los cuatro que habían salido dos horas antes, suficiente para mantenerlos dos días más si eran cuidadosos. William y Suzan habían regresado con Rachelle.

—¿Es solo mi imaginación o se están movilizandole lentamente? —preguntó Mikil.

—Son encostrados. ¿Qué esperabas? —contestó alguien.

—Si eliminaran la mitad de todo ese equipaje se podrían mover al doble de velocidad —enunció ella—. No es de extrañar que marchen tan lento.

Thomas escudriñó el horizonte. Una elevada colina se alzaba a la derecha. Mucho más allá de ella se hallaba el Bosque Sur, donde Jamous fuera salvado por Justin, que negoció una paz con los encostrados.

Las palabras que oyó la noche anterior le resonaban en la mente. Hablaremos de paz y escucharán porque deben hacerlo, había dicho Qurong. Para el momento en que hagamos actuar la traición en él, será demasiado tarde.

¿Quién era él ¿Martyn? No, Qurong había estado hablándole al general, que ahora estaba muerto. Quizás Justin, pero Thomas no podía aceptar eso. Su ex teniente se pudo haber vuelto una furia, pero no conspiraría contra su propia gente.

¿O sí?

—Señor, hay algo de movimiento.

Él volvió a enfocar el fondo de la colina. Una línea de caballos había surgido en la distante elevación y se dirigía hacia ellos. Lu ego otra.

No solo dos líneas de caballos. Una división, al menos, cabalgando al galope hacia ellos. Thomas sintió que se le tensaban los músculos. —Señor...

—Lo saben —interrumpió él—. ¡Saben que estamos aquí!

—Entonces vámonos —opinó Mikil—. Podemos dejarlos atrás sin esfuerzo.

—¿Y los libros?

—Creo que por el momento los libros son historia —contestó ella—. No era un deliberado juego de palabras.

—¡Señor, detrás!

La voz había venido del guardián al final de la línea. Thomas giró rápidamente. Otra línea de caballos bordeaba ahora las dunas hacia el oriente, entre ellos y el bosque. Mil, al menos.

Era una trampa.

—Hacia el norte, ¡rápido! —gritó él lanzándose colina abajo. Llegó primero al caballo, agarró la fusta y lo espoleó antes de que el trasero le tocara la silla.

—¡Arre!

El animal salió disparado. Detrás de él los demás caballos relinchaban y pisoteaban la arena.

El ejército a la derecha de ellos se veía ahora claramente, una larga línea que se extendía más allá de lo que él había creído en primera instancia. Mientras él y sus hombres habían estado observando la partida del campamento, las hordas los habían rodeado por detrás. O peor, este ejército había estado acampado hacia el oriente o el sur y había sido convocado.

Los atacaban ahora por el oriente y el occidente. Sin duda las hordas sabían que ellos simplemente se dirigirían al norte fuera de la trampa. A menos...

Él vio los guerreros justo adelante. ¿Cuántos? Demasiados para contarlos, cortándoles la vía escape.

Thomas jaló las riendas, haciendo detener bruscamente al caballo. Tres de sus hombres vociferaron pasándolo.

—¡Retrocedan!

Ellos vieron las hordas y pararon en seco.

—¡Al sur! —gritó Thomas súbitamente haciendo girar su caballo.

Acababa de arremeter contra el viento cuando vio lo que temía ver. Las dunas al sur se llenaban con otra división.

Giró a su izquierda y corrió hacia la misma duna detrás de la que habían estado ocultos. No había ningún sentido en correr a ciegas. Tenía que ver lo que estaba

sucediendo y para eso necesitaba esa elevación.

Llevaron sus caballos a tropezones a lo alto de la duna. Desde ahí se clarificó el aprieto en que se hallaban. Los encostrados los acosaban desde todas las direcciones. Thomas hizo girar su caballo, buscando una separación en las filas de hordas, pero, cada vez que veía una, esta se cerraba.

Qurong los había burlado.

Thomas hizo una rápida evaluación. Había estado en muchos apuros cerca del pánico, demasiadas batallas a punto de considerar perdidas. Pero nunca habían sido ocho contra tanta cantidad.

No había manera de salir peleando de la emboscada. Mikil había sacado su espada, pero este no era asunto de espadas. Una mente los había derrotado y ahora solo podían ganar con su propia mente.

Le vinieron estos pensamientos a Thomas como el golpe de una sola ola.

Pero no surgieron los pensamientos que importaban, los que sugerían un curso sensato de acción. El mar se había quedado en silencio.

Ni siquiera sus sueños le ayudarían ahora. Lo podrían noquear, y él soñaría, y hasta despertaría en cosa de segundos, pero ¿con qué finalidad?

Las palabras de advertencia de Rachelle le susurraron tiernamente al oído. Ella no había usado una voz serena, pero ahora cualquier pensamiento de Rachelle podía parecer tierno.

Lo siento mucho, amor mío.

Tocó el libro que había sujetado fuertemente a la cintura debajo de su túnica. Quizás podría usarlo como influencia. Para ganar tiempo. No tenía idea de con qué fin, pero debía hacer algo. Thomas jaló el libro y lo levantó sobre la cabeza. Se paró en sus estribos y gritó hacia el cielo.

—¡Los libros de historias! ¡Tengo un libro de historia!

Las hordas no parecieron impresionadas. Desde luego, aún no lo habían oído.

Liberó las riendas, permaneció elevado con las rodillas fuertemente apretadas contra el caballo y galopó en un pequeño círculo alrededor de sus hombres, la mano derecha en alto con el libro entre los dedos.

—¡Tengo los libros! ¡Tengo un libro de historia! —gritó.

Cuando el círculo de guerreros llegó a las dunas que rodeaban aquella en la que él se hallaba, se detuvieron en seco. Cinco mil al menos, sentados sobre sudorosos caballos en un enorme círculo muy profundo. La arena se había convertido en hombres. Encostrados.

Quizás el titubeo de ellos era simplemente un asunto de quién estaba dispuesto a morir y quién deseaba vivir. Ellos sabían que los primeros en llegar a los guardianes del bosque morirían. Tal vez cientos antes de que Thomas de Hunter y sus guerreros fueran dominados.

Lo dominarían, por supuesto. Ningún alma que tuviera la escena ante sus ojos podía dudar del resultado final.

—Mi nombre es Thomas de Hunter y tengo los libros de las historias, ¡los cuales su líder Qurong venera! ¡Desafío a cualquier hombre a probar mis poderes!

Más de cien caballos se adelantaron de las filas y se acercaron lentamente. Usaban la banda roja de los verdugos, los que habían jurado dar sus vidas por la de Thomas en un momento dado. Se decía entre los guardianes que la mayoría eran parientes que quedaban de hombres muertos en batalla.

—No está funcionando —expresó Mikil.

—¡Tranquila! —susurró Thomas—. Podemos vencer a estos.

—Estos, ¡pero hay demasiados!

—¡Tranquila!

Pero el propio corazón de él hizo caso omiso de la orden y aceleró su ritmo generalmente sosegado.

El sonido de un cuerno solitario rasgó el aire. El círculo de caballos se detuvo. El cuerno sonó de nuevo, largo y alto. Thomas buscó la procedencia. Sur.

Allí, en lo alto de la colina más elevada, se hallaban dos jinetes en caballos blancos. El de la izquierda era un encostrado. Thomas logró ver eso desde esa distancia, pero no más.

El otro jinete, deduciendo por la túnica, era otro de los moradores del desierto.

—¡Es él! —exclamó Mikil.

—¿Es quién?

—Justin —anunció ella y escupió.

Otro toque prolongado de cuerno. Había un tercer hombre, vio Thomas, sentado sobre un caballo exactamente detrás de los encostrados. Era él quien hacía sonar el cuerno.

De repente el morador del desierto descendió bruscamente la colina hacia las invasoras hordas. Estas comenzaron a dividirse para abrirle paso. Las hordas se comunicaban frecuentemente con varios cuernos y este último debió de haber indicado algo sagrado.

El jinete cabalgó con fuerza a través de los encostrados sin mirarlos. Estaba aún a cien metros de distancia, en lo fuerte del ejército de hordas, cuando Thomas confirmó la conjetura de Mikil. Nunca confundiría el estilo fluido e inclinado hacia delante de montar del hombre. Este era Justin del Sur.

Justin se subió a la duna y frenó a quince metros de distancia. Simplemente los miró por un largo instante. Mikil puso mala cara a la derecha de Thomas. El resto de sus hombres mantenían sus lugares detrás de él.

—Hola, Thomas —saludó Justin—. Ha pasado un buen rato.

—Dos años.

—Sí, dos años. Te ves bien.

—En realidad, podría bañarme en el lago —contestó Thomas.

—¿No podríamos hacerlo todos? —inquirió Justin riendo.

—¿Incluyendo estos amigos tuyos? —preguntó Thomas.

Justin miró alrededor del ejército de encostrados.

—Especialmente ellos. Nunca se acostumbran al olor.

—Creo que el olor podría estar viniendo tanto de tu piel como de la de ellos —terció Mikil.

Justin la miró con esos penetrantes ojos verdes. Él parecía recién bañado.

—Veo que se han metido aquí en un gran lío —expresó finalmente Justin.

—Perceptivo —enunció Thomas frunciendo el ceño.

—No necesitamos tu ayuda —declaró Mikil.

—¡Mikil!

—Quizás deberías pensar en cambiar tu enfoque —dijo Justin sonriendo—. Quiero decir, me encanta ese espíritu. Estoy tentado a unirme a ustedes y pelear.

Había un centelleo en los ojos de Justin que inspiraba confianza. Esta era una de las razones por las que Thomas lo seleccionara dos años atrás para que fuera su segundo.

—¿Han notado ustedes por casualidad cuan enormes son los ejércitos de las hordas en estos días? —indagó Justin.

—Siempre nos han superado en número.

—Sí, así es. Pero esta no es una guerra que vayas a ganar, Thomas. No de este modo. No con la espada.

—Con qué, ¿con una sonrisa?

—Con amor.

—Nosotros amamos, Justin. Amamos a nuestras esposas y a nuestros hijos enviando a estos monstruos al infierno de donde vinieron.

—Yo no sabía que vinieran del infierno —objetó Justin—. Siempre supuse que fueron creados por Elyon. Como tú.

—Y también los shataikis. ¿Estás sugiriendo que también los llevemos a la cama?

—La mayoría ya lo ha hecho —aseguró Justin—. Temo que los murciélagos han dejado los árboles y han hecho morada en los corazones de ustedes.

Mikil no iba a tolerar tal sacrilegio, pero Thomas había clarificado su deseo, así que ella le habló a él, no a Justin.

—Señor, no podemos sentarnos aquí y escuchar a esta ponzoña. El cabalga con ellos.

—Sí, Mikil, sé cuan profundamente hieren estas palabras a una persona religiosa como tú.

Ellos sabían que ella era religiosa solo cuando le convenía. Se bañaba y seguía los

rituales, desde luego, pero preferiría tramar una batalla a nadar en el lago cualquier día.

Ella se hartó.

—Hay un dicho —continuó Justin—. Por cada cabeza que las hordas corten, corten diez de las de ellos, ¿no es así? Las escalas de justicia como deberían darse. Llegará la hora en que partirás el pan con un encostrado, Thomas.

Alguien tosió detrás de Thomas. Era claro que Justin estaba errado. Incluso Thomas no pudo resistir una ligera sonrisa.

—Mikil tiene razón. ¿Viniste aquí a darnos una mano o estás más interesado en convertirnos a tu nueva religión?

—¿Religión? El problema con el Gran Romance es que se ha convertido en una religión. ¿Ves lo que ocurre cuando escuchas a los murciélagos? Ellos lo arruinan todo. Primero el bosque colorido y ahora los lagos.

El calor bajó por el cuello de Thomas. ¡Hablar contra el Gran Romance era blasfemia!

—Ya dijiste suficiente. Ayúdanos o déjanos.

—Los libros de historias —expuso Justin bajando la mirada hacia el libro en las manos de Thomas—. Lo peor y lo mejor del hombre. El poder de crear y el poder de destruir. Hagas lo que hagas, no lo pierdas. En las manos equivocadas podría causar mucho problema.

—Está en blanco.

Justin asintió una vez, lentamente.

—Ten cuidado, Thomas. Te veré en la Concurrencia.

Entonces hizo girar el caballo y pasó galopando a los encostrados, regresando a la elevada duna, donde se paró al lado del morador del desierto.

Un cuerno sonó una vez, dos veces. El toque de retirada. Al principio no se movió nadie en las hordas. Los verdugos parecían confundidos y un murmullo retumbó sobre la arena.

El cuerno volvió a sonar dos veces, con más fuerza.

El precio por desobedecer una orden como esta era ejecución inmediata para cualquier encostrado. Se retiraron en masa, en las mismas direcciones en que habían venido.

Thomas observaba, estupefacto, a medida que el desierto se vaciaba.

Luego se fueron. Todos ellos.

La salvación de los guardianes del bosque había llegado tan rápido, con tan poca fanfarria, que difícilmente se sentía real. Giró en su silla para mirar a Justin. La colina estaba desierta. Mikil escupió.

—Yo podría matar a ese...

—¡Silencio! Ni una palabra más, Mikil. Acaba de salvar tu vida.

—¿Y a qué costo?
El no obtuvo respuesta.

15

CÍCLOPE.

El sigilo era imposible. No tenían una semana para rastrear la selva en busca de un túnel que pudiera llevarlos al interior de la montaña. Lo que tenían era tecnología de infrarrojos que desnudaría electrónicamente a Cíclope de suficiente follaje para revelar cualquier anomalía sospechosa, como el calor, por ejemplo.

Habían aterrizado el C17 táctico en el aeropuerto de Sentani, lo reabastecieron de combustible e inmediatamente volvieron a subir a los cielos para enfrentar la montaña sobre la costa. El pronóstico del tiempo era bueno, los vientos estaban bajos y el equipo había dormido bien en el vuelo sobre el Pacífico.

Aun así, Thomas no podía quitarse de encima la ansiedad. ¿Y si estaba equivocado? ¿Y si Rachelle hubiera estado equivocada?

Además, otro pedazo de información complicaba ahora el asunto: No había podido recuperar los libros de historias en su sueño. Qurong aún los poseía todos, menos aquel con páginas en blanco. La única información útil que tenía de sus sueños era la afirmación de Rachelle de que Monique estaba aquí, en esta montaña.

El transportador volaba bajo, revisando los árboles, cubriendo la parte trasera de la montaña en largos rastreos. El capitán Keith Johnson se le acercó desde la cabina de mando pareciendo algo salido de un libro de aventuras gráficas, con todos sus componentes de camuflaje: un casco con equipo de comunicación que le permitía ver la proximidad de cada uno de los cuatro líderes de grupo a través de un visor que se hallaba sobre el ojo derecho. Paracaídas. Mochila de selva. Dos granadas. Cuchillo de empuñadura verde con una hoja brillante por el que Mikil daría su mejor caballo.

Los demás parecían iguales. Solo Thomas estaba vestido de forma distinta.

Uniforme camuflado, cuchillo, radio, un rifle de asalto que no tenía intención de utilizar y un paracaídas que no tenía más remedio que usar. Salto de amigos.

—Acabamos de completar el primer rastreo completo —comunicó el capitán, poniéndose en cuclillas—. Todavía nada. ¿Está usted seguro de que no deberíamos

cubrir el otro costado?

—No. Este lado.

—Entonces el operario quiere bajar más. Pero usted sabe que cualquiera allá abajo nos va a oír. Este aparato suena como una estampida en lo alto.

—¿Tiene usted una alternativa? —indagó Thomas quitándose el casco y pasándose los dedos por el cabello húmedo.

Habían pasado una docena de escenarios en el vuelo. Thomas había brindado sus ideas, pero, cuando de vigilancia electrónica se trataba, él se hallaba claramente fuera de la posición de ellos. Se les había sometido.

—No. No con las limitaciones de tiempo que usted pone. Pero debo advertirle que si ellos están allá abajo, lo observan todo.

—No estoy seguro de que no queramos que nos localicen. Si tenemos suerte, no les dejaremos salida. No pueden salir sin ponerse al descubierto.

—No tengo inconveniente en decir que estamos sobrevolando muy lejos de donde deberíamos hacerlo. Esta no sería mi primera opción —dijo el capitán mirándolo y luego asintiendo.

—Comprendo el peligro, capitán, pero si lo hace sentir un poco mejor, le informo que el presidente podría poner toda la División 101 Airborne en estos mismos zapatos si creyera que así aceleraríamos el rescate de Monique de Raison. Bajemos a rescatarla.

LA DECISIÓN de usar la policía secreta francesa para tratar con Hunter había sido una demanda de Armand Fortier. El director de la Sûreté había llamado directamente a Carlos. Estaban poniendo más de trescientos agentes en el caso, cada uno con la orden de traer de inmediato a Hunter a Francia, o matarlo si tenían que hacerlo. Ya habían activado una amplia red de informadores en Estados Unidos, la cual les contó que el hombre había volado a Fort Bragg y que luego desapareció. Tres posibilidades, pensó Carlos. Una, él aún estaba en Fort Bragg, intentando pasar inadvertido. Dos, se hallaba camino a Francia para tratar directamente con Fortier. O tres, estaba en camino hacia acá, Indonesia.

Carlos miró por los binoculares el transportador que se acercaba y supo que supuso correctamente. Sin duda, Hunter estaba en ese avión.

Ese hombre lo turbaba ahora de un modo que ni Svensson podía conseguir. Tres veces Hunter se le había escapado milagrosamente de las manos. No, no era del todo correcto: Dos veces resultó mortalmente herido y luego aparentemente sanado, y una vez se le había escapado de las manos... la última vez.

No eran solo sus nueve vidas. Hunter parecía saber cosas de las que no debería tener idea.

Cierto, fue por los sueños del hombre como supuestamente aislaron la variedad Raison en primera instancia. Pero, si Carlos tenía razón, su enemigo aún se estaba enterando de cosas en sus sueños. El avión que ahora se acercaba, sin duda con rastreadores infrarrojos, era prueba suficiente. Había optado por dejar que los franceses rastrearan a Hunter en Estados Unidos mientras él regresaba aquí, adonde estaba seguro de que el hombre vendría finalmente. Vendría por Monique.

—¿Cuántas veces? —crepitó la voz de Svensson por la radio.

—Siete —contestó Carlos posicionando su micrófono—. Esta vez vienen más bajo.

Estática.

—¿Cómo nos encontraron?

—Como dije. Él sabía acerca del virus, sabía respecto del antivirus, ahora sabe dónde estamos. Es un fantasma.

—Entonces es hora de atraer a tu fantasma para hablar con él. ¿Crees que un accidente aéreo lo matará?

—No creo. Tal vez a los demás, pero no a Hunter.

—Entonces derríbalos. Ningún otro sobreviviente.

—¿Evacuaremos?

—Esta noche, en la oscuridad. Fortier quiere a este hombre en Francia.

—Entendido.

Carlos salió de las resguardadas redes que habían mantenido en el mínimo su patrón de señales de calor, se puso en el hombro el lanzacohetes modificado Stinger y armó el misil. Un golpe directo cortaría al transportador por la mitad. No estaba seguro de que Hunter sobreviviera, por supuesto, pero se trataba de un juego que gustosamente, incluso con ansias, se disponía a seguir. Más que una pequeña parte de él quería equivocarse acerca del don increíble de Hunter. Lo mejor sería que muriera.

Esperó a que el avión girara en el extremo lejano del valle y que se volviera a dirigir hacia él. Svensson había atacado la montaña en su centro y el avión se acercaba ahora a él al nivel del ojo. Esta vez lo verían. Él tendría un buen disparo.

Era todo lo que necesitaba.

—POSICIÓN DE contacto, dosnuevecero.

Thomas oyó al operador electrónico por encima del ruido del avión. Giró y miró por su ventanilla.

—Contacto, uno...

—¡Alerta! ¡Alerta!

La advertencia llegó de la cabina de mando e inmediatamente Thomas vio a través de la ventanilla el misil que venía como un rayo. Entonces él tenía razón.

Monique estaba allí. También veía de frente a la muerte.

Agarró la barra de su asiento. El C17 rodó alejándose bruscamente del misil entrante.

—Acción de contrarrestar, utilizada —se oyó la voz del piloto ahogada por el repentino rugido de los cuatro motores Pratt y Whitney a medida que el jet giraba y crujía hacia arriba.

—¡Nos va a dar! —gritó alguien.

Por un breve instante el pánico centelleó en los ojos de veinte hombres que antes habían enfrentado la muerte, pero no en estas circunstancias. Este vuelo podría acabar antes de empezar.

¡Puuuum!

El fuselaje implosionó con un enorme resplandor de llamas exactamente detrás de la cabina de mando. Una bola de fuego recorrió la cabina, tan ardiente como para quemar la piel descubierta.

Thomas bajó la cabeza antes de que el fuego lo golpeará. Lo envolvió un estruendo. Aire ardiente. Luego aire frío. Alguien gritaba.

Todo sucedió con tanta rapidez que no tuvo tiempo de reaccionar. Sabía que un misil les había dado, pero no tenía comprensión de lo que eso significaba.

Abrió rápidamente los ojos. El C17 flotó perezosamente a la derecha, cortado en tres pedazos justo frente a las alas y en la cola. La sección del medio aún conservaba toda su potencia y ahora pasaba rugiendo a las secciones de nariz y cola.

Thomas se hallaba suspendido en el aire, aún atrapado en su asiento. No parecía estar cayendo, no todavía. Había sido lanzado del avión, quizás a través de la desprotegida cola, y ahora flotaba libre.

Pero los árboles se hallaban a menos de mil metros debajo de él y esta flotabilidad no duraría más de...

Se le ocurrió que ya estaba en caída. Como una roca.

El pánico lo inmovilizó por tres segundos. El trueno a su derecha lo hizo reaccionar súbitamente. Una torre aceitosa de fuego surgió de donde el fuselaje principal había chocado en el valle con toda su fuerza. Posiblemente nadie pudo haber sobrevivido a un impacto como ese.

Thomas giró en su asiento, pero la silla giró con él. Agarró el enganche del arnés, tiró de él y se enrolló a su derecha, esforzándose instintivamente por permanecer en la relativa seguridad de la estructura metálica.

Setecientos metros.

La silla se desprendió y lo pasó. Ahora se hallaba en caída libre sin asiento. Una vez había saltado de una torre de banyí, pero nunca antes de hoy había usado un paracaídas, mucho menos había saltado.

Las secciones de la nariz y la cola del avión se abrieron paso a través de los

árboles en la ladera de la montaña opuesta. Sin explosiones.

Trescientos metros.

Agarró el cordón de apertura y lo jaló con fuerza. El paracaídas se desplegó con un ligero estallido, ondeó hacia el cielo y se abrió violentamente. El arnés tiró de Thomas, que respiró entrecortadamente y llenó los pulmones con una bocanada de aire. Su casco había volado en algún momento.

El verde follaje se acercaba aprisa a los pies de él. Algo crujió fuertemente, y al principio creyó que se podría tratar de su pierna, pero una rama caía a su lado. Había roto una rama.

Las hojas le oscurecían la visión del suelo. Thomas rodó pesadamente en el momento en que las botas golpearon una superficie sólida debajo de él. Muy pesadamente. Se dio contra el grueso tronco de un árbol, se desplomó a lo largo de sus raíces expuestas, sin aliento y apenas consciente.

Unas aves chillaron. Un guacamayo. No, un tucán; habría reconocido el inconfundible chillido de cualquier manera. El negro pájaro de largo pico se asentaba en lo alto de uno de los árboles cercanos, protestando por esta súbita intromisión.

Estoy vivo.

Gimió y se esforzó por respirar. Movié las piernas, las cuales parecían sanas y salvas. ¿Y si en realidad estuviera inconsciente y de vuelta en el desierto?

Se irguió. Lentamente aclaró la cabeza. El follaje era una mezcla de juncos y arbustos, gracias a un riachuelo que borboteaba a diez metros de distancia. Un enorme tronco caído reposaba en la orilla a su derecha.

Thomas se levantó, soltó el arnés del paracaídas y rápidamente se revisó los huesos. Magullado, pero por lo demás ileso. Su única arma era el largo cuchillo sujeto a la cintura.

Una columna de humo subía al cielo a varios kilómetros del valle. Thomas agarró la radio en la cadera y giró el botón de volumen.

—Hable, hable. Alguien que escuche, hable.

El parlante silbó. Volvió a intentarlo, sin conseguir nada. El transmisor podría estar dañado. Pero, por lo que había visto, lo más probable era que las personas en el otro extremo estuvieran muertas. Se le revolvió el estómago. Quizás hubieran sobrevivido unos cuantos al ser disparados como había pasado con él, aunque no recordaba haber visto ningún otro cuerpo cayendo.

Thomas se dio la vuelta, corrió hacia arriba a la orilla del riachuelo, saltó el tronco y se hundió hasta el tobillo en barro.

Tranquilo, tranquilo. ¡Piensa!

Volvió a examinar la selva. Si recordaba bien, el misil lo habían disparado desde un punto en la mitad de la ladera oriental. Debía llegar a los restos del C17. Sobrevivientes. Un arma. Radio. Cualquier cosa que le pudiera ayudar. Y antes de

que cayera la noche de ser posible. No tenía el mismo cuerpo de Thomas de Hunter en el desierto, pero tenía la misma mente, ¿correcto? Había estado en peores situaciones. Justo la noche anterior había experimentado algo peor, con cien asesinos de las hordas a asombrosa distancia de su garganta.

Thomas se metió a la selva, donde el follaje protegía del sol y disminuía la maleza, y se dirigió hacia la columna de humo a varios kilómetros del valle. Su misión tenía prioridad sobre cualquier sobreviviente, a pesar de lo inhumano que eso pareciera. Su propósito aquí era encontrar a Monique a cualquier costo, aunque ese costo incluyera la muerte de veinte soldados.

Apretó la mandíbula y gimió.

Varias veces resistió la tentación de dirigirse a la derecha y buscar la procedencia del misil. Pero siguió adelante. Sin duda habían visto desplegarse su paracaídas. Esta vez lo estarían esperando.

Y esta vez no se recuperaría de un balazo en la cabeza. Necesitaba más que un cuchillo.

CARLOS ALZÓ la radio.

—¿A qué distancia?

—A cien metros. Corriendo río arriba —contestó la voz en tono bajo—. ¿Le disparo el dardo?

—Solo si sabe que le puede dar debajo del cuello. ¿Está seguro de que es él?

Una pausa.

—Es él.

—Recuerden, lo necesito vivo.

Un dardo tranquilizador podría matar a un hombre si le pega en la cabeza.

Carlos esperó. Habían rastreado a Hunter desde que aterrizara, a cinco kilómetros valle abajo. Otros cuatro habían sobrevivido al accidente: dos en forma parecida a Hunter, otros dos fracturados y sangrando pero vivos y cerca del sitio del accidente. La supervivencia les duró muy poco.

Si su hombre no recibía el dardo ahora, lo tendrían que agarrar de los escombros. Mejor ahora. Lo que menos necesitaba Carlos ahora era otro de los escapes de Hunter.

—¿Informes de la situación?

Era Svensson en la otra radio.

Carlos pulsó el botón del transmisor.

—Lo tenemos a la vista.

—Así que sobrevivió.

—Sí.

—¿Está sano?

—Sí.

—Manténganlo así.

Ven acá y mantenlo sano por ti mismo, intolerable perezoso. Por supuesto que lo conservaría sano. Mientras el hombre no intentara nada.

—Blanco derribado —crepitó la otra radio.

Esperó, seguro que al informe lo seguiría inmediatamente un cambio. Blanco se levanta y huye.

Pero ese informe no llegó.

—¿Sigue derribado?

—Positivo.

—Espósenlo fuertemente. Y sugiero que se apuren. Quizás no esté derribado por mucho tiempo.

MONIQUE SE hallaba solo medio consciente sobre el colchón. Había soñado con truenos. Un repique de choques en el cielo que anunciaban el fin del mundo. Las personas clamaban a un enorme rostro en las nubes, el cual supuestamente pertenecía a Dios. Pedían un héroe que las salvara de este terrible e injusto cambio de acontecimientos. Querían una solución. Por tanto, Dios tuvo misericordia. Señaló a una mujer de cabello largo y oscuro llamada Monique. Esta fue quien en primera instancia creara la vacuna Raison. Era quien podía domarla ahora. Monique abrió los ojos y respiró hondo. Pero había un problema. Svensson poseía ahora la solución de ella.

Se abrió el pasador y chirrió la puerta.

Ella cerró los ojos. Lo único peor a estar atrapada en este salón blanco era tener que enfrentar a Svensson o al hombre del Mediterráneo que olía como a una barra de jabón perfumado. Carlos.

Entraron varios pares de pies. Algo cayó en el piso de concreto haciendo un ruido sordo. ¿Qué fue eso? Ella no se atrevió a mirar ahora.

Las botas salieron y el pasador de la puerta se volvió a cerrar por fuera.

Monique esperó tanto como pudo antes de abrir los ojos. Movi6 la cabeza. En medio del piso se hallaba un cuerpo boca abajo con el rostro virado hacia el otro lado. Suéter de camuflaje y botas negras embarradas. Manos esposadas a la espalda. Cabello oscuro.

Ella se sentó. ¿Thomas?

Parecía que pudiera ser él, pero vestido de forma errónea.

Ella atravesó aprisa el salón en dirección al hombre. Sí, era un hombre... los antebrazos eran demasiado musculosos para una mujer. Le vio el rostro. Thomas.

Un centenar de pensamientos le recorrieron la mente. Había venido por ella. Supo dónde encontrarla. Había venido como soldado. ¿Dónde estaban los demás?

Ver a los pies de ella a un hombre inconsciente y esposado normalmente le revolvería el estómago, pero hoy las cosas no eran normales, y ver hoy a un amigo le inundó su desesperado mundo de tanto gozo que de repente creyó que iba a llorar.

Se arrodilló y le tocó el hombro.

—¿Thomas? —susurró.

La respiración de él era constante.

Tenía el mentón presionado contra el nítido piso, lo que le fruncía los labios. Una barba de un día le ensombrecía el rostro. Su ondulado cabello estaba enmarañado y hecho nudos.

—¡Thomas!

Esta vez se movió, pero solo un poco antes de volver a quedar totalmente ajeno a todo.

Monique se paró y miró el cuerpo boca abajo. ¿Qué clase de hombre era él en realidad? Cientos de veces enfocó sus pensamientos sobre Thomas Hunter en los diez días desde que él irrumpiera en su mundo y la secuestrara por la seguridad de ella. Para salvar al mundo, había dicho él. Una sugerencia absurda para cualquier persona que no estuviera del todo ebria.

Ahora ella pensaba de modo distinto. Él era especial. Sabía cosas que no era posible que supiera y se habituó a arriesgar la vida para defender ese conocimiento.

Y en un nivel más personal, para defenderla a ella. Para salvarla. Monique vio la cámara de seguridad. Estaban observando, desde luego, y escuchando.

Ella fue hasta el fregadero, metió un vaso de precipitados en el cuenco de agua (la montaña no proveía agua corriente, al menos no en el salón de ella), extrajo una toalla de papel de su estuche y volvió a él. Humedeció la toalla y tiernamente le limpió el rostro y el cuello.

—Despierta —susurró—. Vamos, Thomas, por favor, te necesitamos despierto.

Le exprimió más agua en la cabeza, el rostro, los hombros y lo volvió a sacudir. El cerró la boca y tragó saliva. Finalmente, se le abrieron los ojos parpadeando.

—Soy yo, Monique.

Él dirigió los ojos hacia el rostro de ella, los abrió desmesuradamente y luego los cerró con fuerza arqueando las cejas. Gimió y se esforzó por levantarse.

La joven lo agarró del esposado brazo y lo jaló, pero eso no pareció ayudar mucho. Thomas luchó por meter las rodillas debajo del cuerpo y sentarse en el aire.

Ella no sabía cómo ayudarlo... él estaba incómodo pero decidido a hacerlo por su cuenta; finalmente se las arregló para levantar la cabeza y sentarse, con los ojos cerrados.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella; era una pregunta tonta.

—Me dispararon —contestó él.

—¿Estás herido?

¿Dónde? ¡Ella no había visto sangre!

—No. Me drogaron.

Luego giró el cuello y tragó saliva.

—Deberías acostarte. Aquí, déjame ayudarte.

—Me acabo de levantar.

—Tengo un colchón.

—No tenemos tiempo. Tan pronto como crean que ha pasado el efecto de las drogas vendrán por mí. Tenemos que hablar ahora. ¿Me puedes quitar estas esposas?

—¿Cómo? —averiguó ella, mirándolas.

—No importa. Muchacha, siento la cabeza como...

De repente los ojos se le desorbitaron.

—¿Qué pasa? —indagó ella.

—¡No soñé!

Otra vez los sueños. Monique ya no estaba segura de qué hacer con ellos, pero no había duda de que eran más que simples sueños.

—Te drogaron —expresó ella—. Tal vez eso te afectó.

—Es la primera vez que no sueño en dos semanas —declaró él como si en realidad estuviera en un sueño—. Quiero decir, desde este lado. Allá dejé de soñar durante quince años al comer la fruta rambután.

Se hallaba esposado y de rodillas en un calabozo blanco, el mundo moría por un virus que llevaba el nombre de ella, y él hablaba de una fruta.

—Rambután —repitió ella.

—Y creemos que podrías estar conectada con Rachelle —manifestó él.

—Rachelle.

Él la miró por largo rato. Luego se alejó y susurró entre dientes.

—Muchacha, oh muchacha. Esto es absurdo.

Ella no sabía por qué él creía que ella estaría conectada con Rachelle y por lo pronto no le importaba de veras... era claro que él estaba cediendo a la fantasía. Lo que sí importaba, por otra parte, era el hecho de que Thomas era el único que parecía poder hallarla. La joven volvió a mirar la cámara. Debían tener cuidado.

—Están escuchando. Siéntate en mi cama con la espalda hacia la pared opuesta.

El pareció entender. Monique le ayudó a cruzar el salón y él se sentó pesadamente, cruzó las piernas, frente al colchón de ella.

—Quizás no nos oigan si hablamos en voz baja —afirmó ella recostándose en el colchón.

—Más cerca —declaró él.

Ella se acercó más, de tal modo que las rodillas de los dos casi se tocaban.

—¿Cómo me encontraste? —curioseó ella.

—Primero el virus —contestó él mirándola, luego miró a otro lugar—. Ha sido liberado.

—Lo... lo sé —anunció ella—. ¿Qué mal está la situación?

—Malísima. Veinticuatro aeropuertos abiertos. Se está extendiendo sin obstáculos.

—¿No han cerrado los aeropuertos?

—No retardarán suficientemente la propagación del virus para justificar el pánico —informó él; su voz ahora era más clara... la droga pasaba rápidamente—. Cuando salí de Washington, únicamente los gobiernos afectados eran conscientes de la existencia del virus. Pero no lo pueden mantener en secreto por mucho tiempo. Todo el mundo lo sabrá un día de estos.

Ella soltó un insulto en francés.

—¡Me cuesta creer que esto sucediera! Tomamos todas las precauciones. No solo fue calentar la vacuna a una temperatura específica; fue mantenerla así dos horas. Una hora y cincuenta minutos o dos horas y diez minutos, y la mutación no se conserva.

—No es tu culpa.

—Quizás no, pero tú sabes que mi vacuna era realmente un virus que...

—Sí, sé todo acerca de que tu vacuna en realidad es un virus; me lo dijiste en Bangkok. Y representaba una brillante solución para grandes problemas. Si se debe culpar aquí a alguien es a mí. Fui yo quien le dijo al mundo cómo tu vacuna podía mutarse en el virus en que se ha convertido.

—A través de tus sueños.

—Sí. Donde estás conectada con Rachelle.

Ella ya no quería hablar con él de esos sueños en este momento. Él la había visto de manera extraña cada vez que afirmaba que ella estaba conectada con Rachelle.

—¿Saben ellos quién está detrás de esto? —redirigió Monique la discusión, manteniendo la voz en un susurro—. ¿Saben dónde estamos?

—Los franceses están involucrados. O al menos algunos elementos maliciosos del gobierno francés. Esa es la teoría dominante. Svensson no está solo; él es el sujeto detrás del virus, pero hay mucho más en esto que el virus. Se hacen llamar la Nueva Lealtad y están exigiendo enormes entregas de armas nucleares de todos los países a cambio del antiviral.

—¡Nunca aceptarán!

—Ya lo hicieron. China y Rusia. Estados Unidos se está preparando para acceder —comunicó él, luego pestañeó y ella se preguntó cuan cierto era eso—. Otros. Israel podría ser un problema, pero quizás acepten bajo bastante presión. La posibilidad de que toda la población muera en cuestión de semanas supera a cualquier otra lógica. Todo esto es cuestión del antivirus.

—¿Y mi padre? ¿Está la compañía buscando un camino?

—Tu padre está poniendo el grito en el cielo en Bangkok, pero aparte de tratar de descubrir un antivirus, no hay mucho que pueda hacer. Todo el mundo busca una manera... otra razón para retrasar la comunicación al público. Si encuentran una forma de detener el virus, el pánico no tendrá oportunidad de ganar velocidad.

—Tienen opciones, entonces.

—No. No que yo haya oído. No aparte de ti.

—Te refieres a la puerta trasera.

—Supongo que por eso Svensson te agarró en primera instancia. ¿Sobrevivió tu clave a la mutación?

Era obvio que lo habían puesto al corriente.

—Sí. Y creo que yo podría crear un virus con capacidad para anular la variedad Raison. Espero.

—Gracias a Dios —exclamó él cerrando los ojos.

—Por desgracia estoy aquí. Y ahora tú también.

—¿Se lo diste a Svensson? ¿Y qué quieres decir con esperó!

—Espero, como si en realidad no lo hubiera intentado aún. Se lo di hace veinticuatro horas.

—¿Me puedes decir a qué se parece este virus asesino?

Ella sabía lo que él estaba preguntando. Si se separaban, o si él escapaba pero ella no, él podría llevar la información al mundo exterior. Pero el antivirus en la mente de ella era demasiado complejo para que cualquiera sin una formación en genética lo recordara, mucho menos para que lo entendiera.

—No lo creo.

—¿No lo crees porque no sabes cómo o porque es demasiado complicado?

—Necesitaría escribirlo.

—Entonces escríbelo.

—Está escrito.

—¿Dónde?

—En la computadora —reveló ella mirando por sobre el hombro de él a la estación de trabajo—. Preferiría que me sacaras de aquí.

—Créeme, no voy a ir a ninguna parte sin ti. Nunca me dejaría olvidarme de esto.

—¿Quién?

—Rachelle —declaró él.

LA CABEZA de Thomas se despejó lentamente. Las esposas apretaban un poco... no había nada que pudiera hacer al respecto. Tenían que salir con el antivirus, pero por el momento él tampoco podía hacer nada. Lo único acerca de lo que podía hacer algo ahora mismo era con Monique. Él miró dentro de los ojos café de Monique y se preguntó si su esposa se hallaba en alguna parte, ahora, en ese mismo instante. Sinceramente, al mirarla, no estaba seguro de que ella fuera Rachelle.

Él le miró el índice derecho a Monique. Allí estaba la cortada, exactamente igual a la de Rachelle. La volvió a mirar a los ojos. La última vez que había visto a Monique fue en Tailandia la semana pasada. Pero eso fue hacía quince años, antes de casarse con Rachelle. Extraño.

Sin embargo, que Monique comprendiera totalmente la situación podría tener valor crítico y práctico. Si ellos se llegaran a separar y Monique supiera que se podría conectar con Rachelle, podría encontrar una manera de hacer lo que Rachelle había hecho. Podría soñar como Rachelle si tuviera que hacerlo.

Thomas consideró eso mientras la miraba a los ojos.

—¿Quién es Rachelle? —preguntó ella, interrumpiendo la mirada. Ambas mujeres tenían el mismo espíritu impetuoso. La misma nariz fina. Pero, hasta donde él podía ver, allí terminaban las similitudes.

—¿Thomas?

—¿Rachelle?

—Sí, Rachelle —repitió Monique.

—Lo siento. Bueno, tú sabes cómo te he hablado de mis sueños. Cómo supe sobre la variedad Raison por los libros de historias en mis sueños.

—¿Cómo podría olvidarlo?

—Exactamente. Cada vez que me quedo dormido despierto en otra realidad con personas y... y con todo. Estoy casado allí.

—Rachelle es tu esposa —declaró ella. ¡Ella lo sabía!

—¿Recuerdas?

Monique lo miró y él pensó por un momento que ella recordaba.

—¿Recordar qué?

¿Por qué había dicho él eso?

—No sé exactamente cómo funciona, pero Rachelle soñó que eras tú. Ella me dijo dónde encontrarte —manifestó él, e hizo una pausa—. Tú podrías ser Rachelle. Yo... no lo sabemos.

Monique se puso de pie. Thomas no sabría decir si estaba ofendida o solo asombrada.

—¿Y cómo diablos llegaste a esa conclusión?

—Tienes una cortada de papel en tu índice derecho. Lo sé porque Rachelle despertó con una cortada hecha por un papel en su dedo índice derecho. Si tú y Rachelle no son las mismas, al menos Rachelle está participando de tus experiencias.

Monique levantó el dedo y observó la minúscula marca roja. Luego bajó la mano y miró lentamente a Thomas.

—Tu esposa está en peligro.

El pasador de la puerta se abrió de repente. Monique abrió bien los ojos y los movió por sobre el hombro de él.

MIKE OREAR había estado seguro de que Theresa reaccionaba de forma exagerada. Ella había sido la que más sufrió de frente la amenaza del virus y salió tambaleándose. El no dudaba de ninguno de los datos de ella. Era verdad, un hombre llamado Valborg Svensson había liberado un virus que mutó de la vacuna Raison. El virus era indudablemente peligrosísimo y mataría a millones, quizás miles de millones, si no lo detenían. Pero lo detendrían. El mundo no se acababa solo porque algún grupo de anormales pusiera las manos en un frasquito de gérmenes. La vida de Mike no se acabaría solo porque Svensson o quienes lo manipularan quisieran algunas bombas nucleares. Sencillamente, las cosas no funcionaban así.

Eso fue hace tres días. En total estaban a dieciocho del final, días más o días menos, si creían en los modelos de los CDC. Ahora quedaban quince días, y Mike Orear se estaba convirtiendo a la religión de temor de Theresa.

Se hallaba en su oficina y analizaba el despliegue de notas legales frente a él. Todas increpaban lo mismo, y él sabía por qué increpaban, pero también sabía que en alguna parte había una equivocación. Debía haberla. Simplemente tenía que haberla.

Había hablado con Theresa una docena de veces en los últimos tres días, y en cada ocasión él quiso saber si alguien había avanzado algo en un antivirus, esperando que al fin ella respondiera afirmativamente; que dijera que uno de los laboratorios de Hong Kong, de Suiza o de la UCLA había logrado un progreso.

Pero ella no lo hacía. Al contrario, los laboratorios que trabajaban en el problema sabían que sería muy poco probable hallar algún antivirus en menos de dos meses.

La mañana del día anterior los teletipos dieron la noticia de un estallido sumamente infeccioso de una vacuna viral mutada, apodada Variedad Raison, sobre una pequeña isla al sur de Java, y los teletipos estaban que ardían. Los habitantes de la isla apenas eran doscientos mil, pero no había aeropuerto y habían suspendido el servicio de barcas transportadoras. La isla se hallaba aislada y el virus contenido.

No se habían hecho más envíos de la vacuna.

Dada la naturaleza del virus, la Organización Mundial de la Salud, junto con los Centros para el Control de Enfermedades, habían aportado fondos ilimitados y enormes recompensas por un antivirus que salvara a las doscientas mil personas que de otro modo morirían en menos de tres semanas. El gobierno estaba ofreciendo contratos para dejar libres a todos los principales laboratorios del país. La asistencia médica comunitaria se había enfurecido.

Una pista falsa, pensó Mike, sin duda una pista falsa. Aun así, las cadenas reportaban una versión atenuada de la historia. Comprendían la amenaza del pánico y jugaban limpio.

Pero no sabían ni la mitad del asunto, pensó Mike. Ni siquiera una centésima. ¿Cómo podía una amenaza de esta magnitud no filtrarse a la prensa? ¿Cuántos otros agentes de prensa estarían ahora mismo sentados en sus oficinas pensando lo mismo? Quizás a todos les aterraba salir corriendo y declarar al mundo que el cielo se hallaba a punto de caer. La historia era demasiado importante. Demasiado increíble.

Él se puso de pie y fue al espejo de la pared. Abrió la boca y se miró las encías. Estiró las mejillas y miró de arriba abajo. No había ningún indicio de que estuviera infectado con un virus asesino. Pero lo estaba. Le había dado a Theresa una muestra de sangre para asegurarse, la cual resultó positiva. No sabía si lo contagió ella o alguien más ese día, pero, según el reporte de Theresa, él era un muerto andante.

Mike regresó a su escritorio y miró sus notas. Había pasado la mayor parte de los dos últimos días registrando las autopistas electrónicas y haciendo llamadas telefónicas discretas en su intento por unir ese rompecabezas, y ahora que lo tenía ensamblado no estaba seguro de si su esfuerzo había sido una buena idea.

Hecho: El presidente había pasado a la clandestinidad los últimos cuatro días. El mensaje oficial fue que, por cuestiones de salud, debió cancelar tres Cenas para levantar fondos y un viaje de gestión de energía alternativa a Alaska. Dijeron que se debía revisar algunos pólipos en el colon... cosas de rutina. Incluso había ido al hospital en dos ocasiones. Quizás había algo de verdad en la historia de los pólipos.

Hecho: El premier ruso había cancelado un viaje a Ucrania debido a asuntos de presión relacionados con la crisis rusa de energía. Otra buena diplomacia. Pero también se había convocado a toda la flota naval rusa, la que ahora se reunía en varios puertos importantes. ¿Con qué propósito?

Hecho: No menos de ochenta y cuatro columnas de transporte militar se habían descubierto rumbo al oriente solo en los dos últimos días. Los ferrocarriles no eran la excepción. Había gran cantidad de armamento militar rumbo a la Costa Este. Nada que provocara una ola de preocupación a alguien que no viera el panorama completo, pero sin duda algunos de los oficiales encargados sospecharían algo, en especial si vinculaban ese movimiento de armas con la firme reposición de navíos de la armada

en ruta hacia varios puertos marinos orientales.

Hecho: El gobierno francés prácticamente se había ausentado sin permiso. Cancelaron dos sesiones de la Asamblea Nacional y una cantidad de diarios hacía preguntas inquietantes acerca de la súbita partida de su primer ministro, supuestamente en unas vacaciones no programadas. Para hacer el asunto aún más interesante, se habían convocado grandes cantidades de ejércitos franceses a la frontera norte para lo que denominaban ejercicios de emergencia.

Hecho: Los más encumbrados despachos en Inglaterra, Tailandia, Australia, Brasil, Alemania, Japón e India, además de otras seis naciones, habían pasado a un extraño silencio en los últimos tres días.

Estos eran cinco de veintisiete hechos que Mike había recopilado con gran meticulosidad en las últimas cuarenta y ocho horas. Y todos ellos afirmaban que los individuos más poderosos del mundo estaban tan preocupados con algo como Theresa lo estaba con esta variedad Raison. Quizás incluso más.

¿Y por qué había recopilado toda esa información? Porque Mike sabía que no iba a poder mantener cerrada la boca por mucho tiempo. Cuando la abriera y le hiciera saber al mundo lo que estaba sucediendo mientras se ocupaban de sus vidas cotidianas como si todo estuviera muy bien, él tendría que corroborar sus afirmaciones con sus propios datos y no con información que incriminara a Theresa. Se sentía atado a ciertas reglas, aunque el mundo estuviera en cuenta regresiva.

—Esto es una locura —manifestó entre dientes.

Ayer había ido a dejar al genio de las finanzas, Peter Martinson, al aeropuerto para un vuelo a Nueva York.

—Una pregunta hipotética —había sugerido Mike.

—Hazla.

—Digamos que obtuvieras alguna información que te mostrara que mañana se afectarían los mercados. Digamos que supieras que los mercados se irían a derrumbar, por ejemplo. ¿Tienes alguna obligación de reportar esa información?

—Depende de la fuente —contestó Peter sonriendo—. ¿Abuso de información privilegiada? Prohibición de hacerla pública.

—Muy bien, digamos entonces que te enteraras que un cometa iba a reducir la tierra a cenizas, pero has jurado confidencialidad al presidente de Estados Unidos porque él no quiere que cunda el pánico.

—Entonces sales envuelto en gloria, revelándolo con lujo de detalles al mundo simplemente antes de morir con los demás.

Mike había soltado una gran carcajada y cambiado de tema. Peter lo presionó una vez más, pero luego se desentendió del asunto. Mike se fue prometiendo regresar con la noticia final sobre si el mercado se iba a derrumbar la próxima semana o algo así.

Alguien tocó a la puerta.

—Adelante —informó él, guardando los papeles. Nancy Rodríguez, compañera suya en Qué Importa, programa que hacían juntos al final de la tarde, asomó la cabeza.

—¿Vas a ir a la reunión?

Había olvidado que el director de noticias convocó la reunión para revisar una nueva agenda nocturna.

—Adelante. Allí estaré. Ella cerró la puerta.

Mike metió los documentos en el cajón a su mano derecha. Sea como sea, ¿por qué asistir a una reunión sobre una nueva agenda? ¿Por qué no volver a North Dakotay visitar a sus padres y amigos? ¿Por qué no ir a saltar banyu en el parque Six Flags, a comprar un Jaguar o a embutirse de langostas? O mejor aún, ¿por qué no ir a la iglesia y confesarse con el cura? El pensamiento lo detuvo.

Una leve ola de calor se le extendió por la cabeza y le recorrió la espalda.

Esto estaba ocurriendo de veras, ¿no era así? No solo era una historia. Se trataba de su vida. De la vida de todos. ¿Cómo podía quedarse callado?

LA PUERTA se abrió.

—Trataré de conseguirte el documento —susurró Monique. Ella se refería al antivirus. Thomas se volvió. Carlos entró al salón, seguido por un hombre a quien Thomas aún no había conocido. Era alto y caminaba lentamente con un bastón blanco, como apoyo de la pierna derecha. Tenía el cabello peinado hacia atrás con brillantina. Svensson. Había visto fotos en Bangkok.

El suizo parecía reprimir una tentación de regodearse. Carlos, por otra parte, se veía más desdichado.

El chipriota llevó la silla del escritorio hasta el centro del salón, se acercó a Thomas, le agarró las esposas y lo jaló hacia arriba. Thomas se paró y retrocedió tambaleando antes de que las articulaciones de los hombros resultaran lastimadas más de lo normal.

—Siéntese —ordenó Carlos, señalando la silla con cuatro dedos. Sus uñas eran largas pero nítidamente arregladas. Olía a jabón europeo.

Thomas se dirigió a la silla y se sentó. Carlos arreó a Monique hasta el fregadero, donde la esposó al porta toallas. ¿Por qué?

—Así que este es el hombre que nos ha dado todo un mundo de problemas —declaró el suizo moviéndose lentamente alrededor de Thomas—. Debo decir, joven, que te ves más joven que en tus fotos.

Thomas miró a Monique. Podía encargarse del viejo... incluso con esposas

difícilmente sería un desafío. Pero Carlos era otro asunto. Este se puso detrás de él y le hizo inútil el pensamiento al asegurar los tobillos de Thomas a las patas de la silla con cinta de contacto.

—Entiendo que posees algunas habilidades que te hacen muy valioso — continuó Svensson—. Nos hallaste; Armand lo considera algo fascinante. Te quiere en Francia. Pero primero tengo algunas preguntas más que hacerte y temo que tendré que insistir en que las contestes.

—Ustedes nos necesitan vivos a los dos hasta el final —contestó Thomas.

El científico rió.

—¿De veras?

—Solo un estúpido eliminaría a las dos personas que hicieron posible todo esto con información que solo ellas tenían.

—Quizás —contestó Svensson dejando de andar en círculos—. Pero ahora tengo esa información. En algún momento la utilidad de ustedes se vuelve asunto de historia.

—Tal vez. Pero, ¿cuándo? —inquirió Thomas—. ¿Cuándo el virus vuelva a mutar? ¿Qué clase de antivirus se necesitará entonces? Solo nosotros sabemos las respuestas, y aun así todavía no las conocemos todas. Armand tiene razón.

Él no sabía quién era Armand, pero supuso que era el individuo para quien trabajaba Svensson.

—No habrá más mutaciones —objetó Svensson calmadamente—. Pero estoy feliz de anunciar la fórmula del primer antivirus.

Sacó de su chaqueta una pequeña jeringa llena con un fluido claro. Ahora el júbilo se le extendió a la boca.

—Y pensé que sería apropiado para ustedes dos ver el fruto de su labor.

Con dos dedos se golpeteó en el ángulo interno del brazo izquierdo, con los dientes quitó la protección plástica de la aguja y luego apretó el puño. Encontró una vena en el brazo y se clavó allí la aguja. Dos segundos después el líquido se hallaba en su corriente sanguínea. Retiró la jeringa y la metió en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Ven? Ahora soy la única persona viva que no morirá. Eso cambiará dentro de poco, por supuesto, pero no antes de que extraiga mi precio. Gracias a ustedes dos por su servicio.

Esperó como creyendo recibir una respuesta.

—Carlos.

MONIQUE VIO la larga aguja de acero inoxidable antes que Thomas y creyó que

se le revolvía el fondo del estómago. Carlos se acercó a Thomas y le mantuvo la punta encima del hombro.

—Penetrar la carne no es tan doloroso —informó Svensson—. Pero lo será cuando él intente hacer que la aguja te atravesase los huesos.

—¿Qué están pensando hacer? —gritó Monique.

Los tres voltearon a mirar hacia donde ella estaba parada frente el fregadero.

Svensson fue quien contestó.

—Tenemos pensamientos más nobles que tú, estoy seguro. Por favor, trata de controlarte.

Ellos no habían empezado con él y, sin embargo, los ojos de ella ya estaban llenos de lágrimas. La joven apretó los dientes y trató de calmar el temblor en las manos.

—Está bien, Monique —declaró Thomas—. No temas. He visto cómo termina esto.

Ella dudó que él lo hubiera visto. Él solo intentaba confundirlos y calmarle a ella la mente.

—Entonces empezamos con este conocimiento tuyo —advirtió Svensson—. ¿Cómo nos hallaste?

—Hablé con un enorme murciélago blanco en mis sueños. Él me dijo que ustedes estaban en una montaña llamada Cíclope.

Svensson lo contempló con el ceño fruncido. Miró a Carlos.

El chipriota clavó la aguja como un centímetro en el hombro de Thomas.

—Hay libros en mis sueños llamados libros de historias —continuó Thomas cerrando los ojos—. Tienen escrito todo lo que ha sucedido aquí. Así es como me enteré del virus.

—¿Libros de historia? Estoy seguro de que los hay. Dime entonces qué pasará a continuación.

Thomas titubeó. Abrió los ojos y miró directamente a Monique. A ella le costaba estar parada viéndolo con esa aguja que le sobresalía del brazo.

—Más de medio mundo muere por la variedad Raison —informó Thomas—. Ustedes consiguen sus armamentos. Empieza la época de la gran tribulación.

Él mantuvo los ojos fijos en los de ella. Se estaban hablando uno al otro en esta extraña manera, pensó ella. No le miraría el brazo. Únicamente lo miraría a los ojos para darle fortaleza.

—Sí, desde luego, pero me estaba refiriendo a los próximos días, no semanas. No se necesita ninguna clarividencia para suponer cómo terminara esto. Quiero saber cómo conseguiremos eso. O más al punto, lo que los estadounidenses harán en los próximos días.

—No lo sé —contestó él, pensando en lo que le estaban pidiendo.

—Creo que lo sabes. Sabemos que te reuniste con el presidente. Dime cuáles son

sus planes.

Monique sintió que se le tensaba el pecho. Esto no se trataba de los sueños. Estos tipos no se detendrían hasta saber lo que había pasado entre Thomas y Robert Blair.

—Ellos no me dijeron qué planes tenían.

Svensson volvió a mirar a Carlos.

—¿Quiere usted que invente algo? —inquirió Thomas—. Ya le dije, no sé qué hará Estados Unidos.

—Yo no te creo.

Carlos empujó y la aguja se deslizó fácilmente antes de detenerse abruptamente en el hueso. Thomas cerró los ojos, pero no logró ocultar el temblor que se apoderó de sus mejillas.

Carlos presionó la aguja.

Thomas gimió. De repente el cuerpo se relajó y se desplomó. ¡Se había desmayado! Gracias a Dios, se había desmayado. Carlos gruñó y sacó la aguja.

—Solo estuvimos un poco agresivos, ¿verdad? —manifestó Svensson, mirando al hombre.

—Yo habría esperado más de él —respondió Carlos.

—Todavía tiene droga en su sistema.

Svensson fue a la computadora, arrancó el cordón de la pared. Recogió las notas de Monique y los lápices que ella había usado antes. Satisfecho de haber confiscado las herramientas básicas de ella, se dirigió a la puerta.

—Tendremos mucho tiempo más tarde. Los quiero listos para mudarnos al anochecer.

16

UN FUERTE estrépito despertó bruscamente del sueño a Thomas, que gritó y rodó de la cama antes de saber exactamente dónde se hallaba. El suelo lo recibió con dureza, sofocándole el grito de los pulmones.

—¡Thomas!

Se hallaba en su casa. Rachelle había empujado la puerta basculante.

—¿Qué pasa? —preguntó ella agachándose a su lado y ayudándole a levantarse—. ¿Estás bien?

—Lo siento, solo que...

—¿Qué es esto? —inquirió Rachelle tocándole el hombro, de donde salía un hilo de sangre—. ¿Qué está sucediendo?

—Nada. Solo es un rasguño. Nada.

Él se limpió la sangre, en la mente le brillaban imágenes de lo ocurrido. Carlos le había hundido una aguja en el brazo. El dolor había sido insoportable. Pero él debía pensarlo muy bien antes de contárselo a Rachelle.

Se sacudió el sueño de la cabeza y se volvió a apoderar del sentido de esta realidad.

Anoche regresaron del desierto y uno de sus hombres había hecho saber los detalles de cómo Justin les salvó allá el pellejo. La noticia se extendió como fuego por el poblado.

Estaban a solo un día de la Concurrencia y la población había ascendido casi a cien mil, incluyendo el gran grupo del Bosque Sur. El ambiente era de total celebración.

Thomas había dormido hasta tarde.

—¿Qué hora es?

—No estoy segura de creerte. ¿Qué sucedió?

—Te lo diré. Pero entraste aquí con tremenda prisa. ¿Qué pasa?

Ella pareció recordar por qué había entrado tan apresurada.

—Te están convocando. En el Valle de Tuhán. Debemos apurarnos.

—¿Quién me está llamando?

—El Consejo. El pueblo. Viene Justin. Se ha corrido la voz toda la mañana; viene por el Valle de Tuhán. La mitad del poblado ya está reunida allí para recibirlo.

—¿Para recibirlo? ¿De quién es esta idea? ¡El valle no es para magos ni políticos!

—Sí, lo sé, el valle es para guerreros poderosos —objetó ella poniéndole un dedo en los labios—. Y cualquier hombre que salva la vida de mi esposo debe ser un guerrero poderoso.

—¿Fue tu idea entonces?

—No. Más bien fue algo espontáneo, creo. Vístete, vístete. Debemos irnos.

—¿Por qué me quiere allá el pueblo?

—Alguien sugirió que tal vez quieras agradecerle. Thomas estaba agachado, atándose las botas, y casi se cae al oír la insinuación.

—¿Agradecerle? ¿Quién es él, nuestro nuevo rey?

—Podrías creer eso al oír a la gente del Bosque Sur. ¿Estás celoso? Él es inofensivo.

—¿Inofensivo? ¡Él es el hombre con quien pelearé en el duelo de mañana!

—Aunque haya pelea, tienes la opción del destierro.

—El Consejo querrá su muerte. Este es el precio por despreciar el amor de Elyon. Si es hallado culpable, querrán que muera.

—¡Y el exilio es la muerte! Una muerte en vida.

—El Consejo...

—¡El Consejo está muerto de celos! —interrumpió Rachelle—. Deja de hablar así. De ningún modo habrá pelea. ¡La gente lo ama!

—No puedo ir al Valle de Tuhán y homenajearlo. Se vería ridículo.

—¿Ante quién? ¿Tus guardianes? Ellos están tan celosos como el Consejo. Se vería muy mal que no mostraras el respeto adecuado hacia un hombre que te salvó la vida.

—¿Pero en el Valle de Tuhán? Eso no es para cada soldado que le salva la vida al comandante. Hemos utilizado el valle solo algunas veces.

—Bueno, se está usando hoy, y tú irás.

Él terminó de vestirse y se ató el libro de historia a la cintura con una banda ancha de lona. Al regresar con su esposo, Rachelle había examinado el libro y lo declaró inútil. Sí, Thomas lo sabía, pero no se separaría de él. Aún podría jugar un papel en su misión.

Salieron de la casa. Por todas partes había manifestaciones de la Concurrencia. Las calles estaban cubiertas de blancas flores de tuhan que él prefería llamar lirios; de cada puerta colgaban guirnaldas con ramas de espliego. La gente estaba vestida para la celebración: túnicas claras y engalanadas con flores en el cabello, brazaletes de

bronce, vinchas y diademas de estaño para la cabeza. Todas las personas que pasaban reconocían a Thomas con una palabra amable o una señal de respeto con la cabeza. Cada uno de los aldeanos había sido salvado muchas veces por los guardianes del bosque.

Él devolvía cada palabra amable con otra. Aunque el poblado estaba lleno de gente, no se hallaba tan abarrotado como habría esperado del día anterior a la Concurrencia anual. Las personas se habían ido al valle. El Consejo estaría furioso.

Ambos salieron por el portón principal y recorrieron un sendero muy transitado que llevaba directamente al Valle de Tuhan, aproximadamente a kilómetro y medio de las afueras.

Rachelle regresó a mirar para asegurarse de que estaban solos.

—Bueno, dime ahora. ¿Qué sucedió?

El sueño.

—Hallamos a Monique.

Los ojos de ella se abrieron desmesuradamente.

—¡Yo lo sabía! —exclamó y brincó de entusiasmo como una niña—. Todo es verdad. Te dije que me creyeras, Thomas. Que yo estaba en ese salón blanco.

Ella le puso los brazos alrededor del cuello y lo besó en los labios, casi sacándolo del sendero.

—Te creí —objetó él—. Según recuerdo, eras tú quien no me creías alguna vez.

—Pero eso fue antes. ¿Así que me rescataste?

—No.

—¿No?

—Estoy trabajando en eso.

—Dímelo todo.

Él le contó. Todo menos la tortura.

—Así que no solo no rescataste a Monique, sino que ahora los dos estamos prisioneros —opinó Rachelle cuando él hubo acabado. Luego se detuvo con los ojos abiertos de par en par—. Esta es una noticia terrible. ¡Estamos en peligro mortal!

—Siempre hemos estado en peligro.

—No como ahora.

—El virus representa un peligro aun mayor que este. Al menos, ahora sabemos que el antivirus existe y estoy cerca de las personas que lo tienen. Quizás logre encontrar una salida.

—Los dos estamos en el calabozo, ¡por amor de Dios! Los dos vamos a resultar muertos.

Él la agarró de la mano y siguieron caminando juntos.

—Eso no va a suceder —opinó él mirando hacia la selva; el sonido de la lejana celebración susurraba en el viento.

Thomas suspiró.

—Todas las personas se están preparando para una celebración y nosotros estamos hablando de ser torturados en un calabozo...

—¿Torturados? ¿Qué significa torturados?

—Todo el asunto. Eso es tortura. Svensson nos está torturando con ese encarcelamiento.

Ella pareció satisfecha con la rápida salida de él.

—Si tú y yo vivimos en ambos mundos, ¿no es posible que todos también vivamos en ellos? —preguntó Rachelle.

—He pensado en ello. Pero tal vez solo estemos participando de los sueños y las realidades de otras personas en el otro mundo.

—De cualquier modo, ¿quién es Qurong allá? ¿Y quién es Svensson aquí? Si pudiéramos hallar a Svensson aquí y matarlo, ¿no moriría allá?

—Necesitamos vivo a Svensson. Él tiene el antivirus. Estos son asuntos delicados, Rachelle. Simplemente no podemos empezar a matar gente — cuestionó él contradiciendo su teoría en otro frente—. Además, si todo el mundo allá también viviera acá, tendríamos una población mucho mayor.

—Quizás entonces solo seamos parte de ellos. Podría haber otras realidades.

—Aun así, ¿por qué sencillamente no caen muertas personas aquí cuando mueren allá por un accidente o algo así?

—Tal vez no estén verdaderamente conectadas a menos que lo sepan. Nosotros lo sabemos debido a los sueños, pero otras personas no. Quizás sin comprensión no se pueda abrir una brecha en las realidades.

—¿Cómo entonces abrí una brecha en estas realidades?

—Solo es una teoría —contestó ella encogiendo los hombros.

Pensamientos interesantes. Y a ella le venían al vuelo.

—Ves el poder de los pensamientos de una mujer —dijo ella sonriendo.

—Creo que yo soy la única puerta entre estas realidades. Lo único que se transfiere es sangre, conocimiento y destrezas, y soy la única puerta.

—Pero yo fui allá.

A Thomas le llegó el motivo de manera súbita y clara.

—Fuiste cortada conmigo. Y sangrabas. Los dos sangrábamos.

—Y todo esto podrían ser tonterías —opinó ella.

—Podría ser.

EL VALLE de Tuhan nunca había visto tanta gente reunida, ni siquiera tras la

Campaña de Invierno, cuando las selvas más cercanas se habían juntado para honrar a Thomas. Oyeron primero a la multitud a cien metros del valle, un suave murmullo de voces que aumentaba con cada paso. Cuando Thomas y Rachelle dieron finalmente la última curva en la selva y enfrentaron el gran valle verde de pasto, el murmullo se volvió un firme rugido.

Thomas se detuvo sin saber qué decir. El valle parecía un enorme tazón rectangular que se inclinaba levemente hacia una base plana. A lo largo de las orillas de un pequeño riachuelo que atravesaba el valle crecían flores blancas como lirios, llamadas tuhanes; de ahí su nombre: Valle de Tuhan. Una amplia senda se había formado al lado del riachuelo.

Pero fue la multitud lo que hizo detener a Thomas. Las personas no vitoreaban; esperaban en las laderas a cada lado, hablando con emoción, treinta mil al menos, vestidas con túnicas blancas y flores en el cabello. ¡Demasiadas! Él sabía que la popularidad de Justin nunca había sido tan grande como ahora. Su victoria en el Bosque Sur y el incidente de la víspera en el desierto lo habían lanzado precipitadamente a la posición de héroe de la noche a la mañana. El redoble siempre había estado presente, por supuesto, pero ahora las volubles muchedumbres habían agarrado sus tambores y se habían unido al desfile, listas para marchar en masa.

—¡Thomas! ¡Es Thomas de Hunter! —gritó alguien.

Thomas inclinó la cabeza hacia el hombre que había hablado, Peter del Sur, uno de los ancianos del Bosque Sur. Peter se acercó corriendo. La noticia de que Thomas había llegado se extendió por el valle; miles de cabezas se volvieron; surgió una aclamación.

Thomas de Hunter.

Él sonrió y levantó la mano hacia las personas mientras buscaba alguna señal de Ciphus o del Consejo.

—Deberías estar al frente, Thomas —sugirió Peter—. Rápido, él pronto estará aquí.

—Puedo ver bastante bien...

—No, no, tenemos un lugar reservado —lo interrumpió Peter agarrando a Thomas por el brazo y tirando de él—. Ven. Rachelle, ven.

Se había iniciado un canturreo pronunciando su nombre, como era la costumbre.

—Hunter, Hunter, Hunter, Hunter —repetían a voz en cuello treinta mil voces.

Con los ojos puestos en él y gritando su nombre, lo menos que Thomas podía hacer era seguir a Peter del Sur colina abajo, donde la multitud se había separado para dejarlo pasar, hacia el fondo del valle, lugar en que solo un momento antes los niños habían estado brincando y danzando. Ahora estaban quietos y miraban asombrados al gran guerrero cuyo nombre se realzaba.

Peter lo llevó a la primera fila.

—Gracias, Peter.

El anciano se fue.

Samuel y Marie, el hijo y la hija de Thomas, se esforzaban por llegar hasta él desde la izquierda, rebosantes de orgullo, pero tratando de no ser demasiado evidentes al respecto. Él les guiñó un ojo y sonrió.

Los gritos no cesaban. Hunter, Hunter, Hunter, Hunter. Él levantó la mano y volvió a agradecer a la muchedumbre que esperaba con naturalidad en las laderas blanqueadas. La franja que bajaba setenta metros y que atravesaba el valle por el medio era la ruta del desfile, y ni un alma se atrevía a perturbar el césped. Esta era la costumbre. El sendero por el que Justin cabalgaría dividía el valle en dos, solo a treinta metros de donde se hallaba la gente.

Una niña, quizás de nueve o diez años de edad, con un pequeño lirio blanco en el cabello, lo miraba con enormes ojos café, a tres metros de distancia. Ella se había olvidado de gritar en su impresión por estar tan cerca de esta leyenda, pensó Thomas, que le sonrió y le hizo una reverencia con la cabeza.

En la boca de la pequeña se dibujó una amplia sonrisa. Él vio que no tenía uno de sus dientes. Quizás ella no contaba con más de nueve años.

—Es adorable —comentó Rachele al lado de él, quien había estado observando la mirada de la niña.

La multitud aún gritaba el nombre del famoso guerrero.

Nadie dio la señal. Ninguna luz brillante apareció en el cielo para indicar algún cambio. Y sin embargo todo cambió entre dos gritos. Fue Hunter, Hunt... y luego silencio.

El rotundo y profundo silencio le pareció a Thomas más fuerte que el estruendo que lo precedió.

Miró a través del valle y vio que todas las cabezas habían girado a la izquierda. Allí, donde los árboles terminaban y empezaba el césped, se hallaba un caballo blanco. Y sobre el caballo estaba un hombre vestido con una túnica blanca sin mangas.

Justin del Sur había llegado.

Dos guerreros en traje tradicional de batalla montaban detrás de él, uno al lado del otro. Justin y sus alegres hombres, pensó Thomas.

Por un prolongado instante que pareció extenderse más allá de sí mismo, Justin permaneció sentado perfectamente quieto. Llevaba una corona de flores blancas en la cabeza. Tenía bandas de bronce rodeándole los bíceps y los antebrazos, y sus botas estaban atadas hasta arriba, al estilo de batalla. Tenía un cuchillo pegado a la pantorrilla y una espada de empuñadura negra colgaba en una vaina roja detrás de él. Se hallaba en la silla con la confianza de un guerrero endurecido por las luchas, pero parecía más un príncipe que un soldado.

Sus ojos examinaron a la multitud, se posaron por un momento en Thomas y luego se movieron hacia adelante. Aún sin un sonido.

Su caballo pisoteó una vez el suelo y entró al valle.

Un rugido sacudió la tierra, una erupción de energía salvaje taponada en las gargantas de treinta mil personas. Los puños se elevaron al aire y las bocas se ensancharon con pasión. El trueno de las voces del gentío pareció alimentarse a sí mismo y, cuando Thomas estaba seguro de que alcanzaba su punto álgido, el rugido aumentó.

Había cinco kilómetros desde el poblado, pero no hubo sombra de duda en la mente de Thomas de que en ese mismo instante los postigos de todas las casas vibraron. ¿Cuántos de esos individuos gritaban porque los demás lo hacían? ¿Cuántos estaban deseando celebrar, fuera cual fuera el objeto de esa celebración? Aparentemente la mayoría.

Miró a Rachelle, que sonreía sinceramente y gritaba, contagiada por el momento. Él sonrió. ¿Por qué no? Todo guerrero merecía honra y Justin del Sur, aunque quizás también merecedor de otras consideraciones, sin duda se había ganado algún honor. Que el Consejo sudara de preocupación. Hoy era el día de Justin.

Thomas levantó el puño en reconocimiento.

Poco a poco, con pasos deliberadamente marcados, Justin hizo que su caballo entrara cabalgando al valle. Miraba directo al frente sin reconocer a la multitud. Sus hombres marchaban detrás a treinta pasos.

Ahora comenzó el griterío. El estruendo formó una palabra que rugía de las gargantas de cada hombre, mujer y niño en el valle, quizás más allá...

Justin! Justin! Justin! Justin!

...hasta que se oyeron como apabullantes detonaciones que explotaban con cada rugido del nombre del guerrero. Justin! Justin! Justin! Justin!

Thomas nunca había visto antes tal despliegue de adoración por un hombre. El hecho de que Justin aceptara la alabanza sin más que una modesta sonrisa solo parecía justificar la adoración que le prodigaban. Era como si supiera que él no merecía menos y estuviera dispuesto a aceptarlo.

El aire retumbaba con los gritos de la gente. Las hojas de los árboles a lo largo del riachuelo vibraban. Thomas sintió que el sonido le llegaba al estómago y le estremecía el corazón.

Justin! Justin! Justin! Justin!

Justin cabalgó hasta la mitad del valle y detuvo el caballo. Luego se paró en los estribos, alzó los puños al cielo, levantó la cabeza y comenzó a gritar algo.

Al principio las personas no lograban oír sus palabras debido al rugido, Pero tan pronto como se imaginaron que el guerrero estaba diciendo algo, comenzaron a callarse. Ahora el grito de Justin se elevaba por sobre el barullo. Gritaba un nombre.

Voceaba un nombre al cielo.

El nombre de Elyon.

Un frío envolvió a Thomas. Justin estaba clamando la autoridad del Creador. Y esto, sabiendo muy bien que se había lanzado un careo contra él. El Consejo estaría furioso. Si Justin no era inocente, entonces era tan taimado y manipulador como ellos.

Justin gritaba el nombre de su Hacedor, con los ojos cerrados, el rostro contraído, como quien se hallaba desgarrado entre gratitud y terrible temor. El valle se acalló con incertidumbre.

Con un postrero grito que agotó cada onza de su aliento, Justin gritó el nombre. ¡Ellllyyyonnnnnnl Luego se acomodó en su silla y lentamente enfrentó a Thomas.

—Te saludo, Thomas de Hunter —gritó.

Thomas inclinó la cabeza. Pero no podía ir tan lejos como para homenajear al hombre en retribución, no con el duelo a las puertas.

Justin inclinó la cabeza en respuesta. Miró a las personas, primero al costado lejano, haciendo girar su caballo para tener una vista completa, luego al lado de Thomas. Su corcel pisoteaba debajo de él. Parecía estar buscando a alguien.

Los niños, pensó Thomas. Él buscaba a los niños.

Justin hizo girar el caballo y miró otra vez hacia la parte lejana. Luego de nuevo hacia el lado de Thomas, con sus ojos verdes buscando, escudriñando.

Como a quince metros de donde se hallaba Thomas salió de la multitud una niña, anduvo algunos pasos en el pasto y se detuvo. El cabello rubio le pasaba de los hombros. Tenía los brazos caídos a los lados. Una de sus manos estaba seca como en un muñón. Temblaba de pies a cabeza y le corrían lágrimas por las mejillas.

El primer pensamiento de Thomas fue que la madre de esa pobre niña debía llamarla para que regresara inmediatamente. La tradición del valle era muy clara: Nadie se aproximaría nunca a un guerrero honrado mientras marchaba. Ese era un momento de orden y respeto, no de caos.

Pero luego vio que Justin miraba directo a la niña. Seguramente no la habría estado buscando.

Un niño de cabello poblado salió y se detuvo exactamente detrás de la pequeña.

Para asombro de Thomas, vio lágrimas en las mejillas de Justin, que hizo caso omiso de la multitud e intercambió una larga mirada con la niña.

—La conoce —susurró Rachele.

De repente, Justin se apeó del caballo y se dirigió a la pequeña. Luego se inclinó y extendió completamente los brazos.

Ella corrió hacia él, ahora llorando de manera audible. Su blanca túnica se agitaba alrededor de sus pequeñas piernas y las flores de su cabello cayeron a tierra mientras corría.

La niña chocó con Justin en medio del campo. Los brazos de él la estrecharon y apretaron fuerte. A Thomas se le hizo un nudo en la garganta.

La pequeña le mostró las manos a Justin y él se las besó. El guerrero se puso de pie y la llevó a diez pasos de los caballos, donde todo el valle podría ver con claridad. Le susurró algo al oído de ella y luego siguió caminando mientras la niña permanecía quieta. ¿Qué estaba haciendo él?

Justin recorrió las multitudes con una fija mirada.

—Les diré en este día que los más grandes guerreros entre ustedes son los niños —gritó fuertemente para que todos oyeran—. Con algunos como estos es como ustedes librarán una clase diferente de guerra.

Miró a la pequeñuela, que ahora sonreía de oreja a oreja. Un centelleo resplandeció en los ojos de Justin. Este estiró la mano hacia ella.

—¡Les presento a mi princesa, Lucy!

Era imposible saber si ese espectáculo era un engaño o algo completamente sincero. De cualquier modo, resultaba ser una brillante representación.

Justin se agarró la corona blanca de la cabeza, la colocó tiernamente en la cabecita de Lucy y retrocedió. Se dejó caer sobre una rodilla, se puso una mano en el pecho y levantó la otra a la multitud.

Un grito surgió de forma espontánea.

Thomas pensó que el rostro de la niña se podría partir en dos si sonreía más animadamente. Al lado de él, Rachelle se frotaba los ojos. Justin señaló emocionado al niño, que ahora corría hacia él.

—¡Y a mí príncipe, Billy!

Lo levantó y lo hizo girar alrededor. Luego guió a los dos niños otra vez hacia el caballo, se subió a la silla y los levantó a ambos, a Lucy detrás y a Billy al frente. Le dio las riendas al niño y espoleó al corcel.

El estruendo comenzó de nuevo, ahora con gritos mezclados de Lucy y Billy. Justin tomó tiempo ahora para reconocer a la multitud. Al verlo cabalgar con tanta confianza y ser tan adorado, se podría pensar que ese guerrero había sido un rey de las antiguas historias en vez de un vagabundo de la selva que había abandonado a los guardianes y que ahora hablaba de traición.

Cuando Justin llegó finalmente al extremo del valle bajó a los dos niños y desapareció entre los árboles.

—¿CREES AHORA que habrá pelea en el careo de mañana? —preguntó Rachelle; el barullo se había extinguido y el valle se vaciaba.

—O Justin es un hombre que merece estas alabanzas o es un sujeto que merece morir —contestó Thomas—, en cuyo caso es mucho más peligroso de lo que nunca pude haber imaginado.

—¿Y quién crees que es?

Thomas observó los árboles que se habían tragado al guerrero. ¿Era el de Justin el rostro del engaño o el de la gracia? Al final apenas importaba, porque de cualquier modo definitivamente era el rostro de la traición. Cualquier hombre que negociara un arreglo de paz con los hijos de los shataikis no podía ser alguien que siguiera a Elyon.

—Thomas, me estás haciendo caso omiso otra vez.

—Creo que es un tipo muy peligroso. Pero dejemos que el pueblo decida mañana.

—Eso es porque aún no has oído a los demás. No todos estuvieron aquí.

17

EL PRESIDENTE Robert Blair no había dormido en veinticuatro horas. El ambiente estaba cargado de pánico. Ninguno estaba feliz. Todos se habían salido ahora de la alianza, hasta el último de ellos. Llevaban títulos como Presidente de Estados Unidos, Ministro de Defensa y Director de la CÍA, pero en su interior solo eran hombres y mujeres en tierra firme, frente a un enorme maremoto que les impedía ver el horizonte. No había escape; no había cómo luchar; solo podían prepararse.

No era cierto. Estaba Dios. La situación se les había salido de las manos y estaba en las de Dios... un pensamiento aterrador, considerando la total falta de entendimiento que Blair tenía en tales asuntos. Y estaba Thomas Hunter.

El líder de la mayoría en el senado Dwight Olsen dio un manotazo en la mesa, iracundo el rostro redondeado.

—¡Envíelos! —gritó, mirando al presidente—. Diantres, se nos acaba el tiempo. Deles lo que piden. Tenemos la tecnología, podemos reconstruir, podemos volver a empezar; sin embargo, necesitamos algún espacio para respirar. Si usted cree que el pueblo estadounidense aprobaría este juego de póker...

Se detuvo bruscamente. No está pensando con claridad pensó el presidente. No obstante, ninguno de ellos lo hacía.

—Estoy pensando en enviar los misiles, Dwight. Totalmente armados y en un curso de confrontación con París. Israel podría adelantársenos.

Él ya había autorizado los envíos, pero al considerar la arrogancia de Dwight retuvo la información por el momento.

—Entonces usted y Benjamín desafiarían lo que los rusos, los chinos y hasta Inglaterra están haciendo. Quizás ellos tengan más sentido...

—¡Cállese!

Calma, Robert.

—Solo calle y escúcheme. Usted no está considerando esto con mucha claridad. Los rusos están conviniendo con París porque están alineados con París. Igual los

chinos... tenemos que suponer eso basándonos en el servicio de inteligencia que les acabo de presentar. Arthur, por otra parte, ha convencido a nuestra contraparte británica de convenir con París, sobre mi palabra de que finalmente no lo haremos. Enviaremos nuestros misiles como señal de buena fe, pero moriré antes de entregarles una pistola a esos maníacos, que a su vez nos apuntarían y nos dispararían por la espalda.

—Nos han prometido...

—¡Ellos no tienen intención de cumplir sus promesas!

—Usted no puede saber eso —objetó Olsen.

—Son terroristas, ¡por amor de Dios!

—Si usted o Israel hacen algo estúpido, como intentar un ataque preventivo, nos estarán enviando a todos a nuestras tumbas basándose en una suposición que probablemente sea más equivocada que correcta.

El presidente miró a Graham Meyers. Su ministro de defensa escuchaba pacientemente como los demás. Ahora Meyers salía en defensa de él.

—Israel no intentará eso. Nuestro servicio de inteligencia...

—Acabe con las tonterías de inteligencia —interrumpió Olsen—. ¿Quién? ¿Qué servicio de inteligencia?

Meyers miró al presidente y Blair inclinó la cabeza. Adelante, Grant, descubra el pastel. Hemos dejado de jugar al gato y al ratón con este idiota.

—La mismísima inteligencia que localizó a Valborg Svensson —reveló él.

—Svensson —exclamó Olsen parpadeando dubitativo—. Ustedes lo encontraron.

—Sí, Dwight. Lo encontramos —confirmó el presidente—. Ellos derribaron un C17 que hacía un vuelo bajo de reconocimiento al campamento de él como hace ocho horas.

—¿Dónde?

—En Indonesia. Además, hace dos horas recibimos un comunicado de los franceses. Afirman tener evidencia incuestionable de que Svensson tiene un antivirus en su posesión. Es obvio que se preguntaron si estábamos seguros en ese punto.

El cuello de Olsen estaba empapado de sudor.

—¿Y qué se está haciendo?

—El piloto reportó la ubicación de ellos antes de que derribaran la nave. No sabemos quién sobrevivió. Tres transmisores de radio se activaron al desplegarse sus paracaídas, pero no hemos sabido nada desde entonces; por tanto, suponemos lo peor. Un escuadrón de aviones indetectables de combate y tres C17 partieron hace siete horas de la base Hickam en Hawái. Y hace una hora bajamos a cuarenta miembros de élite de nuestra armada en el lugar desde el cual nuestra gente cree que dispararon la ojiva que derribó nuestro avión. Esta es la clase de inteligencia de la que estamos hablando.

—Así que hay una posibilidad de que podamos encontrar a Svensson con el antivirus.

—Una posibilidad, sí.

—¿Y cómo encontró su gente a Svensson con tanta facilidad?

Blair titubeó y luego decidió terminar lo que había empezado.

—Thomas Hunter —informó—. Estoy seguro de que recuerdan a Thomas. El síquico, como creo que usted lo llamó. El comunicado de Francia también afirmó que la Nueva Lealtad tenía a Thomas Hunter en custodia y que cualquier otro intento de acción militar les costaría la vida tanto de él como de Monique.

La revelación agarró totalmente desprevenido al líder de la mayoría en el Senado.

—Bien, así que usted tiene un síquico en sus círculos de inteligencia. Y supongo que ese tipo le ha dicho que Estados Unidos no recibirá a tiempo el antivirus. Y ahora usted basará toda su estrategia en esa revelación. ¿Ha pensado en la base lógica de que si ellos administran el antivirus a Francia, Estados Unidos está a solo siete horas de vuelo? No importa a quién entreguen el antivirus; nuestros científicos pueden copiarlo de cualquier portador.

Ellos ya habían analizado el escenario y había maneras de que Svensson aún pudiera impedir que Estados Unidos adquiriera y duplicara algún antivirus a tiempo. Pero Thomas había insistido en que Estados Unidos no recibiría el antivirus. A la luz de esos sucesos recientes, Blair era propenso a creerle.

—Quizás. Lo tomaré en consideración. Nuestra esperanza es que evitemos llegar a ese punto.

—Dios sabe que espero que lo podamos lograr. Pero, si usted es implacable con los franceses en esto, haré que toda esta nación lo haga pedazos.

—Tendré también eso en consideración. Si nuestra misión actual falla, los armamentos se enviarán según lo programado. No haré nada precipitado; usted tiene mi palabra. Solo como un último recurso. Pero no esperen que me deje arrollar todavía. Denme al menos eso, por Dios. Si usted realmente cree que estos tipos nos van a dejar vivos para pelear otro día, no está viendo lo que yo veo.

—Bueno, siempre viviremos en mundos distintos, ¿verdad? Espero que pueda mantener tranquilos a los israelíes.

—Tranquilos, no. Ellos allá se están sintiendo frustrados tras puertas cerradas. Pero tengo la promesa de Benjamín de que harán parecer como si aceptaran, al menos por ahora. Usted entiende que ellos no se rendirán sin pelear, ¿verdad, Dwight?

—Estúpidos —dijo Olsen parándose para salir—. Mientras tanto, nuestra nación está allá afuera en total oscuridad. Tenemos que hablarles pronto. Le puedo prometer que estarán furiosos por no haber sido avisados antes.

—Yo habría pensado que usted consideraría políticamente ese recurso, Dwight.

El hombre lanzó una mirada de despedida, Blair tuvo la seguridad de que el sujeto

ya había considerado su futuro político en todo esto. Esa tal vez era la única razón de que no hubiera salido corriendo ya a la prensa.

—Mantenga esto en secreto —pidió el presidente.

—Le daré dos días —respondió Olsen volviéndose—. Le daré dos días. Si me gusta lo que veo, yo podría jugar. Si no, nada de promesas.

—Si usted filtra esto yo hago que lo arresten.

—¿Con qué motivo?

—Traición. Filtrar delicadas operaciones militares es suficiente motivo. Tenemos un virus, pero también tenemos una acción militar en camino.

Eso era más faroleo que algo posible de llevarse a cabo, pero a Blair no le importaba.

—Señor —se oyó por el intercomunicador.

—¿Sí?

—Informe de Hawái.

El presidente pescó la mirada de Olsen. Se trataba de la misión.

—Envíalo, Bill —ordenó el ministro de defensa levantando la mirada, con los ojos abiertos de par en par.

Diez segundos después, Graham Meyers tenía una carpeta roja en las manos. Su mirada examinó el informe. Olsen había vuelto a entrar en silencio al salón.

—Bueno, suéltalo, por amor de Dios —exclamó el presidente aflojándose su ya desarreglada corbata.

—La misión localizó con éxito un enorme complejo en la parte trasera de Cíclope e ingresó en él. No hay bajas. El complejo fue abandonado.

—¿Qué?

—Abandonado en las últimas horas. Ahora están recogiendo algunas computadoras, pero les han quitado los discos duros. El lugar está limpio —informó Grant y levantó la mirada—. Hay evidencia que sugiere que al menos un soldado estuvo en uno de los cuartos. Hay botones de uno de nuestros uniformes.

—Hunter.

El salón se quedó en silencio.

—No pueden estar lejos —expresó alguien.

—¡Encuéntrenlo! —ordenó el presidente echando su silla hacia atrás y poniéndose de pie.

18

LA CELEBRACIÓN se había prolongado hasta tarde en la noche, como siempre ocurría durante los tres días que los habitantes del bosque tenían su Concurrencia anual. Música, danza, juegos y comida, mucha comida. Y bebida, por supuesto. Principalmente cerveza suave de vino de frutas y bayas. Cualquiera cosa que aún les insinuara recuerdos del Gran Romance en el bosque colorido.

En las ceremonias de inauguración todas las tribus marchaban por la avenida que llevaba al lago, dirigidas por los ancianos de cada una. Ciphus encabezaba el mayor séquito del Bosque Intermedio, seguido por las otras selvas según su localización, de norte a sur.

Veinte mil antorchas ardían alrededor del lago mientras Ciphus recitaba sus credos y les recordaba a todos por qué debían observar la misma estructura del Gran Romance sin la más leve desviación, como sin duda lo haría Elyon. Ciphus afirmó que la religión que tenían era sencilla, con solo seis leyes en el corazón, pero que era necesario dar el mismo peso a las otras leyes que el Consejo había pulido con los años para ayudar a seguir esos seis principios. La manera de amar a Elyon era entregándose por completo a sus caminos, sin la más leve transgresión.

Thomas se había acostado tarde, tuvo profundos sueños de tortura y despertó con dos preocupaciones paralelas.

La primera era ese asunto de averiguar quién podría ser Carlos en esta realidad, si es que eso fuera posible, como Rachelle había sugerido al paso. Una posibilidad remota, sin duda, pero ir tras ella era la única forma que se le ocurría de poder escapar del calabozo con Monique.

La segunda era el duelo, el cual se debía realizar esa tarde. Aparte de anunciarlo, el Consejo había guardado un prudente silencio acerca de Justin. Sin embargo, ese fue el tema de conversación toda la mañana en el poblado.

Algunos cuestionaron por qué siquiera era necesario indagar, pues las doctrinas de Justin no eran muy distintas de ninguna de las que ellos habían seguido todos esos

años. Él hablaba de amor. ¿No se trataba de amor el Gran Romance? Es verdad, sus enseñanzas de paz con las hordas eran muy difíciles de seguir, pero ahora estaba hablando de amor. Quizás había cambiado.

Otros se preguntaban por qué simplemente no desterraban a Justin, pues las enseñanzas de él constituían a las claras una afrenta a todo lo que era sagrado respecto del Gran Romance, empezando con sus palabras de paz. ¿Cómo podía alguien hacer la paz con los enemigos de Elyon? Afirmaban que las enseñanzas de Justin eran difíciles solo porque iban contra el Gran Romance.

El anfiteatro donde se llevaría a cabo el careo era suficientemente grande para acomodar a veinticinco mil adultos, lo cual era muy adecuado, puesto que solo podían asistir adultos. Los demás tendrían que buscar lugares en la selva sobre la enorme estructura en forma de tazón en el costado occidental del lago.

Los bloques de piedra que actuaban como bancas en gradas de tierra estuvieron casi llenos poco después del mediodía. Para cuando el sol descendía por el cielo occidental ya no había espacios vacíos donde pararse, mucho menos sentarse.

Thomas se hallaba con Rachelle y sus tenientes en una de las plazoletas con vista al espectáculo.

—Yo debería estar siguiendo la pista a las hordas en el desierto —masculló Thomas.

—No pienses que no serás llamado a hacer aquí tu parte —objetó Mikil—. Cuando esto termine iremos tras las hordas y yo seré la primera a tu lado.

Ella se hallaba al lado de Jamous. Habían anunciado sus planes de casarse en la celebración de la última noche. A la derecha de ellos, William escrutaba el gentío.

Rachelle puso la mano en el hombro de Thomas. Solo ella entendía aquí el dilema de su esposo.

—Aunque haya una pelea, no lo mataré, Mikil —afirmó él—. Destierro, o muerte.

—Bien. Destierro es mejor que darle la libertad de envenenar las mentes de nuestros niños —concordó ella.

—Debo ir otra vez tras los libros de historias —anunció él soltando un suspiro de alivio.

—Y esta vez entraré a la tienda —aseguró Mikil—. Puedo pasar sin el resto de esta Concurrencia. Tratamos con Justin y luego nos vamos a encontrar tus libros. Y Jamous vendrá con nosotros.

—Mientras esté contigo, puedo atravesar el desierto —contestó Jamous después de besarla en la boca.

—Eternamente —dijo ella.

—Eternamente —repitió él y se besaron otra vez.

De repente se hizo silencio en la muchedumbre.

—Están viniendo.

Thomas fue hasta la barandilla y miró el anfiteatro abajo. Ciphus bajaba la prolongada ladera en su larga túnica blanca ceremonial. Detrás de él los otros seis miembros del Consejo. Se acercaron a una larga plataforma en el medio del campo. Siete grandes antorchas ardían en un semicírculo alrededor de ocho elevados taburetes de madera. Un atril tenía un tazón de agua entre ellos.

Los hombres se fueron en silencio hacia siete de los bancos. El octavo permanecía vacío. Si Justin ganaba el careo se le permitiría sentarse con el Consejo, demostrándole así que lo aceptaban. Ya que los miembros del Consejo habían solicitado el careo, no estaban obligados a aceptar la doctrina de Justin, pero con el tiempo hasta la podrían incorporar al Gran Romance.

Los miembros subieron a sus taburetes y quedaron frente a una plataforma parecida y más pequeña con un solo taburete a menos de veinte metros de los de ellos.

—¿Dónde está Justin? —susurró Mikil.

Ciphus levantó una mano pidiendo silencio, aunque no era necesario ningún gesto... nadie se movía, mucho menos hablaba. Si Thomas tosiera, todo el coliseo lo oiría.

—El Consejo hará público el careo de las filosofías de Justin del Sur en esta la décima Concurrencia anual de todos los habitantes del bosque —gritó Ciphus, con voz fuerte y clara—. Justin del Sur, te convocamos.

El Consejo se volvió hacia la ladera por donde había ingresado. Siete enormes árboles en la cima de la cuesta marcaban la única entrada al anfiteatro.

Nadie apareció.

—No se presentará —expresó Mikil—. Sabe que está equivocado y que es...

—¿Quién es ese? —interrumpió William.

Un lugareño caminaba desde uno de los asientos más bajos. En vez de usar la túnica corta más popular, estaba vestido con una más larga con capucha beige. Y usaba botas de soldado.

—Es él —anunció Jamous.

El Consejo aún no lo había visto. El hombre se dirigió hacia el taburete solitario, se sentó y se despojó de la capucha.

—Justin del Sur les acepta el careo —exclamó en voz alta.

El Consejo giró al unísono. Murmullos recorrieron el anfiteatro. Unas cuantas sonrisas.

—Es audaz; lo admito —manifestó Mikil.

Thomas pudo ver literalmente la indignación que le salía a Ciphus por los oídos.

El anciano levantó la mano para pedir silencio, esta vez sí era necesario. Se dirigió hasta el tazón, metió las manos en el agua y se las frotó en una toalla pequeña.

Detrás de él los demás miembros tomaron sus asientos.

Ciphus fue hasta el borde de la plataforma y se jaló la barba.

—Es precisamente esta clase de artimañas las que temo que te hayan engañado, amigo mío —declaró con voz suficientemente alta para ser oído.

—No tengo deseos de confundir las importantes preguntas que ustedes harán —objetó Justin—. Es lo que digamos hoy, no cómo luzcamos, lo que ganará o perderá los corazones de las personas.

Ciphus vaciló, luego se dirigió al pueblo.

—Oigan entonces lo que tengo que decir. El hombre que hoy vemos sentado delante de nosotros es un poderoso guerrero que en su momento favoreció a las selvas con muchas victorias. Es la clase de individuo que ama a los niños y marcha como un verdadero héroe, además acepta elegantemente las alabanzas. Todos sabemos eso. Por todo esto debo gratitud a Justin del Sur —exclamó y luego inclinó la cabeza hacia Justin—. Gracias.

Justin devolvió la inclinación.

Ciphus no era tonto, pensó Thomas.

—Sin embargo, se dice que en estos dos últimos años este hombre también ha extendido el veneno de la blasfemia contra Elyon por el Bosque Sur. Nuestro deber hoy es simplemente determinar si esto es verdad. No juzgamos al hombre sino a su doctrina. Y, como con cualquier careo, ustedes, el pueblo, juzgarán el asunto cuando hayamos concluido nuestros análisis. Así que juzguen bien.

A la izquierda de Thomas se oyeron murmullos, voces que ya discrepaban. Estos debían ser del Bosque Sur, los partidarios más fuertes de Justin. ¿Dónde estaban los hombres que habían entrado al Valle de Tuhan con Justin? Ronin y Arvyl, si Jamous le había informado correctamente. Sin duda, sus voces estaban entre la multitud, pero no en el ruedo como Thomas pudo haber esperado. Por otra parte, así era como Justin peleaba sus propias batallas y defendía sus propias filosofías. Era probable que les hubiera prohibido interferir.

—¡Silencio!

Se volvieron a callar.

—No tardaré mucho. En realidad es un asunto muy sencillo. Creo que para esta indagación podríamos hacer que los niños voten y terminaríamos con un veredicto claro y justo. El asunto es este.

Ciphus se volvió a Justin.

—¿Es verdad o no que las hordas son verdaderas enemigas de Elyon?

—Es verdad —contestó Justin.

—Correcto. Todos sabemos eso. Además, ¿es verdad o no que conspirar con el enemigo de Elyon es conspirar contra el mismo Elyon?

—Es verdad.

—Sí, por supuesto. Todos también sabemos eso. Además, ¿es verdad o no que recomiendas crear un vínculo con las hordas para negociar la paz?

—Es verdad.

Una exclamación brotó en el coliseo. De la izquierda surgieron murmullos de asombro y de la derecha amonestaciones para dejar que terminaran. Ciphus volvió a callar a la turba con la mano. Evaluó con cuidado a Justin, creyendo sin lugar a dudas que él estaba trazando algunas de sus artimañas.

—¿Comprendes que conspirar con las hordas siempre ha sido traición para nosotros? No llegamos a acuerdos con el enemigo de Elyon, según la palabra del mismo Elyon. Nos suscribimos a la profecía del niño, de que Elyon proveerá una manera de limpiar al mundo de este azote que está sobre nosotros. A pesar de eso, tú pareces querer hacer la paz con el enemigo. ¿No es esto una blasfemia?

—Blasfemia, sí —contestó Justin.

El tipo es un insensato, pensó Thomas. Con esas palabras se estaba condenando al destierro.

—El asunto es —continuó Justin—, ¿blasfemia contra qué? ¿Contra el Gran Romance de ustedes o contra el mismísimo Elyon?

—¿Y crees que hay alguna diferencia? —preguntó Ciphus asombrado por esta aseveración.

—Hay una gran diferencia. No en espíritu, sino en forma. Hacer la paz con las hordas les podría profanar a ustedes su Gran Romance, pero no blasfema contra Elyon. Elyon haría la paz con cualquier hombre, mujer y niño de este mundo, aunque sus enemigos se encuentren en todas partes, incluso aquí en este mismo lugar.

Silencio. El pueblo parecía demasiado asombrado como para hablar. Se ha cortado su propia garganta, pensó Thomas. Lo que Justin afirmó tenía originalidad en sí, quizás una idea que podría considerar si fuera teólogo. Pero Justin había menospreciado todo lo que era sagrado, excepto al mismo Elyon. Al cuestionar el Gran Romance también podría haber incluido a Elyon.

—¿Dices que somos enemigos de Elyon? —interrogó Ciphus con temblor en la voz.

—¿Aman ustedes su lago, sus árboles y sus flores, o aman a Elyon? ¿Morirían por todo esto o morirían por Elyon? Ustedes no son diferentes a las hordas. Si morirían por Elyon quizás deberían morir por las hordas. Después de todo, las hordas son de él.

—¿Nos harías morir por las hordas? —gritó Ciphus, enfurecido—. ¡Morir por el enemigo de Elyon, al que hemos jurado destruir!

—Si fuera necesario, sí.

—¡Pronuncias traición contra Elyon! —exclamó el anciano señalando a Justin con un dedo tembloroso—. ¡Eres un hijo de los shataikis!

El orden abandonó el anfiteatro con esa sola palabra: shataikis. Alaridos de indignación, que se encontraron de frente con gritos de objeción de que Ciphus pudiera decir tal cosa contra este profeta, rasgaron el aire. Este Justin del Sur. Si solo dejaran que el hombre se explicara, entenderían, gritaban ellos.

En Thomas desapareció cualquier ambivalencia que hubiera sentido hacia esta sesión. ¿Cómo se atrevía nadie que sirviera bajo sus órdenes a sugerir que murieran por las hordas? Morir en batalla por defender los lagos de Elyon, sí. Morir por proteger de las hordas a las selvas y a sus hijos, sí. Morir por conservar el Gran Romance en medio de un enemigo que había jurado eliminar de la faz de la tierra el nombre de Elyon, sí.

Pero ¿morir por las hordas? ¿Hacer la paz para que puedan engañar libremente?
¡Nunca!

—¿Cómo puede decir eso? —cuestionó Rachelle a su lado—. ¿Sugiere que nos entendamos con los miembros de las hordas y muramos por ellos?

—¿Qué les dije? —intervino Mikil—. Debimos haberlo matado ayer cuando tuvimos oportunidad.

—Si lo hubiéramos matado ayer estaríamos muertos hoy —recordó Thomas.

—Mejor muertos que en deuda con este traidor.

El anfiteatro era un desorden. Ciphus no hizo intento por detener al pueblo. Fue hasta el tazón de agua y volvió a meter las manos. Él había acabado, comprendió Thomas.

El anciano consultó con cada uno de los demás miembros del Consejo.

Justin se hallaba tranquilo, sentado. No hizo ningún intento por explicarse. Parecía satisfecho a pesar de no haber ofrecido ninguna defensa verdadera. Tal vez quería una pelea.

Finalmente, Ciphus levantó ambas manos y, después de unos instantes, la multitud se calló lo suficiente para poder oírlo.

—He hecho mi careo a esta herejía y ahora ustedes decidirán el destino de este hombre. ¿Debemos adoptar sus enseñanzas o enviarlo lejos de nosotros y que nunca regrese? ¿O deberíamos poner su destino en manos de Elyon por medio de una pelea a muerte? Examinen sus corazones y hagan oír su decisión.

Thomas oró porque el voto fuera claro. A pesar de su aversión a lo que Justin había dicho, no deseaba participar en una pelea. No es que le temiera a la espada de Justin, pero tampoco le sentaba bien la idea de ser presionado a apoyar al Consejo.

Por otra parte, habría cierta clase de justicia al hacerse valer sobre su ex teniente en una lucha final antes de enviarlo a vivir con las hordas. De cualquier modo, Ciphus no conseguiría la muerte de Justin.

—Se acabó —declaró Thomas en voz baja.

—Entonces no estuviste ayer en el valle —objetó Rachelle.

Ciphus bajó la mano derecha.

—Si ustedes aseguran que este hombre dice blasfemia, ¡que se escuche su voz!

Un estruendoso rugido estremeció la plazoleta. Suficiente. Sin duda suficiente.

Ciphus dejó que el griterío continuara hasta que estuvo satisfecho, entonces los acalló.

—Y si aseguran que deberíamos aceptar las enseñanzas de este hombre y hacer la paz con las hordas, entonces que se escuche también la voz de ustedes.

Los habitantes del Bosque Sur tenían pulmones fuertes, porque el grito fue energético. Y se oyó con tanto volumen como el primero. ¿O fue menos? La distinción no fue suficiente para que Ciphus la considerara.

A Thomas le palpitó el corazón con fuerza. Nadie fuera de esta plazoleta sabía que él defendería al Consejo en una pelea. Y habría pelea. No importa cuán sordo quisiera hacerse Ciphus en este momento, no podía considerar clara esta decisión. Las reglas eran sencillas, no podía haber dudas.

Ciphus bajó ambas manos y el pueblo se calló. Todos sabían lo que iba a acontecer. El anciano se quedó callado por un largo momento, quizás desconcertado porque el gentío estuviera tan dividido.

—Entonces pondremos el destino de este hombre en las manos de Elyon —exclamó en voz alta—. Llamo al ruedo a nuestro defensor, Thomas de Hunter.

La muchedumbre lanzó un grito ahogado. O al menos la mitad lanzó un grito ahogado. La mitad del sur, que había decidido reclamar a Justin como su propiedad desde que les salvara su selva la semana anterior. Era claro que no querían ver pelear a Thomas contra su Justin.

La otra mitad comenzó a vitorear el nombre de Thomas.

Los ojos de Rachele se ensombrecieron de terror.

—Yo le enseñé —la tranquilizó él besándole la mejilla—. Recuérdalo.

Thomas trepó la barandilla y la gente le abrió paso hacia la tribuna descubierta. Agarró la espada de su costado y saltó por sobre la corta pared que separaba el campo de los asientos. El camino hacia la plataforma principal parecía largo con todas las ovaciones y con Justin taladrándolo con la mirada.

Se detuvo ante Ciphus, que acalló a la multitud.

—Te solicito, Thomas de Hunter, comandante supremo de los guardianes del bosque, que defiendas nuestra verdad contra esta blasfemia en una pelea a muerte. ¿Aceptas?

—Lo haré. Pero pediré destierro, no muerte, para Justin.

—Soy yo quien toma esa decisión, no tú —cuestionó Ciphus.

Thomas nunca había oído algo así.

—Yo tenía entendido que era mi decisión —objetó a su vez.

—Entonces malinterpretas las reglas. El Consejo hizo esta regla y ahora la debes

acatar. Será una pelea a muerte. El precio por este pecado es la muerte. No estoy dispuesto a considerar la muerte en vida.

Thomas pensó por un momento. Era verdad que la ley exigía la muerte para cualquiera que desafiara a Elyon. El destierro era una clase de muerte, una muerte en vida, como la llamara Ciphus. Pero ahora, obligado a considerar el asunto, comprendió que podría haber un problema con desterrar a Justin. ¿Y si entraba a las hordas y obtenía poder bajo Qurong? ¿Y si llevaba luego a sus ejércitos contra las selvas? Quizás la muerte era la decisión más sabia, aunque no era lo que él quería.

—Entonces acepto —admitió inclinando la cabeza.

—¡Espadas! —gritó Ciphus.

Un miembro del Consejo levantó del suelo dos gruesas espadas de bronce cerca de su taburete y las colocó en el tablado.

—Escoge tu espada —ordenó Ciphus.

Thomas miró a Justin. El guerrero lo observó ahora con un leve interés. ¿Tenía el hombre deseos de morir?

Thomas levantó las espadas, una en cada mano, y fue hacia Justin.

—¿Tienes alguna preferencia?

—No.

Thomas aventó ambas espadas al aire. Estas giraron lentamente al unísono y se clavaron a cada lado de Justin.

—Insisto —expresó Thomas—. No quiero que se diga que vencí a Justin del Sur porque escogí la mejor espada.

El gentío reaccionó con un estruendo de aprobación.

Justin mantuvo su mirada en Thomas sin mirar las espadas. Dio un paso adelante, jaló la de su derecha.

—Ni yo —dijo, lanzando el arma de tal modo que su hoja perforó la tierra a los pies de Thomas.

Otro estruendo de aprobación.

—¡Peleen! —gritó Ciphus—. ¡Peleen a muerte!

Thomas arrancó la espada y la blandió dos veces para sentirla. Era un arma normal de los guardianes, bien proporcionada y bastante pesada para cercenar una cabeza de un solo golpe.

Justin puso la mano en la espada y esperó. Basta de poses. Cuanto más pronto terminara la pelea, mejor. Conocer a un hombre en un combate de esa clase significaba observar sus ojos. Y a Thomas no le gustó lo que vio en los ojos de Justin. Estaban demasiado llenos de vida para cortarlos fácilmente de sus hombros. El hombre estaba tan lleno de cautivador dominio que lo enervó.

Brincó a su izquierda y cayó sobre la plataforma, a tres metros de Justin. Por un instante se preguntó si el hombre simplemente iba a morir sin pelear, porque apenas

se movió.

Thomas embistió y giró la espada con tanta fuerza como para cortar al hombre en dos.

En el último momento, Justin levantó su espada y desvió el golpe. Un horrible sonido rechinó en la arena. Era exactamente como Thomas había esperado. En el instante en que Justin le bloqueaba el golpe, él estiró la mano izquierda y le dio un golpecito en el mentón.

Era un movimiento que él les había enseñado una vez como en broma. Mikil lo apodaba «El mentón». Lo que Thomas no esperaba era la mano de Justin que salió disparada precisamente en el mismo instante. Le dio un golpecito en el mentón.

El gentío rugió y Thomas creyó haber oído el grito de aprobación de Mikil por encima del bullicio.

Lo menos que pudo hacer fue sonreír. Bien. Muy bien. Justin sonrió con complacencia. Hizo un guiño.

En seguida se trabaron en un combate total, agarrando sus espadas con ambas manos. Choques y contra choques, pinchazos, patadas, empujones, movimientos alrededor de la plataforma... destrezas básicas para aflojar las articulaciones y tantear al oponente. Nada en la manera de pelear de Justin sorprendió a Thomas. Reaccionaba a sus ataques exactamente del modo que lo harían Mikil, William o cualquier otro de sus tenientes.

Y también estaba seguro de que nada de lo que hacía él sorprendía a Justin. Eso vendría más tarde.

Los contrincantes comenzaron a añadir algunos de los movimientos de Marduk: amagar, inclinarse, zigzaguear, rodar... de la plataforma al campo, luego por un costado de la plataforma y alrededor del perímetro. Otra vez en lo alto del tablado.

—Eres un buen hombre, Thomas —comentó Justin en voz demasiado baja para que la gente oyera—. Siempre te he admirado. Y aún te admiro, muchísimo.

Sus espadas volvieron a chocar.

—Veo que has conservado tus habilidades —expuso Thomas—. Matando de vez en cuando a algunos de tus amigos de las hordas, ¿o no?

Justin rechazó un golpe, luego se lanzaron una momentánea mirada.

—No tienes idea de en qué te estás metiendo. Ten cuidado.

Thomas dio cuatro veloces pasos. Era una manera clásica de iniciar un salto, pero no saltó. Plantó la espada como para dar una voltereta, pero en vez de ir por lo alto giró bajo.

Justin ya había levantado la espada para rechazar el pinchazo esperado que llegaría cuando Thomas se le catapultara sobre la cabeza. Pero ahora Thomas se hallaba más cerca de los tobillos de Justin. Todo acabaría aquí, cuando agarrara a Justin por los pies y continuara con la espada.

Thomas giró alrededor de su espada, los pies primero, apuntalándose para el impacto de su espinilla contra las pantorrillas de Justin.

Pero de repente las pantorrillas de Justin ya no estaban allí. En el último momento había visto el cambio y, aunque se hallaba totalmente desequilibrado se las arregló para lanzarse en una contorsión hacia atrás. Una voltereta por encima del borde de la plataforma. Girando luego en forma perfecta.

Aterrizó en el campo, con los pies extendidos y la mano en la espada; listo para cualquier cosa.

Thomas lo vio todo mientras lanzaba su inútil patada y utilizó su impulso para dar un giro completo en una voltereta hacia atrás, salir de la plataforma y dar lo que se llamaba un latigazo por detrás.

El movimiento aéreo del golpe con el brazo extendido obligó al oponente a protegerse contra un mortal taconazo en el rostro, pero luego cambió en una contorsión, una rotación completa para lanzar la espada, no el pie, con violenta velocidad.

Thomas ejecutó perfectamente el movimiento. Justin lo malinterpretó. Pero se lanzó hacia atrás a tiempo para que la hoja le diera un golpe de refilón en el pecho.

En vez de continuar con una voltereta hacia atrás, cayó de espaldas y rodó en la dirección opuesta a la que el impulso de Thomas lo llevaba.

Listo. Muy listo. Si hubiera seguido con la voltereta hacia atrás, como haría la mayor parte de guerreros, Thomas pudo haber dirigido su propio impulso hacia otro ataque directo antes de que el hombre se hubiera recuperado por completo.

La muchedumbre también lo sabía. Los gritos se habían acallado.

Justin se puso de pie en una rápida postura, los ojos le centelleaban con diversión.

—Debiste haber aceptado mi ascenso hace dos años en vez de perderte en el desierto —advirtió Thomas—. Eres mejor guerrero que los demás.

—¿Lo soy? —preguntó Justin enderezándose, como si esa revelación lo tomara desprevenido; tiró la espada al suelo—. Entonces permíteme pelear contigo sin espada. La batalla siguiente no se ganará con la espada.

—Recoge tu espada, necio —expresó Thomas dando un paso adelante con la espada extendida.

—¿Para qué, para matarte?

Thomas puso su hoja en el cuello de Justin. Este no hizo ningún intento por detenerlo.

—¡Mátalo! —gritó Ciphus—. ¡Que muera!

—Él quiere que te mate.

—Si puedes —contestó Justin.

—Puedo. Pero no lo haré.

Ahora hablaban en voz baja.

—Engañaste al pueblo haciéndole creer que puede haber paz cuando en este mismísimo instante las hordas están planeando una traición —reveló Thomas.

Justin parpadeó.

—¡Recoge tu espada! —gritó Thomas para que todos oyeran.

Justin dio lentamente un paso atrás y a la izquierda. Pero hizo caso omiso de su espada y dejó caer las manos a los costados; miró fijamente a Thomas.

Thomas le había dado suficiente libertad al hombre del sur; ahora sus Payasadas eran exasperantes. Thomas atacó. Cubrió el espacio entre ellos en tres zancadas e hizo oscilar la espada con toda la fuerza. La hoja cortaría al hombre en dos sin saber que se hubiera topado contra algo.

Pero Justin no se hallaba allí para recibir el golpe de la espada. Thomas lo vio rodar hacia atrás y la derecha, y levantar la espada, y muy tarde se dio cuenta de que se había confiado con este golpe que ya estaba a medio camino.

Sus propias palabras de entrenamiento le gritaron en la mente. ¡Nunca confiarse en combate directo!

Pero, en su enojo, lo había hecho. Pudo haber matado al hombre. Ahora el hombre lo podía matar a él.

Con un oponente más lento, no habría importado su error. Pero Justin se movía tan rápido como él. El golpe llegó por detrás, el costado de la espada golpeó de lleno a Thomas en la espalda.

Aterrizó con fuerza. Había pasto en sus manos. En ambas manos. Había perdido la espada.

El comandante de los guardianes se lanzó hacia la derecha, rodando en su espalda. Una hoja le presionó el cuello y una rodilla se le clavó en el plexo solar. Justin se arrodilló sobre él, con sus ojos verdes centelleantes, y Thomas supo que estaba acabado.

Parecía que le hubieran aspirado su propio aliento de la arena. Miró los ojos de su antiguo teniente y vio un feroz fuego.

Entonces el hombre se levantó, retrocedió y lanzó la espada al aire; esta giró bajo el sol de la tarde y cayó de lado con un golpe sordo, a veinte metros de distancia.

Caminó aprisa hacia el Consejo y se detuvo frente a su plataforma.

—El contendiente de ustedes ha sido derrotado. Elyon ha hablado.

—El combate es a muerte —expuso Ciphus.

—No lo mataré por el pecado de ustedes.

—Entonces Elyon no ha hablado —añadió tranquilamente el anciano—. La única razón de que estés vivo ahora es porque Thomas no terminó antes. Fuiste derrotado primero.

—¿Lo fui?

—Esto no ha acabado —objetó Ciphus.

—¡Que viva! —gritó alguien en la multitud—. ¡Deja que Thomas viva!

—¡Que viva! ¡Que viva! ¡Que viva! ¡Que viva! —empezaron a canturrear todos.

Thomas se puso de pie, la mente le daba vueltas. Había sido derrotado por Justin en combate limpio.

Era claro que Ciphus no iba a desafiar al pueblo bajo circunstancias tan ambiguas. Dejó que la multitud cantara.

—¡Lo dejaré vivir! —gritó Justin.

El canturreo disminuyó y se aplacó.

Caminó lentamente, analizando a las personas.

—Les mostraré ahora, puesto que me he ganado el derecho, la manera verdadera de tener paz —expresó, yendo hacia la ladera que subía hacia los árboles en la entrada—. En este mismo instante las hordas están conspirando para aplastarlos con un ejército que hará parecer escaramuzas infantiles las batallas del sur y del occidente.

¿Cómo podía Justin saber esto? Sin embargo, Thomas sabía que así era. Debían avisar a los exploradores... inspeccionar el perímetro más lejano.

Giró hacia la glorieta, vio a Mikil y le hizo señas de que lo hiciera. Ella y William salieron.

Justin extendió las manos para calmar al confuso gentío.

—¡Silencio! Solo hay una manera de enfrentar a este enemigo. Es el camino de la paz; hoy les entregaré esa paz a ustedes.

Se detuvo y señaló hacia los árboles. Por un instante, nada. Y entonces apareció un hombre encapuchado.

¡Un encostrado!

Usando la banda de general.

Justin había hecho entrar a la selva a un general de las hordas. Diez mil voces gritaron. El resto de personas se quedó muda de asombro.

El hombre alto y encapuchado caminó rápidamente, Justin lo recibió en la mitad de la cuesta. Se dieron la mano e inclinaron las cabezas en saludo. Justin miró la arena y extendió la mano en una forma de presentación.

—Les traigo al hombre con quien he negociado la paz entre los moradores del desierto y los habitantes del bosque —anunció e hizo una pausa—. ¡El poderoso general de las hordas, Martyn!

—¡Martyn! ¿Era posible? ¿A quién mató él entonces en la tienda de Qurong?

Thomas volvió a mirar hacia la plazoleta. Ya estaba vacía. Sus guardianes no dejarían salir vivo del poblado a ese hombre. No ahora, con esa revelación de que las hordas estaban reunidas en el flanco que ellos tenían expuesto.

Thomas agarró la espada y corrió por la ladera. El día había visto suficiente teatralidad. No podía matar ahora a Justin, pero este general era otro asunto.

—Le he dado mi palabra de que ustedes no lo matarán —anunció Justin—. Los ejércitos de él están cerca, podrían irrumpir en la selva y hacer una guerra que enrojecería con sangre los valles. Pero si todos los hijos de Elyon mueren, ¿quién entonces tendría la victoria?

La revelación de que tenían a las hordas a sus puertas pareció haber templado los nervios de la multitud. El pueblo estaba escuchando de veras. Thomas vio a William y a varios de los guardianes emerger de los árboles en lo alto de la colina detrás de Justin. Rachelle se hallaba con ellos.

¿Qué hacía Rachelle allí? Ella no tenía nada que hacer con ellos.

Descartó el pensamiento y fue hacia Justin y el encostrado. Los guardianes bajaron la colina para cortar cualquier escape posible.

—Thomas, te ruego que me escuches —pidió Justin adelantándose para encontrarlo—. ¡Te he demostrado mi lealtad! ¡Ahora debes dejarme hacer esto!

—Estás equivocado. ¡Él lleva la traición en la sangre! Los dos estaban desarmados hasta donde él podía ver. Los hombres de Thomas bordeaban la colina, con las espadas extraídas.

Thomas corrió hacia el general. Justin le agarró el brazo.

—¡Thomas! ¡No sabes quién es él! Martyn retrocedió.

Thomas pudo ver los ojos blancos del encostrado observando desde las sombras de su capucha. El extraño círculo que tenía tatuado sobre el ojo derecho lo identificaba como un hechicero, confirmando los rumores.

—¿Crees que mi espada no puede hacer sangrar al hombre que ha asesinado a diez mil de mis hombres? —preguntó el comandante de los bosques; luego dirigió su desafío a Martyn—. ¿Te protegerá tu magia de una fría hoja?

Ahora los hombres de Thomas se hallaban a solo unos pasos detrás del encostrado. Martyn los sintió, miró hacia atrás y se detuvo. Thomas zafó el brazo que le tenía agarrado Justin y cubrió los últimos pasos. Clavó la punta de la espada en la base de la capucha del general y la contuvo.

Apartó la hoja. Martyn no reaccionó ante la pequeña cortada en el cuello. Sangre roja se colaba de la herida en la superficie.

—¿Crees que él no sangrará como mis hombres han sangrado? Te digo que lo enviaremos de vuelta en pedazos a sus hordas.

Justin pasó a Thomas, agarró la capucha del general y la tiró hacia atrás.

El rostro de Martyn era ceniciento. Una cicatriz curva le bajaba por la mejilla derecha. Sus emblanquecidos ojos parpadearon en la repentina luz. Apenas era humano, y sin embargo era totalmente humano. Pero había más.

Thomas conocía a este hombre.

El corazón le saltaba en el pecho.

Johan.

Lanzó la espada hacia atrás.

¿Johan? Y la cicatriz... ¿Por qué lo sorprendió esta cicatriz?

—Johan —reveló Justin.

Thomas vio a Rachele por sobre el hombro del tipo. Ella corrió alrededor del general y le miró el rostro descubierto.

—¿Johan? ¿Eres... eres tú?

El general no mostró ninguna emoción al ver a su hermana. Thomas sabía que la enfermedad se había apoderado de la mente del individuo. No lo habían matado en batalla, como todos supusieron. Se extravió en el desierto y se convirtió en encostrado hace tres años. Con razón las estrategias de las hordas se habían vuelto tan eficaces. Estaban dirigidas por uno de los antiguos guardianes del bosque que perdiera su mente a causa de la enfermedad.

Rachele estiró la mano hacia él, pero él retrocedió. Ella lo miró, triste. Horrorizada.

—Tienes que dejarnos ir —enunció Justin—. Es la única manera.

—Señor, él ha enfermado —declaró William acercándose—. No podemos dejarlo...

—¡Entonces báñalo! —gritó Rachele.

—No puedes obligar a un hombre a bañarse —le recordó Thomas—. Él es lo que decida ser.

—¡Él se bañará! Diles, Johan. Te lavarás esta maldición de tu piel. Nadarás en el lago.

Los ojos de él se abrieron de par en par con un destello momentáneo de temor.

—Si es paz lo que quieren, les puedo dar paz.

Thomas apenas logró reconocer la voz. Ahora era más profunda. Dolida.

—De otro modo traeremos a esta selva una maldición que no han conocido jamás.

—¡Basta de esto! —exclamó William agarrando la capa del hombre y sacando la espada.

—¡Déjalo ir! —gritó Thomas.

—Señor...

—¡Suéltalo!

William lo soltó y retrocedió.

—¡No mataré a mi propio hermano!

Sus guardianes nunca estarían de acuerdo con los términos de ninguna paz que Justin y Martyn acordaran, pero una tregua podría entretener a las hordas el tiempo suficiente para que los guardianes se prepararan si en realidad había un ejército en los valles.

Detrás de ellos, Ciphus estaba en silencio. ¿Por qué?

Thomas miró a Justin.

—Llévatelo. Haz tu paz, pero no esperes que mis hombres y yo estemos de acuerdo. Si vemos un solo encostrado a la vista de la selva, los cazaremos a ustedes dos y derramaremos sangre.

Rachelle lo agarró del brazo. Ella temblaba.

Martyn se volvió a poner la capucha y dio media vuelta. William no se movió.

—Déjalo ir, William —ordenó Thomas, luego habló más alto—. Estos dos tienen mi palabra personal de atravesar con seguridad nuestra selva. El hombre que los toque se enfrentará conmigo.

Sus hombres se hicieron a un lado.

Justin y Martyn, el poderoso general de las hordas cuyo nombre también era Johan, se introdujeron entre los árboles en lo alto de la colina y desaparecieron.

19

THOMAS MIRÓ al hombre que ahora sabía fue quien planeara el virus. Un francés regordete con dedos gruesos y cabello negro grasoso que parecía poder pararse frente a un huracán sin inmutarse. Este era Armand Fortier.

Monique le informó que los habían sedado. Los inyectaron a los dos una hora después de que él se desmayara. Varios hombres se pusieron a desmantelar el laboratorio. Los iban a movilizar; ella oyó decirlo a uno de ellos. Pero no supo adonde.

Luego ella se había desmayado. Ninguno de los dos sabía cuánto tiempo pasó desde entonces.

Despertaron aquí, en este cuarto de piedra sin ventanas con una mesa y una chimenea en el fondo. Ambos estaban sujetos con esposas fuertemente apretadas, sentados en sillas de madera, frente al francés y, detrás de este, Carlos. Monique aún vestía sus pantalones color azul claro y blusa, y Thomas aún usaba el uniforme de camuflaje.

Hunter había intentado deducir el sitio en que se hallaban, pero no tenía ningún recuerdo de que lo hubieran trasladado y no había nada en este salón que no se pudiera encontrar en cualquier parte del mundo. Supuso que habían pasado dos días. Si tenía razón, soñó porque no lo habían drogado durante esa hora después de que Carlos lo torturara.

Esa primera hora soñó con el careo donde terminara peleando con Justin y descubriendo que Martyn era Johan...

—Como ustedes saben, los estadounidenses intentaron rescatarlos — expuso Fortier; parecía que encontraba interesante el hecho—. Y yo sé de una fuente muy confiable que persiguen algo más que el antivirus. Los quieten a ustedes. Parece que todo el mundo quiere a Thomas Hunter y a Monique de Raison.

La mirada de Fortier se dirigió hacia Monique.

—Esta es la solución que tienes en mente. Creerías que simplemente te mataría y

así eliminaría el riesgo de que te encuentren. Por suerte para ti, tengo motivos para mantenerte con vida —le informó, luego se dirigió otra vez a Thomas—. Tú, por otra parte, eres un enigma. Sabes cosas que no deberías saber. Nos diste la variedad Raison y luego sin querer nos ofreciste el antivirus, las dos caras de esta útil arma. Pero eso no termina allí. Sigues sabiendo cosas. Dónde estamos. Quizás, qué haremos a continuación. ¿Qué debería hacer contigo?

La mente de Thomas regresó al sueño del duelo con Justin.

Johan. El hombre que había dirigido a las hordas con tanta eficacia había sido Johan. Y tenía una cicatriz en la mejilla. Thomas había visto al dúo entrar al bosque para hacer la paz con Qurong, una paz que de algún modo se hallaba entrelazada con traición.

El gentío había estallado en un feroz debate. Thomas había vuelto hasta sus guardianes y el Consejo se les había unido para reprender la decisión de él de dar seguridad a Johan para que atravesara la selva. Sin embargo, ¿cómo podía él matar a Johan? Además, ¿no había ganado Justin el careo? Ellos no tenían derecho a desautorizarlo ahora.

Las festividades de esa noche fueron más desacuerdos que celebración; una extraña mezcla de entusiasmo por parte de quienes creían que Justin en realidad estaba destinado a liberarlos de las hordas con esta paz suya, y animosidad por parte de quienes se oponían con vehemencia a cualquier maquinación traicionera contra Elyon.

Thomas finalmente había caído en un sueño irregular.

—¿En qué estás pensando? —inquirió Fortier.

Thomas se fijó en el regordete francés. No tenía duda de que este sujeto triunfaría con el virus. Los libros de historias decían que lo haría. Y, como estaba resultando, cambiar la historia no era tan fácil como había esperado. Imposible, tal vez. Todo esto, su descubrimiento del virus al principio, sus intentos por desbaratar los planes de Svensson y ahora este encuentro con Fortier, muy bien podrían estar escritos en los libros de historias. Es posible imaginar eso: El intento de Thomas Hunter por rescatar a Monique de Raison en Cíclope falló cuando el transporte en que él volaba fue derribado... ¡De haber logrado rescatar los libros de la tienda de Qurong habría leído los detalles de su propia vida! Pero parecía que la senda de la historia continuaba exactamente como se había registrado, y él conocía su destino final aunque no el curso exacto que iba a tomar.

La pregunta ahora era cuándo. ¿Cuándo lo matarían finalmente? ¿Cuándo moriría Monique? ¿Cuándo se liberaría en realidad el antivirus para los pocos escogidos? ¿Cuándo descansarían el resto a causa de su horrible dolencia de muerte?

—Ellos los buscaron con casi cien aviones cargados de suficiente equipo electrónico para mover a París por una semana —informaba Fortier—. Fue todo un

espectáculo, no todo a la vez o a una región, por supuesto. En círculos y hacia aeropuertos en todo el Pacífico Sur. Bloquearon las rutas aéreas entre Indonesia y Francia. Para ser bien sinceros, apenas logramos salir.

En los labios de Armand apareció una pequeña sonrisa.

—No lo habríamos hecho de no haber previsto esta posibilidad. ¿Sabes? No eres el único que puede ver el futuro. Ah, tu visión podría ser distinta de la mía basada en este... este don, en vez de sólido razonamiento deductivo, pero te puedo prometer que he visto el futuro, y me gusta lo que veo. ¿A ti no?

—No —contestó Thomas—. No me gusta.

—Muy bien. Aún tienes tu voz. Y eres sincero, lo cual es más de lo que puedo decir de mí mismo. Se alejó.

—Necesito saber algo, Thomas. Sé que sabes la respuesta, porque tengo oídos dentro de tu gobierno. Sé que el presidente no tiene verdadera intención de entregar el armamento que ahora está entrando al Atlántico. Lo que no sé es cuán lejos llevará el presidente este fanfarroneo. Necesito saber cuándo para tomar la acción adecuada. Debes saber que ahora estamos totalmente preparados para un intercambio nuclear. Sería útil saber si atacarán y cuándo.

—No dispararemos armas nucleares —respondió Thomas.

—¿No? Quizás no conoces a tu presidente tan bien como yo. Lo previmos. Ninguna información que me des cambiará el resultado de este juego de ajedrez; solo determinará cuántas personas morirán para facilitar ese resultado.

Fortier miró su reloj.

—Informaremos al público de Francia en tres días. Más de cien miembros menos progresistas del gobierno tendrán intempestivas reuniones entre ahora y entonces. Una delegación china está esperando reunirse con el presidente Gaetan en su despacho y me han pedido que acuda. Es evidente que se han filtrado los altercados contigo en Indonesia y que están causando revuelto. Los Australianos amenazan con informar al público, y se les debe tranquilizar. Uno de nuestros comandantes está haciendo las preguntas equivocadas. Soy un hombre ocupado, Thomas. Me tengo que ir. Hablaremos mañana. Espero que tu memoria te sirva mejor entonces.

Fortier contempló a Monique, inclinó levemente la cabeza y salió del salón.

La mente de Thomas dio vueltas con los detalles que el francés le acababa de proporcionar. El mundo se apresuraba hacia su muy conocido final. Mientras él se encontraba desmayado soñando con la Concurrencia y con cómo era posible que el general Martyn fuera realmente Johan, con cicatriz y todo...

Thomas se detuvo. Miró a Carlos, que había atravesado el salón y abría una puerta que llevaba a la oscuridad.

Se volvió de perfil hacia Thomas. La cicatriz. Mejilla derecha. Curvada como una media luna, exactamente como recordaba la de Johan.

—Vamos —ordenó el hombre—. No hagan que los arrastre.

No, Carlos no querría arrastrarlos. Eso significaría acercarse demasiado... una oportunidad para que Thomas hiciera algo. El hombre sabía jugar con seguridad.

Pero nada de eso le interesaba a Thomas en este momento.

La cicatriz.

¿Y si Rachelle tuviera razón en cuanto a cómo funcionaban las realidades? Thomas podría ser el único enlace entre estas realidades, pero si alguien fuera consciente de ellas, estas dos realidades tenían potencial de afectar a esa persona. Por ejemplo, ahora que Rachelle creía en ambas realidades, si Monique se cortaba, quizás Rachelle despertaría con una cortada. Y si Monique moría, tal vez Rachelle también moriría. ¿Moriría Monique si lo hacía Rachelle? Thomas aún no había convencido a Monique de que creyera. Ni Monique había entrado en contacto con la sangre de Thomas.

¿Era crear el vínculo entre las realidades? ¿O la sangre de Thomas?

Quizás lo uno y lo otro. Esto tenía una extraña clase de sentido. Entre realidades se transfería vida, sangre, destrezas y conocimientos... él ya había experimentado mucho. Lo había probado. Pero ¿por qué?

Creencia.

Si alguien con siquiera la más leve creencia entrara en contacto con la sangre de Thomas, entonces la creencia de esa persona bastaría para conectarla a la realidad de Thomas. ¡Eso explicaría todo! Y no requeriría que Rachelle y Monique fueran una y la misma.

Era una teoría muy buena que hasta ahora no se le había ocurrido. —Ahora. Por favor —expresó Carlos, señalando el cuarto. Pero había un hueco en la teoría. Principalmente, por qué él era Thomas en ambas realidades, por qué no compartía esta experiencia con alguien más. Thomas se puso de pie.

—Tengo algo que decir —enunció—. ¿Puede usted conseguir al francés? Carlos lo analizó. —Tendrá que esperar.

—Querrá oír lo que tengo que decir antes de que se reúna con los chinos. — Entonces dígame.

—Tiene que ver con cómo supe dónde mantenían a Monique. Usted sabía que yo iba a venir, ¿no es así? —declaró Thomas dando algunos pasos y deteniéndose a tres metros del hombre.

Detrás de él, Monique permanecía en su asiento.

—Usted me pudo haber rastreado en Washington, pero decidió ir a Indonesia y esperarme allí, porque sabía que yo me iba a enterar —continuó Thomas—. ¿Estoy en lo cierto?

—¿Qué tiene eso que ver con los chinos?

—En realidad no está ligado con los chinos en sí. Solo dije que él debería Saber

esto antes de que se reúna con ellos.

—¿Y de qué se trata?

—De que voy a escapar antes de que él se reúna con ellos. Thomas no tenía esa clase de conocimiento, pero necesitaba la total tención del hombre y este era el primer paso.

—Entonces habría sido una llamada desperdiciada —dedujo Carlos—. No tengo intención de dejarlo escapar. Esta no es una discusión útil.

—No dije que usted vaya a dejarnos escapar. Pero nuestro escape lo involucrará. Lo sé porque usted no es como ellos. Usted es un hombre profundamente religioso que sigue la voluntad de Alá, y lo conozco muy bien. Mucho mejor de lo que cree que yo podría conocerlo. Nos hemos visto antes.

—Si usted me conoce tan bien —manifestó Carlos moviéndose—, entonces sabe que en mí no influye tan fácilmente un idiota que habla en clave.

—Así es. Sin embargo, ya han influido en usted. Lo han engañado. Lo sé sin la menor duda. ¿Cree que Svensson y Fortier tienen alguna intención de dejar que el islamismo prospere después de tener el poder? La religión es el enemigo de ese par. Ellos podrían establecer la suya propia, hasta podrían llamarla islamismo, pero no será el islamismo que usted conoce. Uno de los primeros en morir será usted. Sabe demasiado. Es muy poderoso. Usted es la peor clase de enemigo... y ellos lo saben. Usted también debe saberlo.

No respondió.

—¿No tiene curiosidad por saber cómo nos conocimos? —preguntó Thomas.

—Eso no ha pasado.

—Usted aún no tiene recuerdo de ello. Nos hemos conocido en la otra realidad. La de los libros de historias. Allá su nombre es Johan y es hermano de mi esposa. También es un gran general que nos ha ocasionado a mí y a mis guardianes del bosque más que nuestra parte de sufrimiento.

—La única razón de que usted viva es debido a su brujería —declaró Carlos, aparentemente sin hallar humor ni persuasión en lo que Thomas aseveraba—. Si se me vuelve a atravesar, lo mataré. Veo que en estos últimos días no ha sanado mucho.

Carlos miró las contusiones y las cortadas que habían hecho las esposas en las muñecas de Thomas.

—Creo que usted morirá fácilmente. Deme un motivo y probaré la teoría ahora.

—¿Es por brujería mi don? ¿O porque soy un siervo de él... de Dios? Debo admitir que en esta realidad no lo he seguido, pero realmente no he tenido una oportunidad, y eso está cambiando. Óigase a usted mismo. ¡Usted está marcado para morir porque cree en aquel que llama Dios! Usted sirve a dos demonios que matan para beneficio propio. ¿Cree usted que lo dejarán vivo?

Carlos parpadeó.

—¿Y si se lo puedo probar? Hermano.

—No sea absurdo.

—Pero usted cree que sé cosas que no debería saber —objetó Thomas—. Por eso me esperó en Indonesia. Usted sabía que yo iba a aparecer. Le digo que usted también cree en una realidad que es más complicada de lo que parece.

Thomas pudo ver la luz en los ojos de Carlos. Como musulmán, tal creencia le sería natural.

CARLOS ESTUVO tentado a dispararle entonces al hombre. Si Svensson y Fortier no estuvieran tan impresionados por el extraño don de Hunter, él los habría desobedecido y habría matado aquí al hombre.

—El nombre de usted es Johan y estamos destinados a ser hermanos — expresó Thomas.

A él le dolió la mente con esta absurda revelación. ¿Quién había oído nunca algo tan absurdo?

Su madre lo había hecho. Ella practicaba mística ascética. El Profeta, Mahoma, también.

Hunter podría estar malinterpretando sus visiones, pero muy bien podría haber visto a otros en sus sueños. Quizás hasta a él. Carlos. Las afirmaciones del hombre lo enfurecían.

Por otra parte, Thomas era bastante listo como para intentar algo así a fin de distraerlo. Esposado, el hombre apenas tenía una plegaria para poderlo alcanzar, mucho menos escapar de él. Pero Carlos no lo subestimaría.

—Consideraré lo que usted ha dicho. Ahora, si no le importa, por favor...

—Entonces lo demostraré —afirmó Thomas—. Cortaré a Johan en el cuello sin tocarlo a usted.

Las palabras provocaron inquietud en Carlos. Le bajó calor por el cuello.

—¿Cree usted que puedo hacer eso? ¿Cree que si sano en la otra realidad sanaré en esta? ¿O que si muero aquí moriré allá? ¿Recuerda que me disparó, Carlos? Sin embargo, estoy vivo. Usted también vive igual que yo en la otra realidad, y acabo de tener una confrontación con usted en la Concurrencia. Le corté el cuello con mi espada.

—¡No sea ridículo! ¡Detenga esto de inmediato!

Pero la mente de Carlos reaccionó con temor. Había oído a los místicos hablar de este modo. Los cristianos. Había oído que algunos aseguraban creer que si un individuo tan solo abriera los ojos podría ver otro mundo. Y una pequeña parte de

Carlos creía. Siempre había creído.

—¿Cree usted, Carlos? Por supuesto que sí. Siempre ha creído.

Al principio, Carlos confundió la sensación en su cuello con la furia que le recorría las venas. Pero el cuello le ardía. La piel le estaba picando como si se la hubieran cortado. Aquello no podía ser verdad, pero él sabía que lo era.

Se llevó la mano izquierda al cuello.

THOMAS OBSERVO con sorpresa cómo la piel del cuello de Carlos empezaba de pronto a sangrar, exactamente como si lo hubiera hecho una espada.

No acababa de cortar a Carlos. Pero una parte de este creyó su historia acerca de Johan para causar la fisura en las realidades. Uno de estos dos mundos podría ser un sueño, pero en este momento no importaba. ¡Por ahora Carlos se hallaba sangrando porque Johan aún estaba sangrando!

El hombre se llevó la mano al cuello, sintió la pequeña herida y alejó sus ensangrentados dedos. Sus ojos miraron con desconcertada fascinación.

Entonces Thomas se movió. Dos pasos y despegó del suelo. Su pie golpeó a Carlos antes de que el hombre pudiera dejar de mirarse la mano.

El tipo ni siquiera se había preparado para el impacto. Se desmoronó como una cadena que cortaran del techo.

Thomas cayó sobre los dos pies y giró. Monique miraba, asombrada por los acontecimientos. Entonces corrió hacia él.

—¡Rápido! ¡Tiene las llaves en el bolsillo derecho! —exclamó ella, las palabras de la joven se amontonaron una sobre otra—. Las vi, ¡las tiene en su bolsillo!

Thomas se agachó hacia el hombre, tanteó el bolsillo detrás de él, sacó las llaves y se paró.

—De espaldas a mí, ¡rápido!

Se liberaron en cuestión de segundos. Las muñecas de Monique también sangraban a causa de las esposas. Ella hizo caso omiso de las cortadas. —¿Ahora qué? —¿Estás bien?

—Estoy libre; eso es mejor de lo que he estado en dos semanas.

—Muy bien, no te me alejes —expuso Thomas.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó ella mirando a Carlos, que yacía inconsciente, sangrando de una leve cortada en el cuello.

—Más tarde. De prisa.

El pasillo estaba vacío. Corrieron hacia la escalera al final y estaban a punto de subir cuando Thomas cambió de opinión. La luz del sol se filtraba por una ventana de

un metro directamente adelante y encima. El pasador estaba abierto.

Tiró de Monique hacia él, se irguió, abrió la ventana y se balanceó en ella hacia fuera. Miró a lo alto, no vio guardias y regresó por Monique.

—Salta. Te levantaré —susurró.

Monique le agarró la mano y él la levantó fácilmente del suelo, estremeciéndose con el pensamiento del dolor que ella debía sentir en sus muñecas heridas. La joven se esforzó un poco por subir las rodillas a la cornisa, pronto ambos estuvieron bien agachados en la ventana y está firmemente cerrada detrás de ellos. Habían pasado menos de tres minutos desde que Carlos golpeará el suelo.

—Estamos en el campo —susurró ella introduciendo la cabeza para observar—. Una finca.

Thomas miró varios establos enormes y un camino que desaparecía en el bosque. La edificación se hallaba cubierta por antigua mampostería. El sol ya estaba escondiéndose en el horizonte occidental.

Carlos despertaría pronto. Tenían que poner una buena distancia entre ellos y esa granja.

—Está bien. Vamos directo hacia el bosque —anunció Thomas después de analizar los árboles más cercanos—. Una vez que estemos corriendo, no nos detengamos. ¿Puedes hacerlo?

—Puedo correr.

Él miró alrededor una última vez. Despejado.

Thomas salió del hueco de la ventana, levantó a Monique y corrió hacia el bosque, asegurándose de que ella estuviera cerca. El crujido de ramas y hojas secas los recibió dentro de los árboles protectores.

Thomas volteó a mirar. No había alarma. No todavía.

MIKE OREAR guió del brazo a Theresa Sumner por el estacionamiento de los CDC. Ella había hecho caso omiso a las llamadas telefónicas que él le hiciera durante las últimas veinticuatro horas, presumiblemente por hallarse hiera de la ciudad. Pero al ver las bolsas en los ojos de ella, a él no le sorprendió saber que su amiga había estado escondida aquí, trabajando en el virus.

Había conducido la noche anterior hasta la casa de Theresa, sin suerte. Eran las ocho de la mañana siguiente cuando finalmente se dirigió hacia acá.

—Mike, ya dijiste lo tuyo. Y la respuesta es no. No puedes informar al público. No todavía —advirtió ella retirando el brazo.

—Veinticuatro horas, Theresa. Esto ya no tiene que ver contigo o conmigo. Hice

una promesa, pero no estaba pensando con claridad. Infórmale a quien tengas que decirle que tienen veinticuatro horas para aclarar las cosas o lanzaré la historia al aire.

Ella llegó al vehículo utilitario deportivo y subió, con el rostro erguido pero agotado.

—Entonces muy bien te podrías estar uniendo a los terroristas, porque lastimarás a tantas personas como ellos.

—No seas ingenua. ¿Me estás diciendo que si no hago conocer la historia vivirán más personas?

Ella no respondió. Desde luego, la respuesta era no, porque si el virus era real, sea como sea ya estaban muertos todos. Y ese virus era tan real como ella lo había afirmado. Real como la leche, el pan o la gasolina. Él había pasado de la incredulidad a un estado de horror continuo por esta inminente enfermedad que se desarrollaba en su cuerpo en ese preciso instante.

—Lo cual significa que no están haciendo ningún adelanto —dedujo él y se alejó—. Grandioso. Razón de más para hacer saber esto.

—¿Y estás contento de saberlo? —contraatacó ella—. ¿Ha mejorado la calidad de tu vida por haberte metido en esto?

Los últimos cinco días habían sido un infierno en vida. Mike miró a lo lejos.

—Exactamente —continuó ella—. ¿Quieres meter al resto del mundo en la misma clase de conocimiento deprimente? ¿Crees que eso nos ayudará a tratar con el problema? ¿Crees que nos acercará un minuto a un antivirus o una vacuna? Ni por casualidad. Al contrario, nos obstaculizará. Estaremos lidiando con toda una nueva serie de problemas.

—Sencillamente no puedes dejar de decirles a las personas que van a morir. No me importa cuánto las quieras proteger; es de sus vidas de lo que estamos hablando. ¿Está el presidente aun manteniéndose firme en todo esto?

—Sus asesores están divididos —contestó ella cruzando los brazos y suspirando—. Pero te aseguro que en el momento en que las personas lo sepan, esta nación se paraliza. ¿Qué se supone que yo haga si no logro comunicarme con los laboratorios de Europa? ¿Pensaste en eso? ¿Por qué irían a trabajar los empleados de la telefónica AT&T si supieran que solo les quedan trece días de vida?

—Porque hay una oportunidad de que todos vivamos si ellos mantienen abiertas las líneas, por eso.

—Eso sería una mentira. Sencillamente estarías reemplazando una mentira por otra —objetó ella.

—¿Qué? ¿No hay ahora posibilidad de que podamos sobrevivir a esto?

—No que yo vea. Tenemos trece días, Mike. Cuanto más de cerca veamos esto, mejor comprendemos lo monstruoso que en realidad es.

—No puedo aceptarlo. Alguien tiene que estar haciendo algún adelanto en alguna

parte. Estamos en el siglo veintiuno, no en la Edad Media.

—Bueno, sucede que el ADN no hace acepción de siglos. Todos estamos andando a tientas en la oscuridad.

—Sabes de todos modos que la noticia se sabrá pronto. Me sorprende que el resto de la prensa no haya atado ya los cabos.

Theresa respiró hondo.

—Solo ha pasado una semana. Se necesita tiempo para reconocer patrones a menos que sepas lo que estás buscando. Los militares saben lo que buscan, pero se les ha dicho qué esperar bajo varias historias ocultas.

—Pero, ¿por cuánto tiempo? ¡Esto es absurdo!

—¡Por supuesto que es absurdo! ¡Todo el asunto es absurdo!

Él puso la mano en el capó del Durango de Theresa. Frío. Ella llevaba aquí bastante tiempo. Quizás toda la noche. O más.

—Nuestra historia acerca de la isla en cuarentena al sur de Java está empezando a derrumbarse —confesó ella—. Una cantidad de personas salieron de la isla antes de que la cerraran. La prensa de allá se está preguntando cuánto se ha extendido. Igual la mitad de laboratorios que trabajan con nosotros.

—Ese es exactamente mi punto. No hay manera de que puedan contener esto. Deberíamos tener a todos los laboratorios del mundo trabajando las veinticuatro horas del día en esto...

—¡Tenemos prácticamente a todos los laboratorios del mundo trabajando las veinticuatro horas del día en esto!

—Deberíamos tener afuera a todos los militares, buscando a esos terroristas...

—Ya tenemos en esto a todas las agencias de inteligencia con algo que ofrecer. Pero, por favor, estos tipos tienen el antivirus... sencillamente no podemos enviar tras ellos un crucero de misiles.

—¿Sabemos dónde están?

Ella no respondió, lo cual significaba que lo sabía o que tenía una buena idea.

—Es Francia, ¿verdad? Ninguna respuesta.

—Finalmente, una excusa para destruir con armas nucleares a Francia.

—Creo que allá podría haber algunos interesados.

—Sin duda no el gobierno apropiado.

—No. No sé nada más, Mike —dijo ella, levantando una mano—. No más. Estoy perdiendo tiempo aquí. Ella empezó a retroceder.

—Las personas deben arreglar sus cosas —advirtió él—. Con sus hijos. Con Dios. Veinticuatro horas, Theresa. No te implicaré.

—Haz lo que tengas que hacer, Mike —expresó ella, volteando a mirarlo—. Solo piensa mucho y muy bien antes de hacerlo.

—¿ADONDE VAMOS? —inquirió Monique resoplando.

—Lejos de Carlos —contestó Thomas escudriñando la pradera que yacía delante de ellos; detrás de esta, un brumoso horizonte—. ¿Tienes alguna idea de dónde estamos?

—Yo diría que al norte. Quizás en las afueras de París.

—La Süreté estará registrando el país por nosotros tan pronto como Carlos envíe el mensaje —comentó él—. Tenemos que conseguir un teléfono que tenga servicio a Estados Unidos. Los aeropuertos serán demasiado peligrosos. ¿Qué tal el Canal de la Mancha?

—Si pudiéramos encontrar un modo de llegar al canal sin ser rastreados. ¿Por qué no París?

Ella era francesa y pasaría fácilmente. Él podría destacarse.

—¿Conoces bien París?

—Bastante como para perderme entre el gentío.

—Tenemos tres días antes de que informen al público. Cuando eso ocurra tendrán que declarar la ley marcial. El transporte público se paralizará. Debemos salir del país antes de eso.

—Entonces París es nuestra mejor alternativa. Yo diría que está al occidente.

—¿Por qué?

—El horizonte no está claro hacia el occidente. Contaminación. Él consideró el razonamiento de ella.

—Está bien, al occidente.

Corrieron durante casi dos horas antes de que el sol comenzara a hundirse en el horizonte occidental. Se toparon con varios edificios de granja, los cuales bordearon después de una rápida mirada, pero aún no veían carreteras pavimentadas. El problema con usar el teléfono de una granja era que sin duda la Süreté rastrearía cualquier llamada que se originara en esa parte de la nación, una tarea sencilla cuando allí no podía haber más de unas cien en ciento cincuenta kilómetros cuadrados. Un teléfono público en un lugar frecuentado por turistas sería mucho más seguro.

El problema con encontrar ese lugar era simplemente que Thomas y Monique corrían a ciegas. No solo habían perdido la luz, sino que aún no estaban seguros de dónde se hallaban.

Siguieron corriendo, dudando entre sacar tiempo para encontrar la dirección correcta y mantener la distancia entre ellos y toda persecución que emprendiera Carlos. Dos veces Thomas retrocedió en su camino, se dirigió al sur por varios centenares de metros y luego siguió otra vez hacia el occidente.

La mente de Thomas forcejeaba con otros asuntos mientras corrían. La herida que

le había provocado a Carlos en el cuello. Resultó que tenía razón: Conocer las realidades y creer en ellas les abría una conexión. No una puerta... pues Carlos no había despertado como Johan, ni viceversa. No de lo que Thomas supiera, de todos modos. Pero entre ellos se había provocado algún tipo de relación de causa y efecto. Quienes creían en las dos realidades veían los efectos transferibles en ambas. Sangre, conocimiento, destrezas.

Si se sangra en una, se sangra en la otra.

Sin duda, Monique iba a creer después de ver lo que le sucediera a Carlos. Tal vez con la inducción de Thomas ella creería que estaba conectada con Rachelle. Pero, ¿era eso algo bueno?

Y si él matara a Johan, ¿moriría aquí Carlos? Quizás.

Dejar que Johan viviera había sido la decisión correcta; estaba seguro de eso. Ahora que conocía el enlace con Carlos, tendría que reconsiderar el asunto. Sin embargo, ¿cómo podría él matar al hermano de Rachelle?

También había otro asunto que le molestaba, algo que tenía dificultad en identificar. Su memoria se había nublado con esos sueños, no podía decir por qué, pero había un problema con Justin del Sur.

El guerrero lo había derrotado en buena lid y había revelado sus intenciones de negociar una paz, mientras las hordas tramaban su derrota final. Mikil había enviado dos grupos de exploradores, pero aún ninguno informaba de amenazas graves. Thomas había reforzado los guardianes en cada lado de la selva, pero aparte de eso no podía hacer nada más que esperar mientras Justin...

Se paró en seco.

—¿Qué pasa? —preguntó Monique deteniéndose también.

—Nada —respondió él y siguió corriendo.

Pero había algo. Estaban las palabras de Qurong, las que alcanzó a oír en el campamento de las hordas. Podía oírlas ahora.

—«Te lo digo, la brillantez del plan está en la audacia —había comentado Qurong—. Ellos podrían sospechar, pero con nuestras fuerzas a sus puertas se verán obligados a creer. Hablaremos de paz y escucharán porque deben hacerlo. Para el momento en que hagamos actuar la traición en él, será demasiado tarde».

Para el momento en que hagamos actuar la traición en él, será demasiado tarde.

¿Quién era «él»? Cuando Thomas supo que no había matado a Martyn, que el hombre con quien Qurong había estado hablando no era Martyn, había supuesto que «él» tenía que ser Martyn. El pensamiento se le cruzó por la mente cuando Justin llevó a Martyn al anfiteatro. En parte por eso Thomas no tenía intención de creer en ninguna paz que esos dos negociaran. Sus guardianes estarían listos.

Pero, ¿y si «él» fuera Justin del Sur?

¡Por supuesto! ¿Quién mejor para traicionar que un héroe entre el pueblo, un

poderoso guerrero que montara como un rey por el Valle de Tuhan y derrotara al comandante de los guardianes en un combate cuerpo a cuerpo?

¡Fue una trampa! Justin podría tener ya una alianza con Martyn. Había negociado la retirada de los encostrados del Bosque Sur. Luego había regresado al campamento principal de las hordas con Martyn y llegó a tiempo para salvar a Thomas y su grupo en una demostración de buena fe. El hombre en lo alto de la colina que observaba a Thomas y sus hombres había sido Martyn.

¡Todo tenía perfecto sentido! La batalla en el Bosque Sur, las palabras en la tienda de Qurong, que Justin salvara a Thomas en el desierto, la victoria de Justin en el careo y ahora esta revelación de Martyn como Johan. Incluso la marcha por el Valle de Tuhan.

Y todo enfocado a este fin. Una trampa. Una traición.

¿Y si la traición terminaba en la matanza de su poblado? ¿La muerte de los niños? ¿La muerte de Rachele? ¿Moriría Monique? ¿Y si las hordas lo mataban? Él era necesario aquí.

Thomas no sería engañado por la traición de ellos. Cortaría el asunto y rechazaría cualquier paz ofrecida por Johan y Justin. Esto acabaría en una terrible batalla, quizás, pero...

Otro pensamiento lo sorprendió. ¿Y si él utilizaba este conocimiento contra las hordas? ¿Y si creaba un cambio total, uno que pudiera evitar por completo la guerra? Su propia paz en sus propias condiciones.

Thomas se volvió a detener, el corazón le palpitaba con ansiedad por volver a soñar. ¡Debía regresar y tratar con la traición de Justin!

Adelante, al borde de un claro, había una pequeña cantera. Las luces de una casita de granja brillaban a varios cientos de metros en el valle.

—¿Qué pasa ahora? —inquirió Monique, jadeando.

—Está casi completamente oscuro. No sabemos cuán lejos debemos seguir o adonde estamos yendo en realidad. Debemos detenernos para pasar la noche.

—¿Y si él nos atrapa?

—No creo que Carlos espere que nos detengamos para pernoctar... irá a la ciudad o investigará en establos y pueblos —dedujo él y señaló hacia las luces de la granja adelante.

—¿Quieres que nos detengamos aquí? —preguntó ella mirando alrededor.

Thomas corrió sobre la cantera. El terreno bajaba cerca de siete metros, como un tazón. En el fondo había varias rocas enormes.

—Podemos tender algunas ramas o paja.

El creyó que ella protestaría. Pero después de un momento estuvo de acuerdo.

—Está bien.

Diez minutos después habían cubierto el terreno con pasto y apoyado.

—Rachelle ya ha experimentado eso mismo. No podemos permitir que te ocurra algo.

—Porque afectará también a Rachelle. Thomas suspiró y se volvió a recostar en la roca. —¿Está Rachelle en peligro de muerte?

—En realidad, sí. Todos lo estamos.

—Entonces supongo que sería mejor que soñaras y salvaras al mundo.

Por el tono de ella él supo que le frustraban estas ideas de los sueños, pero él no tenía energías para persuadirla ahora. Decidió darle un pensamiento diferente.

—Simplemente podría. Pero creo que deberé ir tras Justin para hacerlo. Ella no preguntó quién era Justin.

La luna brillaba y la noche era fría cuando finalmente convinieron en que debían dormir. La enramada significaba ocultarse de todo ojo entrometido en el cielo y Thomas insistió en que los dos durmieran bajo las frondosas ramas.

A pesar de sus intentos iniciales y del pudor, ambos aceptaron el hecho de que en ese momento era más importante la comodidad y el calor que obligarse a estar en posiciones que los mantuvieran separados la mitad de la noche. Yacían hombro con hombro, brazo con brazo, en la oscuridad y empezaron a dormirse.

Thomas se hallaba casi dormido cuando sintió la mano de ella sobre la suya. Abrió los ojos. Al principio se preguntó si le tocaba la mano en su sueño. Debía apartar el brazo.

Tardó otros quince minutos en comenzar a dormirse otra vez. Así se quedaron profundamente dormidos, muñeca con muñeca.

CARLOS CUBRIÓ el terreno en una caminata firme y rápida. La luna se hallaba bastante alta para iluminarle el camino, lo cual le hizo más fácil la marcha durante la primera hora de oscuridad, antes de que la luna se ocultara.

Viajaba solo porque este asunto de Thomas Hunter se había vuelto algo muy personal y también por tener la seguridad de poder tratar con el problema sin siquiera revelar toda la verdad de lo que ocurrió en la casa.

En su mano portaba un receptor que recibía una señal de la mujer. Una semana antes le habían cosido el transmisor a la banda de la cintura... no había motivo para no mantener controlado un activo tan valioso. Carlos tendría problemas si ella se despojaba de los pantalones, pero no tendría oportunidad, a menos que llegara a un pueblo. Y, basándose en el curso que seguían, eso no sucedería antes de la mañana.

Se habían detenido. Incluso en ese lugar los alcanzaría en cuestión de horas.

Levantó la mano y se volvió a tocar el cuello. La sangre se había secado; la

cortada era poco más que un rasguño. Pero en la mente se le representaba todo el tiempo la manera en que la recibió.

Igual pasaba con lo que Thomas había dicho acerca de su propio fallecimiento después de que ya no fuera útil. Había considerado la posibilidad de que Fortier simplemente dispusiera de él una vez que tuviera lo que quería... nunca habría garantías con tipos como Fortier.

Pero Carlos no era un hombre sin planes propios. Podía encargarse de esta contingencia con Hunter. En principio, esto le daba un motivo perfecto para matarlo de una vez por todas. Pero también podría asegurarse su propio crédito hasta tener la oportunidad de eliminar tanto a Svensson como a Fortier. Les diría que antes de morir Hunter había confesado algo nuevo acerca de estos cuentos de él, que un intento importante de golpe seguiría inmediatamente a la transición de poder a Fortier. Lo mantendrían vivo al menos el tiempo suficiente para combatir el golpe.

Hunter no haría tal afirmación, por supuesto, pero había algo de verdad en eso. Habría un intento de golpe.

Los musulmanes, no un francés impío, terminarían siendo los ganadores en esta guerra de Alá.

Fortier no era el único hombre que sabía cómo pensar.

20

THOMAS JADEÓ en su sueño y despertó al instante. Se levantó bruscamente. Oscuridad. Silencio.

Parpadeó y forzó la vista. Lentamente comenzó a distinguir las paredes. Monique estaba en la cama a su lado, respirando firmemente.

No, no era Monique. Rachelle, que anoche lloró hasta quedarse dormida después de saber la verdad respecto de su hermano, Johan.

Un dolor le subió por el brazo y se palpó la muñeca. Lastimada y cortada. Sí, desde luego... las esposas que le habían puesto estuvieron demasiado apretadas y le afectaron la piel. Tenía sangre en las muñecas. Aquí también había sangrado.

Los acontecimientos de ambos mundos se le vinieron encima. Había escapado con Monique y se hallaba durmiendo debajo de una roca en la cantera, desesperado por soñar para poder volver aquí y tratar con la traición.

Bajó los pies de la cama, agarró las botas y la ropa, y se escurrió a la sala principal sin despertar a Rachelle. Dejarla sola por segunda vez en una semana sin decirle nada le pareció una posible crueldad. Pero no se atrevió a despertarla y correr el riesgo de que ella interfiriera en tan perfecto plan. Lo que él pensaba tenía grabado un timbre de locura y sin duda Rachelle lo oiría y lo tocaría.

Mikil, por otra parte, saltaría ante la oportunidad.

Se vistió rápidamente, se puso la espada en el hombro e ingresó al aire frío de la mañana. El abarrotado poblado estaba ahora en los sueños profundos de los extraños sucesos del día y de las bulliciosas celebraciones nocturnas. Habían asado cien cabras a lo largo de las orillas del lago, como se acostumbraba la segunda noche. Las danzas habían continuado hasta tarde, y la charla sobre Justin y Martyn acabó más tarde aún.

El guerrero del Sur fue tan vigorosamente defendido por algunos como castigado por otros. La idea de la paz con las hordas, a pesar de las circunstancias, era ofensiva para la mayoría. Hasta los partidarios de Justin concordaban en algo: Si las hordas marchaban sobre la selva, lo más probable es que eso significara que Justin los había

traicionado. Pero no había por qué preocuparse... su héroe del Bosque Sur nunca los traicionaría. Cuando aseguró que negociaría la paz, solo pensaba en la verdadera paz.

Thomas no sabía por qué no comprendió antes las palabras de Qurong. Quizás porque muchas veces sus sueños le confundían la mente. Tal vez se hallaba tan desconcertado por la verdadera identidad de Martyn, que no lograba mantener con objetividad sus pensamientos. De cualquier modo, estaba seguro que si contaba el consejo que el líder de las hordas expresara en esa tienda, reunirían un ejército para interceptar el plan de «paz» de Justin y Martyn.

Encontró a Mikil profundamente dormida y la despertó con un suave sacudón. Ella saltó de la cama, espada en mano. —¡Soy yo! —susurró él. —¿Thomas?

—Sí. Apúrate, tenemos asuntos.

—¿Se reportaron los exploradores? —averiguó ella corriendo a la ventana y mirando a través de la cortina.

—No. Ningún mensaje. Apúrate.

—Entonces ¿qué?

—Te lo diré en el camino. Encuéntrate conmigo en los establos. Él corrió hacia los establos de los guardianes al borde del poblado y estaba allí cuando ella lo alcanzó.

—¿Adónde vamos?

—Shh, guarda silencio. ¿Qué dirías si te digo que Justin podría estar pensando en traicionarnos?

—Diría que son noticias viejas. ¿Te has enterando de algo nuevo?

Thomas abrió el portón del establo.

—Ensilla. Te lo explicaré cuando hayamos salido.

Pasaron sus caballos por la entrada principal del poblado, luego montaron y se internaron en la selva.

—Dime —inquirió ella, mirando hacia atrás—. ¿Qué pasa?

—Soñé.

—Eso otra vez. Bueno. ¿Qué soñaste?

—Soñé lo que alcancé a oír en la tienda de Qurong. La puso al tanto, palabra por palabra, y le explicó su lógica. Ella espoleó el caballo, se lanzó hacia delante y luego retrocedió. —¡Lo sabía! ¡Él representaba el final de la selva! ¿Cuántas veces te lo advertí?

Mikil tenía razón. El silencio de él era suficiente confesión. —¡Debemos detener esto! —exclamó ella.

—¿Por qué crees que vamos a caballo antes del amanecer? Montemos hasta el desierto oriental, donde Qurong acampó la última vez. Si estoy en lo cierto, aún estará allá, tal vez incluso más cerca.

—¿Qué, planeas que los dos solos enfrentemos todo el ejército?

—Creo que nuestros exploradores averiguarán que Justin tenía razón: Las hordas se han reunido en cantidades mayores de las que hemos imaginado. Que sepamos, tienen un ejército al occidente, en espera de que nuestra preocupación por el oriente descubra nuestro flanco. Esa podría ser la clase de estrategia de Martyn.

—Entonces ¿estás pensando en negociar? ¡Ese es el mismo plan que tiene Justin! No Thomas, ¡Nada de paz!

—Estoy pensando que Martyn escuchará otra propuesta. Una que dé vuelta por completo a la tortilla.

EL SOL estaba caliente.

Monique abrió los ojos. ¿Sol?

Por los postigos entraba luz, poniendo al descubierto miles de partículas de polvo que flotaban perezosamente. ¿Dónde estoy? Estoy en casa. ¿Quién soy? Eres Monique.

Se apoyó en el codo y parpadeó. No era totalmente ella. O era completamente ella. Rachelle.

Levantó la mano y movió los dedos. Ella era Monique, y sabía que debía estar durmiendo bajo la roca al lado de Thomas, pero también sabía que experimentaba mucho más que un sueño. Asombroso. Esto es lo que Thomas sentía cuando despertaba.

¿Soñaba con el otro mundo de Thomas porque le había agarrado la mano mientras dormía? ¿Y soñaba con Rachelle por creer que estaba conectada con ella? Thomas había dicho que era cuestión de creer. Ella estaba compartiendo la vida de Rachelle.

¿Significaba que todo esto era verdad? ¿Que era cierto todo lo que afirmaba Thomas?

Supo la respuesta de inmediato, porque como Rachelle ella sabía que esta realidad era tan real como Francia o Bangkok. ¿Qué más sabía Rachelle? El nombre de mi esposo es Thomas. Y tengo hijos. Giró hacia el costado de él en la cama. —¡Thomas!

Pero Thomas se había ido. Por supuesto, siempre despertaba temprano. Ella también sabía eso. Sabía que solo estaba en casa cada dos días porque era el comandante de los guardianes, un poderoso guerrero y héroe cuyo nombre literalmente veneraban en todas las selvas.

Su esposo, un poderoso guerrero.

Ella sabía que él peleó el día anterior con Justin y que perdió. Y sabía que el general de las hordas, Martyn, era su propio hermano, Johan.

Rachelle tragó grueso y puso los pies en el sueño. Así fue como Thomas se había sentido al principio, al despertar en el bosque negro hace quince años. Él había intentado hacerla entender, pero solo ahora ella podía comprender. Solo que él había despertado sin recuerdo alguno debido a su caída.

Thomas había caído en el bosque negro y como resultado comenzó a soñar con

las historias. Esta era la realidad; ese era el sueño. Ella estaba segura de ello. Al menos en este momento estaba segura.

Le dolían las muñecas. Las esposas. Le habían sangrado, Thomas dijo que la sangre era especial. Ella se había quedado dormida, mano con mano, su muñeca tocando la de él. Por eso Monique estaba soñando con Rachelle en ese instante. Así fue como ella había soñado antes con Monique. Se había cortado el hombro en la puerta y había sangrado al lado de Thomas. Se había hecho una conexión entre la sangre de ellas.

Sus hijos...

Ella retiró la cobija, se puso una blusa de manga larga para ocultar las muñecas y salió corriendo del cuarto. Encontró a Marie exactamente donde esperaba hallarla, buscando en la canasta de frutas su néctar preferido.

—Hola, mamá —saludó su hija, bostezando—. Papá se ha ido.

—Sí. ¿Aún duerme tu hermano?

—Eso es lo que más hace.

—Es un niño en crecimiento.

Rachelle corrió hacia el cuarto del chico. Sí, es verdad, allí estaba Samuel, con un brazo colgando del borde de la cama, perdido en sus sueños en que combatía a las hordas con una espada tan grande como él. La cariñosa madre se acercó y le besó la parte trasera de la cabeza.

¡Ella se hallaba viviendo una segunda vida! En un instante se había convertido en una persona totalmente nueva. Aspiró la fragancia de flores de tuhan. Alguien cocinaba carne. Desde afuera venían risas. Todo se sentía nuevo. Esta era la época de la Concurrencia anual en que las calles estarían llenas de danzas, historias y libación de cerveza ligera. Y ella era una magnífica bailarina, ¿verdad? Sí, desde luego que sí. Una de las mejores.

Tenía dificultad en mantener tranquilo el corazón. Comprendió por qué Thomas se hallaba tan convencido. ¡Debía encontrarlo y hablarle inmediatamente de esto!

Marie había hallado una enorme nanka amarilla y el jugo le corría por el mentón.

—No te ensucies, Marie. Lávate la barbilla —ordenó ella mirando hacia la sala.

Su sala. La segunda espada de Thomas, la cual normalmente se hallaba en el rincón, había desaparecido. Extraño.

—¿Sabes adonde fue papá? —le preguntó a Marie.

—No. Salió temprano. Antes del amanecer. Lo oí.

Rachelle se quedó helada. Las palabras de él en Francia le resonaron en la mente. Creo que deberé ir tras Justin para hacer eso, había dicho.

¿Tras Justin?

¡Él había ido tras Justin! Justin estaba con Martyn. Ellos estarían con las hordas. Por segunda vez esta semana la había dejado durmiendo para participar

subrepticamente en alguna atolondrada misión que solo un hombre tan obstinado como Thomas podía tomar más allá de la simple fantasía.

Justin y Martyn se habían ido al oriente, según los exploradores. Al oriente hacia el ejército de Qurong.

Ella corrió al dormitorio y se vistió por completo. Si Justin se hallaba con Martyn, entonces también estaba con Johan. ¿Significaba eso que él iba tras su hermano?

¿Y si quisiera matar a Johan, creyendo que al hacerlo mataría a Carlos? Pero no podía hacerlo. ¡Johan era hermano de ella! Quince años atrás habían perdido a toda su familia ante las hordas cuando Tanis fue engañado, pero lidiaban con esto como parte de una gran tragedia. La idea de perder a su propio hermano por medio de la espada de su esposo le produjo ahora algo de pánico en el pecho.

¡Tenía que detenerlo! Y si no hubiera ido a matar a Johan, debía decirle lo que ahora sabía. Ella era Rachelle. ¡Ella era Monique! No había duda de que estaban conectadas.

Se envolvió las muñecas e hizo que los vendajes parecieran bandas con tonos cobrizos. La principal tarea era salir sola del poblado sin levantar sospechas de su intención. Iría hasta la casa de Anna y debería aparentar normalidad cuando le preguntara a la anciana mujer si podía cuidar a Marie y a Samuel durante el día mientras ella salía a preparar una sorpresa especial para Thomas.

Andrew, que supervisaba los establos comunes, le preguntaría por qué se iba a llevar uno de los corceles, pero ella simplemente le diría que deseaba dar un paseo por la campiña. La Concurrencia inspiraba tanto a hombres como a mujeres.

Al regresar con la aprobación de Anna debió arrastrar a Samuel de la cama. Abrazó a los dos niños, les dijo que hicieran caso a la tía Anna y prometió regresar al anochecer. Si no volvía, no debían preocuparse, pues ella y papá debían hacer algunas cosas.

Una hora después de haber despertado, Rachelle dejó atrás al último de los curiosos que le brindó buenos deseos y le preguntó adonde se dirigía en tan magnífico animal. Ella condujo al caballo por la puerta, aventó la pierna por encima de la silla y cabalgó hacia el oriente.

La primera hora pareció durar solo minutos. Con Monique sentía todo nuevo y fresco, como si lo experimentara por primera vez, lo cual era el caso de la mente de Monique. Sin duda, la francesa nunca se había imaginado sentirse tan poderosa, una amazona tan realizada, tan llena de pasión como Rachelle se encontraba ahora.

En realidad estaba tan tonificada que medio esperaba que alguien de las hordas saltara detrás de un árbol para enviarlo de una patada a donde pertenecía. Dos veces casi desmontó para intentar algunas volteretas. Pero la idea de encontrar a Thomas la mantuvo cabalgando a toda prisa.

Una hora se convirtió en dos, luego tres y después cinco. La selva pasaba volando

e igual ocurría con la mente de Rachelle. Con cada kilómetro recorrido aumentaba en ella la ansiedad por encontrar a Thomas. Ahora estaba segura de que él de veras había seguido este camino... por las huellas del caballo, las cuales podía observar como la palma de la mano, marcadas en el fango casi en cada vuelta. Él había pasado con Mikil. Al menos tuvo la sensatez de traer a su mejor guerrera.

Rachelle consideró el peligro potencial por delante, pero para ella no era demasiado cualquier peligro al que su esposo se arriesgara. El destino del mundo estaba a la mano y ella debía jugar un papel.

A últimas horas de la tarde llegó al borde de la selva y se detuvo. A esta hora del día el cielo y el desierto estaban rojos. Ella había salido del poblado más o menos dos horas después que Thomas y le había seguido las huellas hasta este momento. Si corría más rápido podrían llegar al lugar donde...

De repente casi se le paraliza el corazón. Allí estaba el campamento de las hordas, en el horizonte, apenas visible contra la arena roja. Ellos se habían acercado mucho más.

Se acercaron más.

¿Planeaban atacar? Se sintió inmovilizada por el pánico. El campamento parecía más grande de lo que recordaba. Casi del doble de tamaño. ¡Esto solo podía tratarse de una reunión para hacer la guerra! ¿Había ido Thomas hacia ellos?

Examinó las huellas de su esposo. Iban directo al frente y bajaban por el cañón. Había dos senderos bien transitados hacia el desierto, Thomas había tomado este. Él había visto el campamento de las hordas y seguido adelante. Entonces ella también lo haría.

Rachelle espoleó el caballo.

El negro corcel solo había dado dos pasos cuando algo golpeó a Rachelle de costado.

La mujer lanzó una exclamación y bajó la mirada. Una vara sobresalía a su lado. El mango de una flecha. El dolor le recorrió el cuerpo.

Otra flecha le pegó en el hombro y una tercera en el muslo. Ahora vio a los encostrados cerca de la línea, un grupo de cinco o seis. ¡Tenían arcos! Ella no sabía...

La siguiente flecha golpeó a Rachelle en la espalda. Instigó al caballo a salir al galope. ¡A su izquierda! ¡Debía alejarse de ellos!

Había flechas clavándosele en el cuerpo. ¡Flechas! La mente se le llenó de pánico.

El corcel descendió rápidamente por un estrecho sendero, sobre el borde del cañón.

Otras tres flechas se le precipitaron hacia la cabeza, por lo que se agachó. El dolor de las otras le recorría ahora la espalda y la pierna. —¡Arre! —exclamó.

El sendero era empinado y el caballo resbaló en las piedras, pero se detuvo al saltar sobre una roca que de repente le impedía el paso. Luego tomó una curva.

¿La seguirían los encostrados?

Ahora gritaban por encima de ella. Reían.

Llegó al fondo arenoso y orientó el caballo hacia el primer cañón angosto a su derecha. Por encima repiqueteaban los cascos a lo largo de la roca. La alcanzaban por el borde del cañón. Acercó el corcel al murallón izquierdo y se agachó, estremeciéndose de dolor. Un terrible dolor le recorrió el vientre.

Le dispararon. Cuatro flechas: dos en el cuerpo, una en la pierna, una en el brazo. Debía esconderse y tratar de conseguir ayuda. ¿Debería intentar quitarse las flechas? Vamos a morir.

No, ¡no podía morir! ¡Rachelle no podía morir! ¡No ahora!

El caballo disminuyó la marcha a un trote. Resonaron voces, pero parecen replegarse. Los cañones rocosos eran como un laberinto... no asombraba que ellos hubieran optado por andar por la meseta. Pero si ella profundizaba más su camino, alejándose de los muros cerca de la selva, ellos tendrían dificultad en encontrarla.

Rachelle cortó hacia el lugar despejado, luego pasó una pequeña brecha que entraba en una cuenca enorme. Las voces sonaban ahora distantes, pero ella no tenía la mente tan clara como antes. Quizás no estaba oyendo bien. Le dejó la dirección al caballo y se revisó la flecha de la pierna izquierda. Si la dejaba incrustada, el movimiento del caballo podría hacer que la punta se le clavara más. Si la sacaba, sangraría de mala manera.

Gimió. La flecha del costado era peor. Se había hundido profundamente. En sus órganos internos. Aunque lograra extraerla sin desmayarse, se arriesgaría a un terrible sangrado interior. Podía sentir el apéndice en la espalda.

¡Era horrible! Había ido tras su esposo como una tonta y ahora moría aquí en el cañón, ¡sola!

No supo cuánto tiempo más montó, ni adonde la llevó el caballo. Solo que las fuerzas se le agotaban a un ritmo constante. Los encostrados la habían perdido, pero ella no sabía si la esperaban cuando saliera del laberinto, así que mantuvo caminando al caballo.

Tienes que encontrar ayuda. Debes regresar a la selva y buscar ayuda. Se detuvo y miró alrededor, pero la vista se le había hecho borrosa y se dio cuenta de que nunca llegaría a la selva con esa luz menguante.

Es más, si tenía razón, ahora se hallaba al borde del desierto, donde los desfiladeros daban paso a kilómetros de arena. ¿Cuán lejos había viajado? Si seguía cabalgando se alejaría aún más de donde debía ir. Y no podía seguir avanzando con las flechas clavadas. El más leve movimiento le producía pinchazos de dolor en la pierna y la columna vertebral.

Debía descansar. Tenía que bajarse del caballo y acostarse. Pero temía desmayarse si intentaba desmontar.

—Elyon, ayúdame —susurró Rachelle—. Querido Dios, no me dejes morir.
Pero sabía que iba a morir.

21

THOMAS Y Mikil se sentaron al otro lado de la mesa de carrizo de Martyn en una tienda abierta que uno de los asesores del general había seleccionado para su líder después de que este aceptara hablar con Thomas. El hedor del encostrado era casi demasiado para soportar.

El hecho de que las hordas casi se hubieran duplicado en tamaño y se acercaran aún más a la selva era una señal de mal augurio, razón de más para que Thomas hablara con Martyn.

Habían entrado ondeando una bandera blanca... idea de Thomas. Él no recordaba que nunca antes alguien hubiera usado una bandera blanca, pero la señal se entendió rápidamente y los guardias del perímetro los detuvieron a cien pasos mientras verificaban con sus líderes. Finalmente había salido otro general, comprobó que Thomas de Hunter solicitaba una audiencia con Martyn y transmitió la petición.

—Díganle a Martyn que Thomas de Hunter solicita una audiencia con Johan —le había dicho Thomas al general. —¿Quiere usted hablar con Justin del Sur?

—No, con Justin no. Con Johan. Ese es el nombre por el que lo conozco. Johan. Media hora después se habían reunido.

Johan estaba claramente bajo su piel fétida y descascarada. De mayor edad ahora, casi de treinta años. De pintársele de verde los ojos y dársele color a la piel, nadie que hubiera conocido al muchacho se podría haber confundido. El círculo redondo de los hechiceros se hallaba delineado en su frente.

Pero se movía y hablaba como un hombre totalmente distinto. Movía los ojos con cautela y sus movimientos eran lentos para minimizar el dolor de su enfermedad. Igual que todos en las hordas, no creía que la putrefacción fuera una enfermedad. Tenía la mente aguda, pero se había tragado las mentiras que mucho tiempo atrás lo persuadieron de que este era el camino que todos los hombres buenos debían observar, recorrer y sentir. El dolor era natural. El olor a carne podrida era más un aroma de sana humanidad que una fetidez.

—Los lagos te producen eso —expresó Johan mirando a Thomas y arrugando la nariz.

—¿Qué producen?

—Te dan esa horrible pestilencia.

—Supongo que sí. Y tu piel no es menos ofensiva para nosotros. Hace tres años odiabas la fetidez. ¿Dónde está Justin?

—Salió hace una hora —contestó Johan después de titubear.

—¿Regresará?

—Sí.

—¿Aceptarás hacer la paz con él?

—Esa es claramente su intención.

—¿Y es la tuya?

—Dime tú; ¿lo es?

El hombre hablaba de manera enigmática. Thomas debía hablar francamente con Johan.

—Lo que debo decirte es solo para tus oídos —le anunció—. Aleja fuera a tus hombres y yo alejaré a mi teniente.

—Señor...

Levantó la mano hacia Mikil. Ella no lo cuestionaría más en público.

—Sin duda, no me tienes miedo —enunció Thomas—. Eres el hermano de mi esposa.

—Salgan —ordenó Johan a los cuatro guerreros detrás de él.

Ellos titubearon y luego retrocedieron. Thomas miró a Mikil, cuya mirada era de desaprobación, luego salió. Ambos grupos se alejaron como cincuenta pasos en direcciones opuestas, después se detuvieron para observar desde el desierto abierto.

—Johan —expresó Thomas—. Recuerdas tu verdadero nombre, ¿verdad?

—Quieres decir el nombre que tuve de niño. Todo niño crece. ¿O siguen siendo niños todos los habitantes del bosque?

—¿Ha quedado algo de Johan en ti?

—Solo queda el hombre.

—¿Y por qué uno de mis soldados puede matar a cinco de los tuyos? Los ojos de Johan parpadearon.

—Porque apenas ahora mis hombres están aprendiendo a pelear contigo. Yo conozco tu forma de hacerlo. Nuestras pericias te superarán pronto.

—Les estás enseñando nuevos trucos, ¿no es así? Pero haz memoria, Johan. Antes de que te extraviaras en el desierto. Eras mucho más fuerte que ahora. La condición de la piel es una enfermedad.

El hombre solamente le sostuvo la mirada.

—¿Cómo te extraviaste?

—¿Para esto me llamaste? ¿Para hablar de una época en que jugábamos con espadas de juguete?

La mente de Johan se hallaba tan subyugada como su carne, pensó Thomas. Se preguntó si Rachelle podría acabar con este engaño.

—No. He venido porque sé más de lo que debería —expresó; debía ser cuidadoso—. Oí una conversación en la tienda de tu líder unas noches atrás cuando maté al general. Espero que no me guardes rencor por esa muerte.

—El general que mataste era un buen amigo mío.

—Entonces, por favor, acepta mis condolencias. Sea como sea, ahora sé que ustedes conspiran con Justin y Qurong contra los habitantes del bosque. Nos ofrecerán paz y, a pesar de tener todo en contra, ustedes creen que Justin persuadirá a nuestro pueblo para aceptarles la oferta. Pero pretenden traicionarnos una vez que se hayan ganado nuestra confianza.

Thomas dejó que la declaración se afirmara. Johan no hizo ningún comentario. Era imposible verle alguna reacción en el rostro, al hallarse envuelto y reducido por la oscuridad de la capucha.

—Deseo saber qué recibirá Justin por su traición.

—Eso no es de tu incumbencia.

—¿Cuánto tiempo han estado planeando esto?

—Bastante.

—Debí haberlo sabido. Ustedes dos son originalmente de nuestra selva. Primero te perdiste hace tres años y luego apareciste oportunamente como un general al tanto de nuestras estrategias. Un año después Justin rechaza mi nombramiento y empieza a predicar su paz. Todo el tiempo ustedes dos conspiran por acabar con la selva. Que yo sepa, tramaste el plan con Justin en el Bosque Sur y luego decidieron vivir como encostrados. Él ha estado sembrando dudas mientras tú has levantado tu ejército para aprovecharte de esa duda. ¿Fue idea de él o tuya? ¿Harás a Justin líder supremo de las hordas?

Johan, es decir Martyn, el general hechicero, lo miró por un buen tiempo. Pero no quiso contestar.

—Sin embargo, te debió haber preocupado el impacto que una batalla en la selva tendría en tu ejército, o simplemente habrías marchado sobre nosotros ahora, sin ningún intento de traición —expuso Thomas—. La traición es tu nivelador. Esperas atraparnos desprevenidos.

—¿Es correcto eso? Bueno, si sabes esto, nuestro plan está frustrado.

¿Una admisión tan rápida? Pero Johan no tenía el tono de un hombre derrotado.

—No necesariamente. Las dos partes tenemos un problema. El mío es Justin; el tuyo es Qurong. Creo que Justin puede tener suficiente poder para poner en peligro nuestros deseos de luchar.

—Una admisión sorprendentemente cándida —afirmó Johan después de una vacilación.

—No estoy aquí para jugar. Incluso con tu traición, la batalla sería feroz. Muchos de tus hombres morirían. La mayor parte.

—Una posibilidad. ¿Y cuál es mi problema?

—Tu problema es Qurong. El peleará esta batalla aun sabiendo que se ha puesto en peligro su traición. Al final, la selva se teñirá de sangre y a ustedes les quedarán pocas personas para gobernar.

—¿No es así como sucede? ¿No es así la guerra?

—No —contestó Thomas bajando la voz; Mikil había necesitado casi todo el viaje para adoptar la sabiduría de lo que él estaba a punto de proponer.

—Nunca puede haber una verdadera paz entre nuestros pueblos; ninguno de los dos puede aceptarla. Pero puede haber una tregua —informó él golpeteando los dedos en la mesa—. Ahora.

—Como Justin ha propuesto. Una tregua.

—Él ha propuesto una paz que terminará en más derramamiento de sangre que cualquier cosa que se pueda concebir, sangre en su mayoría de las hordas. La única manera en que le veo salida a este atolladero es que el hermano de mi esposa, Johan, dirija las hordas en lugar de Qurong. Te pudiste haber convertido en hombre, pero ¿matarás a tu propia hermana?

—Podría haberte matado por tales palabras —respondió Johan; miro a sus hombres; estaba claro que no le emocionó la mención de traicionar a su líder.

—Estás sugiriendo una revuelta contra Qurong, el hombre que es mi padre.

—Él no es tu padre.

—Su nombre era Tanis, y siempre lo he visto como mi padre.

Tanis. ¿Tanis? El primogénito de todos los hombres. Una figura paternal para el pueblo del bosque colorido. ¡Qurong era Tanis! Thomas sintió que se le oprimía el pecho. Tomó eso con inquietud, aunque esperaba no haberla demostrado.

—Si crees que tus ejércitos pueden sobrevivir a los explosivos que tenemos para ellos, te equivocas tristemente. Sin duda, te enteraste del destino de tus encostrados en los cañones. Si es más muerte lo que deseas, dile a Qurong que se ponga en marcha ahora, ¡esta noche! Pero les puedo prometer que por cada guardián que maten, nuestra pólvora decapitará a cien de ustedes.

Esto era un faroleo; ellos no tenían explosivos. Pero por la ligera reacción de Johan, Thomas pensó que al menos había creado algo de confusión.

—Garantizaré tu entrada segura a la selva con Qurong y Justin. Trae un millar de tus mejores guerreros si deseas. Pondrás al descubierto, ante el pueblo, la traición de Justin y Qurong, y juraré que dices la verdad. Condenaremos a Qurong a muerte. Ocuparás la vacante.

—Eres hijo de los shataikis, ¿no es así? —declaró Johan mientras se le formaba lentamente una sonrisa en el rostro.

—Ese sería Qurong, el primogénito que en principio nos provocó esta enfermedad.

—¿Y Justin?

—Estará desacreditado —contestó Thomas encogiéndose de hombros—. Desterrado.

—¿Podría matarlo yo?

—¿Por qué? —inquirió Thomas, sorprendido por lo extraño de la pregunta.

—Su lealtad a Qurong sería un problema para mí.

—Haz lo que debas hacer —respondió Thomas, después de titubear. —¿Crees que soy tan estúpido como para entrar a una trampa con solo mil de mis hombres a mi lado? Qurong no estará de acuerdo con eso.

—Lo hará si me quedo aquí como garantía de su seguridad.

Ese era para Mikil el elemento más conflictivo del plan. Pero Thomas la había convencido de que el mundo estaba en juego. Sin alguna clase de acuerdo, habría un baño de sangre. Qurong atacaría. Quemarían la selva. Quizás ellos lograsen matar a la mayor parte del ejército de hordas, pero al final se quedarían sin sus esposas e hijos para justificar tan terrible victoria.

—Tu plan es traicionero —afirmó finalmente Johan—. No soy un hombre que piense en traicionar.

—Mi plan salvará a tu pueblo. Y al mío. Soy el esposo de tu hermana. Te ruego que consideres tus orígenes y me ayudes a hacer una tregua. Con Qurong solo hay guerra. Teeleh le ha atado las manos y el alma. Creo que en tu corazón aún hay espacio para Rachelle y tu propia gente.

Johan lo miró y finalmente se puso de pie.

—Espera aquí.

Salió hacia el desierto y observó las distantes dunas. Durante un buen rato permaneció de espaldas a Thomas. Luego volvió a entrar al campamento. Mikil entró corriendo a la tienda.

—¿Y bien?

—No sé.

—¿Lo está considerando?

—Creo.

—Aún no me gusta. ¿Qué impide que un soldado insubordinado te corte la cabeza con una guadaña?

—Insistiré en la protección. La última vez que revisé me podía encargar de un insubordinado maniaco que tuviera una simple guadaña. Además, tendrás a Qurong en la punta de tu espada.

Ella asintió pensativamente.

—Entonces no te tendrán bajo custodia hasta que Qurong esté en la selva, bajo la vigilancia de nuestros guardianes.

—Desde luego. Aquí viene.

Ella se retiró, viendo con escepticismo que el general se acercaba. Johan hizo su túnica a un lado y se sentó.

—Digas lo que digas, eres un hijo de los shataikis —declaró—. Pero me gusta tu plan. Estas son mis condiciones: Como señal de buena fe, no solo te quedarás aquí, como has ofrecido, sino que harás retroceder a tu ejército desde el perímetro hacia el centro de la selva. No quiero que inicien la guerra estando yo adentro.

Thomas consideró la petición. Qurong sería la garantía de ellos. Mientras Mikil tuviera el liderazgo, ellos no atacarían.

—De acuerdo.

—Mi otra condición es que me dejes llevar a cabo la ejecución de Qurong como muestra de mi nueva autoridad sobre mi pueblo. Es un lenguaje que comprenderán.

—Entendido.

Martyn, general de las hordas cuyo nombre una vez fuera Johan, inclinó la cabeza.

—Entonces tenemos un pacto.

PASARON OTRA media hora ultimando detalles antes de que Thomas y su solitaria asesora montaran y se alejaran del campamento. Su segunda al mando, Mikil, saldría para la selva esa noche después de oscurecer. Qurong, Martyn, Justin y mil guerreros seguirían a la mañana siguiente. Entrarían al bosque a cambio de Thomas, que entonces sería tomado en custodia por el ejército de las hordas.

Qurong y Thomas confiarían sus vidas el uno al otro.

El séquito llegaría al lago en la noche con la total seguridad de que Mikil dispondría el escenario. Si no lo hacía satisfactoriamente, Qurong y Martyn se retirarían. Si eran emboscados por los guardianes, Thomas también moriría. Y por supuesto, viceversa.

Así fue planeado. Así fue concordado.

Martyn miró hacia el occidente, donde lograba ver la distante selva en el crepúsculo. Qurong estaba a su lado, con el ceño fruncido.

—¿Así que no sospechan nada?

—Nada. Él cree sinceramente que yo te traicionaría. Son niños, como una vez lo fui yo.

—¿Y Justin estará de acuerdo?

—Justin estará de acuerdo. Él sabe lo que está haciendo. Qurong lanzó un resoplido y se volvió hacia el campamento.

—Igual que todos ellos, muy pronto.

22

LA OSCURIDAD se tragó el desierto. La luna se levantó e irradió un brillo espeluznante sobre las crecientes dunas. ¿Cuántas horas habían pasado? Sin duda, el sol saldría pronto... Rachelle debía resistir hasta entonces; eso es lo que se la pasaba diciéndose. Si lograba llegar a la mañana, la luz le traería nueva esperanza.

Pero ahora se presentó un nuevo problema: No se había bañado en todo un día y medio, desde la noche de la celebración, y la piel le empezaba a arder. Ahora el dolor debajo de la piel era casi tan tremendo como el horrible daño de sus heridas.

Se hallaba sobre un costado, sintiendo que la enfermedad le consumía lentamente la piel, temiendo cerrar los ojos, con miedo de nunca más volver a ver a Thomas, a Samuel o a Marie. ¿Cómo podrían defenderse sin una esposa amorosa y una madre entendida?

Sin ella estarían perdidos. Rachelle no pensaba en sí misma de ninguna forma exagerada; esa era una simple realidad. Thomas la necesitaba como al agua. Samuel y Marie contaban con amigos que en la guerra perdieron a sus padres, pero no a sus madres.

Había logrado bajarse del caballo sin perder el conocimiento. El corcel esperaba pacientemente, a veinte pasos de distancia. No estaba segura de querer que el noble bruto saliera a buscar ayuda, o de que se quedara en caso de que ella tuviera que montar para irse, aunque no podía imaginar que algo de eso sucediera de veras.

Gradualmente, entraba en algo así como un sueño. Por extraño que pareciera, estaba muy segura de que aún dormía con Thomas en Francia debajo de la enramada. Quizás todo esto era un sueño. ¿Sangraría allá en la pierna y el costado?

Aquello era demasiado para lograr entenderlo.

Las horas se alargaban. No había grillos allí. Ningún sonido de la selva. El silencio del desierto era su propio sonido. Hacía frío, pero eso era bueno, porque le impedía caer en la inconsciencia. Debía concentrarse en tratar de no temblar, porque eso le enviaba olas de dolor por la espalda. Quizás tenía fiebre, porque ni siquiera

lograba recordar haber...

¿Qué era esa luz? Rachelle miró el horizonte ligeramente gris.

¡Ya! Se acercaba el amanecer. ¡Lo había logrado! Inundada de una esperanza irracional, movió el brazo para sentarse. Un dolor agudo le atravesó el vientre.

Cerró los ojos e hizo un gesto de dolor. Todo su cuerpo se estaba engarrotando. No se podía poner de pie, mucho menos subirse al caballo. Y cuando el sol hubiera terminado de recibirla en la tierra de los vivos, simplemente la achicharraría. La esperanza se le hundió en el estómago como un plomo.

El corazón le palpitaba fuertemente, pero ahora sintió que bajaba el ritmo. Apenas como un simple corazón. Como un caballo que caminaba sobre la arena. Un sonido más parecido a un plash que a una palpitación del corazón. Por un instante imaginó que estaba sobre un caballo, caminando lentamente por el desierto. Alucinaba.

Rachelle abrió un poco los ojos. Vio el caballo. Paso, paso, plash, plash. Directamente hacia ella como si fuera real y el medio de su liberación.

Ese es un caballo real, Rachelle.

Ahora se oía el corazón, y este se le desbocaba en el pecho. Allí, ni a veinte pasos de distancia, había un caballo blanco. Su jinete lanzaba el pie por encima de la silla para desmontar.

¡Se trataba de un morador del desierto!

Ella se levantó violentamente. El dolor le inundó los ojos con manchas negras, pero resistió.

—¿Ho... hola?

—Está bien —contestó la voz—. ¡Resiste!

El... sí, era un él... corriendo hacia ella. ¿Thomas?

La vista se le aclaró y lo vio claramente por primera vez. ¡Era Justin del Sur!

Las fuerzas la abandonaron y cayó de espaldas. Los ojos se le inundaron de lágrimas, pero no por el dolor.

Justin corrió los últimos pasos y se arrodilló a su lado. Le tocó suavemente la frente con la mano.

—Tranquila. Respira. Lo siento mucho, pobrecita. Vine a buscarte tan pronto como oí lo que la patrulla había hecho, pero me tomó toda la noche seguir tus huellas por los cañones. Eres luchadora, no hay duda de eso.

Ella no sabía qué decir. Ni siquiera estaba segura de tener fuerzas para hablar con inteligencia. Este era Justin. Ni siquiera estaba segura de qué pensar al respecto. Le corrieron lágrimas por las mejillas, haciéndole borrosa la visión.

—Shh, shh. Está bien, Rachelle. Te prometo que todo saldrá bien.

Él la conocía desde cuando se hallaba bajo el mando de Thomas. La mano de él tocó las flechas, una por una, como si examinara lo profundo que se habían clavado para jalarlas.

—Me estoy muriendo —balbuceó ella.

—No, no dejaré que eso pase. Pero te estás transformando —anunció él y miró sobre su hombro—. ¿Tienes algo de agua en tu caballo?

Ella se miró la piel en el brazo. Gris. Quizás él no tenía agua, o de otro modo la habría agarrado.

—Un poco —contestó ella.

—¿Dónde está tu caballo?

Rachelle miró por sobre él. ¿Se había ido el garañón?

De repente todo aquello era demasiado. No había salida. Incluso ahora que la hallaron sabía que no sobreviviría a las heridas que había recibido. Y el lago estaba demasiado lejos. La vida se le escurría por momentos.

Cerró los ojos y renunció. El cuerpo se le estremeció por los sollozos. No se entristecía por sí misma, sino por sus hijos y por Thomas.

—¿Por qué lloras? —inquirió él.

Ella jadeó y tragó grueso. Moriría con la cabeza en alto, no lloriqueando como un bebé.

—Óyeme, mi niña. No te dejaré morir hoy.

Él intentaba consolarla, pero ella yacía allí con las flechas que le sobresalían de las heridas infectadas, aferrándose apenas a la vida; las palabras de él sonaban vacías. ¿Creía que ella era una niñita que ponía sus esperanzas en tan vacías palabras de promesa?

—No me mientas —objetó ella.

—No, nunca te...

—¡No me mientas! —lo interrumpió gritando—. ¡Me estoy muriendo! ¡Y me estoy muriendo debido a ti! ¡Thomas vino aquí por tu obsesión con esta paz imposible!

Las palabras salieron en un vendaval que la dejó sin aliento. Justin no merecía tal diatriba y en realidad la ira de ella se dirigía más a su circunstancia que a él, pero no le importó. Este era el hombre que derrotó a su esposo en el duelo. Y, al menos en parte, ¡ahora ella moría por esa causa!

Justin se puso de pie. Luego retrocedió. Él la miró, con ojos bien abiertos. Ella lo había herido, y sorprendido, pero era demasiado dolor y le aterraba demasiado su propio aprieto como para que esto importara. Ladeó la cabeza hacia el lado opuesto de él y lloró.

Durante bastante tiempo se quedó así, y durante un rato no supo qué hacía él. Pasó un minuto. Dos. Se le ocurrió que él pudo haberse ido. El pensamiento la aterró.

Giró la cabeza y lo buscó.

¡Se había ido!

Pero ¿qué era esto? Allí había alguien más. Un niño caminaba frente a una gran

roca a más de cinco metros de distancia. El niño lloraba. Los brazos le colgaban a los costados y solo vestía un taparrabos.

¿Samuel? No, no era Samuel. La enfermedad le estaba afectando la cabeza a Rachelle. El niño estaba llorando, junto a él. El corazón de ella se llenó de compasión. Pero sabía que esto debía ser producto de su imaginación. Pero el niño parecía muy real. Su llanto se oía muy real.

¡El niño!

¡Este era el niño!

Ella cerró los ojos y los abrió. El grisáceo cielo estaba borroso y parpadeó tapidamente para aclarar la visión. El niño había desaparecido.

Justin estaba parado a menos de tres metros de distancia, dándole la espalda, las manos en las caderas, la cabeza inclinada. ¿Era esto también una alucinación? Ella volvió a parpadear. No, este era Justin. Pero lo que ella había visto la turbó por completo. Por la mente le pasó una imagen de Justin levantando a la niña en el Valle de Tuhan.

El guerrero levantó la cabeza y miró los barrancos. Este era el hombre que derrotó a Thomas en batalla. Quien parecía poder hacer su voluntad con cualquier oponente. No extrañaba que mujeres, niños y guerreros del Bosque Sur estuvieran tan conmovidos con Justin. Él era un enigma.

Y ella le había gritado.

Pero ¿por qué no la ayudaba?

—Lo siento —le dijo ella—. Pero voy a morir aquí. Dale, por favor, ese derecho a una mujer moribunda.

—No vas a morir —objetó él tiernamente—. Me juego demasiado contigo para dejarte morir.

Ella había oído eso antes. ¿Dónde lo había oído?

—¿Crees que unas cuantas flechas y un poco de carne desgarrada tienen mucho que ver con la muerte? Te calmaré el dolor, Rachelle, pero es tu corazón el que me preocupa.

—¿Cómo me puedes calmar el dolor? Mi piel está gris y aún tengo flechas clavadas en el cuerpo. ¡Estoy muriendo y tú solo te quedas allí parado!

—Eres tan obstinada como Thomas. Tal vez más. Y tu memoria no es mejor que la de él.

Él hablaba tonterías. Una punzada de dolor le recorrió los huesos, ella hizo una mueca.

—Quiero que me escuches atentamente, Rachelle.

Se puso sobre una rodilla y le sujetó la mano con las suyas. No hacía ningún intento por ayudarla o por atenderle las heridas. Él sabía tan bien como ella que ninguno de los dos podía hacer nada.

—Hemos negociado una paz entre los moradores del desierto y los habitantes del bosque. Qurong irá con Johan y conmigo al poblado, donde ofreceremos nuestras condiciones de paz.

El Consejo nunca aceptaría ninguna condición de paz; ¿no sabía eso Justin?

—Thomas permanecerá en el campamento de los moradores del desierto como garantía para transitar con seguridad. Mikil está con Qurong para garantizar la seguridad de Thomas. Cuando el Consejo entienda que un segundo ejército, del doble de tamaño que el que se encuentra al oriente, acampa al otro lado de la selva, acordará la paz. Lo que ocurra entonces debe ocurrir por el niño. ¿Entiendes? Por la promesa del niño.

—¿Está Thomas en el campamento de las hordas? ¡Lo matarán!

—Mikil tendrá a Qurong y a Johan a cambio. Debe suceder de este modo. No importa lo que ocurra, recuérdalo. No importa cuán terrible ni cuál sea el costo —le dijo e hizo una pausa; luego le puso la otra mano en la cabeza, la presionó y le besó la frente—. Cuando llegue el momento, recuerda estas palabras y sígueme. Será un camino mejor. Muere conmigo, eso te dará vida.

Rachelle cerró los ojos. Quiso gritar. Sintió que el corazón se le iba a salir del pecho, no entendió nada de eso. Ni lo que él dijo ni las propias emociones de ella.

—No quiero morir.

—Encuentra a Thomas. Tu muerte lo salvará.

—¡No puedo morir! —gritó ella.

—Me están esperando —expresó Justin poniéndose de pie—. Me debo ir.

Se fue a grandes zancadas hasta su caballo y montó en la silla. El corcel relinchó y salió en estampida. ¿La estaba dejando?

—No entiendo —lloró ella—. ¡No me dejes!

—Nunca te he dejado. ¡Nunca! —exclamó; sus ojos centellearon con ira, luego se llenaron de lágrimas—. Pronto estaremos juntos y comprenderás. El espoleó el caballo y entró galopando al cañón.

Ella estaba demasiado asombrada para hablar. ¿La estaba él abandonando?

—Recuérdame, ¡Rachelle! Recuerda mi agua.

—¡Justin! —gritó.

—¡Recuérdame!

Esta vez su voz resonó por largo rato mientras él bajaba por el cañón. El eco de la última sílaba de esta palabra, me, pareció terminar en risa. La risa de un niño.

Una risita. Una risita infantil que burbujeaba como un arroyo.

Ella contuvo el aliento. ¡Ya antes había oído ese sonido!

De pronto, la risa aumentó, como si hubiera llegado al final del cañón y decidiera volver aprisa hacia ella. Más y más fuerte, hasta que pareció tragársela por completo.

Algo invisible la golpeó con fuerza. Ella gimió. Todo su cuerpo se sobresaltó y

luego se arqueó. Se sacudió en el aire por varios segundos, luego cayó de espaldas en la arena.

El sonido de las risitas lo absorbió el cañón, dejando solo una estela de silencio.

Rachelle tomó una prolongada bocanada de aire y tembló. Pero no de miedo. Tampoco de dolor. Fue de un extraño poder que le permanecía en los huesos.

Su mundo se desvaneció momentáneamente.

Luego regresó con un resplandor. ¿Qué había... qué había sucedido?

Para empezar, Monique se había ido. Probablemente había despertado.

Rachelle se incorporó. Sin dolor. Miró a su lado, impresionada. Donde solo momentos antes sobresalía una flecha había un hueco ensangrentado en su túnica. Se levantó la prenda y se examinó la carne. Sangre, pero solo sangre. Ninguna herida.

Y su piel había perdido la grisácea palidez.

Se puso apresuradamente de pie y, con desesperación, se palpó los lugares manchados. Ni una sola herida. Es más, se sentía tan lozana y descansada como si hubiera dormido toda la noche en perfecta paz. Levantó la cabeza y miró hacia el cañón.

Recuérdame.

Un frío le envolvió el cráneo. Eso fue lo que el niño le había hablado mucho tiempo antes de que corriera hacia la ribera del lago y desapareciera en el interior. Simplemente recuérdame, Rachelle, le había dicho.

Me juego demasiado con ustedes.

No podía respirar. ¡Era él! Justin era el niño! Solo que ahora no era un cordero, un león o un niño. ¡Era un guerrero y su nombre era Justin! ¿Cómo pudo ella haberlo pasado por alto?

—¡Justin!

La voz le salió como un chillido. Corrió. Se lanzó sobre la arena, desesperada por alcanzarlo.

—Justin!

Esta vez el grito resonó en el cañón. Pero él había desaparecido. Justin era el niño, y el niño era Elyon. Elyon acababa de tocarla. ¡Le besó la frente! Si ella hubiera sabido...

Rachelle gimió por un terrible dolor que le había llenado la garganta.

—¡Elyonnnn!

Cayó de rodillas. Los sollozos le hicieron convulsionar el cuerpo. Pánico. Olas de calor que le ruborizaban el rostro. Pero no había nada que ella pudiera hacer. Él estuvo a un paso, y ella no se puso de rodillas para besarle los pies. No se había aferrado a su mano con desesperación.

¡Ella le había gritado!

Se agarró la cabeza y lloriqueó con gemidos silenciosos que le borraron la

sensación del tiempo. Luego, lentamente comenzó a volver en sí.

El niño había regresado a ellos. Ella resolló y se esforzó por ponerse de pie. El amanecer había iluminado el cielo.

Su Creador había vuelto a ellos e iba a hacer la paz con las hordas. ¡Era el día de la liberación!

Encuentra a Thomas, le había ordenado Justin.

Ella giró y miró las dunas de arena. Había visto el campamento al oriente. A Thomas lo tenían en el campamento. No podía estar a más de unas pocas horas de distancia, incluso a pie.

Rachelle agarró la túnica y se metió en el desierto, pensando solo brevemente en las otras palabras de Justin. Tu muerte lo salvará, le había dicho. Pero eso no significaba nada.

Ella estaba viva. Elyon la había sanado.

23

THOMAS MIRÓ fijamente el horizonte oriental, donde el sol se levantaba ahora sobre las dunas. El teniente de la guardia del perímetro, Stephen, se hallaba a su lado, sosteniendo las riendas de su caballo. Detrás de ellos, trescientos guardianes del bosque esperaban a lo largo de la línea de árboles. Delante de ellos, el contingente de las hordas esperaba en sus caballos para hacer el intercambio como concordaran. Johan, Qurong, Justin. Y detrás de ellos, mil guerreros encostrados.

Estaban a punto de hacer historia en el desierto. Era extraño pensar que en ese mismo instante él no hacía nada más espectacular en la otra realidad que dormir al lado de Monique en Francia debajo de una roca, soñando.

—No me gusta esto, señor —expresó el teniente—. ¿Los va a dejar simplemente que se lo lleven encadenado?

—No «simplemente», Stephen. Mientras tengan a Qurong y a Martyn, estoy seguro.

Thomas y Mikil habían pasado tres horas cubriendo toda contingencia posible antes de que ella saliera a preparar a los guardianes y al Consejo para la llegada de Qurong y Martyn como acordaran. Solo Mikil, Thomas, el Consejo y Johan sabían la verdad de lo que iba a ocurrir.

Thomas había pasado una noche irregular en espera del alba. No pegó un ojo. A pesar del tono de confianza con Stephen, se hallaba nervioso.

—Ellos tienen mil guerreros, tú ninguno —objetó el hombre.

—¿Estás insinuando que tú y tus hombres no pueden arreglárselas con mil guerreros en el bosque, donde ellos estarán perdidos?

—No, no sugiero eso. Solo que me parece desproporcionado.

—Estoy dispuesto a correr ese riesgo. Recuerda, esta es una misión de paz. A menos que oigas algo distinto de parte de Mikil o de mí, no les hagas daño.

—Así que Justin cumplió lo que prometió —cambió de tema el hombre—. Ha negociado la paz, y ustedes han estado de acuerdo.

—Justin está negociando la paz. Por el momento yo estoy de acuerdo.

—El Consejo nunca aceptará.

—Lo hará. Ya verás; ellos aceptarán.

Thomas salió del lado de su teniente y fue hacia el contingente que esperaba. La verdad, por supuesto, era que en vez de negociar su paz frente al Consejo, Johan acusaría a Qurong de conspirar traición con Justin. Él les diría a los congregados que Qurong y Justin planeaban arrasar con el bosque tan pronto como los guardianes hubieran aceptado la paz. Mikil daría un paso adelante y diría al pueblo que Thomas de Hunter coincidía con las palabras de ella. Entonces Qurong sería condenado y ejecutado, y el destino de Justin estaría en manos del nuevo líder de las hordas, Johan.

Ese era el plan. Thomas y Mikil lo habían considerado una docena de veces y concordaron en que funcionaría. Eso le evitaría a la selva una terrible batalla. Y lo que era más importante, no estarían conspirando con las hordas, lo cual sería traición. No, conspiraban contra el líder de las hordas, Qurong, usando a Johan... un encostrado, sí, pero también era Johan. Sin duda, bastantes detalles técnicos para asegurar la aprobación del Consejo.

La gravilla crujió bajo los pies de Thomas mientras caminaba. Él era el único que no estaba a caballo o armado. A efectos prácticos, se hallaba desnudo.

Llegó al punto medio entre los dos pequeños ejércitos cuando de repente Justin desmontó y le salió al encuentro. No se había mencionado esto, pero ni Johan ni Qurong objetaron, por tanto, tampoco Thomas.

Justin lo encontró a mitad de camino.

—Buenos días, mi hermano —saludó el guerrero inclinando la cabeza.

—Buenos días —contestó Thomas devolviéndole el gesto. Por un instante solo se miraron.

—Así que —comentó Justin—, resultó después de todo.

—Imagino que así es. Eso es lo que querías, ¿no es verdad? ¿Paz?

—Les dije que vendrías.

La revelación agarró desprevenido a Thomas.

—No estoy seguro de entender.

—Lo supe cuando te miré a los ojos en el duelo. No comprendes lo que está sucediendo, pero quieres la paz. Siempre has querido paz. Y este es el único camino hacia la paz, Thomas.

—¿Cómo supiste que yo vendría?

—Me enseñaste a juzgar bien a mi enemigo. Llámalo pura casualidad —manifestó y guiñó un ojo—. Johan no quería creer que te ofrecerías como garantía por la seguridad de Qurong, pero cuando te vi ayer viajando al lado de Mikil, supe que habíamos ganado.

¿Le había dicho Justin a Johan que Thomas le ofrecería un intercambio? ¿Lo había sabido Johan? El general solo había sonreído ante la sugerencia... quizás debido a la exactitud de Justin en predecirla.

Pero Justin no podía saber toda la verdad.

Thomas sintió una punzada de remordimiento por haber ofrecido al hombre a cambio de la muerte de Qurong. Pero era la única forma.

—Entonces eres mejor estratega que yo —reconoció Thomas, mirando a los encostrados—. Si sabes tanto, dime esto: ¿Estaré seguro en manos de ellos?

Justin titubeó.

—Digamos que creo que estarás más seguro en sus manos de lo que yo estaré en las manos de mi propio Consejo.

Alargó la mano hacia Thomas. Este la agarró y Justin se inclinó para besarle los dedos.

—Anímate, Thomas. Ya casi estamos en casa. Te veré en el lago.

Luego Justin se alejó y regresó a su línea.

Thomas vaciló, asombrado ante este último intercambio de palabras. Pero la suerte estaba echada. Fue hacia la roca en que habían acordado y permaneció erguido. Justin volvió a montar y dejó que el contingente de las hordas avanzara. Tan pronto como Qurong se halló al alcance de los guardianes del bosque, una docena de encostrados corrieron hacia Thomas y le fijaron las muñecas con grilletes.

El ejército de las hordas desapareció entre los árboles y un caballo se llevó a Thomas completamente atado.

24

MONIQUE SE puso boca arriba, bien despierta. Del rostro le colgaban ramitas. ¿Se hallaba en el bosque? ¡Los moradores del desierto la habían herido y luego Justin la sanó!

No. Se hallaba en Francia al lado de Thomas. Había sido un sueño. ¡Un sueño! Cerró la boca y tragó grueso, pero tenía reseca y pegajosa la garganta. Thomas dormía profundamente a su lado, el pecho le subía y le bajaba. La mano de ella estaba en la de él. Ella la alejó y se limpió el sudor del rostro.

Había soñado que era Rachelle y, sin embargo, era consciente de que fue más que un sueño, porque también sabía que Rachelle soñó que era Monique.

Miró las hojas que formaban la enramada, sorprendida por este cambio en su percepción de la realidad. Había compartido la vida de Rachelle.

Le ardía la vejiga. ¿Fue esto lo que la despertó o el trauma de su sueño? Fuera lo que fuera, debía orinar. Y al regreso despertaría a Thomas y le contaría lo sucedido.

Monique salió del cobertizo tan silenciosamente como pudo y se puso de pie. Solo entonces sintió las manchas húmedas en su pierna. Bajó la mirada y vio que tenía la ropa húmeda.

¡Sangre! Lanzó involuntariamente un grito ahogado.

¡Las flechas! Palpó y luego presionó las manchas. No le dolían, no había heridas. Las manchas se extendían por donde se le habían clavado las flechas. La hemorragia no había sido terrible, porque las flechas habían detenido las heridas.

Monique sintió temblores que se apoderaron de su cuerpo. Había sucedido de veras. Esto estaba más allá de su comprensión. Tragó saliva y se dirigió, pusilánime, hacia los árboles más allá de la cantera.

LA LUNA se había ocultado en el horizonte cuando Carlos se detuvo cerca del borde de un claro y evaluó la situación. A través de los árboles, quizás a trescientos metros valle abajo, se encontraba en la oscuridad la casa de una granja. Él se hallaba más o menos a medio camino entre Melun y París, en dirección oeste hacia la capital. Era medianoche.

Thomas y Monique estaban en algún lugar a cien metros de él, hacia el sureste, de acuerdo a la pequeña pantalla en su mano. Estudió el claro adelante, cuidando de no quedar al descubierto más allá de la línea de árboles.

La cantera. Sí, desde luego, sería un lugar natural para detenerse. Setenta pasos adelante a su izquierda. Ellos se hallaban en la cantera. A menos que la mujer hubiera descubierto el dispositivo de rastreo y arrojado el transmisor.

Carlos guardó el transmisor en el bolsillo y rodeó el perímetro del claro, hacia la cantera.

Oyó un crujido y se quedó paralizado ante un pino. ¿Un conejo?

La cantera se hallaba exactamente adelante, una depresión en la tierra parcialmente cubierta con tenaces malezas.

El asesino sacó la pistola y metió una bala en la recámara. Ahora deseó haber pensado en traer el silenciador... un disparo podría alertar a los moradores de la casa, aunque lo inclinado de la cantera absorbería gran parte del sonido.

Rodeó el árbol, se agachó y se dirigió al borde de la depresión. La bota dio contra gravilla regada y se detuvo. Dejó que amainara el sonido y luego siguió lentamente hacia el frente.

El momento en que vio las ramas puestas contra la roca supo que los había encontrado. Esta vez sería diferente. O los mataría o moriría, y estaba seguro de que no sería lo último.

MONIQUE SE hallaba de pie ante un tronco, a diez metros en lo profundo del bosque, pero su mente aún estaba en otro bosque, totalmente en otro mundo.

Cerró los ojos y apretó la mandíbula para aclarar los pensamientos. Realidad, Monique. Vuelve a la realidad.

Pero ese era el problema: la otra era realidad. Los olores, los recuerdos, los paisajes, los sentimientos en su corazón. ¡Todo!

Se quitó completamente los pantalones de color azul claro y los colgó en una rama seca que sobresalía del tronco caído. Apenas lograba ver a la luz de las estrellas y no quería que su única ropa terminara llena de hojas o, peor, de bichos.

Se puso de pie al lado del tronco, vestida solo con sus zapatos tenis llenos de barro y una blusa de algodón, la cual le cubría la ropa interior. No se quitaría los zapatos, no con bichos debajo de las hojas.

El chasquido de gravilla le llegó a los oídos. Se quedó paralizada.

Pero no era nada.

PODÍA OÍRLOS respirar. Se agachó al borde de la cantera y miró la sombra oscura debajo de las ramas que habían inclinado contra la roca. En el extremo izquierdo, las botas de Hunter. Se deslizaría hacia la derecha y metería dos balas en la cabeza de Hunter antes de volver la pistola hacia la mujer. Tendría que ser rápido. Lo mejor es que los dos murieran mientras dormían.

Ya tenían lo que necesitaban de Monique. Fortier y Svensson quizás cuestionaran los acontecimientos, pero no le criticarían la decisión de matarlos, a pesar de que deseaban mantenerla viva. A él lo escogieron por su habilidad para tomar tales determinaciones y sabían suficiente para dejarle la seguridad en sus manos. Si Carlos decidía que Hunter debía morir, entonces Hunter moriría. Fin del asunto. Se jugaban demasiado para objetar ahora el juicio de Carlos. Matarlos aseguraría que nunca saldría de Francia lo que ellos sabían.

Se movió lentamente, agachado para minimizar su perfil contra el bosque a su espalda. Su principal preocupación era que rodaran piedras, algunas de las cuales chasquearon levemente bajo sus pies, pero no tanto como para despertar a un hombre común y corriente.

Pero, nuevamente, Hunter no era un hombre común y corriente. Sin embargo, se hallaba desarmado y con una mujer a quien sin duda deseaba proteger.

El momento en que la tierra se nivelaba, Carlos corrió en puntillas. Cuatro largos pasos, un rápido giro. El borde oscuro debajo de las ramas se abrió ante él. Se puso sobre una rodilla, extendió el cañón de la nueve milímetros hacia la cabeza del hombre que reconoció como Thomas Hunter y apretó el gatillo.

Un estrépito le resonó en los oídos. El cuerpo se sacudió violentamente. No había un segundo cuerpo.

La revelación de que la mujer no se hallaba aquí le impidió jalar el gatillo por segunda vez. Si no estaba aquí, ¿dónde?

Rápidamente palpó el pulso en el cuello de Hunter, no encontró ninguno, y rodeó corriendo la roca, con la pistola aún extendida. Nada. Rodeó otra roca, pero con cada paso se desvanecía su esperanza de localizarla. Ella no estaba ahí.

Volvió donde yacía Hunter y observó el terreno alrededor. Pequeñas hendiduras

en la tierra confirmaban que aquí hubo otro cuerpo. No había señales de los pantalones ni del dispositivo de rastreo. Volvió a palpar el pulso de Hunter y, satisfecho de que el hombre estuviera bien muerto, se paró y examinó el bosque.

Ella había estado aquí hacía menos de cinco minutos. Sacó el receptor y lo encendió. Tardó solo unos segundos en adquirir la señal. Directamente al frente en el bosque. Muy cerca.

Carlos se dirigió allí corriendo.

EL OLOR del azufre se cernía bajo y fuerte sobre el campamento de los encostrados. Habían tardado una hora en llegar al enorme ejército y el sol ya estaba a sus espaldas. Veinte guerreros montaban a cada lado de Thomas cuando se acercaban al mismo sitio en que él había negociado su traición con Johan menos de veinticuatro horas antes.

Thomas se había bañado la noche anterior con una cantimplora y ahora le habían dejado una cantimplora adicional, la cual le colgaba del cinturón. No la bebería, sino que se bañaría con ella si la reunión en el Consejo duraba más de un día. Justin llegaría en la noche. El Consejo oiría el asunto y el cambio terminaría con la muerte de Qurong. Por la mañana, Johan sería intercambiado por Thomas en el perímetro de la selva. Pero si había alguna demora, él podría necesitar el agua.

Mientras tanto, lo habían consignado a pasar el resto del día y la noche en esta maldita...

Algo le golpeó la cabeza.

Se enderezó violentamente y se retorció en la silla. Nada. Pero la cabeza le retumbaba como si la golpeará un mazo. El dolor se le extendió por la columna. Comenzó a desenfocarse.

Supo entonces que algo había sucedido en la otra realidad. Carlos los había hallado. Le habían disparado. ¡En la cabeza!

De repente el mundo de Thomas empezó a girar y a oscurecerse. Sintió que se caía del caballo. Oyó que su cuerpo chocaba con la tierra.

Su último pensamiento fue que su suposición resultó correcta. Si moría en una realidad, también moría en la otra.

Luego todo se hizo negro.

MONIQUE TENÍA los pulgares enganchados a su ropa interior cuando el silencio de la noche explotó con un terrible estruendo.

Instintivamente se irguió. ¡Detrás de ella! ¡Un disparo en la cantera! Giró, los dedos aún enganchados, el corazón latiéndole con fuerza.

Los árboles le obstaculizaban la mayor parte de la visión, pero miró por debajo de una rama que tenía encima de la cabeza y en un horripilante momento vio lo que había acontecido. Una figura siniestra se ponía en pie en el cobertizo, luego corría alrededor de la roca, pistola en mano.

¡Carlos! ¡Tenía que ser Carlos! Los había seguido. Y le acababa de disparar...

Monique se llevó la mano a la boca y ahogó un grito. ¡Thomas!

Casi corre hacia él, pero inmediatamente supo que no podía... no con Carlos tan cerca. ¡Le había disparado a quemarropa! Nadie podría sobrevivir a eso.

Monique se quedó paralizada por el horror. ¿Cómo podía acabar de este modo la vida de Thomas? ¿Volvería? No, ¡él le había dicho que sus sueños ya no lo sanaban! ¿O era eso algo de lo que ella se había enterado en su propio sueño? A ellos les aterraba que a Thomas lo mataran aquí, porque sin duda eso significaría que también moriría allá.

Carlos volvió a rodear la roca, se puso de rodillas y revisó el pulso de Thomas. Esto lo confirmaba. Thomas estaba muerto.

Monique luchó con una horrible ola de pánico. ¡Tenía que alejarse! Carlos ya la había buscado en la cantera... y supondría que se había ido a los árboles...

Entonces salió corriendo, en las puntas de los pies, por el bosque hacia la granja distante. Las hojas se doblaban bajo los pies de ella. ¡Demasiado ruido! Se detuvo, miró hacia la cantera, vio que Carlos aún se hallaba inclinado en el refugio. Él no la había oído.

Ella se movió rápidamente, pero ahora con tanto silencio como pudo.

¡Los pantalones! No, no había tiempo para regresar.

Monique ya estaba a mitad de camino alrededor de la cantera cuando vislumbró a Carlos a través de las ramas, corriendo hacia la sección del bosque que ella había ocupado solo un minuto antes. ¿La habría visto?

¡Corre! Corre, Monique, directo a través de la cantera, ¡atraviesa la pradera hacia la casa de la granja!

No, no debía hacer eso. Es más, debía hacer lo opuesto. Debía detenerse. Monique se deslizó detrás de un árbol, respiró hondo y lentamente contuvo el aliento. La noche estaba tranquila. Ningún crujido de hojas ni de ramitas partiéndose desde donde había corrido. ¿Qué estaba haciendo Carlos? ¿Esperando?

Ella se quedó quieta durante lo que le pareció una hora, aunque tal vez no pasaron sino unos cuantos minutos. La visión se le hizo borrosa por las lágrimas. Pensar en Thomas tendido allí, sangrando en la tierra, bastaba para hacerla gritar y necesitó toda

la fortaleza para sepultar la emoción. Debía sobrevivir. Thomas había arriesgado su vida para ayudarla. Ella tenía información que el mundo exterior necesitaba desesperadamente.

Monique siguió adelante caminando en puntillas, escogiendo su camino sobre las hojas tan cuidadosamente como le era posible. Recordaba haber visto que esta franja de árboles terminaba en una pradera a su izquierda. La pradera iba directamente hacia la casa de la granja.

Llegar al pasto caminando erguida le tomó solo un minuto. Se detuvo por unos segundos, no oyó ruido de persecución y entró al campo. Quizás Carlos estaba esperando en la cantera a que ella regresara. A diez pasos sintió el horror de quedar al descubierto. ¡Seguramente Carlos la vería si él se hallaba en alguna parte cerca de este lado del bosque! Pero estaba obligada consigo misma.

Comenzó a correr. Si el hombre detrás de ella la había observado, lo único que podía hacer era correr.

Con cada paso se hallaba terriblemente consciente del hecho de que dejaba detrás a Thomas. Trató de pensar en una manera de llegar a él, de llevarlo con ella. ¿No sería posible que aún estuviera vivo?

No, ella tenía que ponerse a salvo. Debía sobrevivir, luego debía llegar a Inglaterra.

Hasta ahora no había visto el Peugeot en la entrada; estacionado frente a la casa, fuera de la vista de la cantera. ¿Podría lograrlo?

Sí, sí podría. Suponiendo que tuviera puestas las llaves, se llevaría el auto y más tarde le explicaría al dueño.

Se acercó agachada. Jaló la puerta. ¡Abierta! Se metió al interior y con frenesí buscó las llaves. En la visera. En el asiento del pasajero. En el portavasos. En el tablero.

Estaban en el encendido. Giró y miró por la ventanilla trasera. Aún sin indicios de persecución. Pero si encendía el vehículo...

Monique cerró suavemente la puerta, oyó el chasquido del pestillo. Sin luces... no se atrevería a usar luces. La entrada estaba suficientemente gris para ver a pesar de no haber luz de luna. Oró porque el auto tuviera un silenciador decente, encendió el motor, puso la palanca en directa y rodó por la tierra, conteniendo el aliento para ayudar al silencio.

Dio cortas curvas antes de salir por detrás de una colina. Aún demasiado cerca para prender las luces. Aún demasiado cerca para acelerar el motor. Él podría oír o ver, incluso a esa distancia. Que ella supiera, ahora Carlos atravesaba corriendo la pradera. Sobre la colina para cortar el paso.

En el momento en que ella se internó entre los árboles aumentó la velocidad, pero no se atrevió a encender las luces. Sin ellas apenas podía ver. Condujo a diez

kilómetros por hora durante un kilómetro. Luego dos. Aún nadie detrás.

Pero eso no era verdad. Thomas estaba detrás. Una imagen de su cuerpo le llenó la mente. Sangrando por la cabeza. Muerto. Se secó los ojos para ver el camino.

Después de cinco kilómetros, Monique prendió las luces y presionó el acelerador hasta el piso.

25

EL MINISTRO Merton Gains ajustó el auricular para darle un descanso a su cuello. Lo habían tenido en espera diez minutos a pesar de que le garantizaron que el presidente recibiría al instante su llamada. «Al instante» siempre significaba una corta espera, pero ¿diez minutos? Este era el nuevo significado de «al instante»... que resultaba después de una semana de golpearse las cabezas contra esta pared de ladrillo llamada Variedad Raison.

Gains siempre temió vagamente que llegarían a algo como esto. Por eso fue que presentó su proyecto de ley para cambiar la manera en que se utilizaban las vacunas en Estados Unidos. Por supuesto, no había previsto una crisis tan extensa y extrema como esta, pero el peligro siempre acechaba. Ahora los había golpeado a traición y sin aviso previo.

Había visto muchas veces las simulaciones de la variedad Raison. Esta crecía de manera silenciosa y luego golpeaba con venganza, reventando células en forma indiscriminada y sistemática. Así exactamente era como se desarrollaría la precipitación política de la crisis, pensó.

En ese mismo instante cien gobiernos se hallaban al borde de acabar con el silencio que habían llevado tan lejos. Mil periodistas estaban husmeando y empezando a hacer preguntas que nadie podía contestar. Los laboratorios genéticos del mundo trabajaban horas extras y los miles de científicos relacionados con la variedad Raison ya estaban murmurando.

Eso no incluía el personal militar que había estado involucrado en el movimiento masivo de equipo hacia los puertos orientales. Los habían entrenado para guardarse sus inquietudes y mantener firmemente cerrada la boca. Pero en total más de diez mil personas se hallaban ahora implicadas directamente con la variedad Raison y la mayoría sospechaba que el nuevo virus que había sido restringido a una pequeña isla al sur de Java no estaba tan aislado como todos creían.

El día anterior Gains había recibido una llamada de Mike Orear con la CNN. El

hombre estaba encima de ellos. No dijo cómo dio con la información, pero sabía que los terroristas habían liberado un virus de alguna clase y amenazaba con publicar la historia en veinticuatro horas si el presidente no confesaba. Gains hacía todo lo posible por contener al hombre. No podía negarse muy bien a hacer comentarios y una negativa completa podría hacer reaccionar a Orear. Gains había amenazado al hombre con una larga lista de violaciones a la seguridad nacional, pero al final era evidente que este sabía demasiado. Finalmente, Orear aceptó callar hasta que Gains hablara con el presidente.

Eso fue veinticuatro horas antes y, sorprendentemente, el presidente había parecido ambiguo acerca de la posibilidad de que la CNN contara la historia. Cuando se diera la noticia, esta se desbordaría y ahogaría al mundo. Únicamente Dios conocía el final.

Solo había una manera de atenuar la noticia.

—¿Merton? —exclamó la voz del presidente, agarrándolo desprevenido.

—Sí, hola, señor presidente. Yo, este... acabo de hablar por teléfono con Inglaterra, señor.

—No quiero presionar, pero estoy atrasando una reunión con la Organización Mundial de la Salud.

—Sí, señor. Acabo de hablar con Monique de Raison. Me llamó desde Dover hace como veinte...

—¿Está viva?

—Evidentemente, escapó de un sitio no revelado en Francia. Se las arregló para atravesar el Canal de la Mancha.

—¿Y Thomas?

—Resultó muerto durante el escape. Solo se oyó un silbido en el auricular.

—¿Está usted seguro de eso?

—¿De qué...?

—¡De Hunter! ¿Está usted seguro de que murió?

—Monique parece estar muy segura.

Gains no había comprendido cuánta preocupación había puesto el presidente en Thomas, y oír la admisión en el tono en que lo oyó le produjo un sorprendente consuelo. Asombra que ciertos aspectos no cambien ni siquiera frente a la crisis.

—¿Lo tiene ella? —inquirió el presidente.

—Ella cree que sí. Al menos una pista muy fuerte.

—Está bien. La quiero aquí ahora. Póngala en el avión más rápido que tengamos en nuestra base aérea en Lakenheath. Use un F16... use cualquier cosa que tengamos que pueda hacer el vuelo. ¿Están los ingleses al tanto de esto?

—Estoy esperando que devuelvan la llamada.

—¿Qué devuelvan la llamada? ¡Este no es momento para esperar que devuelvan

llamadas! La quiero aquí en cuatro horas, ¿entiende? Y asegúrese de que esté bajo fuerte vigilancia todo el trayecto. Envíele una escolta aérea. Trátela como si fuera yo. ¿Está claro?

—Sí, señor.

26

RACHELLE TREPÓ la duna que divisaba el campamento de las hordas cuando el sol se hallaba bien alto en el cielo oriental.

Encuentra a Thomas, había dicho Justin. Las palabras la habían obsesionado mientras andaba a tropezones sobre la arena. No importa cuán terrible, había dicho él. ¿Qué podría ser tan terrible?

Ella bajó corriendo la duna hacia el campamento de las hordas. A decir verdad, se le levantó el ánimo. Sí, Thomas se hallaba en el campamento de las hordas, como virtual prisionero, y sí, había peligro en cada lado... ella lo podía sentir como al sol sobre su espalda.

¡Pero había encontrado a Elyon! Justin era el niño; ella estaba segura de eso. Él le había cambiado la piel de gris a un tono color carne, y le había sanado las heridas con una sola palabra. ¡Elyon había venido a salvar a su pueblo! Le costaba esperar para contárselo a Thomas.

Era consciente de que Monique había hecho conexión con ella. No tenía idea de qué estaba haciendo ella ahora. A diferencia de Thomas, que parecía tener conciencia en ambos mundos en todo momento, aparentemente la conexión entre ella y Monique era esporádica y dependía de Thomas.

Rachelle comenzó a gritar cuando aún se hallaba a doscientos metros de distancia, antes de que nadie la viera. Pasara lo que pasara, no se podía arriesgar a que le malinterpretaran las intenciones como hostiles.

—¡Thomas! ¡Debo ver a Thomas de Hunter!

Debió de haberlo gritado una docena de veces antes de que los primeros soldados aparecieran en el perímetro. Y luego hubo cien de ellos, mirando la extraña escena. Esta mujer desarmada que venía gritando por el desierto, exigiendo ver a Thomas de Hunter.

Se detuvo jadeando a veinte pasos de la línea de bestias horribles.

—He sido enviada a hablar con Thomas de Hunter. Urge que lo vea.

Ellos la miraron como si ella hubiera enloquecido. ¿Y por qué se avendrían a dejar que lo viera? Thomas era el seguro de ellos.

—¿Qué asunto le trae? —le preguntó uno de ellos.

—Estoy aquí porque mi señor me necesita —contestó ella, recordando lo que Thomas le había contado acerca del modo en que las mujeres de las hordas hablaban de los hombres. Algunos parecieron asombrados por la solicitud de ella. ¿Pasaba algo con Thomas?

—Estoy aquí para asegurarme de que no pasa nada con él. Me ha enviado nuestro Consejo para saber que él está en buenas condiciones.

—¡Váyase, muchacha! Dígale a su comandante que no aceptamos espías.

—¡Entonces Mikil le cortará la garganta a Qurong! —gritó Rachele, presa del pánico.

Eso los hizo echarse atrás.

—Si ustedes me hacen volver iré directo hacia ellos y les diré que ustedes los han traicionado, y Qurong morirá. Si no regreso en buenas condiciones, entonces sucederá lo mismo. Ni siquiera piensen en lastimarme.

El líder, un general, según la banda del brazo, la analizó por un momento.

—Espere aquí.

Él se alejó, consultó con otros guerreros, envió a uno de ellos con el mensaje, luego regresó.

—Sígueme.

Ella entró al campamento, rodeada por un pequeño ejército. El hedor era casi insoportable y tantos ojos envueltos mirándola le hicieron sentir una sensación desagradable. Intentó respirar de manera superficial, pero esto solamente la mareó. Entonces respiró profundamente y obligó a la mente a no pensar en la fetidez.

No había mujeres a la vista. Naturalmente, las hordas no permitían pelear a sus mujeres. Ella no soportaba mirar a los hombres a los ojos, pero se negó a parecer menos que un guerrero, así que anduvo erguida y de frente, orando porque en el siguiente momento posible la llevaran a una tienda para ver a Thomas.

La condujeron a una tienda enorme en medio del campamento. Si tenía razón, esta era la tienda real donde Thomas había hallado los libros de historias.

Un guardia separó las portezuelas y ella entró. El general que la vio se llamaba Woref, si ella comprendía correctamente a los guardias. Los ojos de él tenían la mirada de una serpiente y su rostro parecía como si fuera a romperse si intentaba sonreír.

—¿Dónde está Thomas?

—No le hicimos nada. Usted debería saberlo. Sus heridas son auto infligidas.

—¿Qué heridas? ¡Llévenme donde él!

Woref inclinó la cabeza y la condujo por un pasillo. El serpenteante murciélago

que ellos adoraban estaba por todas partes: en pinturas decorativas sobre las paredes, en estatuas moldeadas en los rincones. Teeleh. Elyon, protégeme. Entraron a un salón grande donde se hallaba dispuesta media docena de guardias. Una enorme mesa estaba extendida con una selección de frutas, vinos y quesos.

Pero ¿dónde...?

Un cuerpo yacía sobre una colchoneta a lo largo de una de las paredes. Tenía la cabeza ensangrentada.

¿Thomas? Sí, era él; ella reconoció inmediatamente la túnica. ¡Estaba herido!

Rachelle corrió hacia él, se puso de rodillas y vio horrorizada que tenía en la cabeza un hueco redondo del grosor del dedo de ella. La sangre se le había corrido hacia el cabello. Seca.

—¿Thomas?

Pero estaba muerto. ¡Muerto! Y por su aspecto, había muerto hace rato.

Ella no podía respirar. ¡No era posible! No, ¡eso no podía estar sucediendo! Justin la había encontrado y la acababa de salvar, además Samuel y Marie aún eran niños, y...

¿Qué le pudo haber causado esta clase de herida? Ninguna arma de este mundo.

Algo le había sucedido a Thomas en la otra realidad. Ella recordó que Monique había estado durmiendo al lado de él debajo de la roca. ¡Carlos debió de encontrarlos! Ahora Thomas estaba muerto. ¡Pero ella aún estaba viva!

Los pensamientos le retumbaron dolorosamente en la cabeza. No sintió que se le moviera el corazón. Y detrás de ella los encostrados observaban. Dio la vuelta.

—¡Fuera! ¡Salgan! —gritó; la visión se le nubló con el dolor—. ¡Váyanse! El general puso mala cara, pero la dejó sola con el cadáver.

Rachelle se hundió más sobre sus rodillas, sabiendo exactamente lo que debía hacer. Elyon le había dicho que hallara a Thomas, no a este cuerpo muerto. Justin la había curado casi de la muerte. Él llevaba en sus manos el poder de la fruta, decían, porque él era el poder de la fruta.

Y ahora ella usaría ese mismo poder.

Colocó las dos manos en las mejillas de Thomas. Sus lágrimas caían sobre el rostro masculino.

—Despierta, Thomas —susurró—. Thomas, por favor. Pero no despertó.

Ahora la voz de ella se levantó en un suave gemido.

—Por favor, por favor. Sálvalo, Elyon. Despiértalo de los muertos. Despertarlo de los muertos no es igual a curar.

—Sí, ¡eso es! —gritó ella—. Despierta, ¡Thomas! ¡Despierta! Pero él seguía sin despertar. Aún tenía un hoyo en la frente. Aún estaba muerto.

Ella besó los fríos labios de él y comenzó a sollozar. ¿Y si Justin no supiera que él estaba muerto? No, eso era imposible.

—Despierta —volvió a gritar, dándole una palmadita en el rostro—. ¡Despierta! Justin tenía que saberlo. Él lo sabía todo. Ellos no sabían; ellos ni siquiera recordaban...

Recuérdame. Recuerda mi agua.

Su agua. Ella agarró frenéticamente la cantimplora que aún estaba enganchada al cinturón de Thomas. La soltó del gancho. Hizo girar la tapa.

Le roció un poco en el rostro antes de considerarlo detenidamente. El claro líquido le recorrió los labios y los ojos, y le llenó la pequeña herida en la frente.

Ella vertió más.

—Por favor, por favor, por favor... De pronto la boca de Thomas se abrió.

Rachelle gritó y saltó hacia atrás. La cantimplora voló de sus manos.

Thomas jadeó. La herida se cerró, como si su piel estuviera formada de cera que se hubiera derretido para rellenarse a sí misma. Ella no había visto nada así en quince años, cuando escogió a Thomas sanándolo de las heridas mortales que había sufrido en el bosque negro.

Los ojos de Thomas se abrieron.

Rachelle se llevó las dos manos a los labios para contener un grito de alegría. Luego tendió los brazos alrededor de él y hundió el rostro en la garganta de su esposo.

—Quíteseme de encima, quíteseme de encima, usted...

¡Él no sabía quién era ella! Así que Rachelle levantó la cabeza para que él pudiera verle el rostro.

—¡Soy yo, Thomas! —exclamó ella y le besó los labios—. Recuerda mi boca si no recuerdas mi rostro.

—¿Qué... dónde estamos? —preguntó él esforzándose por pararse.

—Tranquilo; ellos están afuera —susurró—. Estamos en el campamento de las hordas.

Él se puso en pie de un salto. En el rostro aún tenía sangre, pero la herida había desaparecido. Ella apenas podía dejar de mirarle la frente.

—Estuviste muerto —informó ella—. Pero el agua de Elyon te curó.

—¿Su agua cura otra vez? Yo... cómo es que...

—No, no creo que el agua haya cambiado. Creo que la acaba de usar para curarte. Justin es el niño, Thomas.

Él se llevó una mano al cabello, sintió la sangre y se miró los dedos.

—Me dispararon. Pero no soñé. No tengo recuerdo de un sueño.

Cerró los ojos y se frotó la parte posterior de la cabeza. ¿Cómo era volver a la vida? Seguramente él estaba poniendo en su lugar los fragmentos de su memoria.

—¿Qué quieres decir con que Justin es el niño?

—Quiero decir que él es. ¿No ves? Todas las señales estaban allí. Él ha venido...

—Él no puede ser Elyon. Él se crió en el Bosque Sur. ¡Era un guerrero bajo mi mando!

Estaban susurrando, pero en alta voz.

—¿Y quién dice que él no es Elyon? Lo vi...

—¡No! ¡No es posible! Sé cuándo veo...

—¡Basta, Thomas!

Él la miró, con la boca aún abierta, listo para terminar su declaración de incredulidad. Luego cerró la mandíbula.

Rachelle le contó lo que había sucedido en el desierto. Narró de prisa los acontecimientos en un susurro y, cuando terminó, él la miró con el rostro pálido.

—Y te acabo de salvar con el poder de él. ¿Cómo te atreves a cuestionarme?

—¿Pero Elyon? ¿Luché contra Elyon?

—Él ha venido a salvarnos de nosotros mismos, como aseguró que lo haría, cuando creyéramos que las cosas no podrían estar peor.

—Yo... —titubeó él, alejando el rostro—. Oh Dios mío. Mi amado, amado Dios, ¡Elyon! ¡Lo he traicionado!

—Todos lo hicimos. Y él te derrota fácilmente.

—No, ¡con Johan!

—¿Qué quieres decir? —indagó ella tirándole del brazo.

—Quiero decir que hice un trato con Johan que lo convertiría en el rey de las hordas.

—Entonces...

—Entonces él insistió en traicionar tanto a Qurong como a Justin. Yo... estuve de acuerdo.

Estas palabras no tenían sentido para ella. ¿Cómo podía alguien traicionar ahora a Justin?

—Pero no habría tal cosa, pues ya sabían que Justin era Elyon.

—¡Ya han empezado! Deben llegar a la selva esta tarde y llevar a cabo la traición. Mikil ha informado al Consejo. Johan pretende matar a Justin.

De repente, a Rachelle se le clarificó la situación. Qurong y Johan estaban influidos por los shataikis. Por Teeleh. La criatura los estaba usando como instrumentos en contra de Justin. Esto no solo era con los habitantes del bosque; ¡era con Justin!

—¡Tenemos que detenerlos!

—¿Cuántos hay afuera? —preguntó Thomas mirando frenéticamente alrededor.

Como en respuesta, la portezuela se abrió y entró el general Woref. Sus ojos centellearon al ver a Thomas de pie.

—¿Cuál de sus hombres intentó matarme? —preguntó Thomas yendo hacia el encostrado.

—Ninguno.

Thomas se movió rápidamente. Saltó hacia la espada del guerrero, la extrajo de la vaina y corrió hacia la pared opuesta.

—¡Rápido!

Hizo oscilar la hoja sobre la cabeza y la descargó, partiendo la pared de arriba a abajo, abriéndola a la luz del día. Rasgó el corte a lo ancho y extendió la espada para detener al general.

—Si nos sigue, muere —advirtió y luego pasó por la rotura hacia el corredor entre las tiendas.

Ya corrían por el campamento antes que el asombrado general diera la alarma.

—¡Los caballos! —exclamó Thomas, señalando varias cabalgaduras atadas al lado de la tienda.

Cada uno saltó sobre un corcel. Luego salieron del campamento al galope, esquivando guerreros agarrados totalmente desprevenidos por los dos caballos.

Nadie intentó detenerlos... naturalmente, lo más probable es que les dieran instrucciones estrictas de no tocar a Thomas de Hunter. Solo el general, y tal vez ahora sus hombres, sabían lo que en realidad estaba ocurriendo. Quizás de todos modos esto no habría hecho ninguna diferencia. Los caballos dejaron atrás todas las palabras de advertencia.

Galoparon desde el campamento de las hordas directo hacia la selva lejana.

—¿Podremos lograrlo? —quiso saber ella.

Él simplemente galopó con fuerza hacia el frente, inclinado hacia adelante, con el rostro demacrado.

—¡Thomas!

—¡No lo sé! —contestó bruscamente Thomas; espoleó el caballo, extrayendo hasta la última onza de fortaleza de las frescas patas del animal—. ¡Arre!

EL GENERAL de quien Thomas y Rachelle habían escapado miró las dunas que llevaban a la selva. Woref, director de inteligencia militar, despreciaba quizás más a los guardianes del bosque que a Qurong.

Representaba el papel de general leal, pero bajo su dolor no pasaba un día en que no maldijera al padre de la mujer que en algún momento sería suya. Qurong había prohibido a todo hombre casarse con su hija, Chelise, hasta que las selvas hubieran caído. Era la manera del líder de motivar a una docena de generales de rango superior que rivalizaban por la mano de ella. Si hubieran dejado a Woref la decisión, habrían quemado las selvas mucho tiempo atrás, luego habrían matado hasta la última mujer

y el último niño que se bañaban en los lagos y se habrían dado un festín con la carne de ellos por la victoria. Pero Qurong parecía más interesado en conquistar y esclavizar que en matar.

—¿Salimos tras ellos? —inquirió su asesor.

—No —respondió Woref.

Habían planeado esta contingencia. Sería muy tarde para Thomas mientras lo demoraran durante cuatro o más horas. El ejército del occidente marcharía.

—Prepare a los hombres para marchar al anochecer —ordenó Woref mirando al sol—. Entraremos a la selva.

Para el fin de semana, Chelise, la hija de Qurong, sería suya. Y luego él buscaría convertirse en el mismo Qurong.

MONIQUE MIRÓ el horizonte de Washington a través de la ventanilla polarizada de la Suburban. Los estadounidenses no lo sabían aún; eso fue lo que la impresionó primero. La mayoría de ellos ni siquiera conocían la existencia de la variedad Raison, mucho menos que ya había infectado a la mayor parte de la población del mundo.

El secretario de estado de Estados Unidos, Merton Gains, estaba en su teléfono celular, hablando rápidamente con una persona llamada Theresa Sumner, de los CDC en Atlanta. Planeaban informar aquí en Washington de la misión a Monique antes de dejarla en un laboratorio aún no revelado donde trabajaban en la variedad Raison. Ella había tenido apenas una hora de sueño tranquilo sobre el Atlántico y la fatiga empezaba a jugar con su mente... algo no muy bueno, considerando la tarea que tenía por delante. El secretario plegó el teléfono.

—¿Seguro que está bien? —le volvió a preguntar.

—Estoy cansada. Pero por lo demás estoy bien. A menos, por supuesto, que usted se esté refiriendo a la variedad Raison, en cuyo caso estoy segura de hallarme muriendo igual que el resto de ustedes.

—Eso no es lo que quiero decir.

Ella miró por sobre el hombro de él a un niño que por la acera hacía rodar una bicicleta azul con un falso motor. El pequeño tenía las manos sueltas y sostenía un refresco.

—Aún me cuesta creer que nadie lo sepa.

—Se sabrá pronto. Esperemos tener buenas noticias que dar junto con las malas.

—Mis buenas noticias —expresó ella.

—Sus buenas noticias.

—Esperemos entonces que la probabilidad esté de nuestro lado.

—¿Dónele pondría usted la probabilidad?

—¿Sesenta por ciento? —contestó ella encogiendo los hombros.

Gains frunció el ceño, luego desplegó el teléfono e hizo otra llamada, esta vez a

alguien que evidentemente trabajaba en un informe que fragmentaba el liderazgo de Rusia.

Monique cerró los ojos y dejó que su mente se volviera a deslizar hacia Thomas. Ella había preguntado por él en cuanto bajó del avión, pero Gains solo sabía lo que ella le informara antes. Ningún mensaje nuevo. Suponían que estaba muerto.

Como ella. El agua ya no sanaba como pasó en la habitación del hotel en Bangkok. Y aunque hubiera una forma de curar a Thomas en la selva, quizás no sanara aquí como pasó tres veces antes.

Asombraba que estuviera pensando así. Había vivido en la piel de Rachelle menos de un día, y solo mientras dormía, pero la experiencia había sido tan real que no podía negar la existencia de la realidad de Thomas. Ella había pasado las últimas diez horas considerando este extraño fenómeno y con cada hora que pasaba se fortalecía su convicción de que Rachelle y Justin existían de veras.

Eso significaba que en realidad Thomas fue sanado por el agua de Elyon después de que le dispararan en la habitación del hotel en Bangkok. Esa vez él estuvo en los alrededores del agua, la cual lo curó al instante, quizás antes de que muriera de verdad. Cuando Carlos le disparó en la cabeza después de su primer intento de rescate, Thomas realmente se hallaba en el lago y su curación había sido instantánea. Es probable que ni siquiera hubiera muerto alguna vez.

Pero esta vez estaba muerto de veras. Ella vio a Carlos revisarle el pulso. De ninguna manera el asesino lo hubiera dejado sin estar totalmente satisfecho de que Thomas estuviera muerto. Eso significaba que también habría muerto en el desierto. Tal vez las hordas lo traicionaron y lo mataron. O quizás simplemente murió. Aunque Justin le devolviera la vida, nada garantizaba que volvería a vivir aquí.

Estaba muerto. Esta vez estaba muerto de veras.

Monique tragó el nudo que tenía en la garganta. De ser así, ella haría saber muy bien que él los había salvado a todos. Suponiendo que su antivirus funcionara. Fuera como fuera, él la había salvado. Carlos la habría matado tarde o temprano. Si no él, el virus lo habría hecho.

En realidad aún podría hacerlo.

—Hay algo que ustedes deberían saber —expuso ella—. El hombre detrás de Svensson es el director de asuntos exteriores, Armand Fortier.

—¿Sabe usted eso con seguridad? —preguntó Gains, sorprendido—. Lo habíamos especulado, pero no estoy seguro de que lo hayamos confirmado.

—Thomas y yo nos reunimos con él. También es bastante seguro que tenga a alguien aquí dentro. Alguien con acceso a su presidente.

Ella muy bien pudo haber soltado una bomba. El solamente la miró. A ella se le ocurrió que el hombre de Fortier podría ser este mismo tipo. Podría estar diciéndole al tipo equivocado las cosas equivocadas y nunca saber lo mejor de eso.

—Podría equivocarme —añadió ella—. Pero él pareció hacer esa afirmación.

—Santo Dios, ¿qué pasará ahora? —exclamó Merton Gains interrumpiendo la mirada.

MIKE OREAR se sentó en su silla detrás del escenario del programa que presentaba con Nancy Rodríguez y se ajustó el auricular. Detrás de él, grandes letras negras deletreaban el nombre del programa: Lo que importa.

—Listos en cinco. ¿Estás bien? —anunció Nancy.

—Como nuevo.

Él había estado frente a las cámaras demasiadas veces como para que su carrera relativamente corta tuviera importancia, pero nunca había estado tan ansioso de revelar la verdad. Había esperado debido a la firme exigencia del departamento de estado de que mantuviera cerrada la boca. Le habían dicho que esta era noticia censurada. Pero nada de eso importaba ya.

Lo que importaba era que había despertado esa mañana con una erupción debajo de los brazos y en los muslos, y aunque logró persuadirse de que eso no tenía nada que ver con la variedad Raison, la erupción le recordaba exactamente cuan real era esta noticia censurada.

Esta noticia confinada de que el mundo estaba muriendo por la variedad Raison sin saberlo.

Desde un segundo piso y detrás de las cámaras se proyectaban ventanas hacia el estudio. El programa lo dirigía Marcy Rawlins, que revisaba detalles de último minuto con Joe Spencer detrás del vidrio. Cualquier otra noticia o cambio vendría de ese salón a través de los audífonos.

—¿Estás bien? —volvió a preguntar Nancy.

—Estoy bien. Empecemos.

—Te ves pálido.

—Quiero cambiar un poco algunas cosas. Empieza con algo fuera de programación.

—¿Se salta esto Marcy?

—No. Créeme, ella no tendrá que hacerlo.

—Es tu piel, no la mía —declaró Nancy arqueando una ceja.

—No, Nancy, estás equivocada. También es la tuya. Lo verás.

—¡Qué diablos estás...!

—Diez segundos —interrumpió la voz de la directora del programa en los auriculares.

—¿Qué se supone que significa esto? —insistió Nancy.

—Lo verás.

—Tres... dos... uno... —ella dio la señal de que estaban al aire.

Nancy ya se hallaba sonriente mientras iniciaba el programa. Repasó lo más destacado de la programación del día, nada de lo cual oyó Mike. Él tenía la mente en otra parte.

Había una buena razón para no haber puesto a andar la historia por los canales de noticias normales. Ni siquiera por los canales noticiosos de última hora, para el efecto. El hecho era que probablemente Marcy habría recortado todo, suponiendo que de ninguna manera ella creyera en las fuentes de información que él tenía.

Pero noticias de esta clase se debían entregar con descaro. Algunos dirían que, de ser cierta, cualquier historia de esta magnitud debería darla el presidente mismo o, al menos, alguien con mayores credenciales que Orear. La detendrían antes de que agarrara fuerza. Hasta podrían desecharla.

Mike no iba a correr ese riesgo. Ya había pasado una semana y por todas partes había señales de que en el ambiente flotaba algo muy importante, y ninguno de sus contemporáneos parecía notarlo. Si lo hacían, seguramente no estaban relacionando los puntos.

Quizás él pretendiera buscar aplausos, pero no mucho. ¿Cómo podía alguien acusar de buscar aplauso a un hombre condenado, por amor de Dios? Se estaba muriendo. Ellos estaban muriendo. Eso era noticia y de eso se trataba. Era hora de revelar el pastel. —...Mike.

Nancy le estaba lanzando esa mirada de despreocupación que algunos de los mejores presentadores habían llegado a dominar. Soy una fuerza muy importante en el mundo noticioso y el hecho de no parecer que estoy inmerso en él me hace aún más importante.

Mike miró a la cámara. La equivocada. La de la izquierda, con la luz roja encendida.

—Damas y caballeros, espero que estén sentados. La noticia que estoy a punto de dar es de la clase más grave.

Había reflexionado muchas veces en su pequeño discurso, pero ahora le pareció trillado y ridículo. Lanzar su bomba como si fuera noticia atenuaba su importancia. Y sin embargo eso era: Noticia.

—Mike, ¿qué estás haciendo? —sonó la voz de Marcy en el oído de él.

Él levantó la mano y se quitó el audífono.

—No... no estoy seguro de cómo anunciar esto. No es la clase de noticia que un periodista sabe cómo informar.

Por el rabillo del ojo vio que Marcy tenía un teléfono al oído. Lo colgó de golpe. ¿Había llamado el Departamento de Estado? O el ministro de justicia. Había sido

rápido. Sin duda, uno de sus agentes estaba observando el programa.

Debía hacerlo antes de que la directora lograra desconectarlo.

—CNN ha sabido que un nuevo virus para el que no hay cura, el cual anteriormente se creía que estaba aislado en una isla pequeña al sur de Java en las islas indonesias, se ha extendido mucho más de lo que inicialmente se creyó, quizás a todo el mundo. Hemos confirmado que la variedad Raison se ha extendido en Estados Unidos y ha infectado...

Muy trillado. Muy minimizado. Imposible de decirlo con palabras.

—...a la mayoría de nosotros. Si este informe es correcto, y sabemos de muy buena fuente que lo es, el mundo está enfrentando una crisis muy, pero muy grave.

Imposible o no, todo había salido en vivo.

—Esto nos ha llegado de las fuentes más altas posibles. Parece que nuestro gobierno lo ha sabido desde hace más de una semana y está haciendo todo esfuerzo posible por descubrir una vacuna o un antivirus que contra...

La luz roja se apagó. Lo habían sacado de antena.

Mike levantó bruscamente la cabeza para ver el monitor que mostraba lo que los telespectadores veían en sus casas, el cual en ese momento pasaba un anuncio de Lexus. Los más de doce técnicos del estudio quedaron paralizados.

La puerta del estudio se abrió de par en par y Marcy apareció en el marco, pálida.

—¿Qué fue eso?

Mike se puso de pie.

—Eso fue... —balbuceó Nancy haciendo retroceder su silla—. ¿De dónde sacaste eso?

—Eso fue la verdad, Marcy —expresó él—. Y gracias por cortarme para anunciar a Lexus. Se envió la historia a los televidentes en casa. Da la sensación de que la Gestapo arrancó el enchufe, ¿verdad?

—Acabo de recibir una llamada del ministro de justicia —espetó Marcy—. Observaron esto. Estás incitando a...

—¡Por supuesto que están observando esto! —gritó Mike—. Lo observan porque saben que es verdad y saben que tengo toda la historia. Respáldanos, Marcy. Llama a quien tengas que llamar; solo respáldame.

—¡No puedo hacer eso! ¡Sencillamente no puedes salir al aire y decirle a todos que están a punto de morir! ¿Te has vuelto loco?

—Bien —declaró él yendo directo hacia ella—. Pero si salgo de este edificio, voy directo a Fox. Diles eso. Tienes exactamente treinta segundos para preparar sus mentes. De cualquier modo, hoy se sabrá toda la historia.

—¡Me estás amenazando! Vas a volver al aire y les vas a decir que te disculpas por lo que dijiste.

La voz de ella resonó en el salón. No le había creído aún, ¿o sí? O sufría de un

caso terminal de negación o había perdido la razón ante la impresión que le causó oír acerca del virus.

—Diles, Marcy —insistió él tranquilamente.

Una docena de ojos lo miraron. Al comercial de Lexus lo había reemplazado otro de Mountain Dew.

La puerta detrás de Marcy se abrió de golpe.

—¿Quién está atendiendo la línea directa?

Era Wally, el director de noticias. Su mirada se posó en Marcy, luego se dirigió hacia Mike, que se hallaba de pie en el piso principal ante las cámaras, no sentado en su silla al lado de Nancy.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

—Regresa a esa silla —ordenó Marcy a Mike con mucha frialdad.

—Necesito una pausa noticiosa. ¡Ahora! NBC está informando que el gobierno francés acaba de declarar la ley marcial —exclamó Wally—. Lo hemos confirmado.

—¿Ley marcial? —inquirió Mike—. ¿Por qué?

—Para controlar la amenaza de un virus que según ellos ha afectado a Francia.

—¿La variedad Raison?

Era obvio que Wally no había estado observando el pequeño discurso de Mike.

—¿Cómo sabías eso?

28

MARTYN, COMANDANTE del ejército de las hordas bajo Qurong, permanecía al lado de su líder, frente a Ciphus y los demás del Consejo del bosque. Qurong estaba obrando su traición exactamente como la había planeado muchos meses atrás.

Miles de lugareños se habían congregado con antelación en el anfiteatro. Rápidamente se había extendido la noticia de que cerca de mil guerreros encostrados habían entrado con Justin por la parte de atrás del poblado. Ahora llenaban las bancas y miraban en silencio lo que sucedía debajo de ellos.

Ciphus se paró en el escenario cerca del centro, frente a Qurong. Mikil y Justin se hallaban allí a la izquierda con mil de los guardianes del bosque para equiparar las fuerzas de la derecha. El destino del mundo dependía de este juego de la gente de Qurong. Hasta aquí todo había avanzado precisamente como él lo previo. Para la mañana se habrían apoderado de la selva.

—Óyeme, gran Ciphus —expresó Qurong—. He puesto mi vida en tus manos para reunirme contigo. Seguramente considerarás mi propuesta de una tregua hasta que podamos idear una paz duradera entre nosotros.

Esto no estaba resultando como Ciphus había previsto; hasta allí estaba claro. Mikil le había dicho al Consejo que Martyn entregaría a Qurong, pero ella se había equivocado.

El líder del Consejo cambió la mirada hacia Martyn, quizás esperando, deseando, que el comandante interviniera como Thomas había propuesto.

—Desde luego, siempre estamos dispuestos a escucharlos —manifestó Ciphus aclarando la garganta—. Pero ustedes deben comprender que no tenemos base para la paz. Ustedes viven en violación a las leyes de Elyon. El castigo por desobedecer a Elyon es la muerte. ¿Quieren ahora que neguemos la propia ley de Elyon haciendo las paces con las hordas? Ustedes merecen la muerte, no la paz.

Esta era la clásica doctrina de los habitantes del bosque. Ciphus estaba abriendo la puerta para que Martyn pusiera la trampa: ofrecer la vida de Qurong a cambio de la

paz. No tan rápido, vieja cabra.

—¿A cuántos de nosotros matarán ustedes para satisfacer a su Dios? — demandó Qurong.

—¡Ustedes ya viven en la muerte! —gritó Ciphus—. ¿Nos harán hacer una alianza con la muerte? Ustedes tienen todo el desierto; nosotros solo tenemos siete pequeñas selvas. Yo les pregunto: ¿por qué guerrear contra un pueblo pacífico?

Qurong miró a Martyn. Ellos no habían hecho ninguna señal declarada, pero el mensaje era claro. El líder supremo iba a proceder como planearon.

—Entre nuestros pueblos no tenemos ninguna base para confiar, por eso no podemos extender verdadera paz —manifestó Qurong—. Ustedes no nos elevarán por sobre los perros y nosotros los vemos a ustedes como las serpientes que en realidad son.

Un ruido sordo recorrió la multitud. Ciphus levantó una mano.

—Tienes razón; no confiamos en ustedes. Un perro ve una vara dorada y cree que es una serpiente. Tus ojos están cegados por tu rebelión contra Elyon.

Qurong sonrió pero no mordió el anzuelo de defenderse.

—Entonces les ofreceré hoy más que las palabras de un perro —enunció Qurong—. Les mostraré a ti y tu pueblo en este día que soy un líder honorable a mi manera. Si lo hago, ¿considerarás una tregua entre nuestros pueblos?

Martyn analizó al anciano. Vamos, viejo murciélago engañador. Solo puedes aceptar. Lo sé.

Ciphus frunció el ceño y finalmente habló con calma.

—La consideraríamos.

—Entonces óiganme, todos ustedes —expresó Qurong—. Tengo en este momento dos ejércitos acampados fuera de su selva. Los doscientos mil guerreros al oriente, acerca del cual ustedes conocen bastante bien. Lo que no saben es que tenemos un segundo ejército, del doble de tamaño, acampado en el desierto occidental.

Esta noticia fue recibida con total silencio. Quizás ellos creían que sus guardianes podían tratar con los dos ejércitos. Se equivocaban, por razones más allá de su entendimiento. En veinticuatro horas sus guardianes serían derrotados.

—Estoy dispuesto a comprometer a mis ejércitos a emprender una campaña que destruirá gran parte de su selva y a la mayoría de sus guardianes — continuó Qurong—. Pero mi victoria no será segura a menos que tenga un elemento de total sorpresa. Ambos sabemos esto.

Helo aquí, entonces. Un sudoroso ardor rajaba la piel de Martyn, pero él apenas lo notó.

—Como señal de buena voluntad les mostraré mi juego con la esperanza de ganarme la confianza de ustedes. Hoy vinimos aquí con traición en nuestras mentes. Planeábamos ofrecerles paz y, cuando la aceptaran, cuando sus guardianes hubieran

transigido, planeábamos descargar contra ustedes toda la fuerza de nuestros ejércitos en una enorme campaña.

El silencio se intensificó y Martyn estaba seguro de que ahora era de impresión.

—¡Pero retrocederé a favor de un acuerdo de paz! —gritó Qurong—. Ya les he hablado de mi ejército en el occidente. Les acabo de revelar mis intenciones y me he privado de cualquier victoria. Veo que la paz es más valiosa que la victoria.

Ciphus miró a Martyn. Él no había esperado esto. Mikil tampoco estaba preparada para esto. Ella miraba como una cabra tonta.

—¿Qué es lo que propones entonces? —requirió Ciphus—. ¿Qué te ofrecemos paz porque has confesado tu intención de arruinarlos? ¿Debemos creer que has experimentado alguna clase de conversión absoluta desde que entraste a nuestro poblado? Un hombre no cambia tan rápidamente. ¡No puedes hacer paz con Elyon mientras vives en tu condición!

—No. Comprendo que se deben satisfacer tus leyes para que haya paz. Igual que nuestras leyes. Propongo suplir los requerimientos de esas leyes.

—¿Confesando? No es suficiente.

—Mediante la muerte del hombre que nos puede llevar a la guerra. No soy el único que tramó este ardid.

—¿Quién entonces?

—Fue él —declaró Qurong señalando con el dedo hacia los guardianes del bosque.

Hacia Justin.

—Justin.

Cundió la confusión entre la muchedumbre.

—¡Fue Justin quien declaró que nuestra victoria sería total al ofrecerles paz!

Justin miró a Martyn, inexpresivo. Las personas gritaban en tal caos que era imposible distinguir su reacción ante la noticia. Ciphus pidió silencio a la multitud, que lentamente se acalló lo suficiente para oír la voz del anciano.

—¡Cómo te atreves a acusar a uno de los nuestros para salvarte? —exclamó Ciphus, con voz temblorosa.

Martyn se preguntó si había juzgado mal al hombre. Sin duda esta emoción era un alarde.

El anciano respiró hondo y continuó, con voz más profunda.

—Si lo que dices es verdad, entonces sí, consideraríamos tu argumento. Sin embargo, ¿qué ratificación hay de que Justin planeara algo de esto? ¿Nos tomas por tontos?

—¡Puedo corroborarlo! —gritó la segunda de Thomas, dando un paso al frente de las filas de los guardianes: Mikil—. Y puedo hacerlo con la autoridad de Thomas de Hunter. Él está ahora en el campamento de las hordas, garantizando la seguridad del

comandante con su propia vida para que Qurong pueda exponer la verdad de esta traición. Justin es cómplice en la conspiración contra los habitantes de los bosques!

—¿Qué más podría mostrar mi verdadera intención? —indagó Qurong—. Les doy a su traidor y me atengo a la paz.

Ciphus cruzó los brazos dentro de las mangas de su túnica y anduvo de lado a lado.

—¿Intención? ¿Y qué tienen que ver las intenciones con la paz?

—Entonces satisfaré la propia ley de ustedes. Les ofreceré una muerte a mis propias expensas.

Ciphus dejó de caminar.

—¡Muerte al traidor! —gritó una voz solitaria desde las bancas.

Estallaron discusiones y argumentos. Pero ¿estaban a favor o en contra de Justin? Martyn no podía distinguirlo.

—Las leyes de ustedes exigen la muerte por envilecer el amor de Elyon —gritó Qurong—. Si traicionar no es envilecimiento, ¿qué lo es entonces? Además, él también ha declarado guerra contra los moradores del desierto. Nuestra ley también requiere su muerte. La muerte de él satisfará nuestras dos leyes.

Ciphus pareció estar en profunda meditación, como si no hubiera considerado esta idea. Enfrentó a Justin.

—Sal de ahí.

Justin caminó tres pasos y se detuvo.

—¿Qué dices a esta acusación?

—Justin! —gritó una mujer sobre la multitud—. Justin! ¡No, Justin! Una docena de voces se le unieron. Si Martyn no se equivocaba, unas voces de niños intervinieron. El sonido era extrañamente turbador.

—¡Silencio! —gritó Ciphus. Se acallaron.

—¿Qué dices a estas acusaciones? —volvió a preguntar el anciano.

—Expreso que he cumplido tus leyes, que me he bañado en los lagos y que he amado a todos los que Elyon ama.

—¿Has conspirado para traicionar al pueblo de Elyon? Justin permaneció en silencio.

Justin no había conspirado, pero esto no habría importado de todos modos. Al percatarse del silencio, Martyn sabía que ellos iban a ganar esta guerra. En el transcurso de un día, y sin levantar una espada, él derrotaría a estos habitantes del bosque.

Si solo supieran.

Había sido idea de Justin que Johan entrara al desierto como Thomas supuso. Pero ahora el punto culminante de la planificación que habían hecho iba a terminar de manera muy distinta a como Justin creía.

—¡Respóndeme!

Justin habló en voz baja... demasiado baja para ser oída más allá del suelo.

—¿Te has vuelto tan ciego, Ciphus, que no logras recordarme? ¿Qué?

—¿Ha pasado tanto tiempo desde que nadamos juntos? Ciphus se quedó paralizado como un árbol. En realidad estaba temblando.

—No intentes en mí tus palabras engañosas. Olvidas que soy el más anciano del Consejo de Elyon.

—Entonces deberías saber la respuesta a tu pregunta.

—¡Contéstame o te condenaré yo mismo! Ayer perdiste el duelo, solo que Thomas no te liquidó. Quizás esta es ahora la justicia de Elyon. ¿Qué dices?

El anfiteatro se había silenciado tanto que Martyn creyó que podía oír la respiración de Ciphus. Justin volteó a mirar a la gente. Martyn creyó que iba a decir algo, pero se quedó en silencio. Su mirada se topó con la de Martyn. Los profundos ojos verdes le infundieron terror en el corazón.

Justin bajó la cabeza. Si Martyn no se equivocaba, el hombre luchaba para mantener en control su desesperación. ¿Qué clase de guerrero lloraría ante sus acusadores? Cuando Justin levantó la cabeza, tenía los ojos inundados de lágrimas. Pero mantuvo firme la cabeza.

—Entonces condéname —declaró Justin en tono bajo.

—¿Te das cuenta de que condena equivale a muerte? —explicó el anciano con voz entrecortada.

Justin no respondió. No iba a recorrer el camino que Ciphus ponía ante él, pero estaba bastante cerca. Ciphus levantó ambos puños y miró al hombre debajo de él.

—¡Contéstame cuando te hablo en esta santa reunión! —gritó el anciano—. ¿Por qué ofendes al hombre a quien Elyon ha puesto como tu superior?

Justin miró al hombre, pero se negó a hablar.

Ciphus levantó ambos puños por sobre la cabeza.

—Entonces, por traición contra las leyes de Elyon y su pueblo, ¡te condeno a morir a manos de tus enemigos!

El aire se llenó de gemidos. Gritos de aprobación. Voces de indignación. Todo se mezcló en una cacofonía de confusión que Martyn sabía que no iba a llevar a nada. No había voz prevaleciente. Nadie desafiaría la sentencia del Consejo.

—¡Agárralo! —le gritó Ciphus a Qurong.

—Aceptaré con una condición —enunció Qurong—. Morirá según nuestras leyes. Por ahogamiento. Se lo devolveremos a tu Dios. De vuelta a Elyon, en tu lago.

Ciphus no había esperado esto. Si se negaba, Martyn tenía los planes apropiados de contingencia. El anciano consultó con su Consejo, luego se volvió para dar su veredicto.

—De acuerdo. Nuestra Concurrencia termina esta noche. Puedes tratar luego con

él.

—No, debe ser ahora, con tu cooperación. Que su muerte sea un sello por una tregua entre nuestros ejércitos. Su sangre estará tanto en tus manos como en las nuestras.

Otra breve conferencia.

—Entonces que nuestra paz sea sellada con la sangre de él —expuso Ciphus.

THOMAS Y Rachelle entraron al poblado a la caída de la tarde; sin aliento y agotados por la falta de sueño. El viaje estuvo atiborrado de largos períodos de silencio, pues los dos se ensimismaban en sus propios pensamientos. Había poco que decir después de que hablaran y volvieran a hablar del toque curador de Justin y de sus palabras. Me juego demasiado contigo. Recuérdate. Eran las mismas palabras del niño.

Oyeron el primer indicio de problemas cuando pasaron los portones, el inequívoco lamento por los muertos.

—¿Thomas? ¿Qué pasa?

Él hizo trotar su caballo y atravesó la puerta principal. Las mujeres lamentaban una muerte. Había habido una escaramuza y algunos de sus guardianes resultaron muertos. O había noticias de una batalla en el perímetro occidental. O se trataba de Justin.

El cielo ya estaba gris oscuro, pero el brillo de las antorchas irradiaba un tono anaranjado sobre el lago al final del camino principal. El césped y los senderos estaban vacíos de las típicas multitudes que deambulaban en las noches de la Concurrencia. Había un hombre por acá y una mujer por allá, pero evitaban mirar a Thomas y se hacían los distraídos.

Un grito repentino de agonía resonó a lo lejos. El corazón de Thomas se paralizó.

—¡Thomas! —exclamó Rachelle frenética. Ella espoleó el caballo y lo pasó al galope, directo hacia el lago.

—¡Rachelle!

Él no estaba seguro de por qué pronunció el nombre de ella. Pinchó su caballo y ruidosamente pasaron juntos por debajo del paso elevado que dividía el poblado en dos.

Antes de llegar al extremo de la calle vieron el gentío. Una multitud se hallaba en la orilla de espaldas al poblado, mirando hacia el lago.

—¡Tienes que detenerlos! —gritó Rachelle—. ¡Es él!

—¿Logras verlo?

Ambos caballos se detuvieron y se pararon en dos patas donde terminaba el camino y empezaba la playa. La mujer miró por sobre las cabezas, con ojos desorbitados y angustia en el rostro.

Entonces Thomas vio lo que ella miraba. A la izquierda habían levantado una torre cuadrada de madera, en la orilla. Al lado de la torre, un círculo de miembros de las hordas rodeaban a dos encostrados. El Consejo se hallaba a un lado, Qurong y Martyn en el otro. En el centro había un madero, y de ese madero colgaba un hombre.

Justin.

El brazo de uno los encostrados se echó hacia atrás, luego osciló al frente y golpeó las costillas de Justin. ¡Crac! Una de las costillas se rompió con el golpe. Justin se sacudió violentamente y se combó contra el madero.

—¡Deténganse! —prorrumpió Rachelle; el alarido desgarró el aire—. ¡Basta!

Ella gimió con un sollozo, apretó la mandíbula y dirigió el caballo entre el gentío.

Los aldeanos, no preparados para las patadas y la embestida del corcel, gritaron y retrocedieron para dar paso al enorme caballo encostrado.

—¡Retrocedan! Abran paso —gritó Thomas, siguiéndola. El encostrado volvió a golpear a Justin, sin perturbarse por el alboroto.

—¡Basta! —volvió a gritar Rachelle.

Las personas se separaban frente a ellos como dóminos en caída. Entonces ambos pasaron. Mikil y Jamous se hallaban con varias docenas de guardianes. Otros mil se arremolinaban en el lado norte del lago. El ejército de las hordas esperaba en la orilla en el costado sur. Mujeres y niños lloraban en tono silencioso y escalofriante. Sobre el madero se había acallado el cuerpo casi desnudo de Justin.

No le habían sacado sangre. Thomas había oído hablar de los métodos de tortura empleados por las hordas: Romper metódicamente los huesos de una víctima sin drenarle nada de su vida... su sangre. Querían que el hombre muriera por ahogamiento, y solo por ahogamiento. Una mirada al cuerpo hinchado de Justin hizo obvio que habían perfeccionado la tortura.

Thomas cayó a la arena y corrió hacia delante.

—¿Qué es esto? ¿Quién autorizó esto?

—Tú —contestó Mikil.

Rachelle sollozó y corrió hacia Justin. Cayó de rodillas, se agarró a los tobillos del hombre y se inclinó de tal modo que el cabello le tocaba los pies fracturados y aporreados del condenado a muerte.

—¡Quítenla de ahí! —ordenó Ciphus.

—¡Thomas! —suplicó ella, girando hacia atrás.

Dos de los guardianes saltaron y la arrastraron hacia atrás.

—¡Es él! Es él, ¿no pueden verlo? —exclamó ella luchando furiosamente con ellos—. ¡Es Elyon!

—¡No seas ridícula! —objetó bruscamente Ciphus—. Manténganla atrás.

Thomas no podía quitar la mirada del cuerpo martirizado de Justin. Le habían levantado los brazos por sobre la cabeza y amarrado a lo alto del madero. Tenía el rostro hinchado. Los pómulos rotos debajo de la piel. Los ojos estaban cerrados y la cabeza colgaba floja. ¿Cuánto tiempo lo habían golpeado? Era difícil imaginar que él fuera el niño, crecido ahora como adulto; pero, con un poco de imaginación, Thomas creyó ver la semejanza.

—Libéralo —ordenó a Mikil.

Ella no se movió.

—Es una orden. Este hombre no es quien ustedes creen. ¡Quiero que lo liberen de inmediato! Mikil parpadeó.

—Yo creía que...

—Ella no lo puede liberar —objetó Ciphus en voz baja—. Hacerlo desafiaría la orden del Consejo y a Elyon mismo.

—¡Ustedes están matando a Elyon! —gritó Rachelle.

—Eso es absurdo. ¿Puede morir Elyon?

—Justin, por favor, ¡te lo ruego! Por favor, despierta. ¡Díselo!

—¡Cállenla! —exclamó Ciphus—. ¡Amordácenla!

Jamous sacó una correa de cuero para amordazarla, pero volteó a mirar a Thomas y se detuvo. ¿Qué les había pasado a todos ellos? ¿Pensaría de veras Jamous en amordazar a la esposa de su comandante?

—¡Amordázala!

El teniente le deslizó la correa alrededor de la boca y le acalló un grito.

—¡Thoma... mm! ¡Humm! Justin gimió sobre el madero.

Thomas reaccionó ante la impresión que lo había paralizado, desenvainó la espada y saltó hacia su esposa.

—No, Thomas —objetó Mikil dando un paso adelante, con la mano levantada—. No puedes desafiar al Consejo. Pero Thomas apenas la oyó.

—¡Suéltala! ¿Se han vuelto locos todos ustedes? Ella se movió para bloquearle el camino.

—Por favor...

Él hizo oscilar el codo y la golpeó en la mandíbula. Ella fue a parar de nalgas con un tas. Thomas puso la espada en el cuello de Jamous.

—¡Desata a mi esposa!

—No seas idiota, Thomas —expresó Mikil en un tono quedo y rápido, haciendo caso omiso de su enrojecida mejilla—. El veredicto se ha dictaminado. El destino de nuestro pueblo depende de este intercambio.

Con esas palabras, Thomas supo lo que había sucedido. Johan no solo había traicionado a Justin, sino también a él. Qurong había intercambiado una promesa de

paz por la vida de Justin y el Consejo lo había aceptado. La muerte de Justin satisfaría el fallecimiento requerido por traición contra Elyon y permitiría que se negociara una paz, incluso sin exigir que las hordas se bañaran.

—No funcionará —exclamó Thomas—. ¡Esa paz no perdurará! ¿Crees que puedes confiar en que estos encostrados mantengan la paz? ¡Qurong es Tanis! Está cegado por Teeleh, ¡y ha encontrado una manera de matar a Elyon!

— Tú confiaste en nosotros —objetó Martyn.

Thomas mantuvo la punta de su espada contra el cuello de Jamous. Supo por el tono de Martyn que la gente no conocía el acuerdo entre Thomas y Martyn de traicionar a Qurong.

—¿Me oyen ustedes? —le gritó Thomas al pueblo—. ¡Qurong es Tanis! Esta es la obra de Teeleh, este asesinato. ¡Abran los ojos!

Nadie respondió. Estaban sordos y ciegos, ¡todos ellos!

—Por favor, Thomas —suplicó Mikil en voz baja—. No hay manera de deshacer esto.

Los ojos de Rachelle estaban abiertos de par en par y le gritaban: ¡Libérame! ¡No permitas que hagan esto! ¡Él es Elyon!

Pero Thomas sabía que, si mataba a Jamous y liberaba a su esposa, se vería obligado a defenderse y defenderla contra los guardianes, cuya lealtad a Elyon, y por asociación al Consejo, reemplazaba su lealtad a él. Si el Consejo había dictaminado su veredicto, no había manera de echarlo atrás sin matar a muchos de ellos.

Thomas giró y corrió hacia el cuerpo combado de Justin. No podía arriesgar la vida de Rachelle, pero tampoco podía mantenerse al margen y dejarles llevar a cabo esta traición.

¿Es este realmente Elyon, Thomas? ¿Este hombre hinchado que una vez sirvió bajo tus órdenes y que te deshonró al rechazar la posición que ahora ostenta Mikil? ¿Elyon?

Rachelle lo había dicho. Él moriría por las palabras de ella.

—Deténganlo —ordenó Ciphus.

Esta vez una docena de sus guardianes dio un paso adelante. El primer impulso de él fue pelear, e instintivamente se preparó.

—Si matas a uno de quienes están acatando las órdenes del Consejo, entonces tú y tu esposa morirán con Justin —declaró Ciphus.

¡Ellos habían perdido la razón con esta matanza! Thomas recorrió con la vista la línea de aldeanos que se hallaban detrás del Consejo y los guardianes. Allí había una niña, mirando a su madre y con lágrimas corriéndole por las mejillas. La reconoció del Valle de Tuhán. Era Lucy, aquella que Justin señalara y con quien danzara. La madre de la niña intentaba calmarle los sollozos.

—¿Qué ha sucedido aquí? —gritó él.

—Termina tu tarea —manifestó Ciphus a Qurong.

Había una luz de desafío en los ojos del líder de las hordas. Asintió y sus hombres se inclinaron para seguir golpeando.

—Al menos denme la cortesía de hablar con el general —pidió Thomas bajando la espada—. Como un guerrero a otro. Mi propósito aún es defender a mi pueblo y exijo una reunión con Martyn.

Martyn miró a Qurong, que inclinó la cabeza.

Thomas se volvió hacia Mikil y señaló a Rachelle.

—Un rasguño a ella y será tu cuello —advirtió, luego se dirigió al gentío—. ¿Qué pasa con ustedes? ¿Es esta la clase de celebración que eligen para terminar su Concurrencia?

Solo unos pocos parecieron escuchar.

Thomas lanzó a Ciphus una última mirada, pasó a Martyn y se dirigió al borde del agua, lejos del lugar de ejecución.

Martyn fue hacia él. Detrás de ellos crujió otro hueso. Thomas afirmó la mandíbula y miró por sobre el agua, límpida y oscura en la naciente noche. Las llamas anaranjadas de cien antorchas brillaban sobre la vítrea superficie.

—Esto no fue lo que acordamos —enunció con voz temblorosa, demasiado emocional para un guerrero de su talla, pero incluso tenía dificultad para respirar por el nudo en la garganta, y peor aún para hablar con autoridad.

—Se salió de mi control —contestó Martyn—. No sabía que el líder supremo ofrecería la vida de Justin a cambio de la paz. No era nuestro plan.

—¿Traicionas a todo el mundo menos a Tanis?

Martyn no se molestó en responder. Justin había perdido el conocimiento, pensó Thomas. Ojalá. El único sonido detrás de ellos era el ruido sordo de los puños y de los huesos que se rompían. El sintió náuseas y desesperación, por lo que habló rápidamente.

—Te ruego, Johan, que me escuches. Tus hombres le dispararon anoche a una mujer. ¿Oíste hablar de eso?

—Oí algo, sí.

—La mujer era Rachelle. Tu hermana. Quizás no recuerdes por qué debes tener algo de lealtad a tu propia sangre, pero seguramente recuerdas realidades sencillas. Se trataba de tu hermana.

—Y Justin la encontró, apenas viva, con cuatro flechas en el cuerpo. La curó. No hay una sola marca en mi esposa. Él le dijo a Rachelle que se juega demasiado con nosotros. Esas fueron las mismas palabras que nos habló hace quince años. ¿Recuerdas? ¿O Teeleh te ha consumido por completo la mente? ¿Cómo pudo haber sabido Justin lo que el niño nos dijera? A menos que él sea el niño. Estás a punto de matar al mismo niño que nos guió hace quince años a este lago, ¡cuando tú mismo

eras pequeño!

—Aunque tuvieras razón, ¿por qué me debería importar?

—Porque él te hizo, te... ¡Ese que yace allí es tu Hacedor.

Martyn miró hacia el lago. Thomas oró porque entrara en razón y, por un instante, empezó a esperar que surgieran los profundos sentimientos de la juventud de Johan.

Algo había cambiado detrás de ellos. La golpiza había terminado.

—Si ese, allá atrás, es mi Hacedor —declaró Martyn—, entonces me habría hecho vivir menos dolor.

—Tu dolor es tu decisión, ¡no la de él! Si te bañaras desaparecería tu dolor.

—Preferiría morir antes que bañarme en este maldito lago —expresó Martyn escupiendo el agua.

Se volvió y caminó por la orilla hacia el lugar de la ejecución.

Thomas ya no pudo contener la emoción que se le acumulaba en el pecho. Miró por sobre el lago y dejó que las lágrimas le bajaran por las mejillas. Si daba la vuelta, las personas lo verían, y no estaba seguro de querer eso. Pero era a su Creador a quien ejecutaban.

Hubo una pausa detrás de él. Tragó grueso. ¿Cómo pudo haber llegado a esto? Quizás Justin no era Elyon. ¿Había persuadido Elyon a Johan a entrar al desierto? ¿Cómo podía destruirse el cuerpo de Elyon? ¿O peor, morir? ¡Elyon no lo permitiría!

Thomas se volvió. Los encostrados habían amarrado una cuerda alrededor de los tobillos de Justin y se preparaban para colgarlo boca abajo desde la plataforma. Apartó la mirada y subió por la orilla, haciendo caso omiso de los encostrados y los miembros del Consejo que lo observaban. ¡Debía encontrar a Marie y a Samuel! Pero tan pronto como lo pensó, los vio, de rodillas al lado de su madre.

Rachelle había vuelto el rostro a una fila de guardianes, llorando. Thomas deslizó los brazos debajo del cuerpo de ella y la levantó.

—Vengan conmigo —les dijo a los niños.

Se alejaron de la multitud sin pronunciar una palabra más.

ERA COSTUMBRE de ellos honrar a los muertos viéndolos de frente en vez de darles la espalda en las piras del funeral. Ocultar la mirada, porque mirar a la muerte era doloroso, era una ofensa para quien enfrentaba aquella muerte.

Thomas cargó a una abatida y combada Rachelle hacia el pabellón más cercano.

Tanto Marie como Samuel habían estado llorando y ahora ella habló por primera vez.

—¿Por qué no lo estamos honrando, papá? Él no pudo contestar a su hija.

—Bájame —pidió Rachelle.

—Lo estamos haciendo, Marie —respondió ella agarrando a sus hijos por los hombros—. Lo honraremos.

Subieron aprisa las gradas y miraron por sobre el gentío la escena abajo. Thomas se puso detrás de ellos y Rachelle le agarró el brazo. Observaron los procedimientos en pasmoso silencio. La paliza al cuerpo de Justin continuaba. Él no podía entender cómo se las arreglaban para romper tantos huesos.

Los dedos de Rachelle se hundían en el codo de Thomas cada vez que golpeaban a Justin. Pero ella sabía, tan bien como él, que nada podía hacer.

Sin duda, Ciphus no había esperado esa clase de brutalidad. Los encostrados profanaban la selva con su presencia. Su olor se extendía sobre el poblado como una niebla. Quienes no estaban directamente involucrados dejaban vagar su atención y a veces reían.

Muchos de los habitantes del bosque observaban en pasmoso silencio. Algunos lloraban en silencio. Muchos otros sollozaban francamente.

Dejaron de golpear al hombre y lo levantaron por los pies, hasta que la cabeza le colgó como a metro y medio sobre la tierra. Thomas observó cómo un encostrado subía, estrujaba el rostro destrozado de Justin y luego lo empujaba. El cuerpo osciló como el cadáver de un venado en una choza ahumada. Los brazos colgaban sueltos, como si se estuviera rindiendo boca abajo.

—¿No puedes detenerlos? —pidió Rachelle gimiendo—. Si tienen que matarlo...

Ella no logró terminar.

No importaba. Él sabía lo que ella iba a decir. Si tienen que matarlo, ¿no se les puede obligar a hacerlo rápidamente? Pero ninguno de los dos podía siquiera decir algo así.

—Es la manera de ellos —informó Thomas—. No entienden el sufrimiento como nosotros. Lo viven cada día.

—No es la manera de ellos —objetó ella—. Es la manera de Teeleh.

Ciphus levantó la mano y fue hacia el cuerpo. Caminó alrededor, luego enfrentó a la multitud.

—Sé que hay algunos entre ustedes que aún creen que aquí cuelga un profeta —expresó; su voz resonó en el lago—. Déjenme preguntarles, ¿permitiría Elyon que su profeta sufriera de este modo? ¿Saben? Él es carne y sangre como el resto de nosotros. Cualquiera que se atreva a decir que esta masa de carne es en realidad Elyon ha enloquecido. ¡Nuestro Creador no se convertiría en alguien tan deforme! No habría dejado que un encostrado lo maltratara, más de lo que hubiera permitido que Teeleh le hiciera daño. ¿Ven?

—Golpéenlo —declaró, mirando a los soldados de las hordas.

Uno de los encostrados dio un paso adelante y golpeó la espalda de Justin.

Ninguno de los presentes confundiría el fuerte crujido.

—¿Ven? Solo es un hombre —informó Ciphus aclarándose la garganta.

Sus palabras instigaron una nueva ronda de maltrato por parte de los guardias de las hordas. Riendo, tres de ellos se adelantaron y comenzaron a masacrar el cuerpo. Ciphus retrocedió, sorprendido. En sus ansias por bajarle los humos a Justin, había abierto sin querer esta puerta.

—Thomas —suplicó Rachelle.

Eso fue todo lo que él pudo soportar.

—Espera aquí —dijo, saltó del pabellón y corrió directo hacia Ciphus. Un murmullo se extendió por la sección de la multitud que lo vio. El anciano giró la cabeza antes de que Thomas llegara al círculo interior.

—¡Basta! Una cosa es ejecutar a un hombre. Si insistes en satisfacer tu sed de sangre, ¡entonces hazlo rápido! Pero no humilles al hombre que salvó al Bosque Sur y a los guardianes del bosque hace solo una semana. Mátalo si quieres, pero no te burles de su vida.

Mil voces se levantaron en asentimiento.

Ciphus pareció aliviado.

—Tiene sentido —manifestó mirando a Qurong con el ceño fruncido—. Termina esto.

—El acuerdo fue matarlo a nuestra manera. Nuestra manera es tomar el espíritu de un hombre...

—¡Ya le tomaste el espíritu! —gritó Thomas—. Ahora estás tomando el espíritu de las personas a las que sirvió. ¡Termina esto!

Qurong lo contempló, luego hizo señas a sus hombres.

Uno de ellos agarró un balde de agua que antes habían sacado del lago y lo lanzó al rostro de Justin. Este jadeó.

Thomas no supo si Justin abrió los ojos, porque el rostro del apaleado hombre miraba hacia el otro lado. Pero sí vio algo más que le pareció extraño. La piel de Justin empezaba a volverse gris. ¿Cuánto tiempo había pasado desde su último baño? Igual que con todos los que él había entrenado con los guardianes, probablemente se bañaba cada mañana como se exigía. Justin había estado en el desierto, restringido a una cantimplora de agua, pero esta mañana no hubo rastros de la enfermedad en él.

—Ahóguenlo —ordenó Qurong.

Dos de los encostrados ataron apresuradamente una enorme piedra al cuerpo de Justin para que se hundiera. Otros doce, que se habían cubierto las piernas con cuero tratado para protegerlas del agua, dieron un paso adelante, de frente al lago.

—¡Ahóguenlo! —gritó Martyn en un súbito ataque de furia. Agarraron los soportes apresuradamente construidos de la torre y comenzaron a arrastrar la plataforma hacia la orilla, hacia el lago.

El cuerpo de Justin se volvió y ahora Thomas le vio los ojos. El izquierdo estaba cerrado por la hinchazón; el derecho ligeramente agrietado. La mirada de Justin se topó con la suya y se detuvo. Justin lo miró un largo instante. Incluso más allá de la carne hinchada no había temor en el rostro, ni arrepentimiento ni acusación. Solo tristeza.

¿Estaba él mirando los ojos de Elyon? El pensamiento tocó una fibra sensible de profundo terror en la mente de Thomas. Este era el niño que había conocido en lo alto de los acantilados tanto tiempo atrás, el niño que cantando daba vida a nuevos mundos. Quien podía poner de cabeza al planeta, o dividir el globo en dos para un día de juego. Que podía llenar un lago sin fin con agua tan poderosa que una sola gota podría deshacer a cualquier hombre o mujer.

Un temblor recorrió los huesos de Thomas. Él se había zambullido en el agua de Elyon, había respirado en la profundidad y había gritado con el placer y el dolor de la experiencia. ¿Era Elyon este hombre que colgaba de los pies mientras arrastraban el mecanismo dentro el lago?

El pecho de Thomas se hinchó de dolor. Los ojos se le llenaron de lágrimas y no supo cómo detenerlas. Una niña comenzó a sollozar suavemente detrás de él y él se volvió. Lucy. Estaba parada sola en la arena, llorando.

Thomas retrocedió impulsivamente, cayó sobre una sus rodillas y acercó a la pequeña hacia sí. Nadie hablaba. Él miró el agua.

Las hordas habían empujado la torre a tres metros de la orilla, maldiciendo amargamente cuando el agua les mojaba las piernas cubiertas y les consumía la agrietada piel. El agua tenía aquí más de un metro de profundidad, y las manos de Justin estaban sumergidas más allá de las muñecas. Había vuelto a cerrar los ojos, pero su respiración era firme. Estaba consciente.

Todos los encostrados menos dos salieron corriendo del agua. Tenían las manos rosadas donde habían tocado el agua y se las frotaban como locos, intentado liberarlas del veneno que las había decolorado. Se quitaban el cuero de las piernas y se golpeaban la carne para aplacar el dolor. Por encima de su cintura la piel todavía era gris.

Los dos que se quedaron en el lago treparon a la torre, agarraron la cuerda con las dos manos y miraron a Qurong.

Una vocecita, apenas más que un susurro, salió de Justin. ¡Su boca se había abierto y estaba hablando!

—Recuérdame...

Thomas dejó de respirar para oír. ¿Qué había dicho?

—Recuérdame —expresó Justin, esta vez más fuerte, con la voz sofocada ahora por la emoción—. ¡Recuérdame!

Todos oyeron y se quedaron petrificados.

Justin volvió a gritar en un gemido terrible que resonó sobre el lago y atravesó directamente el corazón de Thomas.

—¡Recuérdame, Johan! ¿Johan?

Thomas miró a su izquierda. Martyn permanecía de pie tranquilo, el rostro oculto por su capucha, los brazos cruzados. Qurong miró a su general, luego rápidamente hizo señas a sus hombres para que empezaran el ahogamiento.

Justin sollozaba ahora. Sus lágrimas caían al agua debajo de su cabeza. Comenzó a gemir en alta voz. Luego empezó a gritar. ¿Qué fue eso? ¿Por qué ahora?

Lucy lloraba en brazos de Thomas, que la apretó fuerte, tanto para su propio consuelo como para el de ella. Estaba seguro de que se le había paralizado el corazón. ¡No soportaba ver eso! No podía estar allí de pie y ver a ningún hombre en tan terrible estado de tormento.

Pero no podía deshonorar al hombre volteando la cabeza.

Justin aún gritaba, chillidos prolongados y horribles que cortaban la noche como una cuchilla. Thomas apretó los dientes y suplicó que terminara el ruido.

Notó el cambio en la piel de Justin precisamente antes de que esta tocara el agua. La carne del pecho y las piernas ahora era casi blanca. Se estaba descascarando.

¡La enfermedad se apoderaba de Justin ante los propios ojos de Thomas! Esa era la causa de sus gemidos. El dolor...

De pronto, la piel del pecho empezó a rajarse como el lecho seco de un lago.

—¡Él tiene la enfermedad! —comenzó alguien a gritar detrás de Thomas.

Pero el grito se perdió en un prolongado alarido de Justin.

Thomas se puso en cuclillas y comenzó a llorar de manera incontrolada.

La cabeza de Justin se sumergió. De la boca le salieron burbujas. El cuerpo se contrajo y se agitó. No está conteniendo el aliento, pensó Thomas. Intentaba meter agua en los pulmones, pero era difícil con la cabeza colgando hacia abajo.

Exactamente cuando el agua iba a cobrar su cuota terrible y final, los dos encostrados lo sacaron súbitamente del lago. El agua le salió de los pulmones. Justin jadeó y tosió.

Thomas se puso de pie, horrorizado por la extendida tortura.

Lo volvieron a bajar. Otra vez el cuerpo de Justin se sacudió de forma incontrolada. Otra vez el agua le barboteó en la cabeza. Otra vez el pecho enfermo bombeó profundamente, botando, convulsionando, contrayéndose en rechazo.

Lo sacaron otra vez del agua antes de que se ahogara.

Thomas salió corriendo hacia el agua.

—¡Mátenlo! —gritó.

Estás exigiendo la muerte de Elyon.

—Maten...

Un puño de uno de los encostrados le dio en la sien antes de que supiera que el

hombre estaba allí. Cayó a la arena y se esforzó por levantarse.

—¡Acaben! —exclamó Ciphus—. Por amor de Elyon, ¡simplemente acaben eso!

—Nuestra costumbre es...

—¡No me importa cuál sea tu costumbre! ¡Solo mávalo! Un encostrado a la izquierda de Thomas corrió de repente al agua. El general Martyn. Johan. Tenía una espada en la mano. Thomas contuvo el aliento. Algo iba mal.

No fue sino hasta que los pies de Johan salpicaron el agua cuando Thomas le notó los cueros en las piernas. La capucha se le cayó de la cabeza, descubriendo un rostro retorcido de ira para que todos lo vieran. Hizo presión sobre Justin, rugiendo ahora de furia.

—¡Muere! ¡Muere!

Antes de que ninguno de ellos supiera del todo la intención de Johan, este clavó la espada en el vientre de Justin, la movió bruscamente a un costado, y la sacó. De la herida abierta brotó sangre que se vertió en el agua.

—¡Ahóguenlo! —gritó Johan.

Los dos encostrados en lo alto de la plataforma bajaron el cuerpo. Justin colgó suspendido en el agua, con el cuerpo retorciéndosele.

Martyn giró, salió del lago, tiró la espada a un lado y se volvió a poner la capucha en la cabeza. Pasó a Qurong y se dirigió hacia el ejército de las hordas.

El cuerpo de Justin dejó de contraerse.

La piel estaba rajada y blancuzca, irreconocible como carne humana. Pero era la sangre la que miraba Thomas. Era permitido derramar sangre para lavarse. Cuando él mismo había vuelto del desierto casi como un encostrado se le había permitido bañarse, aunque sangraba por varias de las rajaduras que tenía en su piel.

Pero esto...

¿Comprendía Ciphus que esto podría ser distinto?

Los soldados estiraron la mano y cortaron la cuerda. El cuerpo de Justin se deslizó en el agua con un pequeño chapuzón y se hundió con el peso de las dos piedras atadas a las muñecas.

Salieron burbujas a la superficie. Observaron en silencio cómo lentamente el agua se volvía vidriosa otra vez. Había acabado. El lago se había tragado toda la brutalidad, dejando solamente una huella de sangre derramada.

Thomas volvió a mirar a Ciphus. El rostro del anciano estaba pálido, fijo en el agua.

29

MIKE OREAR se ajustó el micrófono del cuello y miró a la cámara. Nunca se había imaginado convertirse en la voz de la variedad Raison, pero su desfachatez al contar la historia había captado de algún modo una ola de aprecio en los telespectadores. Los índices de audiencia de CNN habían pasado por primera vez en años a los de Fox News. El tiempo de emisión se extendió a seis horas al día, tres en la mañana y tres en la noche. Él sabía que era la asignación de toda una vida. Una vida muy corta.

Ahora, con la noticia conocida ampliamente y después de un desfile interminable de invitados: especialistas en genética, virólogos, psicólogos y otros por el estilo, la amenaza que él había dado a conocer llegó a obsesionarlo de una manera muy pero muy real. Antes había estado tan consumido por dar a conocer la historia como por lo que el virus significaba personalmente para él. Hoy, junto con el resto de Estados Unidos, no se podía quitar de encima la pavorosa comprensión de que estaba a punto de morir.

Esa comprensión lo cambió todo. Deseó estar en casa con papá y mamá. Quiso ir a la iglesia. Anheló estar casado y tener hijos. Quería llorar.

En vez de eso decidió servir a la humanidad en lo que podía, lo cual significaba transmitir conocimiento, consuelo y quizás, solo quizás, ayuda al increíble esfuerzo oculto por vencer el virus.

Aún no se había hecho pública la noticia de los envíos de armamento. Una súplica del Pentágono y del presidente mismo había retrasado el anuncio por el momento. El argumento que tenían era sencillo y convincente: dejar que el público se ajustara a las noticias del virus por unos cuantos días, luego permitir que el presidente les contara el resto de la historia. Habían pasado tres días. El presidente tenía programado dar hoy dos importantes discursos: el primero a las Naciones Unidas en Nueva York y el segundo al país esa noche a las seis, hora del este. La última alocución haría saber toda la historia a Estados Unidos.

Un fragmento de la entrevista de Nancy con un psicólogo social de la UCLA estaba a punto de terminar. Mike revisó sus notas. La fuente que le había dado esa información sobre Thomas Hunter era impecable. La historia misma era increíble. El reportero había decidido rechazar lo de los sueños, pero la historia casi ni necesitaba tanto detalle. Estados Unidos merecía saber acerca de Thomas Hunter.

Miró la cámara, la luz roja se encendió sobre él.

—Palabras sensatas de prudencia —expuso en referencia al comentario del doctor Beyer sobre el pánico—. Damas y caballeros, hace poco me topé con una información que creo que les fascinará. Comprendo que, bajo las circunstancias actuales, «fascinación» parece una palabra pretenciosa, pero aún somos personas y aún nos aferramos a la esperanza, dondequiera que la podamos encontrar y venga de donde venga. Y francamente, podríamos deber nuestra esperanza al hombre que estoy a punto de mostrarles. Su nombre es Thomas Hunter.

Una foto del rostro serio aunque infantil de Hunter llenó la pantalla por un instante... una foto de una licencia de conducir de Colorado. Cabello oscuro, mandíbula firme. La imagen se deslizó hacia el rincón superior del monitor de Mike.

—«Clasificada» es otra palabra que parece bastante pretenciosa ahora, pero hay detalles acerca de Thomas Hunter que no podemos divulgar sin confirmarlos primero. Lo que podemos decir que ha llamado nuestra atención es que este hombre fue responsable, sin ayuda de nadie, de hacer saber a la nación la amenaza que esta afronta, mientras él se enfrentaba a muchos escépticos. En realidad, si el mundo hubiera escuchado al señor Hunter una semana antes, podríamos haber evitado totalmente el virus. Estoy seguro de que recuerdan una historia que se extendió hace dos semanas acerca del secuestro que el señor Hunter hiciera de Monique de Raison en Bangkok. Ahora parece que lo hizo en un intento por detener la liberación de la vacuna.

Aquí es donde la historia se enmarañaba. Los por qué y los cómo, además del asunto de los sueños, bastaban para lanzar sospechas sobre toda la historia.

—Tenemos motivos para creer que muchos en nuestro gobierno consideran crucial a este hombre en cuanto a nuestra capacidad de derrotar esta amenaza. También tenemos motivos para creer que su vida podría estar en peligro. Les prometo que estaremos al tanto de la historia y les daremos detalles tan pronto como los tengamos.

Se volvió hacia Nancy, a quien él insistió en que siguiera como su presentadora.

—Nancy.

KARA HUNTER salió del taxi a toda prisa y subió corriendo las escaleras de concreto del edificio blanco en medio de un ambiente campestre en las afueras de Baltimore, Maryland. Las enormes letras azules montadas en lo alto rezaban: «Laboratorios Genetrix», pero ella sabía que solo un año atrás el letrero decía: «Farmacéutica Raison». La empresa francesa la había vendido cuando centralizaron sus operaciones en Bangkok.

Monique de Raison se hallaba en ese edificio, trabajando febrilmente en una solución a su propio virus mutado.

Thomas había muerto.

Kara había pasado el primer día en total negación. Mamá había entrado en uno de sus terribles y amenazadores estados de ánimo. Luego, la noticia de la variedad Raison salió en la pantalla pequeña y todo cambió. Kara pasó de una total indisposición a aceptar la muerte de Thomas, a la debilitada comprensión de que fuera como fuera todos estaban muertos.

La ciudad de Nueva York, como todas las demás, se había tragado primero la historia en hastiado silencio. Se necesitaron veinticuatro horas para asimilar la noticia. Las calles no se habían vaciado al instante, pero para el final del segundo día habría sido un problema encontrar un taxi. Wall Street aún se hallaba funcionando... se rumoraba que debía continuar alguna apariencia de vida. Todos los principales dirigentes, alcalde, gobernador y presidente, decían lo mismo. Estados Unidos debía seguir funcionando: la electricidad, el agua, las acciones y los bonos; los alimentos, la gasolina, los autos y los aviones; los hospitales. Si se cerraban, la nación se cerraría. El pánico mataría a Estados Unidos con tanta seguridad como cualquier virus. Todos los laboratorios del mundo buscaban frenéticamente una cura... la cual se iba a encontrar.

Pero Kara sabía mucho más.

Hoy día Kara había desarrollado un nuevo caso de negación. En todos los canales en que navegaba daban la noticia de que Thomas podría ser alguna clase de héroe. Entre todo lo imaginable, encontraron la foto de la licencia de conducir. La imagen la hizo llorar. Lo echaba tanto de menos que sentía extrañamente débil la amenaza de la variedad Raison.

¿Y si él estuviera vivo? En realidad no habían hallado el cuerpo, ¿correcto? Gains había estado hermético. Le había dicho que Monique lo vio muerto. Sin embargo, ¿cuánto tiempo después de su muerte lo vio ella? Sí, el poder del lago allá había desaparecido. Sí, él se había convencido de que esta vez su muerte sería definitiva. Sí, habían pasado dos días sin saber nada de él. Sí, sí, ¡sí!

Pero este era su único hermano aquí. No iba a dejarlo estar muerto, no todavía.

Ella dejó esa mañana a su madre, localizó a Monique por medio de un asesor del ministro, obtuvo permiso para visitarla y voló directo a Baltimore. Kara empujó la

puerta. Una recepcionista demacrada levantó la cabeza.

—¿Qué desea?

—Me llamo Kara Hunter. Monique de Raison me espera.

—Sí, señorita Hunter. Venga por aquí, por favor.

La mujer la guió por un largo corredor hacia un enorme laboratorio. Había al menos veinte puestos de trabajo, cada uno atendido por técnicos. Un gran vidrio a la izquierda de Kara daba hacia un nítido salón donde se afanaban técnicos enmascarados con gorras azules y chaquetas blancas. Se oía un tranquilo hervidero de voces de personas que se centraban atentamente en su trabajo. Kara pensó que esas eran las personas concentradas en descifrar un código que no se podía entender en el tiempo estipulado; eran los héroes estadounidenses. No le prestaron atención mientras ella atravesaba el laboratorio hacia otro pasillo; luego entró a una oficina grande donde Monique, junto con un científico vagamente parecido a Einstein, de cabello poblado, anteojos y todo lo demás, se hallaba inclinada sobre un grueso montón de fotos.

Monique levantó la mirada.

—Kara —exclamó, su rostro se veía hundido y los ojos rojos; miró a su compañero—. Excusezmoi un moment, Charles. El hombre asintió y salió.

Monique corrió hacia Kara y le dio un fuerte abrazo.

—Lo siento mucho, Kara —dijo sollozando—. Lo siento muchísimo.

Kara no había esperado una recepción tan conmovedora. ¿Qué había ocurrido entre Monique y Thomas?

—¿Estás bien? —preguntó, tragándose un nudo que se le formaba en la garganta.

—En realidad no —contestó Monique dando un paso atrás y volviendo el rostro—. No estoy segura de que pueda cumplir.

—Se dice que tu codificación sobrevivió a la mutación.

—No es así de sencillo. Pero sí, sobrevivieron los genes que separé para modificación con la introducción de mi propio virus. En un par de horas sabremos lo que eso significa.

—No pareces muy esperanzada.

—No sé cómo parecer —confesó mirando a Kara con ojos tristes.

—Vine porque tengo dificultad en aceptar la muerte de mi hermano — manifestó Kara.

Los ojos de Monique se humedecieron. Se mordió el labio inferior y se dejó caer en su silla detrás del escritorio.

—¿Qué sucedió allá, Monique?

—Soñé —respondió.

Ella había soñado. ¿Se suponía que eso significara algo? Entonces eso tuvo repentino significado.

—Tú... igual que Thomas, ¿quieres decir? ¿Soñaste con el bosque?

—Sí. Solo que no como yo misma, sino como su esposa, Rachelle. Y sinceramente, me pareció sentir que ese era el mundo real y que este solo era el sueño.

Kara no pudo contener la sorpresa.

—¿Estuviste allá? ¿Lo viste allá? ¿Cómo?

—Estábamos durmiendo, y creo que eso pudo haber tenido algo que ver con el hecho de que estuviéramos en contacto. Nuestras muñecas habían sido heridas, las de los dos. Quizás nuestra sangre... no lo sé. Pero sí sé que compartí la vida de Rachelle. Compartí los recuerdos, las experiencias de ella.

—¿No tienes duda acerca de esto? —inquirió Kara, boquiabierta.

—Ninguna. Y los dos estábamos temerosos de que si él muriera en una realidad también moriría en la otra. Y también de que incluso si algún milagro lo curara en esa realidad quizás no fuera curado en esta.

—¡No acepto eso! —exclamó Kara.

Aunque se le habían ocurrido los mismos pensamientos, había esperado que Monique contradijera esas ideas.

Monique parpadeó ante el arrebato de Kara.

—Lo siento. Pero si hubieras vivido lo que he experimentado en estas últimas semanas...

—Kara se detuvo y se dejó caer en una silla del frente—. Pero después tú sí pasaste por eso, ¿verdad? Entonces déjame ser franca. No estoy dispuesta a aceptar esa tontería de que está muerto.

—¡Yo lo vi!

—¿Lo viste? ¿Le sentiste el pulso?

—Vi a Carlos sentirle el pulso. Estaba muerto —expuso ella, forzando la voz.

Kara consideró algo que Thomas le dijo antes de salir en su misión de rescate. Había concluido que él era la única puerta entre las dos realidades. Si moría...

—Tú sí comprendes que si tu antivirus falla, la única esperanza que este mundo tiene es Thomas.

—Sí.

—Y si estuviera muerto, podríamos estar en un inmenso sufrimiento.

—Él me liberó; tengo el antivirus.

—Pensé que no estabas muy segura.

—Estamos trabajando en él.

—Y yo estoy trabajando en Thomas.

—Ya enviaron un equipo a la región donde me detuvieron —informó Monique; parecía como si ella pudiera derrumbarse.

—Está bien, bueno. Pensemos en esto. Las dos sabemos que Carlos no es tan

descuidado como para dejar que lo encuentren. El asunto no tiene que ver con tácticas de fuerzas especiales; se trata de la mente y el corazón, y creo que tú y yo podríamos ser quienes encontrásemos la mente y el corazón de Thomas. Si está vivo.

—¿Y si no?

—Como dije, no estoy dispuesta a aceptar eso.

Monique miró a Kara. Un destello de esperanza le iluminó los ojos.

—¿Te das cuenta que si Rachelle muere, yo podría morir? —preguntó ella.

—Cuéntame todo lo que sucedió —pidió Kara—. Todo.

30

LAS HORDAS vigilaron el lago esa noche. La costumbre de los moradores del desierto exigía que el ejecutado permaneciera una noche en el agua para completar su humillación. A nadie se le permitió entrar o bañarse hasta que fuera sacado el cuerpo.

Ciphus objetó, pero al final capituló, tanto para controlar la persistencia de los leales a Justin como para ceder a las exigencias de las hordas. La playa estaba despejada y quienes celebraban la muerte de Justin lo hacían en las calles en vez de en el lago. Los pocos que no pudieron esperar hasta la mañana para bañarse lo hicieron con las pequeñas reservas que tenían en algunas de las casas.

Thomas halló a Rachelle en casa, tendida en el piso, agotada e inmóvil. Ninguno había dormido en casi dos días. Ella se aseó y luego él hizo lo mismo. Se metieron en la cama sin hablar de la ejecución y cayeron en un sueño profundo.

De manera extraña, esa noche Thomas no soñó con la variedad Raison. No había comido la fruta rambután, así que soñó, solo que no con el virus ni con Francia. Sin embargo, debió haberlo hecho. A menos, por supuesto, que ya no estuviera vivo en la otra realidad, en tal caso no tendría con qué soñar.

Pero eso significaría que estaba impotente para detener la variedad Raison. Esperaba que Monique pudiera hacerlo. Si no, ella moriría junto con el resto del mundo más o menos en diez días. Y Rachelle muy bien podría morir con Monique.

Estos eran los pensamientos fantasiosos que recorrían la mente de Thomas cuando oyó los gritos que temprano a la mañana siguiente lo sacaron del profundo sueño.

Se irguió bruscamente y de inmediato lanzó un grito ahogado por un dolor agudo que le recorrió la piel. Una rápida mirada confirmó lo peor. La enfermedad lo había agarrado. No solo un tono grisáceo leve, ¡sino una condición totalmente avanzada!

Dobló el brazo, pero el dolor no se lo permitió. Las grises escamas en la epidermis no empezaban a caracterizar la horrible agonía. ¿Cómo sucedió esto? ¡Debía llegar al lago!

Volvió a doblar el brazo, esta vez haciendo caso omiso del dolor, como sabía que hacían los moradores del desierto. Sintió como si la capa de piel debajo de la epidermis se hubiera vuelto quebradiza y se rajara al moverse.

—¿Qué pasa? —preguntó Rachelle sentándose.

Los gritos venían del occidente. El lago.

—¿Qué...?

—Rachelle gritó de dolor y se miró la piel—. ¿No nos bañamos anoche?

Thomas quitó las cobijas y se obligó a pararse en medio del dolor. La mente se le llenó de confusión. Quizás accidentalmente usaron agua de lluvia en vez de agua del lago. Ya había pasado antes.

Rachelle se había levantado y corrió a la ventana, haciendo un gesto de dolor con cada paso.

—Es el lago. ¡Algo está mal con el lago!

—¡Papá! —gritó Marie entrando a toda prisa a la habitación.

¡Ella también! La enfermedad le cubría la piel como ceniza blanca.

—¡Trae a tu hermano! ¡Rápido!

—Duele...

—¡Rápido!

No se molestaron en ponerse zapatos, solo túnicas. Thomas y Rachelle sacaron a sus hijos de la casa, instándoles a moverse tan rápido como pudieran, lo cual resultó en lágrimas y un paso apenas más veloz que si caminaran. El griterío se había extendido; cientos, miles de aldeanos habían despertado en la misma condición. La enfermedad había azotado durante la noche y los había infectado a todos, pensó Thomas. Bajaban gritando por la calle principal, desesperados por el lago.

—Olvídate del dolor —expresó Thomas agarrando de la mano a Samuel y jalándolo—. Cuanto más rápido llegues al agua, más pronto se irá el dolor.

—¿Por qué está sucediendo esto? —indagó Rachelle jadeando.

—No sé.

—¡Está en todos! Quizás es castigo por la muerte de Justin.

—Espero que solo sea eso.

—¿Qué quieres decir?

—¡No sé, Rachelle! —contestó él bruscamente.

Ella corrió a ponerse al lado de él en silencio. Tanto Marie como Samuel gritaban de dolor, pero sabían demasiado bien lo que tenían que hacer para seguir adelante. El lago de Elyon era su salvación; sabían eso como que necesitaban aire para respirar. Cada célula de sus cuerpos pedía a gritos el alivio que solamente el lago podía darles.

El espectáculo que los recibió en la orilla del lago paró en seco a Thomas. Cinco mil, tal vez diez mil hombres, mujeres y niños enfermos se apartaban del borde del agua, mirando aterrados o yendo de un lugar a otro, gimiendo.

¡El agua estaba roja!

No solo matizada de rojo, sino roja como sangre.

Cientos de almas valientes se habían adentrado en el lago y frenéticamente se salpicaban el agua roja en las piernas y las caderas, pero la mayoría se hallaba tan aterrada que ni siquiera se acercaba al agua.

Thomas comprendió que los gritos no eran del dolor que normalmente se asociaría con lavarse en tal estado de enfermedad. Había terror y muchas palabras en las voces de la gente, pero las expresiones que la mente de él captó fueron aquellas que se alzaban por sobre las otras en este mar de caos.

—¡El poder ha desaparecido!

Un hombre que Thomas apenas reconoció como William, su propio teniente, salía tambaleándose del agua. Tenía la piel húmeda pero la enfermedad colgaba de él como cuero resquebrajado y mohoso.

William se agarró la cabeza con ambas manos y miró desesperado alrededor. Vio a Thomas y subió tambaleándose a la playa.

—¡No funciona! —gritó; tenía la mirada de un demente—. ¡El poder se ha ido! ¡Vienen las hordas, Thomas!

Thomas miró la playa a su izquierda. Martyn y Qurong estaban con los brazos cruzados a doscientos metros de distancia. Detrás de ellos, los mil guerreros encostrados que los habían acompañado observaban en silencio.

—¿Te refieres a estos?

William caminó con desesperación, ajeno a la pregunta de Thomas.

—¡William! ¿Qué quieres decir con que ellos vienen?

—Llegaron los exploradores. Ambos ejércitos están en la selva.

¿Ambos?

—¿Cuántos? ¿A qué distancia?

—¡Él era inocente! Ahora moriremos por permitirlo.

Más personas llegaban a las orillas. Aún más huían del lago aterradas. William apenas se hallaba lúcido. Thomas lo agarró de los hombros y lo sacudió.

—¡Escúchame! ¿Cuántos reportaron los exploradores?

—Demasiados, Thomas. No importa. ¡Todos mis hombres están enfermos!

Thomas pudo sentir la llegada de la condición con la misma confusión que una vez sintiera cuando la enfermedad casi se había apoderado de él en el desierto. Pero aún pensaba con suficiente claridad para comprender lo que había ocurrido.

—Johan lo sabía —expresó Rachelle por Thomas; ella miraba la confusión ante ellos—. Él sabía que Justin era puro y sabía que la sangre inocente envenenaría el lago.

Luego miró a su esposo con ojos desorbitados.

—Nos estamos volviendo como ellos —concluyó—. ¡Nos volvemos como las

hordas!

Era verdad. Esta era la verdadera traición de Martyn. Así fue como estaba librando esta batalla. Se apoderarían de la selva sin blandir una sola espada. La única diferencia ahora entre los habitantes del bosque y los moradores del desierto era un lago inservible. En cuestión de horas, quizás menos, los guardianes del bosque se verían, actuarían y pensarían como sus propios enemigos.

No había mucho tiempo.

—¡Dame tu espada!

William miró como un tonto.

Thomas estiró la mano y arrebató la hoja de la vaina de William.

—¡Llama a los hombres! Pelearemos ahora. ¡A muerte!

Su esposa miraba el lago rojo, con ojos bien abiertos, pero ahora no con horror. Había otra mirada en ellos... un atisbo de comprensión.

Un alarido partió el aire matutino detrás de ellos. Thomas giró y vio a una mujer señalando hacia los portones principales. Se contorsionó y miró la calle principal. Los portones principales estaban a quinientos metros de distancia... no lograba distinguir ningún detalle, sino el suficiente para ver que había llegado un ejército.

Un ejército de hordas.

—¡Los hombres, William! ¡Sígueme!

Thomas empuñó la espada y corrió por la playa, hacia Martyn, sacando de la mente el terrible dolor que sentía. Detrás de él unos pies salpicaban la arena, pero no volteó a ver de quién se trataba.

El plan que había emergido de la niebla de su mente era sencillo, con un único final: la muerte de Qurong. En su actual condición el guardián no tendría la misma ventaja con que comúnmente contaba, pero no los derrotarían antes de que matara al líder de las hordas, el primogénito Tanis.

—¡Thomas!

Reconoció la voz. Mikil subía corriendo la orilla cegada por el pánico. No le hizo caso a ella y siguió corriendo. El distante sonido de choque de espadas se oyó sobre el poblado. Algunos de sus guardianes intentaban defenderse. Pero el sonido más amenazador de botas y cascos, miles y miles que marchaban rítmicamente, hacía parecer la precaria defensa como una barraca infantil.

Uno de los encostrados había salido del ejército de Qurong y corría para encontrarse con Thomas. No, no era un guerrero encostrado, sino un general encostrado, con una banda negra.

¡Martyn!

—Recuerda, Thomas, él es mi hermano —advirtió Rachelle detrás de él. Era su esposa, no William, quien lo seguía. ¿Y quería ella que él no le hiciera daño a Johan?

Thomas miró hacia atrás.

—Él traicionó a Elyon.

Los miembros del Consejo, guiados por Ciphus, habían llegado finalmente al lago y estaban examinando las aguas. El tumulto había puesto la esperanza en que quizás el anciano pudiera solucionar ese terrible problema. Nadie parecía preocuparse del ejército en las calles... querían lavarse. Simplemente lavarse.

Rachelle se colocó al lado de Thomas. Johan estaba ahora a solo cincuenta metros de ellos.

—Thomas, hay otra manera. ¿Recuerdas lo que me dijo Justin?

Thomas disminuyó el paso y sostuvo la espada con ambas manos.

—La única manera que conozco ahora es llevarme a Qurong conmigo. Si quieres que tu hermano viva, dile que me deje pasar.

—¡No estás escuchando! —susurró ella con dureza—. «Cuando llegue el momento», eso es lo que dijo. Thomas, este es ese momento.

Martyn había sacado la espada y redujo la carrera al paso lento. Thomas se detuvo y se preparó para recibir al general en cualquier manera que este pensara. Parecía tener fuego en la piel y sentía las articulaciones como fracturadas, pero él sabía que las hordas luchaban todo el tiempo con el dolor. Él podía hacer eso y más, y si no morir en el intento.

—Él dijo que había una manera mucho mejor —declaró Rachelle—. Justin me dijo que muriera con él.

—Eso es lo que me estoy preparando para hacer. Y conmigo morirá Qurong.

—¡Escúchame Thomas! —le gritó ella agarrándolo del brazo, luego habló a toda prisa—. Creo entender lo que él quiso decir. ¡Dijo que eso me daría vida! Él sabía que necesitaríamos vida. Sabía que moriríamos. Sabía que el lago ya no nos daría vida porque estaría envilecido por el derramamiento de sangre inocente. \Su sangre!

La figura solitaria que iba hacia ellos se debilitó en la visión de Thomas.

Muere conmigo.

—Ya hemos muerto con él —expresó él—. ¡Míranos!

—¡Él dijo que eso nos traería vida.

Martyn cubría el rostro con su capucha. Llevaba suelta la espada, al costado... demasiado seguro de sí mismo, burlador.

Thomas miró al lago, al mar rojo que le hizo recorrer un frío por la columna. De repente, el mensaje de Justin le pareció bastante obvio. En realidad no podía imaginarse haciéndolo, pero si Rachelle tenía razón, Justin les había pedido que murieran como él había muerto.

Les había pedido que se ahogaran en este mar rojo.

Thomas había nadado una vez por un mar rojo, en lo profundo del lago esmeralda en que podía respirar.

Un grito fuerte vino de la orilla. Era evidente que Ciphus había fallado en su tarea

de probar que todo estaba aún bien con su lago. Pero había más. Ciphus gritaba por sobre el caos.

—¡Ha desaparecido!

Thomas lanzó una rápida mirada al hombre. El anciano estaba parado en la playa, chorreando agua. Miraba sorprendentemente como un encostrado... con rizos que lo hacían parecerse al mismo Qurong.

—¡No está el cuerpo! —gritó el anciano—. ¡Se lo han llevado! Thomas volvió a girar hacia Martyn.

—Miente —objetó Martyn—. El cuerpo podría estar ahora en cualquier parte bajo agua. Te está llamando.

—Thomas, ¡tienes que escucharme! —suplicó Rachele.

La enfermedad hacía que se le mareara la cabeza. Pestañeó y trató de pensar con claridad.

—¿Sugieres que corramos hasta el lago y nos ahogemos?

—¿Vivirías si no de este modo? —dijo ella.

Martyn se detuvo a tres metros de ellos, con la cabeza baja de tal modo que las sombras le ocultaban el rostro.

Thomas agarró con mayor fuerza la espada. Una imagen del rostro hinchado de Justin le llenó la mente.

—Sígueme. Muere conmigo.

Era una increíble demanda que Justin había sugerido a quienquiera que escuchara.

—¿Qué nos has hecho? —le preguntó a Martyn; su voz salió penetrante y extraña, amarga y llena de dolor a la vez.

Martyn levantó la cabeza y Thomas le vio el rostro.

No era el ceño fruncido que esperaba. Los ojos del general estaban llenos de lágrimas. Tenía el rostro tenso, asolado por el miedo. ¡Miedo!

De pronto Martyn volvió a caminar, más cerca, con la espada aún a su costado.

—Detente allí —ordenó Thomas.

Martyn dio dos pasos más y luego se detuvo.

Esto no era lo que Thomas había esperado. Fácilmente podía dar dos zancadas y clavar su hoja en el pecho desprotegido del general. Una parte de él insistió en que debería. Debería matar a Martyn y luego correr por Qurong.

Pero no podía. No ahora. No con las palabras de Rachele resonándole en los oídos. No al ver lágrimas en los ojos de Martyn. ¿Podría esto ser más artimañas?

—Recuerdo —expuso el general; el remordimiento en su tono era tan poco característico que Thomas parpadeó—. Recuerdo, Rachele. Él me habló y toda la noche he recordado.

Rachele dejó escapar un sollozo y empezó a acercarse a su hermano.

—Por favor, no —objetó él levantando una mano, pero levemente—. Ellos no

pueden vernos.

Johan miró por encima de Thomas hacia la orilla detrás de ellos. El primero de los ejércitos de las hordas había llegado a las orillas. Esporádicos gritos surgían cuando los aldeanos se dispersaban buscando seguridad, pero no había sonidos de actividad de espadas ni de resistencia, observó Thomas. La enfermedad ya había usurpado la mente de la mayoría. Una enfermedad que ninguno de los poderosos guardianes del bosque había vencido antes los había despojado de su voluntad para pelear.

Johan miró a Thomas, con ojos suplicantes.

—Yo sabía que él era inocente. Sabía que su sangre envilecería el lago. Sabía quién era, pero no podía recordar por qué eso me debía importar. Ahora lo he asesinado. No puedo vivir con esto.

—No, ¡hay una manera! —exclamó Rachele.

—Por favor, he decidido. Regresaré a mi ejército con una propuesta de rendición de parte de ustedes, luego mataré a Qurong y públicamente asumiré la responsabilidad por envenenar el agua. Ciphus te culpará. Le dije que, si algo salía mal con nuestro plan, él debía culparte. Dirá que tú tomaste el cuerpo de Justin y envenenaste el agua. En el estado de conmoción de las personas debido a la enfermedad, le creerán. Lo menos que puedo hacer es protegerlos a ustedes.

—¿Protegernos de qué? —quiso saber Rachele—. No de la enfermedad.

Thomas bajó la espada. Johan la miró luego por sobre el hombro de él. Qurong movilizaba una línea de sus guerreros, que empezaban a marchar por la orilla hacia ellos.

—Qurong sospecha algo. No tenemos mucho tiempo —exteriorizó Thomas, luego miró hacia el agua—. ¿Recuerdas cuando el niño dijo que se jugaba mucho con nosotros?

—Sugiero que inclinemos nuestras cabezas en una señal de acuerdo mutuo —declaró Johan—. Qurong debe ver que hemos alcanzado alguna clase de...

—Olvida tu plan —interrumpió Thomas—. ¿Recuerdas al niño cuando dijo que dependía de nosotros?

—Sí.

—Justin le dijo ayer en la mañana lo mismo a Rachele. Luego le pidió que lo siguiera en su muerte. Afirmó que traería vida de una manera mejor.

Rachele está convencida que él quería que muriéramos por ahogamiento en el mar rojo, igual que él. Johan miró el agua.

—¿Crees que él era Elyon —inquirió Thomas.

—Yo... yo no sé. Él era... él era inocente.

—¿Pero crees que era Elyon? —inquirió Thomas otra vez—. ¿Crees que era el niño?

Johan hizo una pausa y miró la vidriosa agua roja.

—Sí. Sí, creo que lo era.

—¿Y es posible respirar el agua roja de Elyon? —preguntó ahora Thomas rápidamente.

—Quizás —respondió Johan mientras una lágrima fresca se le filtraba por el ojo derecho y le bajaba por la mejilla encostrada.

—Entonces creo que ella tiene razón —afirmó Thomas—. Y creo, que si esperamos más, nuestras mentes serán confundidas por la enfermedad, como los demás.

Ciphus lanzaba una diatriba por la orilla. Thomas oyó repetidamente su nombre, pero en el momento sintió la maraña de mentiras del anciano como bobadas al lado de las cosas que su esposa estaba sugiriendo ahora.

—¿Estás sugiriendo que nos ahogemos en el lago como él? —preguntó Johan.

Todos miraban ahora al lago. Una fila de guerreros había salido de los recién llegados y se acercaban por la derecha. Los que Qurong había despachado se acercaban por la izquierda. Se les acababa el tiempo.

—Tengo miedo —confesó Rachelle con temblor en la voz.

—Pero ¿qué fue lo que él te dijo? —inquirió Johan—. ¿Ahogarse como él?

—Sí.

Silencio.

—¿Y Samuel? ¿Marie? —exclamó ella.

—Si te equivocas, ellos estarán muertos con nosotros.

Thomas vivió lo mismo quince años atrás, al debatir entre huir del lago de Elyon y zambullirse. Entonces había sido un estanque de vida. Este lago parecía un charco frío de muerte.

Johan lanzó un pequeño grito ahogado. Estaba mirando a través del lago.

—¿Qué pasa?

Pero Johan no tenía respuesta. Thomas y Rachelle vieron acercarse a los guerreros, e instintivamente ella agarró del brazo a su esposo. El primer pensamiento de él fue que los árboles al lado opuesto del lago habían dado una gran cosecha de cerezas.

Pero esas cerezas estaban puestas en negras cuencas de ojos que se hallaban adheridas a peludos cuerpos negros.

¡Shataikis!

Cien mil al menos, colgaban de los árboles justo en las ramas más cercanas, observándolos con miradas carentes de parpadeos.

Habían pasado quince años desde que Thomas viera los murciélagos, negros o blancos. ¿Qué había cambiado ahora? Habían matado a Justin. La selva estaba ahora habitada por shataikis. ¿O el grito de Justin para que ellos recordaran les había abierto

los ojos como abrió la mente de Johan? Fuera como fuera, ambas cosas eran aterradoras y reveladoras a la vez.

De pronto, Johan se echó la capucha hacia atrás. Ahora tenía el rostro surcado de lágrimas. Lanzó a los murciélagos una última mirada y se quitó la capa, revelando carne asombrosamente blanca y descascarada. Al ver a su general con tan solo un taparrabos, los guerreros encostrados se pararon en seco a menos de cincuenta metros a cada lado.

En ese instante Thomas supo lo que debía hacer. Lo que deseaba hacer con gran desesperación. A quién debería seguir. Porque Elyon se jugaba mucho con él. Con ellos.

No se molestó en quitarse la túnica. Miró a la derecha, encontró los ojos bien abiertos de Rachelle; a la izquierda, la frenética mirada de Johan.

—Por Justin —expresó.

Corrió.

A pesar de su anterior declaración, Thomas casi se vuelve para buscar a sus hijos. La idea de dejarlos entre las hordas le produjo náuseas. Pero se forzó a seguir... este no era el momento de detenerse y hacer provisión para ellos, cualquiera que fuera el resultado. Sus hijos estaban ahora en manos de Elyon. Si él sobrevivía a los próximos momentos, los buscaría hasta encontrarlos y los besaría con gozo.

Se lanzaron a la orilla. Thomas primero, con Johan y Rachelle pisándole los talones. Los guerreros de las hordas refunfuñaban asombrados a izquierda y derecha; él logró oírlo. Los shataikis chillaban. Él se preguntó si alguien más podría oírlos.

Entonces se lanzó.

Tocó el agua e inmediatamente fue tragado por un mar frío.

LO PRIMERO que pensó fue que la decisión que tomaron había sido una terrible equivocación. Que la enfermedad les había debilitado el razonamiento y los llevó a hacer algo tan absurdo como seguir a Justin en su muerte.

Se hundió tan fuerte que los pies no patalearan en la superficie para que las hordas vieran.

El agua cambió con su segunda brazada, a menos de metro y medio abajo, de fría a tibia. Thomas abrió los ojos sorprendido. Había esperado un tenebroso abismo debajo de él... demonios negros anhelando satisfacer sus ansias de muerte.

Lo que vio fue una laguna de luz roja, tenue y confusa, ¡pero definitivamente había luz! Miró a la izquierda, luego a la derecha, pero no vio señal de Johan o Rachelle.

Thomas dejó de patear. Flotó. El agua estaba serena. Silenciosa, increíble y extraña. Oía el suave latido de su propio pulso. Por encima de él, muchísimos encostrados observaban el agua buscando señales de su salida, pero aquí en este fluido se hallaba momentáneamente seguro.

Después pasó el momento, la realidad de su apuro le invadió la mente.

Los ojos le empezaron a arder y parpadeó en el agua tibia, pero no halló alivio. Ya se le acababa el oxígeno; sintió opresión en el pecho y por un instante pensó en nadar hacia la superficie para tomar otra bocanada de aire.

Abrió la boca, sintió el agua cálida en la lengua. La cerró.

Es el agua de él, Thomas. Has estado en este lago mil veces y sabes que el fondo siempre ha sido lodoso y sombrío. Pero ahora hay luz. Has estado aquí antes.

Pero de pronto este plan le pareció irracional. ¿Qué hombre se llenaría voluntariamente los pulmones con agua? ¿Estaba deseando deshacerse de su propia vida? ¡La enfermedad lo había trastornado! Por un momento de desesperación había creído realmente que morir le brindaría una nueva clase de vida, pero en este instante le pareció totalmente ridículo.

¿Qué pasaría con Johan y Rachelle? ¿Habrían subido aterrados a la superficie?

Pero, ¿qué alternativa tenía? ¿Era menos absurdo regresar con los muertos en vida allá arriba? Se relajó, intentando hacer caso omiso de la horrible comprensión de que los pulmones le empezaban a arder. Pero eso sencillamente era así... ya no se podía dar el lujo de contemplar más su decisión. Le quedaban unos pocos segundos.

Una convulsión por el pánico, una desesperación que nunca antes había sentido, le recorrió el cuerpo, estremeciéndolo mientras se apoderaba horriblemente de él.

Thomas abrió la boca, cerró los ojos. Empezó a sollozar. Un último grito le comprimió la mente, impidiéndole tomar de esa agua. Justin había aspirado el agua, pero ese fue Justin.

No, ese fue Elyon, Thomas.

Entonces se le acabó el aire. Thomas desplegó la mandíbula y aspiró fuerte como un pez tragando oxígeno.

El dolor le atacó los pulmones como una embestida de carnero.

Intentó exhalar. Dentro, fuera, como una vez hiciera en el lago esmeralda. Pero esta no era esa clase de agua. Sintió los pulmones como si estuvieran llenos de piedras. Iba a morir. Su cuerpo lleno de agua empezó a hundirse lentamente.

No luchó contra la asfixia. Si Justin era Elyon, entonces esto era lo que Thomas debía hacer. Así de sencillo. Justin les había dicho que lo siguieran en su muerte y eso es lo que estaban haciendo. Y si Rachelle se había equivocado con esto, entonces él moriría como Justin a fin de mostrarle respeto por su inocencia. De todos modos, encima de la superficie no había vida.

La falta de oxígeno hizo estragos en su cuerpo durante larguísima segundos y él

no intentó detener la muerte.

Entonces lo intentó. Con todo su ser trató de revertir ese horrible curso.

Elyon, te ruego. Tómame. Tú me hiciste; ahora tómame.

La penumbra le invadió la mente. Comenzó a gritar.

Luego todo se hizo negro.

Nada.

Estaba muerto; lo sabía. Pero aquí había algo más allá de la vida. Desde la lobreguez, un gemido empezó a llenarle los oídos, reemplazando sus propios bramidos. El gemido aumentó en volumen y se volvió un lamento, luego un grito.

¡Él conocía esa voz! Era Justin. ¡Elyon estaba gritando! Y gritaba de dolor.

Thomas se presionó las manos contra los oídos y comenzó a gritar al unísono, pensando ahora que esto era peor que la muerte. Su cuerpo se sobresaltó con energía como si hasta la última célula se sublevara ante el sonido; y así debían hacerlo, le susurró una voz en el cráneo. ¡Su Hacedor gritaba del dolor!

¡Él había estado aquí antes! Exactamente aquí, en lo profundo del lago esmeralda. Había oído este grito.

Una voz profunda reemplazó el clamor.

—Recuérdame, Thomas —expresó. Pronunció Justin. Formuló Elyon.

Se le iluminaron los bordes de la mente. Una luz roja. Thomas abrió los ojos, asombrado de este cambio repentino. Había desaparecido el ardor en el pecho. El agua era tibia y la luz abajo parecía más brillante.

¿Estaba vivo?

Aspiró el agua roja y la exhaló. ¡Respirándola! ¡Estaba vivo!

Thomas gritó de asombro. Se miró las piernas y los brazos. Sí, esto era real. Él estaba aquí, flotando en el lago, no en otra realidad desconectada.

Y la piel... se la frotó con el pulgar. La enfermedad había desaparecido. Giró lentamente en el agua, buscando a Rachelle o a Johan, pero ninguno de los dos estaba ahí.

Thomas giró una vez más en el agua y lanzó el puño por encima (¿o fue por debajo?) de la cabeza. Se zambulló en lo profundo, luego ejecutó una voltereta hacia atrás y se lanzó hacia la superficie. ¡Debía localizar a Rachelle! Justin había cambiado el agua.

En el momento en que su mano tocó el agua fría por sobre la tibia le empezaron a arder los pulmones. Trató de respirar pero descubrió que no podía. Luego pasó y emergió del agua.

Tres pensamientos le aparecieron en la mente mientras el agua aún le caía del rostro. El primero fue que salía a la superficie en el mismo instante en que lo hacían Rachelle a su derecha y Johan a su izquierda. Como tres delfines que rompían la superficie en un salto coordinado, con las cabezas arqueadas hacia atrás, el agua

escurriéndoseles del cabello, sonriendo tan ampliamente como el cielo.

El segundo pensamiento fue que podía sentir el fondo del lago debajo de los pies. Se estaba parando.

El tercero fue que aún no podía respirar.

Salió del agua hasta la cintura, se dobló y expulsó de los pulmones un litro de agua. El dolor se fue con el agua. Boqueó una vez, descubrió que podía respirar con facilidad y se volvió lentamente.

Hacia la derecha. Agua y saliva en chorritos salían de la sonriente boca de Rachele. Ella también acababa de morir.

Hacia la izquierda. Por un breve instante no reconoció al hombre a metro y medio a su izquierda. Este era Martyn el encostrado, pero la piel le había cambiado. Tono color carne. Suave. Rosada como la piel de un bebé. Sus ojos brillaban como esmeraldas. Este era Johan como una vez había sido, sin rastro de la enfermedad. Él también había respirado el agua.

Se pararon en el agua, tres extraños empapados frente a cien mil hordas, unos vestidos en las túnicas de los habitantes del bosque, otros en las capas encapuchadas de los moradores del desierto, todos mostrando la blanquecina piel de la enfermedad.

Por un rato ninguno habló. Qurong permanecía con su ejército a cien metros a la derecha, con el rostro cubierto por su capucha. Ciphus estaba a cincuenta metros a la izquierda, con los labios demacrados. Allí, directamente adelante, estaban Mikil, Jamous, Marie y Samuel, boquiabiertos como los demás.

Thomas salió del lago, salpicando ruidosamente agua con los muslos. En alguna forma sintió que miraba un mundo totalmente nuevo. No solo era una nueva persona, cubierta de magia, sino que los miles que tenía en frente eran distintos. La enfermedad se les adhería como estiércol seco. Pero cuando entendieran lo que Elyon había hecho por ellos en este lago, se reunirían en grandes cantidades dentro de las aguas rojas. Lo atropellarían, pensó irónicamente.

Los guerreros de las hordas que habían enviado a investigar se hallaban a cincuenta pasos de distancia. Tenían su respuesta, Thomas dudó que la entendieran.

Regresó a mirar donde había visto los shataikis. Se habían ido. No, no se habían ido. Aún estaban allí, sin duda, pero él ya no los veía.

Estaba a punto de hablar, de contarles lo que había ocurrido, cuando una voz chillona rompió el silencio.

—¡Fueron ellos! —gritó Ciphus—. Nos han engañado y envenenaron el agua de Elyon.

—Ya no toleraremos tus mentiras, ¡viejo! —exclamó Johan poniéndose al lado de Thomas—. ¿Estás ciego? ¿Te parecemos envenenados?

—¡Mírense! ¡El agua les ha quitado la carne!

—¿Nos la quitó? —preguntó Thomas, anonadado; miró a las personas—. Nos ha

quitado nuestra enfermedad. ¿Pueden ver eso?

—¡Imposible! —cuestionó Ciphus—. Este ya no es el lago de Elyon. Esta es agua roja, envenenada por la muerte.

Eso es lo que diría alguien de los de las hordas, pensó Thomas. Ciphus se había virado por completo. Buscó en la orilla a Marie y Samuel, los encontró, y vio que Rachelle ya corría hacia ellos. Ella sabía tan bien como él que si la enfermedad había atrapado tan rápido a todos, quizás sus hijos no estuvieran tan receptivos.

Thomas miró al anciano, que se volvió hacia la gente.

—La ley establece sin lugar a dudas que el cuerpo debe permanecer en el agua hasta la mañana, pero todos ustedes lo vieron con sus propios ojos. ¡No hay cuerpo!

Otra vez fue Johan quien se adelantó en la defensa.

—Nadie atravesó mi línea de guardias para robarse el cuerpo y ustedes apenas registraron. Además, la que estás citando es la ley de las hordas, no la tuya. ¿Desde cuándo conoces la ley de las hordas?

—¡Es la ley! —gritó el anciano—. Y tú fuiste cómplice en el plan de ellos para robar el cuerpo. ¿Quién habría sospechado que los dos generales estaban obrando juntos para esclavizar al mundo entero en una enredada conspiración?

Señaló hacia el lago.

—¡Miren lo que han hecho!

Johan dio un paso adelante y se dirigió directamente a la gente.

—El lago no está envenenado; solo ha cambiado. ¿Estoy muerto? ¿Está la enfermedad pegada a mi cuerpo? ¿Soy un encostrado? No, estoy libre de la enfermedad, y eso se debe a que hice lo que Justin nos pidió. ¡Seguirlo en su muerte ahogándonos en el lago y encontrando nueva vida! Este es el cumplimiento de la profecía del niño. Este es el golpe contra el maligno del que nos hablara el niño, y llegó cuando se había perdido toda esperanza.

Johan volvió a extender el brazo hacia el lago.

—Entren al lago y encuentren la vida de él. ¡Ahóguense, todos ustedes! ¡Ahóguense!

Nadie corrió hacia el lago. Lo miraron como si se hubiera vuelto loco. El gran Martyn que ahora era Johan ya no infundía el respeto que tuviera solo minutos antes.

Hubo movimiento al lado de Qurong, a la derecha de ellos. Y a su izquierda.

—¿Lo van a oír? —preguntó Ciphus caminando lentamente hacia ellos.

Rachelle había guiado a Marie y a Samuel hacia el borde del agua y les susurraba a los oídos. Ellos temblaban.

—¡Martyn el general completaría su engaño con Thomas haciendo que todos nos ahogemos! —continuó Ciphus—. ¡Nunca!

—Qurong viene —susurró Johan con urgencia—. No tenemos mucho tiempo.

El líder de las hordas marchaba por la orilla con varios centenares de guerreros.

Dos hombres salieron de la multitud de habitantes del bosque y corrieron hacia la orilla... los dos que habían viajado con Justin por el Valle de Tuhan. Ronin y Arvyl.

Tenían los rostros surcados de lágrimas y los ojos totalmente abiertos por el miedo.

—Lo seguiremos hasta nuestras muertes si debemos hacerlo —expresó con calma Ronin, mirando profundamente a los ojos de Thomas—. ¿Qué debemos hacer?

—Naden profundo y respiren el agua. Dejen que ella los tome. Hallarán vida.

Ellos se miraron entre sí.

—¡Rápido! Están llegando.

Los dos hombres caminaron al frente, titubearon, luego corrieron y se zambulleron. Desaparecieron.

—Ahora sus hombres, ¡los hombres de Justin! —exclamó Ciphus—. ¡Todos han conspirado para traer nuestra ruina!

Qurong aún estaba marchando. Entonces todo había resultado en esto. Las hordas contra una familia. ¡Sin duda los segundos de Thomas lo seguirían!

Thomas subió la orilla y agarró las manos de Mikil y Jamous.

—¡Sígueme!

—Thomas...

—¡Cállate y sígueme, Mikil! —prorrumpió él en voz baja y queda—. ¿Crees en mí?

Ella no contestó.

—Ustedes mataron a Elyon. Todos lo hicimos. ¡Ahora devuélvele tu vida y anda conmigo!

Mikil y Jamous se miraron.

—Creo que él tiene razón —dedujo Jamous.

—¿Crees que Justin era Elyon? —inquirió ella.

—Él me habló.

Ella lo miró con sus blancos ojos bien abiertos.

—Zambúllate profundo y respira el agua; por amor de Elyon, ¡muévete! ¿Te he mentado alguna vez? Nunca. ¡Corre!

Eso bastó para Mikil. Los dos corrieron por la orilla arenosa con Thomas exactamente detrás. Se zambulleron al unísono, mientras Ronin y Arvyl salían a la superficie, con la carne rosada, las bocas abiertas, exhalando agua.

Thomas agarró a Johan del brazo.

—Caballos, necesitaremos caballos del establo auxiliar de los guardianes —le susurró—. Estarán ensillados y...

Pero Johan sabía todo eso, por lo que rápidamente corría por la orilla. Los enfermos habitantes del bosque le abrían paso a toda prisa. Desapareció en una fila de casas.

—Todos los de ustedes que sigan a Justin en su muerte, encontrarán nueva vida, ¡ahóguense! —gritó Thomas—. ¡Ahóguense ahora!

El líder de las hordas marchaba más rápido.

Ciphus se quedó en silencio. Él también vio a Qurong. También vio al ejército de las hordas que los había rodeado, muchos miles, montados en caballos, con las guadañas listas. Todos estaban bajo un nuevo orden.

—¡Se lo ruego! ¡Recuérdenlo! ¡Este es el día de la liberación de ustedes! —gritaba Thomas.

Detrás de él salpicó el agua. Mikil y Jamous habían subido.

La frustración de Thomas hervía en la superficie.

—¿Qué pasa con ustedes? ¿Están ciegos? ¡Es vida, tontos! ¡Ahóguense!

Mikil reía.

Dos niños corrían por la orilla. Lucy y Billy, los del Valle de Tuhan. Entraron con Marie y Samuel. Pisándoles los talones siguieron varios hombres y mujeres adultos, quizás media docena, uno de aquí, otro de allá. Chapotearon en el agua y se hundieron bajo la superficie. Uno resopló en la superficie y salió gritando del lago. La piel no le había cambiado. Dos más salieron del lago.

—¡Basta! —gritó Qurong de pie con el puño en la cadera y las piernas extendidas—. Si entran al lago, considérense un enemigo al que cazaremos y destruiremos.

—¡Tú eres Tanis! —declaró Thomas—. Bebiste el agua de Teeleh y nos provocaste la enfermedad. ¿Harás ahora la guerra a los hijos de Elyon? Justin nos ha traído paz.

—¡Yo les he traído la paz!

La voz de Qurong pareció demasiado fuerte para un hombre. Entonces Thomas cayó en cuenta de que era Teeleh quien hablaba a través de su primogénito. Jugaba al niño malcriado que quería ser tan grande como Elyon. Esa siempre había sido la manera de Teeleh; ahora, al haber matado a Justin, haría la guerra a este remanente inesperado. Eliminaría la vida que Justin había hecho posible en su muerte.

—¡Somos uno! —gritó Qurong con los brazos extendidos—. ¡Soy la paz!

—Estás en paz con Teeleh, no con Elyon. No con Justin.

—¡Blasfemia! —gritó Ciphus—. Estás desterrado. ¡Todo hombre, mujer o niño que se bañe en este lago será desterrado!

Qurong echó hacia atrás la capucha para dejar al descubierto sus largos rizos nudosos sobre una blanchuzca piel llena de escamas.

—Desterrados no —rugió—. ¡Muertos!

Detrás de Thomas el agua salpicaba mientras otros salían del lago. Ajenos al intercambio de palabras, varios de los niños reían. Rachelle los sacó corriendo del agua haciéndolos callar.

Thomas revisó la playa. Solo había un camino despejado de guerreros de las

hordas y era pasando a Ciphus. Aún entonces Qurong los perseguiría.

¿Dónde estás, Johan?

Un hombre solitario salió del gentío, corrió directo a la orilla y se zambulló en un acto de rebeldía a la orden de Qurong. ¿William? Si Thomas no se equivocaba, su teniente, William se les acababa de unir.

¿Dónde estaba Johan? ¿Cuánto tiempo necesitaba para abrir un portón a unos cuantos caballos? Thomas debía entretener a Qurong.

—Si estás con Elyon, ¿condenarías entonces a hombres y mujeres a morir porque no tienen tu enfermedad?

—Son ustedes quienes tienen la enfermedad —objetó Qurong—. Son desteñidos con carne envenenada y mentes enfermas.

De la boca le salía baba. Tenía los ojos candentes de la ira. ¿Por qué estaba tan furioso por unas pocas presas indefensas?

—La enfermedad de ustedes nos dividirá y amenazará mi reino, ¡y por eso serán ahogados!

—¡Ya nos hemos ahogado! —cuestionó Mikil; luego soltó la risotada—. ¿Quieres que nos ahoguemos otra vez?

Thomas alargó la mano para tranquilizarla.

—Prepáralos —le dijo en voz baja—. Viajaremos por el bosque, al norte.

—¿Caballos?

—Johan. Ella entendió.

—Veremos si sobrevives a mi ahogamiento —formuló Qurong—. ¡Agárrenlos!

La guardia del jefe de las hordas salió de su sitio y marchó al frente.

—¡Espera! —gritó Thomas—. ¡Tengo algo que intercambiar! Metió la mano en la túnica, sacó un libro de cuero y lo levantó.

—Un libro de historia.

Qurong levantó la mano y sus soldados se detuvieron. Dio un paso adelante. En su propia mente retorcida este era un libro sagrado; sin embargo, ¿qué haría para volver a tenerlo? Después de todo solo era un objeto.

—Has manifestado que a nadie se le permite entrar al lago —declaró Thomas—. Si lanzo este libro a esta agua envenenada, ¿romperás tu propia ley y entrarás a buscarlo?

—Ponlo a un lado.

Johan emergió del poblado detrás de la gente, llevando una docena de caballos. Dio una mirada a la situación y espoleó su montura. Thomas habló a gritos para cubrirle la llegada.

—Dejaré este libro a un lado si me das un minuto para llevar el caso ante todo el Consejo, como es la costumbre de nuestro pueblo en un suceso de...

El sonido de Johan y sus caballos al galope por la orilla fue suficiente para hacer

volver todas las cabezas. Los encostrados acababan de caer en cuenta de la súbita aparición de su antiguo comandante y se movieron para interceptarlo cuando pasó como un rayo a Qurong.

Thomas se metió en la túnica el libro de historia en blanco, luego giró y agarró al niño más cercano.

—Llévenlos a los caballos, ¡rápido!

Rachelle puso a Marie en una silla detrás de William. Agarró a Samuel del brazo y lo levantó con la ayuda de William. Luego giró hacia otro niño.

—¡Deténganlos! —gritó Qurong.

—Vete, ¡Rachelle! Me encargaré de los otros. ¡Monta! Pero ella corrió por un cuarto niño.

Ya no les inhibía la dolorosa enfermedad que hacía lentos a los encostrados. Antes de que los alcanzara el primer guerrero, ya se habían subido a las sillas y galopaban hacia los miembros del Consejo, los cuales se quedaron petrificados.

Todos menos Thomas y Rachelle, que ayudaban a los niños.

—¡Monten! ¡Rápido!

¡Rachelle no iba a lograrlo! Thomas espoleó su caballo hacia el guerrero más cercano, que se paró en seco y le lanzó un débil golpe. El eludió la guadaña con bastante facilidad. Ahora su esposa había montado.

—¡Corre! ¡Corre!

De alguna parte, una flecha atravesó el aire y se estrelló contra el cuello de la montura de Thomas. El animal se paró en las patas traseras y él se agarró de la silla.

—¡Thomas! —gritó Rachelle.

Ella sabía muy bien que esa herida acabaría con el caballo. Y los encostrados se acercaban aprisa. Una hoja golpeó las ancas del caballo de Thomas. Rachelle hizo girar su propia montura.

—¡Salta! —gritó ella corriendo hacia él, soltando las riendas, colocándose detrás de la silla y agarrándose del puño con una mano.

Este era un movimiento que los guardianes conocían muy bien; a menudo caían caballos en batalla. Desde el principio aprendieron que a cualquier velocidad, saltar de un caballo a otro era casi imposible a menos que el jinete pudiera sostenerse rápido en los estribos y agarrarse de quien saltaba entre su persona y el cuello del caballo.

Thomas saltó, chocó con el cuello del caballo de Rachelle y fue a parar en la silla. Se inclinó un poco y agarró las riendas. Ella lo abrazó alrededor de la cintura y lo apretó con fuerza.

Pero ahora iban por el camino equivocado. Thomas hizo girar el caballo y galopó para alcanzar a los demás. Todo había sucedido en unos pocos segundos. Johan acababa de abrirse paso entre el Consejo, pero los seguidores de Justin se hallaban

lejos de estar a salvo.

Los cien encostrados sobre la playa espolearon a sus caballos para interceptar.

—Jamous, William, a la derecha! —gritó Thomas; luego viró directo hacia las hordas—. ¡Agárrate!

Rachelle se apretó con más fuerza alrededor del estómago de Thomas.

Jamous y William se desprendieron de los demás y enfrentaron al ejército. Johan volteó a mirar, dio una rápida patada y guió a toda carrera a los demás lejos del peligro.

Thomas se inclinó al frente y gritó mientras se lanzaba a la batalla. Cada soldado encostrado allí sin duda había visto a este poderoso guerrero derribando a los compañeros de ellos y verlo con sus dos tenientes corriendo directamente hacia ellos hizo que se pararan en seco.

El retraso fue suficiente para darle a Johan el tiempo necesario de internar a los demás entre los árboles.

—¡Giren!

Thomas, Jamous y William giraron a la izquierda ante la orden y corrieron hacia los árboles tras Johan.

Fue entonces, a no más de dos caballos de distancia de los árboles, que un suave tas se metió entre el martilleo de cascos.

Rachelle gimió detrás de él.

Otro tas.

Una flecha se clavó en un árbol a la derecha de Thomas. Rachelle aflojó su presión en la sección media de él.

—¿Rachelle?

Ella lanzó un gemido, acompañado del inconfundible tono del dolor.

—¿Rachelle? ¡Háblame!

En respuesta, una docena de flechas se metieron entre las ramas. Entonces ingresaron a la selva. ¡Le habían dado a su esposa! Él tenía que parar.

—¡Rachelle!

Las hordas estaban en directa persecución... no podía detenerse.

—¡Contéstame! —gritó—. ¡Rachelle!

Nada. Las manos de ella resbalaron y él las agarró con la mano izquierda.

—¡William!

Su teniente miró hacia atrás.

—¡Corre, Thomas! ¡Corre!

—¡Le dieron a Rachelle! —gritó él.

Inmediatamente, William se hizo a un lado y aminoró el ritmo. Thomas lo pasó, aun galopando a toda velocidad. Esquivaron varios árboles y entraron a una pradera. William analizó el cuerpo inerte detrás de Thomas. El cuerpo de Rachelle.

Lo que Thomas vio en los ojos verdes de su teniente hizo que un terror salvaje le recorriera el corazón.

THOMAS SE salió del camino el tiempo suficiente para revisarle el pulso a Rachelle. Estaba viva. Pero inconsciente. Tres flechas sobresalían de su espalda. Él empezó a sollozar, aún sentado en la silla con el sonido de las hordas a menos de cien metros atrás. William ató las manos de Rachelle alrededor del estómago de Thomas y corrieron aprisa para alcanzar a los demás.

Elyon, te ruego que hi sanes, oró. Te suplico que salves a mi esposa.

Los demás no lo sabían. Samuel y Marie iban adelante con Mikil y Jamous, que había agarrado a Marie para aligerar la carga de Mikil. Thomas revisaba a cada instante el pulso en la muñeca de Rachelle. Viva, aún viva.

William corría detrás, en silencio. Aunque logran detenerse, no podían hacer nada por Rachelle. Ella debía descansar. Necesitaba que todos se detuvieran, pero con esta persecución nada de eso era una opción.

Tú me salvaste, Justin. Salvarás a mi esposa.

Ellos habían muerto y vuelto a vivir en el lago. ¿Para qué? ¿Para que Rachelle muriera a manos de las hordas? No tenía sentido, lo cual solo podía significar que ella no iba a morir. ¡Él la necesitaba! Los niños la necesitaban. La tribu la necesitaba. ¡Ella era la persona más tierna, más sabia y más amorosa de todas!

Ella no iría a morir.

William se puso al lado de él tras veinte minutos.

—Nos persiguen como doscientos —informó—. Johan y yo los llevaremos hacia el sur y nos juntaremos contigo en el bosque de manzanos al norte.

Thomas asintió.

Su teniente corrió al frente y habló brevemente con Johan, que miró hacia atrás inquieto. Él giró a la derecha y desapareció entre los árboles con William. Ellos retrocederían en círculo, atraerían a las hordas y luego las llevarían hacia el sur, según los métodos clásicos de los guardianes.

Thomas corrió tanto como se atrevió. Seguramente para ahora William y Johan habían atraído a las hordas. Palpó el pulso de su esposa por centésima vez. Con el caballo dando tumbos debajo de ellos, la tarea ahora era casi imposible. Tal vez el pulso de ella se había debilitado demasiado para poder sentirlo sin detenerse.

—¡Mikil!

Thomas detuvo el caballo en seco antes de que su segunda pudiera responder. Ella lo vio detenerse y llamó a los demás, que acababan de entrar a un claro.

Desató las muñecas de su esposa, bajó del caballo y la depositó sobre el pasto. Ella se quedó de lado, sosegada. Él le palpó el cuello con una mano temblorosa, desesperado por sentir el pulso conocido en el rostro que había acariciado muchas veces.

No había pulso.

Los otros se pusieron detrás de él y les oyó sus llantos sobresaltados, pero ahora no les importaban ellos. Solo quería una cosa. Quería que su esposa regresara. Pero ella se hallaba tendida en el suelo y él no lograba encontrarle el pulso.

Está muerta, Thomas.

No, no podía estar muerta. Ella era Rachelle, la que había sido sanada por Justin. La que los había metido al lago. La que le había mostrado cómo amar, luchar, guiar y vivir.

—¿Mamá?

Marie. De los ojos de él salieron lágrimas al oír la voz de su hija.

—¡Mamá!

Los dos niños cayeron de rodillas al lado de su madre. Thomas intentó una vez más sentirle el pulso, esta vez tuvo la seguridad de que estaba muerta.

Se puso en cuclillas y se dejó envolver por una terrible angustia. Respiró hondo, levantó la barbilla y comenzó a sollozar al cielo.

Mikil luchaba con el cuerpo; una mujer abrazaba a los niños, que también lloraban; lo único que Thomas podía hacer era llorar. Había visto morir a muchos en batalla, pero hoy, tras haber respirado el agua de Elyon, de algún modo sintió diferente esta muerte. Injusta, terrible y más dolorosa de lo que se pudo haber imaginado.

Thomas se desplomó al lado de su esposa, se acurrucó y lloró.

Mikil se encargó de lo demás.

—Monten. Diríjanlos hacia el bosquecillo de manzanos. Espérennos allá. Lo dejaron solo. Él sabía que debía continuar. No todos en las hordas habrían seguido a Johan. Estarían cerca.

El guerrero los invitaba ahora. Vengan y mátenme también. Me juego demasiado contigo, Thomas de Hunter.

La voz completamente diáfana le habló en la mente. Él abrió los ojos. La espalda de Rachelle se hallaba a treinta centímetros de su rostro. Quieta. Cerró los ojos, con la mente entumecida. Mi hija está conmigo ahora. La necesito.

—Devuélvela —susurró Thomas.

—¿Qué? —preguntó la voz de Mikil.

—¡Devuélvela! —gimió él.

Por largo rato solo hubo silencio. Debieron haber salido mucho tiempo antes, pero Mikil seguía observándolo tendido en dolor. Luego la voz volvió a hablar.

Cabalga, Thomas. Cabalga conmigo.

Algo le sucedía en el pecho. Abrió los ojos y se fijó en un calor que se le extendía por los pulmones y le subía por el cuello. Se sentó.

Encuéntrame en el desierto, Thomas. Cabalga.

—¿Thomas? —exclamó Mikil arrodillándose a su lado—. Lo siento, es... es una terrible tragedia. Deberíamos irnos.

Thomas se puso de pie. El dolor en su corazón era punzante, pero estaba esa otra voz, la cual conocía. Le había hablado en el lago esmeralda mucho tiempo atrás. Había hablado hoy en el lago rojo. Justin había muerto. Todos habían muerto. Ahora Rachelle había vuelto a morir. Pero estaba viva, porque la voz decía que estaba viva. Si no aquí, en algún otro lado.

—Ayúdame con ella, Mikil.

Pusieron el cuerpo de Rachelle sobre el caballo frente a Thomas, frente a él con el rostro apoyado en el hombro y los brazos a los costados. Él sostenía a su esposa, cabalgaba y lloraba con lágrimas que empapaban el cabello de ella.

Pero el lamento de Thomas era por sus hijos y por él mismo, no por Rachelle. No por la hija de Elyon. Ella estaba con Justin.

Cuando llegaron al huerto de manzanas, Johan y William esperaban con los demás. Johan lloró por su hermana. La besó, le acarició el cabello y les dijo a los demás que él la había traicionado.

—¿Adónde vamos? —inquirió Mikil.

—Al desierto —anunció Thomas, espoleando el caballo—. Cabalguemos hacia el desierto.

31

DECIR QUE el mundo se precipitaba a un irracional caos no sería una exageración, no a modo de ver de cualquiera. Habían pasado cuatro días desde que Mike Orear revelara la información en CNN, desde que Francia declarara la ley marcial, desde que Monique regresara con el elixir mágico en su mente, desde que Thomas Hunter resultara muerto por una bala en la frente. Estuvieran los titulares en inglés, alemán, español, ruso o cualquier otro idioma, todos se habían reducido a unas cuantas afirmaciones audaces.

CONFIRMADA AMENAZA DE VARIEDAD RAISON

MUNDO AL BORDE DE LA GUERRA SE CALCULA EN MÁS DE CINCO MIL MILLONES LOS INFECTADOS PARALIZADA LA ECONOMÍA MUNDIAL DÍA T MENOS DIEZ QUE DIOS NOS AYUDE A TODOS ESPERANZA DE ANTIVIRUS

Ver tales titulares era una experiencia surrealista. Ni los periodistas ni los lectores tenían idea de lo que realmente significaba eso. Nunca antes había sucedido algo así. No era posible que estuviera ocurriendo algo de esa magnitud. La variedad Raison se había extendido por el mundo y, a excepción de unos cuantos nativos en selvas tropicales, seguramente todos habían oído las noticias. Pero, ¿cuántos creían ahora? ¿Creían de veras? Negación.

Desde luego, el mundo había desarrollado una negación total o se hallaba demasiado estupefacto como para reaccionar. De ahí que no hubiera disturbios. De ahí que no hubiera protestas. De ahí que aún no empezaran las típicas peroratas y críticas en las ondas aéreas.

En vez de eso había un análisis casi desconectado de la situación. El mundo se apegaba en masa a los noticieros, clamando a Dios por el mensaje en que todos confiaban que vendría pronto: el anuncio de que el antivirus de Monique de Raison se había probado y que eliminaba eficazmente al virus como todos esperaban que lo hiciera.

El presidente hablaba al pueblo dos veces al día desde la Casa Blanca, calmando y apaciguando. Pruebas de infección se asignaron al azar, por sorteo, basado en los números de la seguridad social. A una persona de cada mil se le permitía ir al hospital local para un examen. La esperanza ese primer día de que ciertas secciones de Estados Unidos se hubieran librado del virus cambió rápidamente a estupefacción a medida que resultaban positivos los exámenes en cada persona, cada familia, cada barrio, cada pueblo y cada ciudad. CNN utilizaba un mapa electoral modificado para mostrar la saturación del virus. Cuando se confirmaba la infección, inmediatamente se pintaba de rojo la localidad. A inicios del segundo día estaba roja la mitad del mapa. Doce horas después solo se veía el color rojo.

Las escuelas cancelaron las clases. A pesar de la súplica del presidente de continuar la vida como siempre, la mitad de los negocios de la nación cerraron sus puertas al segundo día, y sin duda cerrarían más. El transporte también se había paralizado. Menos mal que los servicios públicos seguían funcionando con el mínimo personal por órdenes directas del presidente de Estados Unidos.

La primera señal de que el caos pronto amenazaría la vida cotidiana fue una presión sobre las tiendas de comestibles a las ocho de la mañana del segundo día. Era natural. Pronto vendría el caos. Sería imposible llegar a una tienda, peor aún encontrar una abierta.

La segunda señal fue el tono de la reunión de las Naciones Unidas a la que el presidente esperaba dirigirse en este mismo instante. Los asistentes formaban un grupo heterogéneo de acuerdo a las ojeras, las camisas y las blusas arrugadas. El salón se hallaba repleto, cada silla ocupada, cada pasillo plagado de asesores. Si había un momento para que la comunidad global se calmara, era este. Pero las reacciones ante los vehementes discursos hasta este momento, tanto de Rusia, como de Inglaterra y ahora de Francia, revelaban cuan separados podrían estar los líderes a la hora de la verdad.

Un caos organizado.

—Nosotros somos las verdaderas víctimas de estos bárbaros terroristas... nosotros, ¡el inocente pueblo francés! —Informando con convicción su excusa el embajador de Francia—. Nuestro gobierno simplemente ha actuado según los mejores intereses de nuestros ciudadanos y de la comunidad mundial. Por imposible que pueda parecer, incluso suicida, no acceder a las demandas de esa gente habría sido nuestra verdadera muerte. ¡Es mejor vivir para luchar otro día que morir sobre montones de armas!

Algunas voces gritaron en desafío tan pronto como se completaba la traducción en los audífonos. A Robert le pareció que algunos estaban de acuerdo y otros en violenta oposición. La palabra «traidor» se oyó en alguna parte... muy clara.

El presidente se quitó el audífono. Al líder de la mayoría Dwight Olsen lo habían

puesto en espera un minuto antes. Robert agarró el teléfono negro frente a él.

—Está bien, conécteme.

—El presidente recibirá ahora su llamada.

—Gracias —sonó la voz de Olsen—. Buenos días, señor presidente.

—Mi participación es dentro de cinco minutos. ¿Qué quiere, Dwight?

—Entiendo que está pensando en declarar la ley marcial.

—Haré lo que crea necesario para mantener con vida a los estadounidenses.

—Le exhorto a recordar que las personas aún tienen sus derechos. La ley marcial es presionar demasiado.

—Llámele como quiera. Hoy estoy convocando a la guardia nacional. La defensa ha preparado un plan sencillo para tratar con varias contingencias. Esta noche entra en efecto el toque de queda. No voy a quedar atrapado sofocando una revuelta en casa mientras Francia se nos viene encima.

—Señor, recomiendo firmemente...

—Hoy no. Le atendí esta llamada como muestra de cortesía, pero mi curso está fijado. Todos estaremos muertos en diez días si no podemos asegurar el antiviral. Nuestra mejor esperanza para encontrarlo murió hace tres días con Thomas Hunter... un hombre al que usted rechazó, si recuerda bien. Esperemos que la muerte de Thomas nos traiga lo que necesitamos. Si no, no sé qué vamos a hacer. Nuestros barcos están a mitad de camino a través del Atlántico. Usted entiende que tengo cinco días para hacer la llamada.

¡Cinco días! En ese tiempo debemos mantener vivos a nuestros ciudadanos, e impedir que acaben con el país. Todo lo demás es secundario.

—Sin embargo...

—En unos minutos me voy a dirigir a las Naciones Unidas —continuó Blair—. Luego le enviaremos por fax una copia de mi discurso, pero déjeme comunicarle lo esencial. Voy a decirle que Estados Unidos hará cualquier cosa que sea necesaria para proteger las vidas de nuestros ciudadanos y las de todos los que están con nosotros en el respeto a la supervivencia humana. Luego exigiré que Francia muestre al mundo los métodos y los medios exactos con los que administrarán un antiviral a cambio de las armas que les estamos enviando a sus playas del norte. Una garantía. Sin tal garantía, Estados Unidos se verá obligado a suponer que la Nueva Lealtad pretende hacernos sufrir una muerte terrible después de que nos hayamos despojado de nuestras armas.

Dwight no reaccionó. Los dos sabían adonde se estaba dirigiendo esto.

—Bajo ninguna circunstancia llevaré a mi pueblo a una muerte innecesaria. Si nos van a matar como ovejas en el degolladero, en pago trataré con quienes amenazan a mi pueblo. Pensando en esto estoy autorizando apuntar las armas nucleares sobre París y otras veintisiete ubicaciones no reveladas. En cinco días, a menos que

recibamos una garantía de que a Estados Unidos realmente nos dará un antivirus para la variedad Raison, gran parte de Francia dejará de existir. Haremos muchas advertencias para que los ciudadanos inocentes se dirijan al sur. Usted tiene ahora mi discurso, en pocas palabras. A la luz de nuestra situación, la ley marcial es la menor de nuestras preocupaciones.

—Señor, tengo a Theresa Sumner de los CDC —susurró en voz baja un asesor al oído del presidente.

El asintió. El líder de la mayoría del senado aún estaba en silencio, impactado.

—Si tiene algún problema con esto, trátemelo conmigo en la sesión de la mañana. Gracias, Dwight. Me tengo que ir.

Depositó el teléfono y agarró un celular del asesor. El secretario de estado, Merton Gains, iba hacia él con una carpeta roja en la mano. A juzgar por la cara del hombre, sin duda la carpeta contenía malas noticias. El ministro de estado se hallaba en camino hacia el Oriente Medio para una conferencia cumbre con varias naciones árabes, pero era muy pronto para tener noticias de esas reuniones. ¿Qué más pudo haber motivado el ingreso de Gains? Demasiadas posibilidades para considerar.

—Hola, Theresa —expresó el presidente llevándose el celular al oído.

—Buenas tardes, señor presidente —dijo ella con una voz que a él le pareció débil.

—¿Alguna noticia de los exámenes?

—Sí —respondió Theresa e hizo una pausa.

—Esto no parece bueno —objetó Blair respirando hondo.

—No lo es. La codificación de Monique sobrevivió a la mutación de la vacuna, pero temo que ya no sea eficaz para neutralizar el virus.

—Lo cual significa que no funciona.

—Básicamente, sí.

—Bueno, ¿sí o no? No me diga «básicamente».

—No funciona. Y para empeorar el asunto, ella ha desaparecido.

—¿Cómo podría desaparecer?

—Lo estamos averiguando. No apareció esta mañana. Kara Hunter está desesperada. Se trata de algo acerca de que Monique puede localizar a Thomas.

Esa era la peor noticia que podía haber recibido a dos minutos de su discurso. Blair bajó la cabeza y cerró los ojos.

—Este... ¿señor?

—Aquí estoy.

—Solo quería disculparme. Dejé escapar algunos detalles de que la variedad se combina...

—Sí, lo sabemos, Theresa. Está bien; de todos modos tenía que suceder tarde o temprano. Resultó para bien. Encuentre a Monique. Tan pronto como la tenga, quiero

verla en Washington.

Blair hizo una pausa. Era un mal día para noticias.

—Si no es una molestia para usted, dígame a Kara que nuestras fuerzas localizaron en las afueras de París la granja que Monique nos describió. Está abandonada. No hay indicios de su hermano. También encontramos la enramada en la cantera, pero no hay cuerpo. Debimos sacar a nuestra gente. Mis condolencias.

—Está bien, lo haré. Aún hay una esperanza, señor. Tenemos diez mil científicos trabajando en un...

—Por favor. Usted ya ha hecho un buen trabajo persuadiéndome de que es bastante improbable hallar una solución a tiempo. Vamos a tener que encontrar el antivirus que ya existe. Suponiendo que ellos lo tengan.

—Monique cree que lo tienen —declaró Theresa—. Ella parece muy confiada en que se trata de una combinación entre el código de Monique y la información que Thomas Hunter les diera.

Merton Gains se sentó en una silla al lado del presidente y le lanzó una mirada.

—Sí, desde luego. Hunter. Todo regresa a Hunter —expresó él suspirando—. Está bien, gracias. Si aparece algo nuevo, dígame que me interrumpan.

Cerró el teléfono, la mente le daba vueltas.

—Parece que ya ha empezado—informó Gains—. Tenemos informes de motines generalizados en Yakarta y Bangkok. Abrió la carpeta.

—Hay una gran cantidad de ciudades en este reporte, señor. Se detuvo y levantó la mirada hacia Blair.

—Que incluyen a Tel Aviv.

A Blair se le estremeció la piel de la nuca. ¿Israel? Temprano esa mañana había pasado toda una hora al teléfono con Isaac Benjamín, fue lo único que pudo hacer para impedir que el hombre le colgara. Israel se estaba fragmentando en sus puntos débiles inherentes a su delicado sistema político. Era la única nación con armas nucleares que no estaba en conformidad con el programa de Francia y de la noche a la mañana habían recibido una nueva exigencia que amenazaba con lanzar un golpe contra Israel si no embarcaban sus armamentos desde donde los habían reunido en los puertos de Tel Aviv y Haifa.

—Consiga a Benjamín por teléfono —enunció él—. Si no está disponible, quiero que usted hable con el ministro. No podemos detener los disturbios, pero es mejor que mantengamos a los israelíes a raya.

El secretario general de la ONU ya lo estaba presentando en el estrado.

—Mi intervención es solo en dos minutos; dígame que no tomen ninguna acción hasta que yo logre hablar con Benjamín.

—El presidente de Estados Unidos.

No hubo aplausos.

Blair se acercó al estrado, estrechó la mano del secretario general y miró al círculo de representantes de las naciones reunidos en Nueva York en busca de respuestas a esta crisis, la más grande desde que el ser humano fundara las naciones.

—Gracias. Nos hemos reunido...

Fue hasta donde pudo llegar. Una de las puertas a su derecha se abrió de golpe. De repente, el salón se quedó en silencio y todas las cabezas giraron instintivamente. En el marco de la puerta se hallaba su jefe de personal, Ron Kreet, con una expresión que hizo pensar a Blair que el hombre había ingerido un trago amargo. Tenía el rostro pálido.

Kreet no ofreció ni una insinuación de disculpas. Simplemente se tocó los labios, queriendo decir que debía hablar con el presidente. Ahora.

Blair miró a los delegados. Era algo sumamente inusual, por supuesto, pero Kreet sabía esto mejor que nadie... pasó dos años como su embajador ante las Naciones Unidas.

Algo había sucedido. Algo muy malo.

—Discúlpenme un momento —declaró Blair y bajó de la plataforma.

32

DOCE ADULTOS y cinco niños. Diecisiete. Esos fueron todos los que entraron al lago y escaparon como desterrados.

Viajaron durante cinco horas en un infrecuente silencio. Poco a poco, los demás comenzaron a hablar de sus experiencias en el lago. Lentamente, la tristeza de los demás por haber perdido a Rachelle fue reemplazada por el asombro de sus propias resurrecciones en las aguas rojas. Poco a poco, Thomas, Marie y Samuel se quedaron solos en su persistente tristeza.

En la hora sexta Thomas les comenzó a hablar a Marie y a Samuel acerca de mamá. De cómo ella había salvado la vida de ellos y de los demás al guiarlos al lago. Del valor de ella al ponerlos primero en los caballos y luego salvar la vida de Thomas al volver por él. Del lugar en que se hallaba ahora Rachelle, con Elyon, aunque él en realidad no entendía esto último.

Llegaron al borde norte de la selva después de siete horas, toda señal de persecución había desaparecido.

Enrollaron a Rachelle en una sábana y la enterraron en una tumba profunda, como acostumbraban a hacer cuando las circunstancias no favorecían la cremación. Colocaron flores y frutas con el cuerpo y luego rellenaron la tumba.

—¡Monten! —gritó él y se subió en su silla.

Con el paso de las horas lo había inundado una fresca determinación. Su destino se hallaba ahora con Elyon. Ahora honraría la memoria de su esposa con cada momento que estuviera despierto y les mostraría ternura a los dos hijos que ella le había dado, pero su senda estaba ahora más allá de él.

Sentado en su caballo, miró las abrasadoras dunas de tono rojizo. Se habían detenido en un riachuelo y llenaron las cantimploras cosidas a todas las sillas. Era agua de manantial, cristalina y fresca. No la usarían para bañarse. Aun así, solo tenían suficiente para sustentarlos dos o tres días como mucho.

—¿Adónde ahora? —inquirió Johan poniendo su caballo al lado del de Thomas.

—Ellos no esperarán que salgamos de la selva —contestó él aclarándose la garganta.

—No, porque no es lógico que salgamos de la selva —intervino Mikil por detrás—. Nunca hemos vivido en el desierto. ¿Dónde hallaremos agua? ¿Comida?

—He vivido en el desierto —objetó Johan.

—El desierto —declaró Thomas—. Lo único que sé es que iremos al desierto.

—Dices eso como si supieras algo más —afirmó Johan mirándolo.

—Solo que debemos estar allá.

—La arena mostrará nuestras huellas —advirtió Mikil.

—No en las tierras del cañón norte —refutó Johan—. Podríamos perderlos allí para siempre.

—Nos podríamos perder allí para siempre.

Los demás habían montado y ahora se hallaban sobre sus caballos en una larga línea, mirando fijamente el desierto.

—¿Crees que los lagos de las otras selvas estarán...? —preguntó Jamous... y se detuvo.

—¿Rojos? —exclamó Thomas—. No lo sé. Pero no funcionarán de la manera en que solían hacerlo. La única forma de derrotar ahora a la enfermedad es seguir a Justin en su muerte.

—Y la enfermedad se ha ido para siempre —expresó Lucy.

—¿Sabes eso? —preguntó Thomas volviéndose hacia la pequeña con ojos verdes brillantes.

—Eso es lo que oí.

—¿De quién?

—De Justin. En el lago.

El intercambió una sonrisa de complicidad con la madre de la niña, Alisha.

—Ella tiene razón —apoyó Marie.

—Bien. Quizás entonces Lucy deba guiarnos. ¿Adónde crees que debemos ir? —inquirió él.

Lucy rió. La propia hija de Thomas esbozó una sonrisa, la cual le trajo esperanza, al considerar la pérdida que había sufrido la niña. Él le devolvió la sonrisa. Los ojos de Marie se empañaron y volteó a mirar hacia otro lado.

Él volvió a mirar las dunas rojas, conteniendo su propia tristeza.

—¿Nos hallarán aquí las hordas, Johan?

—Esta noche no. Pero mañana sí.

—¿Está...?

—Samuel balbuceó la pregunta que nadie había hecho aún—. ¿Está muerto Justin?

—Depende de lo que quieras decir por Justin —respondió Thomas.

—Quiero decir el Justin que se ahogó. No Elyon, sino Justin. Justin. Todos reflexionaban en la pregunta.

—Lo vimos ahogarse —explicó Johan—. Y observé el lago varias horas. No salió. Si su cuerpo desapareció, Ciphus pudo haberlo robado para culpar a Thomas. No obstante, ¿importa si Justin está muerto o no? Es solo un cuerpo el que usaba. ¿Correcto? Todos sabemos que Elyon no está muerto.

Johan fue quien hundió su espada en ese cuerpo... quizás estaba calmando su culpa.

Dejaron descansar a los demás.

Thomas volteó a mirar la fila de caballos. Cinco guerreros experimentados incluyendo a William y Suzan, cinco niños y seis civiles incluyendo a Jeremiah, el anciano convertido que una vez fuera encostrado. Ronin y Arvyl, por supuesto. Y los últimos tres también eran del Bosque Sur.

Un grupo inverosímil, pero del que de repente se sintió muy orgulloso. De tantos, estos fueron los únicos que respondieron al grito de Justin. El destino del mundo reposaba ahora en los hombros de personas como Marie, Lucy y Johan. Thomas se volvió a mirarse el brazo. La enfermedad no lo volvería a poner gris. En realidad eran nuevas personas. Ya no eran gente del bosque, y con seguridad tampoco de las hordas. Eran parias.

Eran los escogidos. Los que habían muerto. Quienes vivían.

Te amo, Rachelle. Te amo mucho de verdad. Siempre te amaré.

Sintió deseos de volver a llorar.

—Entonces acamparemos aquí esta noche —decidió, mirando hacia las rojas colinas—. Sin hacer fogatas.

—¿Estás diciendo que desperdiciemos el resto del día? —cuestionó Mikil—. ¿Y si estoy equivocada? ¿Y si vienen tras nosotros?

—Entonces pondremos vigilantes. Pero esperemos aquí.

—¿Qué es eso? —preguntó Samuel.

Thomas le siguió la mirada. Un punto en la arena. Un jinete.

El corazón le palpitó con fuerza. El caballo corría aprisa, directo hacia ellos desde el desierto. ¿Un explorador?

—¡Retrocedan! —exclamó Mikil, haciendo girar el caballo—. Pónganse a cubierto. Si nos ven, nos denunciarán.

Los caballos reaccionaron a los jalones en las riendas y se retiraron detrás de una fila de árboles.

Miraron desde su escondite. El jinete se movía más raudo de lo que Thomas jamás había visto, bajando la ladera de la última duna, dejando un rastro de arena removida. Un caballo negro. El jinete vestía de blanco. La capa se le agitaba detrás de él y montaba en las puntas de los pies, inclinado.

—¡Es él! —gritó Lucy.

La niña saltó del corcel de su madre y se puso a correr antes de que Thomas pudiera detenerla.

—¡Lucy!

—¡Es Justin! —exclamó ella.

Thomas parpadeó, forzando la vista para ver mejor. El corazón se le aceleró. Y entonces supo que el hombre sobre el caballo negro que galopaba hacia ellos era Justin.

La melena hasta los hombros le volaba con la capa y aun a esa distancia Thomas estaba seguro de poder verle el verde brillante de los ojos. La pasión de Thomas se contagió de inmediato.

Se quedó paralizado por la repentina comprensión de que Justin en realidad estaba vivo.

¿Había venido para devolverle a Rachelle?

El caballo de Justin paró en seco como a siete metros de los árboles. Tenía los ojos fijos en Lucy, que corría hacia él.

Era Elyon y se inclinó en el costado de su caballo, agarró a Lucy por debajo de los brazos, la colocó en la silla y espoleó al garañón para que saliera a toda velocidad. Lucy gritó de alegría. El hizo girar el corcel hacia atrás, poco menos de cincuenta pasos, recorrió un amplio círculo y ahora reía en alta voz con la niña.

Thomas instó a su caballo a ir al frente, pero no fue el único; todos salieron de los árboles y desmontaron.

Justin se acercó, depositó a Lucy en tierra y, con un brillo y un destello en los ojos, evaluó a cada uno.

—Buenas tardes —saludó. Ninguno de ellos contestó.

—¿Cuánto disfrutaron del lago?

—Perdóname —imploró Thomas después de bajarse de la silla, doblar una rodilla e inclinar la cabeza.

—Ya lo hice —contestó Justin desmontando y yendo hacia él—. Y tú me seguiste, ¿no es así?

Tocó a Thomas en la mejilla.

—Mírame.

Thomas levantó la cabeza. No había ni una sola sombra en el rostro de Justin que mostrara la paliza que recibió. A no ser por los ojos, parecía muy humano. Pero en esos profundos ojos esmeralda Thomas solo podía ver a Elyon.

—Yo estaba seguro de que podía confiar de ti. Gracias —expresó Justin. Thomas no estaba seguro de haber oído bien. ¿Gracias? Bajó la cabeza, lleno de emoción. ¿Y Rachelle?

—Mírame, Thomas.

Cuando levantó la mirada vio el rostro de Justin surcado de lágrimas. Thomas empezó a llorar. No sabía que le hubiera quedado algo de llanto, pero allí, arrodillado, mirando a los llorosos ojos de Elyon, comenzó a estremecerse con sollozos prolongados y desesperados.

—Entiendes lo que has hecho y eso te está despedazando la mente. Quieres que tu esposa regrese, lo sé. Pero no es lo que estoy considerando.

—¡Lo siento! —gritó él tontamente, pero en ese instante solo quería decir lo que fuera necesario para obtener el perdón total de Justin por sus dudas.

—Eres un príncipe para mí —expresó Justin—. Te he mostrado mi mente y mi camino, pero pronto te mostraré mi corazón.

—Pero Rachele...

Thomas sintió que el corazón le podría explotar.

—Está en buenas manos —terminó Justin la frase—. Riendo como solía hacerlo en el lago.

Los ojos de Justin hicieron contacto con los otros, deteniéndose por un instante en cada rostro.

—El Gran Romance es para ustedes. Aunque me hubiera seguido uno solo de ustedes, los cielos no habrían podido contener mis lágrimas de gozo.

La pasión vehemente en los ojos de Justin aumentó. Corrió hacia Johan, le levantó la mano y se la besó.

—Johan...

Johan cayó de rodillas y sollozó antes de que Justin pudiera decir algo más.

—Te perdono —afirmó él y le besó la cabeza—. Ahora cabalgarás conmigo. Justin fue hasta donde el anciano Jeremiah, le levantó la mano y se la besó.

—Tú, Jeremiah, te llamé a que salieras de las hordas igual que a muchos. Pero solo tú viniste.

El viejo cayó de rodillas y comenzó a llorar.

Justin corrió hacia la madre de Lucy y le besó la mano.

—Y tú, Alisha, una vez te dije que el amor conquistaría a la muerte, pero que no parecería amor; ¿recuerdas?

Ella se puso de rodillas, bajó la cabeza y lloró.

—No, no, tú me seguiste, Alisha. ¡Todos ustedes me siguieron!

El continuó con la línea de personas, besando a cada uno en las manos. El Creador había tomado forma de hombre y les besaba las manos. Ellos apenas podían soportarlo, mucho menos entenderlo.

Justin retrocedió ante los diecisiete seguidores, todos ellos aún de rodillas. Caminó a la izquierda, luego a la derecha, como un hombre embelesado con la primera mirada a una magnífica obra que él mismo hubiera pintado.

—Maravilloso —exclamó para sí mismo—. Increíble.

El rostro se le contrajo por la emoción.

—Maravilloso, maravilloso, maravilloso —repitió mientras caminaba, con el rostro encendido de emoción.

Súbitamente desvió la mirada de ellos, cayó de rodillas, echó la cabeza hacia atrás y levantó los dos brazos al cielo.

—¡Padre! —gritó—. Padre mío, ¡ella es hermosa!

Soltó una carcajada de gozo y sus ojos brillantes, llenos de amor, recorrieron el pequeño grupo.

—¡Mi novia es hermosa! Cuánto he esperado por este día.

Thomas entendió al instante el significado de lo que ellos observaban. Apenas logró verlo a través de sus propias lágrimas, y no podía oír muy bien por sobre las palpitaciones de su corazón, pero supo que se trataba del Gran Romance entre Elyon y su creación. Su pueblo.

Elyon estaba restaurando el Gran Romance. Teeleh había robado su primer amor, pero ahora Justin lo reclamaba. El precio había sido su propia vida. Él se había echado encima la enfermedad y se había ahogado con ella, incitándoles a abrazar su invitación al Romance siguiéndolo dentro del lago para ahogarse con él. ¡Para que ellos vivieran como su novia!

Y Justin había llamado a su Padre. Hasta este momento, Thomas nunca había pensado en tan claras distinciones en el carácter de Elyon. Pero difícilmente podían ser más claras: de algún modo Elyon el Padre le había dado a Elyon, su hijo, una novia. Ellos eran la novia. Thomas no pudo dejar de pensar en que este mismo instante se había decidido mucho tiempo atrás.

Justin se puso de pie, corrió hacia su caballo y agarró la espada. Clavó la punta en la arena y comenzó a correr, arrastrando la espada. Trazando un gran círculo, corrió alrededor de ellos mientras observaban.

Este era el símbolo que ellos usaran una vez para significar la unión entre un hombre y una mujer. Medio círculo en la frente del hombre para un compromiso, un círculo completo para un matrimonio. Simbólicamente, él los estaba haciendo su esposa.

Justin terminó el círculo y tiró la espada en la arena.

—Ustedes son míos —declaró—. Nunca rompan el círculo que nos une. ¿Comprenden lo que les estoy pidiendo que hagan?

Ellos no podían hablar.

—Las vidas de ustedes siempre han girado en torno al Gran Romance y en los días venideros entenderán eso como nunca antes. Les encantará ser probados. Otros se les unirán. Algunos dejarán el círculo. Otros más morirán. Todos sufrirán. Las hordas los odiarán porque los shataikis les robaron el corazón a ellos y les cegaron los ojos. Pero si ustedes mantienen los ojos puestos en mí hasta el final —expuso y tragó

grueso—, el lago parecerá insulso ante lo que nos espera.

—Ninguno de nosotros te dejará nunca —gritó Lucy.

Justin la miró como si fuera a llorar otra vez.

—Entonces guarda tu corazón, mi princesa. Recuerda cuánto te amo y ámame igual. Siempre.

Estaba mirando a Lucy, pero les hablaba a todos.

—No me volverán a ver por algún tiempo, pero siempre tendrán mi agua. Vayan al Bosque Sur, luego más allá hacia el borde más al sur, donde encontrarán un pequeño lago. Johan lo conoce —explicó y luego miró por sobre las cabezas de ellos hacia más allá de la selva—. Les encargo que los traigan hacia mí. Uno por uno, si deben hacerlo. Muéstrenles mi corazón. Guíenlos hacia el agua roja.

Cien preguntas inundaban la mente de Thomas. Encontró valor para hablar, aunque no para ponerse de pie.

—¿Están rojos todos los lagos?

—Todos mis lagos están rojos. Para todo aquel que busca, esta agua representará vida, así como ustedes la hallaron al seguirme. Para los demás, los lagos serán una amenaza.

—¿Se acabó la guerra? —preguntó Mikil.

—Mi paz es la guerra de ellos. La guerra vendrá contra ustedes, que por un tiempo hallarán seguridad en el Bosque Sur.

Él corrió hacia su caballo, sacó algo de la alforja en la silla y los miró.

—¿Reconoces esto, Thomas?

Un viejo libro empastado en cuero. ¡Un libro de historia!

—Un libro de historia —exclamó Justin sonriendo; se lo lanzó a Thomas, que lo agarró con ambas manos—. Hay miles, no solamente los pocos que Qurong tiene en sus arcones. Este es solo uno, pero los guiará.

Thomas le palpó la cubierta gastada y pasó el dedo a lo largo del título.

Las historias escritas por el Amado

Abrió el libro. Letras unidas atravesaban la página.

—Léelo bien —pidió Justin—. Aprende de él. Ronin te ayudará a descubrir mis enseñanzas del Bosque Sur. Él te mostrará el camino.

Thomas cerró el libro.

—¿Qué hay con el libro en blanco? —inquirió, tocándose el pequeño bulto en la cintura donde se hallaba el libro vacío—. ¿Tiene algún propósito?

—Los libros en blanco. También hay muchos de ellos. Son muy poderosos, amigo mío. Crean historia, pero solo en las historias. Aquí no tienen poder. Un día podrás entender, pero mientras tanto, guarda el que tienes... puede hacer estragos en las manos equivocadas.

Justin respiró profundamente.

—Ahora me debo ir —anunció, poniéndose la mano en el pecho—. Mantengan firmes y veraces sus corazones. Sigán el camino del libro que les he dejado. No salgan nunca del círculo.

Miró a cada uno con ternura y, cuando sus ojos se posaron en Thomas, este se sintió tanto debilitado como fortalecido por una prolongada mirada que lo atravesó.

Justin se volvió hacia su caballo.

—Espera —pidió Thomas parándose—. Si este libro solo funciona en las historias, ¿significa eso que las historias son reales? ¿El virus?

—¿Soy un niño, Thomas? —preguntó a su vez Justin, volviéndose y sonriendo—. ¿Soy un cordero o un león, o soy Justin?

—¿Eres un padre y un hijo?

—Lo soy. Y el agua también.

A Thomas le dio vueltas la mente.

—¿Soñaré de nuevo?

—¿Soñaste anoche?

—Sí. Pero no acerca de las historias.

—¿Comiste la fruta?

—No.

—Bien entonces.

Él se subió a la silla y guiñó un ojo.

—Recuerden, no abandonen el círculo —manifestó, el caballo se alejó con un leve toque de talón y después trotó.

Entonces subió al galope la misma duna por la que había venido; una vez en la cima, hizo erguirse al caballo sobre las patas traseras y desapareció en el horizonte.

33

MÁS VALE que esto sea importante —expresó el presidente Blair. Los ojos de Kreet miraron furtivamente alrededor. Este no se parecía al general endurecido por la guerra.

—No me diga que los israelíes han atacado —declaró Blair.

—Lanzaron un misil dentro del Golfo de Vizcaya. Monte Cheyenne registró una explosión de cincuenta megatones hace quince minutos. Fue un disparo de advertencia. El siguiente va contra la base naval en Brest. Le han dado a Francia veinticuatro horas para garantizar la supervivencia de Israel.

Blair no supo qué decir. Habían analizado esta posibilidad, pero oír que ocurriera de veras lo dejó paralizado. Finalmente carraspeó y se volvió hacia la puerta.

—¿Alguna respuesta de París?

—Demasiado pronto.

—Está bien, mantenga esto en secreto. Tan pronto como yo haya terminado quiero a nuestro personal fuera de aquí. El embajador se queda. No le diga nada.

—Discúlpeme, señor —interrumpió un asesor entregándole una nota a Kreet—. Un mensaje prioritario.

Agarró la nota, le dio un vistazo. La miró fijamente.

—¿Ahora qué? —indagó Blair.

—Son los franceses. Han contestado a las exigencias de Israel. ¿Y?

—Devolvieron el ataque.

Alguien había entreabierto la puerta, preparándose para abrísela. Uno de los delegados europeos en el pasillo principal gritaba algo sobre los ciudadanos inocentes, pero la voz parecía lejana, debilitada por un timbre que resonó en la cabeza de Blair.

—Cheyenne ha dado cuenta de un misil dirigido sobre el Mediterráneo. Tiempo calculado de llegada, treinta minutos... eso fue hace cuatro minutos.

Blair no lograba pensar claro. Nada, ni siquiera una semana de anticipación, podía

preparar a alguien para un momento como este. Francia acababa de lanzar armas nucleares a Israel.

—No sabemos su objetivo. Podría ser un disparo de advertencia en respuesta —dedujo Kreet.

—O podría no serlo —objetó el presidente Blair yendo hacia la puerta—. Que Dios nos ayude, Ron. Que Dios nos ayude a todos.

Esto cambiaba todo.

EL CUARTO del sótano solía ser una bodega... bastante fría para evitar que los vegetales se pudrieran. Habían pintado las paredes y sellado los conductos, pero aún era suficientemente fría como para servir a su propósito.

Carlos entró, encendió las luces y se dirigió a la camilla. Una sábana blanca cubría el cuerpo. Titubeó solo un momento, luego levantó la esquina.

Los ojos en blanco de Thomas Hunter enfrentaban el techo. Muerto. Tan muerto como cualquier hombre a quien Carlos hubiera matado. Esta vez no habría equivocación; él se había desviado del camino para asegurarse de eso. En las dos ocasiones en que aparentemente el hombre volvió a la vida, las circunstancias fueron sospechosas. Para empezar, Carlos en realidad no había confirmado la muerte de su adversario. Y la recuperación del hombre había sido casi instantánea.

Esta vez, el cuerpo había estado en este cuarto casi tres días y ni siquiera se había movido.

Muerto. Bien, pero bien, muerto.

Satisfecho, Carlos dejó caer la sábana sobre el rostro de Thomas, salió del cuarto y se fue por el pasillo. Era hora de terminar lo que había empezado.

EL VIAJE CONTINÚA CON BLANCO.